

MARTA POZO

*Canciones
bajo las
estrellas*

MARTA POZO

*Canciones
bajo las
estrellas*

CANCIONES 1

Título original: Canciones bajo las estrellas

©Marta Pozo, 2023

Corrección: Lena Salvatore

Maquetación: Marta Pozo

Cubierta: Victoria Cavalieri

Primera edición: febrero 2024

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Los elementos gráficos y vectores usados en esta maquetación son de Canva y freepik.

*Para Dani,
por animarme a escribir este libro y acompañarme en este viaje.*

ADVERTENCIA

En este libro se pueden encontrar temas sensibles, como puede ser: la muerte, el consumo de drogas, problemas emocionales y escenas de sexo explícito.
Si leéis este libro es bajo vuestra responsabilidad.

1

Dos caminos que vuelven a unirse

Ryan.

La vida es un constante cambio, un día puedes encontrarte en lo más alto y al día siguiente haber caído varios kilómetros bajo tierra, dejándote completamente perdido, sin saber cuál es tu rumbo, lamentándote por no haber disfrutado más aquellos instantes en la cima.

Porque cuando caes al vacío, sientes que jamás lograrás alcanzar la cumbre, que te has quedado atascado entre las tinieblas del infierno.

Así es como llevo sintiéndome cinco años, desde el día que recibí la llamada que me destrozó para siempre.

Toda mi vida había sido una completa mierda, no lo escondo. Jamás fui bueno en los estudios y los deportes nunca me interesaron. La música era mi escape de la realidad, haciendo que entre los acordes de mi guitarra el mundo exterior dejara de existir.

Con la llegada de la adolescencia, vinieron los problemas –que en realidad no lo eran, pero cualquier adolescente hace una montaña con apenas un grano de arena–, las drogas, la bebida y las fiestas, haciendo que me tachasen de chico malo.

Hasta que ella apareció. Aún sigo sin comprender qué fue lo que pude hacer para que una chica como ella se fijase en un caso perdido como yo, pero lo hizo. Y jamás me arrepentiré de esos meses que pasé a su lado, porque mi vida dejó de ser una completa mierda para convertirse en una auténtica maravilla. Estaba decidido a ser una mejor persona para poder tener un futuro junto a ella, pero las cosas jamás salen como uno desea y esa llamada de teléfono que me llegó una mañana de finales de primavera me lo demostró.

Yo no había nacido para recibir cosas buenas en mi vida, todo lo que tocaba acababa marchitándose y tuve la fuerza de voluntad necesaria como para apartarme de ella antes de que la arrastrase a mi miseria.

El pitido de un coche provoca que salga de golpe de lo más profundo de mis pensamientos, trayéndome al presente. Un vehículo se encuentra a menos de un metro de mí, a menos de unos pocos centímetros de haber podido acabar con mi vida por cruzar la calle sin percatarme de si el semáforo estaba en verde o rojo.

Levanto una de mis manos para disculparme antes de retroceder de vuelta hasta la acera donde un grupo de peatones me miran con ojos sorprendidos, alarmados por lo que podría haber ocurrido, por la desgracia que hubiese sido que un chico de veinticinco años hubiese sido atropellado en una de las carreteras más concurridas de París. La desgracia que podría haber sido para todas las personas de su alrededor, pero lo que ellos no saben es que nadie se percataría de mi ausencia.

Soy reemplazable.

El semáforo se pone de color verde para los peatones, y esta vez comienzo a caminar sin miedo de que pueda venir otro coche y termine con mi vida.

Salir de trabajar al mediodía es lo que tiene; las calles siempre están llenas de personas y las carreteras de coches. Por lo menos, la tienda de música en la que trabajo desde hace un mes —el mismo tiempo que llevo viviendo en París—, es un buen empleo.

Mientras miro a mi alrededor, no puedo evitar darme cuenta de que aún no he conseguido acostumbrarme a esta ciudad. Es tan grande que a pesar de que los primeros días mi banda y yo estuvimos recorriendo todas las calles para conocernos la ciudad, apenas soy capaz de recordar cómo llegar a mi casa. Siempre hay alguien en la calle, da igual la hora que sea. Rodeado de ruido. Y no es que no esté acostumbrado a grandes ciudades; nací y crecí en Seattle donde el ruido y la gente siempre te acompañan, pero después de haber estado viviendo los últimos cinco años en una pequeña y tranquila ciudad, volver al barullo de las metrópolis es desconcertante.

Mi teléfono comienza a sonar desde el interior de mis pantalones vaqueros oscuros, respondo a la llamada sin antes molestarme en mirar el nombre de la pantalla. Son pocas las personas que tienen mi número de teléfono.

—¿Quién?

—¡Ey, tío! —Es Travis, el guitarrista de la banda—. ¿Has salido ya de currar?

—Sí, estoy llegando al parking a por la moto, ¿por qué?

—Hay algo de gran importancia que tengo que decirte, así que te espero en mi piso.

Suelto un largo suspiro, después de haberme levantado a la seis de la mañana para ir a trabajar, de lo único que tengo ganas es de llegar a casa, que más que una casa es un estudio, y dejarme caer en el sofá el resto del día.

—Claro, en quince minutos estoy allí.

—Vale, tío. No tardes, te estamos esperando para comer todos juntos.

Por lo menos no voy a tener que hacerme la comida.

Me despido del guitarrista antes de colgar y guardar el teléfono.

Hace un mes mi banda y yo nos mudamos a París en busca de hacer más conocida nuestra música, ya que sentíamos que en la antigua ciudad no estábamos avanzando. Todos ellos alquilaron un piso para vivir juntos, a mí también me ofrecieron ir allí y así compartir gastos, pero necesito mis ratos de soledad y en una casa con otras cuatro personas y la mayoría de ellas ruidosas, es imposible conseguir un par de minutos de tranquilidad.

Me introduzco en el parking donde dejo la moto aparcada durante las horas en las que tengo que ir a trabajar, ya que la ubicación de la tienda no es muy buena.

No puedo evitar esbozar una amplia sonrisa al verla. Desde que tengo uso de razón siempre me han encantado las motos, durante mis años de adolescencia tuve una que mi vecino había tenido en el garaje de su casa cogiendo polvo. Cuando fue a llevarla al desguace le frené a tiempo para quedarme con ella a pesar de que hacía años había dejado de arrancar. Durante los siguientes meses estuve aprendiendo mecánica y conseguí hacerla funcionar como el primer día, pero la moto que tengo frente a mí no tiene nada que ver con la vieja y polvorienta de mi adolescencia.

Arranco la moto y la hago sonar, el ruido hace eco en las paredes del parking haciendo que mi sonrisa se amplíe más antes de salir a toda velocidad del oscuro aparcamiento e introducirme en las calles llenas de coches.

Lo bueno de ir en moto es que puedes meterte con ella en cualquier hueco que haya y no tener que tragarte todo el atasco de París.

Aparco frente al edificio donde viven mis amigos y pocos minutos después me encuentro

llamando al timbre.

La puerta se abre casi al instante para dejarme ver a una preciosa chica de cabellos rojizos teñidos y ojos azulados que me dedica una amplia sonrisa.

—¡Ryan! —exclama antes de rodear mi cuello con sus brazos y juntar lo máximo posible su cuerpo al mío.

Irina se separa un poco para poder depositar un sonoro beso en mi mejilla, manchándola del pintalabios rosado que lleva puesto.

—Te estamos esperando —dice mientras comienza a caminar por el pasillo del piso que comparten.

La casa en sí no está mal a pesar de lo pequeña que es, cuando entraron a vivir ya estaba amueblada por lo que no tuvieron que comprar muebles, pero todos ellos se encargaron de hacer el piso suyo, colgando pósteres de bandas en las paredes junto a algunas guitarras viejas de Travis.

El salón está compuesto por un pequeño mueble con una televisión plana de cuarenta pulgadas, un sofá que una vez debió de ser rojo, pero que ahora está ennegrecido. Algunas plantas que han pasado por tiempos mejores y una estantería que cuando mis amigos entraron a vivir estaba repleta de libros, pero ahora la han llenado con CD'S y Vinilos.

—Menos mal que llegas, Ryan —comenta Enzo, el batería de cabello azul eléctrico, mientras coge unos palillos y empieza a echarse la comida china que adorna el centro de la pequeña mesa de café en uno de los platos—. Me muero de hambre.

—Aquí estoy —digo tomando asiento a su lado. Irina se sienta a mi otro lado, mientras que Travis y Adam, el bajista, están sentados en dos sillas que en los últimos días han comprado de un mercadillo de segunda mano—. ¿Qué es eso tan importante que tenéis para decirme?

Comienzo a echarme cerdo agridulce en el plato que me pasa Irina, quien se ha apretado contra mi costado a pesar de que aún tiene hueco libre en su lado del sofá. En verdad, no me importa que lo haga.

Travis deja de echarse comida en su plato para esbozar una amplia sonrisa.

—¡Tenemos trabajo! —exclama—. ¿Te acuerdas del cutre bar al que fui la semana pasada a preguntar si podíamos tocar allí algunos días a cambio de dinero?

—¿Ese que parecía más un vertedero que un bar? —inquiero, alzando una ceja.

—¡Sí, justo ese! —dice, emocionado—. Pues me han llamado hace un rato para decirme que están interesados en nosotros.

—¿No te parece genial? —inquiere Irina, posando una de sus manos con una perfecta manicura al más estilo francés en mi pierna.

—No está mal. ¿Habéis hablado de dinero? —pregunto.

—Bueno... Al principio no es mucho... —comenta Travis.

—¿Cuánto?

—Veinticinco euros.

No puedo evitar soltar una sonora carcajada.

—Eso es cinco euros por persona, tío —replico, negando con la cabeza, y comenzando a comer—. Ni siquiera me paga la gasolina de la moto para ir hasta allí.

—Es un comienzo —dice Adam, sin apartar la mirada de la tele que está encendida con una extraña telenovela.

—¿Cuántas canciones? —pregunto, posando la vista en Travis.

—Cinco.

—¿Un euro por canción? —río con incredulidad.

—Tío, no lo veas todo tan negro. Los comienzos son duros, pero después merecen la pena — replica Travis mientras se pasa una mano por el cabello rubio, apartándoselo de la cara.

—¿Para cuándo sería?

—Pues resulta que el grupo que iba a ir esta noche ha fallado, algo de que uno de los integrantes ha pillado un virus y se han quedado sin nadie que pueda sustituirlo.

—¿Somos el segundo plato?

—En realidad, el tercero —comenta Enzo, quien ya se ha terminado su plato y lo está llenando de nuevo—. Habían llamado a otro grupo, pero ya no les interesaba ir allí.

—Normal —murmuro.

—¿Entonces? ¿Te apuntas? —inquieta el rubio, con una amplia sonrisa.

Suelto un suspiro, cinco euros más es mejor que nada, al fin y al cabo.

—Está bien, pero hace semanas que no ensayamos.

—No te preocupes por eso, un compañero de trabajo tenía un local. Lo tuvo que cerrar por falta de clientela y nos lo alquila tirado de precio para poder ensayar allí.

—No tenemos tiempo para llevar todos los instrumentos hasta ese local, colocarlo y ensayar para esta noche.

—¡Eso ya lo hemos hecho nosotros! —dice Irina, con una amplia sonrisa.

Me giro hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Cuándo?

—Por la mañana, para tenerlo todo listo para esta tarde. No te dijimos nada porque estabas trabajando y no queríamos que te estresases.

Respiro varias veces para intentar calmarme.

—No te preocupes por el dinero. —Escucho cómo dice Enzo a mi lado—. Son unos mil euros al mes y entre los cinco no es tanto.

Me obligo a tomar una profunda bocanada de aire, recordándome que el asesinato es un delito grave.

—¿Habéis alquilado un maldito local por mil euros al mes? —inquieta con la voz más calmada que consigo reunir, y alzo la mirada para posarla sobre ellos—. ¿Está frente a la puta *Tour Eiffel*?

—En realidad a las afueras, en un barrio un poco turbio —añade Adam, que sigue centrado en su telenovela.

—Muy bien —replico mientras dejo el plato en la mesa, ya sin hambre—. Perfecto.

—Tío, son doscientos euros por persona, no es tanto. Dentro de unos meses, cuando estemos en la cima de la fama, no nos importará gastarnos ese dinero.

—Ya, pero ahora no estamos en ninguna cima y que yo sepa, todos nosotros tenemos una mierda de trabajos que da gracias a que llegamos a fin de mes —mascullo, levantándome del sofá y sacando mi paquete de tabaco del interior de mi chaqueta que no me molesté en quitarme cuando llegué.

Coloco un cigarrillo entre mis labios y lo enciendo, tomando una larga calada hasta que me arden los pulmones.

—No pensé que fuese a molestarte tanto, de haberlo sabido no hubiese hecho nada. Esto es por el bien de los *Merlens*.

—Habría sido todo un detalle que lo comentarais conmigo antes de hacer nada —replico, yendo hasta la ventana abierta para tirar la ceniza del cigarro por ella.

—Para la próxima lo haremos —asegura Travis.

Asiento con la cabeza mientras le doy otra calada a mi cigarro.

—Bien, pues ya que hemos terminado todos de comer, vayamos a nuestro nuevo local a ensayar

—dice Irina mientras se levanta del sofá y me dirige una mirada—. ¿Puedo ir contigo hasta allí? Asiento con la cabeza y veo cómo se aleja moviendo las caderas de una manera muy marcada, lo que me deja saber que lo está haciendo aposta para que mis ojos se posen en su gran trasero. Desde el año anterior nos acostamos de vez en cuando, sin tener nada serio y pudiendo estar con más personas. Aunque en los últimos meses nuestros encuentros se han hecho más frecuentes. Los demás se preparan para ir en el coche de Enzo, Irina vuelve con uno de los cascos que dejé aquí cuando nos mudamos y así poder llevar a alguno de ellos en la moto sin necesidad de coger uno de los que tengo en mi estudio.

Salimos del piso sin recoger la comida de la mesa y bajamos por las escaleras hasta la calle, la cual se ha nublado desde que llegué.

Nos despedimos de Enzo, Adam y Travis, mientras que Irina y yo caminamos hasta mi moto.

—¿No has pensado en venderla y usar tu coche? —pregunta mientras se coloca el casco de color gris claro.

—¿Por qué haría eso? —inquiero, poniéndome el mío.

—Todo el mundo sabe que las motos son peligrosas, podrías tener un accidente de tráfico y morir en él.

—Qué tragedia sería que eso no sucediese.

—¡Ryan! —exclama molesta mientras me da un flojo puñetazo en el brazo—. ¡No vuelvas a decir algo así nunca! Sabes que nos importas a todos nosotros.

Y tendría que haber desaparecido de sus vidas hace mucho tiempo, alejarlos de mí para no joderles, porque sé que algún día pasará de un modo u otro. Pero cuando quise darme cuenta, ya todos éramos un grupo, nos habíamos hecho íntimos amigos. A la banda le estaba yendo bien en nuestra antigua ciudad y apartarme en ese momento les hubiese jodido más que si me quedaba. Además, estaba siendo egoísta, no quería alejarme, no ahora que después de tanto tiempo me volvía a sentir a gusto en un lugar.

—Lo sé, solo es una broma —digo mientras me monto en la moto.

Escucho cómo Irina suelta un largo suspiro y se sienta detrás de mí, sus manos al instante me rodean la cintura y su pecho se queda aplastado contra mi espalda.

La chica comienza a mover una de sus manos por mi garganta, en una lenta bajada haciendo que mi piel se erice y apriete con fuerza el manillar cuando su descenso llega hasta mi entrepierna, sin importarle que alguien la pueda ver, lo que provoca que mi miembro se endurezca casi al instante.

—Irina —murmuro con la voz entrecortada—. No empieces algo que sabes que no puedes terminar.

—Tenemos la casa vacía —replica, apretando su mano sobre mi entrepierna.

Trago duro, intentando que el deseo no me nuble la mente. Hace varios días que no me acuesto con nadie y mi cuerpo comienza a anhelar la cercanía de otra persona.

—No podemos ahora. —Me obligo a decir a pesar de que en lo único que puedo pensar es en esa mano, cogiendo mi miembro para llevárselo hasta esa boca experimentada—. Nos están esperando. Pero espero que más tarde termines lo que acabas de empezar.

Arranco la moto cuando su mano se aleja de mi entrepierna y comienzo a dirigirme hasta donde se encuentra el local.



Emma.

La vida gira en torno a las decisiones que tomamos, en ocasiones son las acertadas que harán que tu vida cambie para bien. Otras veces puede que estés a punto de cometer el mayor error de tu vida, aunque en ese momento pienses que es una grandiosa idea.

Ahora no sé si estoy haciendo algo que hará que mi vida mejore —que lo dudo—, o será de esas decisiones que hará que acabe arrepintiéndome el resto de mi existencia.

Sé que en el momento en el que le dé a enviar me voy a pasar los próximos meses entrando constantemente a mi correo electrónico para comprobar si he recibido una respuesta positiva —si es negativa no me queda nada más que esperar un completo silencio—. Sé qué si dentro de seis meses no me ha llegado ese correo electrónico sentiré una de las mayores desilusiones de mi vida, cómo mi gran sueño se rompe en mil pedazos. En cambio, podría recibir una respuesta de la editorial diciéndome que mi manuscrito ha sido uno de los seleccionados para ser publicado y eso me convertiría en una de las personas más afortunadas de este mundo.

¿Pero eso sería bueno? ¿Estoy preparada para recibir las críticas de personas que no conozco? No, sé que en el momento en el que alguien lea mi libro y no suelte nada más que cosas malas por su boca de él, sentiré la misma desilusión que si la editorial nunca llega a contactarme.

Por eso ahora mis manos están temblorosas, tan solo a unos pocos milímetros de la tecla *enter* que una vez que la pulse, el correo que contiene mi bien máspreciado será enviado a una de las más grandes editoriales de Estados Unidos que acaba de abrir la recepción de manuscritos.

Siento cómo un sudor frío comienza a bajarme por la espalda por culpa de los nervios que me recorren todo el cuerpo.

—Puedes hacerlo. —Me anima Jessica, mi mejor amiga desde que tengo memoria y la que me acompañó a París hace cinco años cuando decidí dejar todo atrás—. Esta es la mayor oportunidad de tu vida.

Terminé de escribir *Recuerdos Oscuros* hace dos años y a pesar de que he tenido oportunidades de sobra para enviar el manuscrito a muchas de las editoriales que hay en mi país de origen, nunca he tenido el valor suficiente. No hasta hoy, cuando estaba perdiendo mi tiempo en Instagram y he visto un anuncio de la editorial que buscaba nuevos manuscritos para publicar bajo su sello. Algo dentro de mí ha pensado que era buena idea, aunque ahora no lo tengo tan claro.

Tantas cosas pueden salir mal...

—Creo que es mejor esperar para la próxima vez —murmuro mientras aparto mi mano de la tecla *enter*.

—De eso nada, nena —replica Jessica, y se mueve con tanta rapidez que apenas soy capaz de parpadear antes de ver cómo la que hasta este momento había sido mi mejor amiga presiona con

fuerza la tecla *enter* y el mensaje junto a mi libro se envía a la editorial.

—¿Qué acabas de hacer?! —grito mientras abro los ojos, sorprendida al ver cómo el mensaje se ha mandado con éxito, sin poder hacer nada para anularlo—. ¿Te has vuelto loca?!

Mis gritos provocan que *Apolo* —mi perro—, se altere y comience a ladrar mientras se acerca para asegurarse de que todo va bien.

Jessica se posiciona delante de mí, con las manos puestas en jarra sobre sus caderas y una amplia sonrisa.

—¡Ya está hecho! —exclama con emoción.

Mi vista viaja hasta la pantalla de mi ordenador, aún sin poder asimilar lo que acaba de suceder.

Miles de escenarios desastrosos pasan por mi mente.

Mi libro siendo juzgado de maneras horribles.

Personas decepcionadas por haber esperado algo de mejor calidad.

Un absoluto silencio, donde no recibo ninguna respuesta.

—¿Por qué lo has hecho? —inquiero mientras dejo el ordenador portátil sobre el sofá en el que me encuentro sentada y me levanto. *Apolo* se me acerca, moviendo su cola completamente negra menos la punta que es de color blanco. Le acaricio la cabeza para que se calme antes de andar con rapidez hasta la puerta del pequeño balcón y abrirla para que entre un poco de corriente.

Me falta el aire, como si mis pulmones acabasen de ponerse en huelga y se negasen a hacer el único trabajo que tienen.

—Porque entonces tú jamás lo hubieses hecho —comenta mientras se me acerca y posiciona una de sus manos en mis hombros. Sus ojos oscuros están sobre mí, a la espera de que reaccione de una vez por todas, que diga algo.

—Necesito un cigarro —murmuro girándome hacia el balcón y alzando los ojos hasta un pico lejano que es la *Tour Eiffel*, aunque desde aquí no se pueda apreciar en todo su esplendor.

—Lo has dejado —me recuerda en un suspiro.

Apolo pasa entre nosotras y se tumba en el pequeño hueco del balcón mientras alza su peluda cabeza para que el aire le dé en el rostro.

Ojalá pudiese vivir con la misma tranquilidad que él.

—Me da igual —gruño, sintiendo la ansiedad correr por mis venas, el anhelo del humo bajando por mi garganta antes de ser expulsado, la falsa tranquilidad que siempre ha conseguido transmitirme. Vuelvo a posar la vista en la chica que se encuentra a mi lado—. Te odio.

Una amplia sonrisa se apodera de sus labios.

—En realidad me amas con todo ese frío corazón que tienes en el pecho —replica mientras se echa la larga melena rubia hacia atrás—. Gracias a mí, dentro de unos años tu libro será un *best seller*.

Una sonora carcajada se me escapa de entre los labios mientras niego con la cabeza.

—Soñar es muy fácil —digo, dando media vuelta y volviendo al sofá donde me dejo caer con cuidado de no hacerlo sobre mi ordenador portátil.

—El día que creas en ti misma serás consciente de que puedes conseguir cualquier cosa que te propongas —comenta mientras se sienta en el sofá. Suelta un gruñido bajo cuando *Apolo* se tumba con fuerza sobre ella. No es un perro pequeño como para que su peso no sea un problema, es un *border collie* y, además, uno que es más grande que la media.

No me da tiempo a replicar nada de lo que ha dicho, ya que mi móvil suena con la entrada de una nueva notificación, lo que hace que me sobresalte y lo agarre de encima de la redonda mesilla que tenemos colocada frente al sofá amarillo chillón.

Es un mensaje de Ethan, uno de mis mejores amigos desde que llegué a París.

Ethan:

¿Te acuerdas de que te conté que mi hermano pequeño está en una banda de música?

Emma:

Sí, aunque no llegaste a enseñarme aquel video que dijiste que tenías de ellos.

Ethan:

¡Tengo la solución perfecta! Esta noche van a tocar en un bar y les iría bien que fuese bastante gente a escucharlo para que así les vuelvan a llamar, ya sabes que están intentando hacerse conocidos.

Emma:

Cuenta con ello, Jessica y yo estaremos allí. Mándame la ubicación y en un rato nos vemos.

Bloqueo la pantalla del móvil después de recibir la dirección del bar donde va a tocar la banda del hermano de Ethan. Por lo que sé, se mudaron a París hace un mes para intentar darse a conocer por aquí, ya que es una gran ciudad.

—¿Era Ethan? —pregunta mi mejor amiga mientras hace zapping en busca de algo decente que ver en la televisión.

—Sí, esta noche iremos a escuchar a la banda de su hermano tocar.

—¿Esta noche? —Se queja, echando la cabeza para atrás, lo que provoca que *Apolo* le lama la cara. Jessica suelta un ruido de asco antes de que eche al perro al suelo para que no la moleste—. ¿Me voy a tener que perder *Los juegos del hambre*?

Ruedo los ojos antes de recostarme en mi lugar.

—Has visto esa película centenares de veces y seguro que por internet podrás encontrarla para volver a verla cuando quieras.

—Eso es piratería —replica.

—Entonces paga Netflix.

Suelta un sonoro ruido de disgusto.

—¿A qué hora has dicho que es?

Esbozo una amplia sonrisa.

—A las diez.



No me cuesta distinguir a Ethan junto a Sophie —una de las chicas de nuestro reducido grupo de amigos—, esperándonos frente a la puerta de un local con las luces parpadeantes, a punto de fundirse. Nos encontramos a las afueras de París, en uno de esos barrios que siempre intento evitar.

—¡Hola! —grita Jessica mientras alza una mano para saludar a nuestros amigos que acaban de

divisarnos.

—¿Cómo está mi chica favorita? —pregunta Ethan cuando llegamos a ellos y me envuelve entre sus brazos.

—Oh, estoy genial. Gracias por preocuparte —replica con ironía Jessica.

—Todo bien —le digo cuando me alejo.

Ethan es alto, de cabello rubio y unos profundos ojos azules que cualquier persona desearía tener. Va vestido con una americana negra entallada que hace que se le marque su cuerpo trabajado, bajo la americana lleva una camisa azul oscuro y unos pantalones vaqueros para hacer de la vestimenta más informal.

—¿Os podéis creer que mi último ligue me acaba de dejar colgada? —inquire Sophie haciendo una mueca mientras se guarda el móvil en el bolso.

—¿El de la tienda de chucherías? —pregunto, posando la mirada sobre la chica de cabello castaño claro y ojos grises.

—¿Qué? —Parpadea confundida—. ¡Ah, él...! Ese es el de la semana pasada —explica con un encogimiento de hombros—. Este es un chico que conocí en el metro ayer y pensé que era mi alma gemela, evitó que se cerrasen las puertas del tren para que pudiese entrar y cuando nuestros ojos se encontraron... —suelta un suspiro dramático—. Pensé que era el indicado, pero resulta que mañana tiene que madrugar para ir a trabajar y eso es mucho más importante que conocer a la que podría haber sido la futura madre de sus hijos.

Suelto una sonora risa, Sophie es una enamorada del amor y siempre que conoce a alguien piensa que será su alma gemela y a pesar de que la gran mayoría de veces la cosa no sale bien, nunca pierde la esperanza de encontrar a la persona correcta.

—Ya llegará el adecuado —digo, a pesar de que hace años dejé de creer en el amor.

—Puede que lo encuentres en este antro de mala muerte —comenta Jessica haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta oscura del bar.

—Puede ser, a lo mejor me enamoro de tu hermano. —Esboza una amplia sonrisa en dirección de Ethan—. Ya que tú no tienes interés en mí.

Ethan pasa uno de sus brazos sobre mis hombros.

—Mi corazón ya tiene nombre y apellido —dice mirándome con una amplia sonrisa.

—Ni en tus sueños, Roux. —Me quito su brazo de los hombros y me encamino hacia la puerta del local—. Vamos dentro, no vaya a ser que nos perdamos el concierto.

—Mi hermano me mataría si no estoy en su primera actuación en París —dice Ethan mientras me sigue junto a Sophie y Jessica.

En el momento en que atravieso las puertas del local me entran ganas de salir corriendo de aquí y no volver nunca más a pisar un sitio como ese.

Está tan oscuro que apenas puedes ver lo que hay delante de ti, el olor de la marihuana, el humo, sudor y lo que probablemente sea pis de algún animal callejero se te filtra por las fosas nasales haciendo que los ojos se te llenen de lágrimas y la música está tan alta que apenas puedes oír tus propios pensamientos.

—¿Qué lugar es este? —consigo escuchar decir a Sophie con desagrado a mi lado.

—Lo único que han encontrado por el momento —grita Ethan, junto a mí—. ¿Queréis algo de beber?

—Creo que prefiero no arriesgarme —dice Jessica, antes de sentir cómo me agarra del brazo para no perderme de vista y mantenernos juntas en ese sitio.

Avanzamos hasta posicionarnos frente al pequeño escenario, cerca de la barra repleta de clientes haciendo cola a empujones para conseguir algo de beber.

Siento cómo algunas personas nos empujan mientras mecen sus cuerpos al son de la música.

—Mi plan de quedarnos viendo *Los juegos del hambre* creo que ahora no te parece tan malo —comenta Jessica echando ojeadas a todo el lugar.

—Solo es una noche, conseguiremos pasarlo bien —aseguro mirando la barra del bar que se ha despejado un poco—. ¿Segura que no quieres beber nada?

Jessica mueve su vista hacia la barra y la contempla durante varios segundos hasta que se encoge de hombros.

—Si nos venden garrafón y me emborracho, tú serás la responsable de lo que pueda hacer —dice mientras comienza a caminar en dirección a la barra.

Me giro hacia Ethan y Sophie que se encuentran hablando para avisarles que vamos a arriesgarnos a beber algo de lo que venden aquí, ambos aceptan hacerlo con nosotras. Por lo menos si morimos de intoxicación o algo similar, no lo haremos solas.

—¿Qué vas a querer? —pregunta Jessica cuando llego a su lado, su bebida ya está preparada.

—Vodka con naranja, serán tres —le digo al camarero. Ethan y Sophie me dejaron libre elección de sus bebidas.

—Enseguida, princesa.

Sonrío ante el apodo del camarero a pesar de que no me gusta, pero por la forma en que sus ojos oscuros me miran de reojo mientras prepara las tres copas me deja saber su interés en mí. Y pienso sacar partido de ello si así consigo las bebidas más baratas, o incluso gratis.

—Es la primera vez que te veo por aquí —comenta el camarero cuando termina de preparar las copas y las empuja en mi dirección.

—Es la primera vez que vengo. —Me encojo de hombros mientras apoyo mi cintura en la barra y tamborileo mis delgados dedos sobre ella.

—¿Volveré a verte por aquí? —inquieta esbozando una amplia sonrisa.

Escucho la risotada de Jessica.

—Puede ser —respondo, mordiendo mi labio inferior y miro las bebidas—. ¿Cuánto es?

—Si me das tu número de teléfono, será un regalo.

Una sonrisa de triunfo se apodera de mis labios mientras recito números al azar. Me asegura que cuando termine el turno me hablará antes de que agarre las tres bebidas y junto a Jessica comienzo a caminar hacia donde nos esperan Sophie y Ethan.

—No sé cómo haces eso —comenta mi mejor amiga mientras niega con la cabeza.

La música se para de golpe cuando llegamos junto a los demás y les entrego sus bebidas. Un foco que no sabía que funcionase hasta ese momento se enciende para alumbrar el pequeño escenario que hay ante nosotros y dejarnos ver a un hombre que rondará los cuarenta años sobre él.

—¡Buenas noches a todos! —grita mientras agarra con fuerza el micrófono—. Hoy no podrán acompañarnos *Les infernaux*, pero en su lugar hoy tenemos a un grupo recién llegado a París y que pronto será todo un éxito. —La forma en la que habla el hombre es una de esas que consiguen convencerte de cualquier cosa. Si él te dijese que el cielo es de color verde, acabarías creyendo en su palabra—. ¡Con todos vosotros, os presento a los *Merlens*!

El hombre salta del escenario al suelo y se escabulle entre la multitud, cuando mis ojos vuelven al escenario veo cómo un chico de cabello azul se sienta detrás de la batería, una hermosa chica de pelo rojizo se posiciona tras un teclado, un chico de cabello largo y negro se apodera del bajo. Reconozco al instante al que debe de ser el hermano de Ethan por el gran parecido que ambos comparten. Travis agarra una guitarra y se pasa la correa por los hombros para poder colocarse el instrumento. Por último, veo salir a un chico con la cabeza agachada, con el cabello cayendo por

su frente, evitando que se le vea el rostro.

Hay algo en él que se me hace conocido en el momento en el que veo la gracia y despreocupación con la que camina hacia el micrófono. Cómo mueve los hombros para hacer desaparecer cualquier tensión que se haya podido acumular en ellos.

Mis ojos recorren el cuerpo del que debe de ser el cantante mientras recoge otra guitarra. La camiseta de manga larga de color negro se le ajusta a la perfección al cuerpo, haciendo que todos los músculos se le marquen con cada movimiento. Los pantalones vaqueros del mismo color que la camiseta se le ajustan a la cintura y cuando se gira para decirle algo a la banda no puedo evitar que mis traicioneros ojos bajen hasta su trasero y lo observen mientras siento cómo las mejillas se me sonrojan por todo tipo de pensamientos perversos que se me pasan por la mente.

—¿No te suena el cantante de algo? —pregunta Jessica a mi lado.

Le doy un largo sorbo a mi bebida, al instante un horrible sabor me inunda la boca haciendo que haga una mueca de asco.

—Sí, pero no sé de qué. Si es de la banda del hermano de Ethan no creo que lo hayamos conocido, se han mudado a París hace un mes —explico, sin poder apartar los ojos del chico, como si algún tipo de hechizo me mantuviese atada a él.

—¡Hola, París! —grita el cantante alzando el rostro, haciendo que el foco le dé de lleno en la cara.

Mi corazón se detiene de golpe y mis rodillas comienzan a temblar en el mismo instante en el que mis ojos le ven.

Una herida que pensé que ya había cicatrizado se abre de golpe, sangrando como si acabase de hacerse. El dolor que me atraviesa es tan intenso que siento cómo en este momento podría morirme aquí, en medio de un bar de mala muerte, frente a la persona que me mató hace cinco años.

Ryan.

El chico que destruyó mi corazón hasta que no quedó nada de él se encuentra frente a mí, en un país diferente al que estábamos la última vez que nos vimos, hablando una lengua diferente a la que empleaba para cantarme.

Sus ojos verdes se encuentran al instante con los míos, mi respiración se corta con brusquedad.

Ryan palidece.

—Emma. —Mi nombre retumba con fuerza en los altavoces del local.

2

El día que la vi por primera vez

Ryan

Jamás podré olvidar el día que vi por primera vez a Emma.

17 de junio del 2016

Tomo una larga bocanada de mi cigarro de maría mientras escucho cómo Caroline sigue hablándome de sus planes de universidad, a los cuales dejé de prestar atención hace mucho tiempo. En verdad no sé qué hago aquí escuchándola hablar cuando lo único que quiero es que se calle para poder follar con ella contra cualquier árbol de los que nos rodean.

Kevin me pasa una cerveza, esbozando una sonrisa divertida por la cara de tonto que tengo que tener mientras finjo que escucho hablar a Caroline.

Agarro la cerveza y me bebo la mitad de un solo trago.

—¿Crees que será una buena idea? —inquire la chica apoyando una de sus manos en mi rodilla, echándose hacia delante. Mi vista baja hasta sus pechos—. ¿Ryan?

—¿Sí? —Alzo el rostro hacia el suyo, el que tiene una mueca de disgusto cuando aparta su mano de mi rodilla—. ¿Qué decías?

—¿No me estabas escuchando? —inquire molesta.

—¡Claro que sí!

—¿Sí? —Alza una de sus rubias cejas—. ¿De qué te estaba hablando?

Me muerdo el labio intentando contener la risa que amenaza con escapar de mi interior. La maría comienza a hacerme efecto.

El coro de carcajadas de mis amigos a mi alrededor provoca que no pueda aguantar más y una risa brote de mis labios.

Caroline se levanta molesta del tronco y me fulmina con esos ojos oscuros que tiene.

—¡Eres un completo imbécil! —masculla antes de darse la vuelta y largarse, donde sus amigas la esperan junto al embarcadero del lago.

—Te has quedado sin follar —ríe Kevin, entrechocando su cerveza con la mía.

Le doy varias caladas a mi cigarro y me termino la cerveza mientras me encojo de hombros.

—Ya encontraré a otra.

—Suerte con eso, estás teniendo mala fama este verano con las tías —comenta Tom.

—No sé qué les pasa a todas con querer hablar y después follar —digo molesto—. Saben que no me importan sus vidas y ambos buscamos llegar hasta el mismo punto, ¿no podemos acostarnos y ya?

Ellos ríen y decido ignorarlos mientras comienzan a burlarse de mí.

Paseo la mirada por la gente que se encuentra en la fiesta del lago, a la gran mayoría —por no

decir todas— de las personas que hay aquí las conozco desde que mi madre heredó la cabaña que tenían mis abuelos en este pequeño pueblo al lado de un hermoso lago hace doce años. Desde entonces hemos venido todos los veranos. Al principio tenía un gran grupo de amigos con los que me llevaba bien, hacíamos planes para ir a festivales cercanos, nadar en el lago, jugar videojuegos... Pero eso fue antes de que todo comenzase a desmoronarse y mis hábitos cambiasen, haciendo que todos los que una vez me llamaron amigo ahora me miren como si fuese escoria.

Mis ojos se detienen en alguien que estoy seguro de no haber visto antes. Si lo hubiese hecho, recordaría su rostro, es de esos imposibles de olvidar por muy fumado o borracho que vayas.

La chica tendrá uno o dos años menos que yo como mucho, el cabello oscuro se le agita detrás de ella por culpa del suave aire que hace esta noche, la cara llena de perfectos y simétricos ángulos. Tiene los ojos muy abiertos mientras escucha hablar a Jessica, una amplia sonrisa se instala en su rostro y suelta una carcajada por lo que sea que acaba de decir su amiga. Algo se remueve en mi interior al verla reír y el impulso de levantarme y acercarme a ella aparece en mí.

¿Quién es?

La chica se separa de Jessica y comprendo al instante que se dirige al cubo lleno de bebidas. Me levanto, apago el cigarro y me dirijo hacia ella, sin saber muy bien por qué. No es que destaque entre las demás, es una chica del montón, pero hay algo en la forma en que se ha reído que ha hecho que captase mi atención.

—¿Buscas algo? —pregunto cuando está con medio cuerpo metido en el barril, removiendo todo su contenido.

La chica suelta un grito antes de salir del interior del cubo.

Una sonrisa se apodera de mis labios al ver sus mejillas sonrojadas cuando sus ojos grises, como los días de tormenta, se posan sobre mí.

—Hola —jadea por el esfuerzo.

—Hola. —Me cruzo de brazos mientras la recorro con la mirada. Lleva un ajustado vestido blanco, haciendo que su pequeño pecho resalte al igual que su diminuta cintura.

Ella se percata de que mis ojos llevan demasiado tiempo en su cuerpo, lo que hace que se ponga más roja aún y se cruce de brazos para ocultarse de mí.

—¿Qué quieres? —inquieta, frunciendo el ceño.

—Vine a ayudarte, por poco te metes por completo en el cubo. —Hago un gesto hacia el barril en el que minutos atrás había tenido medio cuerpo metido.

—Oh... —murmura avergonzada—. Jessica me dijo que podría encontrar ahí un refresco, pero solo hay cervezas y botellas de alcohol.

Alzo una de mis cejas con diversión.

—¿Vienes a una fiesta a beber refresco?

—¿Acaso hay alguna norma que lo prohíba? —Ahora es ella la que alza una de sus cejas, haciendo que un inexplicable deseo se apodere de mi cuerpo.

—No, claro que no. —Señalo los otros cubos que hay a lo largo de la orilla del lago—. Pero dudo mucho que encuentres un refresco en alguno de ellos.

—Maldita Jessica —masculla mientras contempla los otros cubos repletos de bebidas.

—¡Emma! —se escucha una voz gritar por encima de todo el ruido. La chica de cabello castaño se gira hacia la voz y frunce aún más el ceño al ver cómo Jessica se acerca a nosotros.

Emma.

Saboreo el nombre y siento ganas de pronunciarlo en voz alta para poder sentir todas las letras en mis labios al decirlo.

—¡Me dijiste que aquí habría refrescos! —replica Emma cuando Jessica llega hasta nosotros.
—¿No hay? —dice con una falsa confusión—. Tendrás que probar por fin la cerveza, es toda una pena, al fin conocerás el verdadero sabor de la felicidad.
Emma suspira con fuerza y sus ojos vuelven a posarse sobre mí, provocando que Jessica por primera vez desde que ha llegado se percate de mi presencia.
—¿Qué haces tú aquí? —inquieta con desdén.
—Es un gusto volver a verte. —Sonrío con falsedad—. Tan amigable como te recordaba.
—No te acerques a ella —avisa a la vez que me señala con un dedo—. Como se te ocurra mirarla más de dos segundos seguidos te cortaré los huevos, ¿me has entendido bien, Ryan?
Suelto una sonora carcajada.
Emma nos mira confundida de uno a otro.
—¿Qué está pasando aquí? —pregunta.
—Jessica no sabe divertirse, solo eso.
La rubia agarra a su amiga del brazo y tira de ella.
—Vámonos, no merece la pena perder el tiempo con la gente como él.
Mi corazón se encoge ante sus palabras, pero me esfuerzo por hacer que en mi rostro no se note.
—¡Nos veremos pronto, Emma! —Alzo la voz para que la chica me escuche.
Emma se gira hacia mí y esboza una nerviosa sonrisa antes de seguir junto a su amiga.
Y mientras observo cómo se aleja, siento por primera vez la necesidad de ir detrás de alguien, de preguntar y saber más cuando nunca antes me han importado las vidas ajenas.
Y en este momento lo comprendo, si sigo mis impulsos, si me acerco a Emma para conocerla un poco más o simplemente para acostarme con ella, no habrá marcha atrás. Porque sin conocerla, sé que Emma es de esas chicas que dejan marca, que por mucho que quieras correr para alejarte de ella, no lo conseguirás, ya que su recuerdo siempre permanecerá junto a ti.
Y eso es muy peligroso, porque todo lo que me rodea tiende a desvanecerse.

6 de abril del 2022

Verla allí, a escasos metros de mí, provoca que reviva aquellos últimos meses que fueron los más felices y desdichado de mi vida. Hace que todo lo que llevo cinco años intentando dejar atrás consiga cazarme por fin.
Trago duro y me obligo a pestañear varias veces para asegurarme de que esto no es uno de los muchos sueños en los que ella tiene por costumbre visitarme.
Pero no es una alucinación, Emma, con su mirada de un gris tan oscuro que podría ser negro, me observa con odio. Con un odio que consigue sacarme todo el aire del cuerpo.
—Emma. —Su nombre se me escapa de los labios, haciendo que suene amplificado por los altavoces, provocando que las personas que se encuentran en este bar me observen con sorpresa.
Emma se pone nerviosa, y por fin aparta sus ojos de mí. Estoy seguro de que, si continuara mirándome con todo ese odio, habría salido corriendo del escenario y hubiese huido lejos, intentando escapar de su recuerdo.
Observo cómo da media vuelta y comienza a empujar a la gente que la rodea para hacerse camino hasta la puerta del local por la que desaparece.
—Tío, ¿está todo bien? —Travis apoya una de sus manos en mi hombro, haciendo que aparte la vista de la puerta cerrada y me enderece en el sitio.
—Sí, claro que sí —aseguro, tragando duro. Su mirada se ha clavado en mi interior y no consigo sacarla de mí—. ¿Empezamos?
Travis asiente poco convencido con la cabeza.

Beso mi púa y comienzo a tocar los primeros arpeggios de la canción, segundos después se me unen los demás, pero mis ojos se deslizan hasta el lugar por el que ella ha desaparecido y siento cómo la presión que suelo tener en el pecho vuelve con fuerza y las ganas de fumar aumentan. Comienzo a cantar, asegurándome de que ella no va a regresar a este cutre bar y no la veré nunca más.

Mi corazón se encoge ante ese pensamiento.



Emma.

Intento llenar mis pulmones de aire cuando el viento frío se estrella en mi rostro, pero es imposible. No consigo respirar.

Ryan está ahí dentro. Me ha mirado. Sabe que estoy aquí.

El dolor y la rabia que sentí hace cinco años está más fuerte que nunca, provocando que tenga miles de ganas de entrar a ese local y estrangular a Ryan con mis propias manos.

¿Por qué narices tuve que dejar de fumar?

Me paso las manos por la cabeza, echando el cabello hacia atrás mientras soy incapaz de mantenerme quieta.

Es imposible, eran nulas las probabilidades de encontrarme con él aquí. ¡Joder! Si ni siquiera sabía hablar francés. ¿Qué narices hace viviendo en París?

Unos chicos salen del interior del bar entre risas, uno de ellos se enciende un cigarrillo y a pesar de que llevo dos meses sin probar calada, me acerco a ellos, cambiando mi expresión por una amigable y esbozando una sonrisa.

—¿Tenéis un cigarrillo para mí? —pregunto, moviendo con nerviosismo uno de mis pies.

—Claro, cielo —responde el que tiene el cigarrillo entre los labios. Agarra el paquete de tabaco del bolsillo de su abrigo y saca un cigarro para mí.

—Gracias —respondo cuando me llevo el cigarrillo a los labios y lo enciendo con el mechero que me deja prestado. Tomo una fuerte calada, haciendo que el humo me queme la garganta y me transmita una falsa sensación de tranquilidad.

Puedo escuchar su voz desde aquí, cantando mientras le acompañan los instrumentos de su banda.

Quiero correr lejos, alejarme lo máximo posible de este bar y dejar de escuchar su voz. Quiero bloquear todos los recuerdos que están comenzando a aparecer en mi mente, llevándome a un momento de mi vida en el que sentí que había encontrado la plenitud. Qué equivocada estaba, tan solo era una cría creyendo las palabras de un embaucador.

—Pensaba que ya no fumabas —comenta una voz que reconozco al instante como la de Ethan.

Me giro hacia él y le doy una última calada al cigarro, veo cómo este se consume llegando hasta el filtro. Lo tiro al suelo y lo piso con el pie para apagarlo.

—Y lo he dejado —digo, desviando la mirada del chico, posándola en la larga calle, viendo a la

gente entrar y salir de otros locales que hay.

—Pues el cigarro que te acabas de fumar dice lo contrario —replica, apoyándose en la pared a mi lado.

Recuesto mi cabeza en su hombro mientras suelto un suspiro lastimero.

—Uno al año no hace daño.

A Ethan se le escapa una baja carcajada.

—¿Quieres contarme qué ha pasado ahí dentro? —pregunta con suavidad.

Mi cuerpo se tensa al instante, el recuerdo de mi nombre brotando de sus labios retumba en mi mente.

—No, ahora no quiero hablar de ello —respondo.

—Jessica me ha dicho que necesitabas espacio, pero has salido como si acabases de ver al diablo y... No sé, no quería que estuvieses sola. Espero no haberte incomodado.

Separo la cabeza de su hombro y esbozo una pequeña sonrisa.

—Tú nunca me incomodas, tonto. —Le doy flojo en el brazo mientras niego con la cabeza—. Pero estoy bien, no ha sido nada. Solo necesitaba tomar un poco de aire.

Ethan me mira con el ceño fruncido, sin creer en lo que acabo de decir, pero asiente con la cabeza sabiendo que agobiarme para que hable no ayudará en nada.

Ethan se convirtió en uno de mis puntos de apoyo cuando llegué a París, sus sonrisas fáciles y la gracia con la que hacía que todas mis preocupaciones se desvaneciesen, hizo que se convirtiera en uno de mis mejores amigos. Y él, aparte de Jessica, sabe toda mi historia con Ryan, aunque no sabe su nombre y tampoco sabe que el chico que destrozó mi corazón se encuentra dentro del local cantando en la misma banda en la que está su hermano pequeño.

—¿Quieres que te presente a mi hermano? —pregunta esbozando una sonrisa e intentando borrar mis pensamientos—. Le he hablado mucho de ti.

Sí, quiero conocer a su hermano, durante los años que llevamos siendo amigos me ha contado miles de anécdotas de la infancia que compartieron. Lo mal que lo pasó cuando sus padres se divorciaron y Travis decidió irse a vivir a otra ciudad con su madre. Pero entrar a conocer a su hermano, es volver a ver a Ryan y no sé si tengo las fuerzas suficientes para enfrentarme a él.

—Seguro que le gustará conocerte —añade, notando mi indecisión.

—Está bien —suspiro.

—Genial. —Sonríe enseñando su perfecta dentadura—. Vamos, ya han terminado de tocar por hoy.

Asiento con la cabeza y me separo de la pared, colocándome la falda vaquera que llevo puesta y la blusa negra en su lugar.

El escenario está vacío, de los altavoces salen las fuertes voces de una canción que no logro reconocer, mientras que la masa de personas se mueve al son de la música. Ethan empuja algunos cuerpos para hacer hueco y así poder pasar.

Mis ojos, en contra de mi voluntad, le buscan.

Y le encuentro.

La banda entera está en una esquina del bar donde la masa de cuerpos bailando no los molesta, junto a ellos puedo distinguir a Sophie que habla con el que supongo que es el hermano de Ethan. Jessica se encuentra cruzada de brazos y desde aquí puedo percatarme de cómo está matando lentamente con la mirada a Ryan.

Trago duro, sintiendo los latidos de mi corazón acelerarse, la ansiedad se apodera de mi cuerpo.

Llegamos hasta ellos, estoy en completa tensión, con la vista clavada en cualquier lugar que no sea él.

—¿Tan mal lo hemos hecho que has tenido que salir corriendo? —pregunta una voz.

Alzo los ojos y me encuentro con una mirada del color del whisky.

—Emma, este es Travis, mi hermano pequeño —dice Ethan.

Me fuerzo a hacer aparecer una sonrisa en mi rostro.

—Hola, Travis. Ethan me ha hablado mucho de ti —le digo, intentando camuflar lo mejor posible mi nerviosismo.

—Espero que solo cosas buenas —comenta con una sonrisa coqueta—, no me gustaría que manchase mi reputación frente a chicas bonitas.

Ruedo los ojos y niego con la cabeza.

—Viene de familia la coquetería, por lo que veo —digo mirando de Ethan a Travis, ambos son muy similares.

Mi amigo es un par de centímetros más alto que su hermano, comparten el mismo cabello rubio, aunque Ethan lo lleva corto y perfectamente peinado, mientras que Travis lo lleva más largo y colocado de cualquier manera. Comparten la misma forma de la cara, aunque la nariz de Travis es más recta que la de Ethan, ya que la de este último está un poco desviada. La diferencia más notable entre ambos es el color de ojos. Los de Ethan son azules como el cielo en un día despejado, mientras que los de su hermano menor son del mismo tono que el whisky viejo.

—Los Roux venimos al mundo a dejar marca —ríe Travis con una sonrisa pícaro mientras se encoge de hombros—. He presentado mi banda a tus amigas cuando estabas fuera.

Hace un gesto hacia el chico que había visto detrás de la batería y que tiene el cabello teñido de azul eléctrico.

—Él es Enzo, nuestro baterista de confianza. —El aludido que sigue llevando las baquetas de la batería, me saluda con una de ellas. Travis señala a un chico de cabello oscuro y largo hasta los hombros—. Adam, el bajista. —Inclina la cabeza—. Irina, toca el teclado como si hubiese nacido para ello. —La chica me recorre con la mirada y fuerza una sonrisa—. Y Ryan, aunque por lo que he podido comprobar, ya os conocéis.

Mi cuerpo se tensa y mis ojos se posan sobre él.

Su mirada verde como la hierba de una pradera en un día de verano está sobre mí, su vista parece carente de emoción, pero le conozco y sé que es una máscara que se ha puesto para que nadie pueda detectar lo que está sintiendo. Sus labios son una tensa línea, tan apretados que son casi blancos.

—Sí, nos conocimos hace unos años —dice. Mi corazón se acelera y le odio por eso, por acelerarse al escucharle hablar, aunque no sea en el mismo idioma que nosotros solíamos usar para comunicarnos.

Las noches llorando, mirando la pantalla de mi teléfono aparecen en mi mente. La desesperación mientras marcaba un número que acabé aprendiéndome de memoria, esperando escuchar su voz al otro lado, pero que nunca sonó.

El día que cogí mi coche hasta su ciudad para buscarle y no encontrarle.

El dolor rebota contra todo mi ser.

—¿De verdad? —inquire Sophie, abriendo los ojos como platos—. Pero ellas llegaron a París hace cinco años y vosotros el mes pasado.

—Nos conocíamos de antes de venir a Francia —replica Jessica.

—Eso es lo que yo llamo una coincidencia —comenta Enzo, dando vueltas a las baquetas de entre sus dedos—. ¿Entonces no sois de aquí ninguna de las dos?

—No, ambas nos criamos en Portland —explico. Desvío la mirada hacia Jessica, una súplica silenciosa para salir de allí. Mi mejor amiga lo comprende al instante.

—Ha sido un placer conocerlos a todos —comienza a decir y posa sus ojos sobre Ryan—, pero no volver a verte —dice con lengua afilada. El chico de mirada verdosa se tensa y esboza una media sonrisa en su dirección.

—Tan agradable como siempre, Jessica —dice con juguetería.

Mi mejor amiga le dedica un gesto obsceno.

—Pero mañana tengo que trabajar y debería dormir, aunque sean cinco horas antes de levantarme —sigue diciendo—. Y como me siento responsable de que mi mejor amiga no muera de intoxicación por las bebidas de este bar, me la llevo conmigo.

Una pequeña risa escapa de mis labios.

—Sí, es mejor no probar lo que venden aquí —asiente con la cabeza Adam, echando una mala mirada hacia el vaso que sostiene.

Jessica y yo nos despedimos de todos ellos, la agarro de la mano y tiro de ella hasta que salimos fuera del local.

—¿Estás bien? —pregunta con preocupación cuando mis pasos se vuelven rápidos para llegar hasta su coche lo antes posible.

—No —respondo con sinceridad—. Joder, no. No debería estar aquí, no tendría que haberle vuelto a ver nunca más.

—Las probabilidades eran nulas... —murmura Jessica cuando nos adentramos en la calle sacada de una película llena de asesinatos y en la que se encuentra su coche—. No dejes que su vuelta te desestabilice, no ahora que por fin le habías echado de tu vida.

Me ha costado hacerlo, me he pasado años mirando mi teléfono, esperando una llamada de él. Volviendo a casa y esperando que mis padres me dijese que él había ido a buscarme. Pero nada llegaba, y un día, después de estar toda la noche llorando, me levanté de la cama, me limpié las lágrimas y me miré en el espejo.

Me vi con el cabello revuelto, los ojos hinchados y rojos, la nariz moqueando y los labios temblando por contener un nuevo sollozo. Y dije: hasta aquí, Emma. Ya basta de llorar por alguien que nunca te quiso, por perder los mejores años de tu vida esperando que aparezca un fantasma. Es el momento de continuar, te has cambiado de país, has hecho amigos, tienes una nueva vida y es hora de que empieces a disfrutar de ella.

Ese día congelé los restos de mi corazón porque nadie más iba a volver a introducirse en su interior para destruirlo, nadie más me iba a hacer vulnerable.

Después, no volví a llorar por él, no me permití pensar en él. Ese día murió Ryan Wells para mí y empezó mi nueva vida.

Pero él ha vuelto y todo lo que he conseguido en este tiempo ha comenzado a tambalearse y no voy a permitir que vuelva a destruirme. Ryan conoció a una Emma dulce y tranquila, pero ya no queda nada de esa Emma y Ryan no quiere conocer a la persona que me obligó a convertirme.

—No lo hará —aseguro, volviendo a enterrar muy hondo todas las emociones que han conseguido salir con su vuelta.



Ryan.

Quiero correr tras ella, frenar sus pasos acelerados y agarrar su rostro para obligarla a mirarme, aunque solo reciba ese odio de su parte. Necesito tocarla, asegurarme de que es real.

Necesito tan solo un segundo más con ella, poder explicarle, aunque sea una pequeña parte de lo que pasó, de por qué me fui.

—¿Qué ha sido todo eso? —inquire Travis mientras posa una de sus manos en mi hombro.

—Nada. —Me aparto con brusquedad de su toque y me encamino hacia la barra, ahora vacía, como si todas las personas del lugar ya hubiesen comprobado que las bebidas que venden allí no son bebibles.

El camarero me mira y se acerca hasta mí cuando me siento en el taburete.

—Dame lo más fuerte que tengas.

—¿Una mala noche?

Asiento con la cabeza.

Una mierda de noche, desde el principio he sabido que venir a tocar a este cutre bar era mala idea.

Me bebo el contenido del vaso de un solo trago, sin ser capaz de saber qué es el líquido que me estoy metiendo en el cuerpo, pero es fuerte y con eso me vale en este momento.

Alguien arrastra el taburete que hay a mi lado y lo acerca a mí antes de sentarse en él.

—No me gusta verte con el ceño fruncido —comenta con una dulce voz Irina, apoyando una de sus manos sobre mi muslo—. Estás mucho más guapo cuando sonríes.

Alzo la mirada del vaso y la poso en ella. Irina es preciosa y sexy. Preocupándose de su aspecto, de mantener su cabello bien cuidado, las uñas siempre hechas y el cuerpo en perfecto estado físico. La ropa que usa es provocativa, como todo en ella, su mirada, la curvatura de sus labios al hablar, la forma delicada que tiene de mover sus largos dedos sobre mi muslo.

—No es nada —aseguro dedicándole una media sonrisa que hace que sus mejillas se sonrojen al instante, y sus ojos adquieran un brillo salvaje.

Sube su mano por mi muslo.

—Sea lo que sea que te está preocupando —comienza a decir, me pierdo en el movimiento de sus labios pintados de granate—. Sabes que yo siempre consigo hacerte olvidar todo el remolino de pensamientos de tu mente.

Su mano llega hasta mi entrepierna, se inclina hacia delante para dejarme una perfecta vista de su profundo escote.

Mi miembro se endurece cuando su mano me lo aprieta.

—Podemos terminar eso que tenemos pendiente —murmura, acercando sus labios a los míos.

Una distracción, eso es lo que necesito. Borrar a Emma de mi cabeza, hacerla desaparecer.

La agarro de la nuca y estrello mis labios contra los suyos, en un beso salvaje, tomando el completo control. Irina gime, haciendo que mi erección se apriete contra los pantalones.

Sus manos se enredan en mi cabello, sus dientes muerden con fuerza mi labio inferior arrancándome un gruñido lleno de lujuria.

Me levanto del taburete, rompiendo el beso y agarrándola de la mano. Irina esboza una sonrisa cómplice cuando tiro de ella hasta los baños del local. Cierro la puerta con pestillo y estrello su espalda contra ella. Mis labios besan su cuello y mordisquean el lóbulo de su oreja, haciendo que la chica comience a temblar contra mí.

Nos dejamos llevar por nuestros deseos más salvajes, donde mi mente desconecta y consigo evadirme. Dormir mis demonios, alejar esos ojos del color de un día de tormenta. Tan solo pienso en el ahora, en la chica que gime bajito mi nombre para que nadie nos escuche, en cómo se aferra a mis hombros. Pero, sin previo aviso, cuando poso mi mirada en Irina, no es su rostro el que veo; si no el de Emma, con los ojos entrecerrados y es su voz la que dice en susurros mi nombre.

Sin poderlo evitar, me corro con la imagen de otra persona muy diferente a la que tengo justo delante de mí.

Sigo moviéndome hasta que Irina llega al orgasmo gritando mi nombre.

Salgo de ella con rapidez y la dejo en el suelo. Me quito de un tirón el preservativo y lo lanzo a una papelera para colocarme a continuación los pantalones.

Camino hasta el lavabo, abro el grifo y me echo agua fría en el rostro.

¿Qué acaba de pasar?

Trago duro, sintiendo la culpabilidad invadir mi cuerpo.

No tendría que haber pensado en ella, no quería hacerlo. No mientras me acostaba con otra persona.

Una pequeña mano se apoya en mi antebrazo.

—¿Va todo bien, Ryan? ¿Hice algo mal? —inquire con nerviosismo la pelirroja.

Cierro el grifo y me seco el rostro con la manga de la camiseta que llevo puesta.

—¿Qué podrías haber hecho mal? —pregunto, y niego con la cabeza—. No has hecho nada.

—¿Por qué te has alejado con tanta rapidez? —inquire desconcertada, colocándose el vestido rojo que lleva puesto.

«Porque mientras te follaba pensaba en otra, porque me he corrido con la imagen de otro rostro en la mente a pesar de estarte mirando a ti».

—¿Qué querías que hiciese? —digo con brusquedad, sintiéndome agobiado por su pregunta—. Solo hemos follado, nada más.

Irina traga duro, sus ojos se cristalizan y su rostro se llena de decepción.

—Ya, ya sé que tú solo has hecho eso conmigo —replica, y se gira hacia la puerta—. Espero haber sido una buena distracción para ti.

Escucho el portazo que da cuando sale del diminuto cuarto de baño.

—¡Joder! —grito antes de estrellar el puño contra la pared. El dolor me atraviesa al instante los nudillos—. Joder.

3

Métete tus disculpas por donde te quepan

Emma.

Miro la bandeja de entrada del correo electrónico, la mayoría de mensajes que encuentro son spam y algunas notificaciones de mis redes sociales que ya he visto. Nada importante.

Desde hace tres días se me ha vuelto por costumbre entrar al correo electrónico en busca de algún mensaje nuevo, a pesar de que sé de sobra que la editorial ha recibido miles de manuscritos y todavía tardarán un tiempo en leer todo.

Suelto un fuerte suspiro, bloqueando la pantalla de mi teléfono y lo dejo sobre la mesita roja de *La rotonde*, una de las cafeterías más turísticas de París. Desde que llegué a esta ciudad he tenido por costumbre venir aquí siempre que tengo un poco de tiempo libre a degustar el delicioso sabor del café que hacen, pero principalmente porque este lugar me inspira para escribir.

En la cafetería se sientan centenares de personas al día, por delante de ella pasan miles y a mí me sirve para inspirarme. Desde hace años vengo aquí con una libreta y un bolígrafo y mientras tomo mi café observo a la gente pasar, veo a las parejas e imagino la vida que comparten. A dónde irán las personas que caminan con paso apurado, qué escucharán las que van con los cascos puestos mientras mecen la cabeza al son de la música.

Cuando me siento aquí, consigo alejarme de mi vida y la inspiración comienza a llegar de golpe, haciéndome escribir todas las ideas nuevas en la libreta.

Pero desde hace tres días no consigo apuntar nada en mi libreta, tan solo veo personas normales caminando frente a mí. Siendo incapaz de imaginar qué historia pueda acompañarlos. Sin poder inspirarme.

Porque desde hace tres días, cada vez que he intentado sentarme a escribir, he estado a punto de convertir al personaje masculino en una versión de Ryan, haciendo sufrir a la protagonista sin que ella comprenda qué está pasando.

Cierro la libreta y le doy un trago al café, ahora frío. Miro la hora en mi teléfono móvil y suelto una palabrota al ver que ya voy tarde al trabajo. Me bebo el contenido de la taza de un trago, dejo algo de propina sobre la mesa y agarro mis cosas mientras me levanto a toda prisa.

Por lo menos tengo la parada del metro a unos pocos pasos de la cafetería.

Odio mi trabajo, lo odio más de lo que he podido odiar alguna vez algo. Estuve cuatro años estudiando periodismo, sacando las mejores notas de la clase, hice las prácticas en una revista prestigiosa de París y cuando terminé la carrera, a las pocas semanas me llamaron para contratarme. Todo parecía un sueño, mi vida estaba dando un cambio completo. Pasé de no tener apenas dinero a final de mes, a tener la cuenta bancaria llena, poder comprarme todo lo que quería, salir a cenar con mis amigos y permitirme invitarles. Pero lo mejor de todo, era que

amaba mi trabajo, me levantaba por las mañanas con energía para ir a trabajar, me llevaba bien con todos mi compañeros...

Era el empleo de mis sueños.

Hasta que hace cuatro meses la revista se vio envuelta en un escándalo y comenzó a perder dinero y por culpa de ello, tuvieron que prescindir de un gran número de trabajadores, entre los estuve yo.

Durante dos meses estuve sin encontrar nada en lo que trabajar, los ahorros que había conseguido comenzaron a bajar porque, aunque me hubiese quedado sin trabajo, aún tenía que pagar un alquiler, comida, transporte... Y cuando estaba replanteándome tener que volver a Estados Unidos con mis padres, conseguí trabajo.

Pasé de ser periodista en una buena revista a camarera de uno de los restaurantes a los que solía salir a cenar sin que me importase el precio que pusiese en la carta.

Durante algunos veranos, cuando era adolescente, había trabajado como camarera para poder pagarme mis caprichos sin tener que depender de mis padres, por lo que ya tenía experiencia en el oficio. Pero nunca me había tocado trabajar bajo tanta presión, jamás había tenido unos compañeros que intentasen pisotearte y unos jefes a los que no les importase lo más mínimo.

Dos meses llevaba allí, sintiendo cómo me amargaba cada vez que giraba la esquina de la transitada calle para introducirme en mi lugar de trabajo lleno de víboras.

Corro por el metro y consigo entrar antes de que las puertas se cierren. Me siento en un hueco libre al lado de una chica que lee en su e-book y un chico que juega con el teléfono móvil.

Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos mientras el metro avanza, haciendo que el vagón se tambalee cada vez que toma una curva.

Después de cuatro paradas, bajo del tren y me encamino a paso rápido hasta la salida, esquivando a las personas que van demasiado lento o a los turistas que no saben qué dirección tomar.

Cuando consigo llegar hasta la superficie, veo que tan solo quedan siete minutos para que comience mi turno. Desde aquí tardo diez en llegar al restaurante.

Echo a correr lo más rápido que me lo permiten las piernas, esquivando a los transeúntes que me rodean, sin importarme las miradas divertidas que me echan algunas personas.

Mi respiración se dificulta por culpa de la carrera y en este momento maldigo la cantidad de veces que he rechazado las ofertas de Jessica para acompañarla a correr con *Apolo* a primera hora de la mañana.

Pero ¿quién narices corre a las seis de la mañana cuando no te acuerdas ni de tu propio nombre?

Llego a la puerta de atrás del restaurante tres minutos antes y apoyo la espalda en la pared de piedra, llenando mis pulmones con rápidos jadeos.

Me limpio el sudor del rostro, me aliso la ropa y me recojo el largo cabello oscuro en una alta coleta de caballo para que no me moleste el pelo a la hora de trabajar.

Cuando mi respiración se ha controlado, coloco en mis labios la sonrisa más falsa que jamás me he visto obligada a enseñar y entro en el local. Me cruzo con varios compañeros que lanzan miradas cansadas y continúo caminando hasta llegar a los vestuarios donde dejo mis cosas en la taquilla que me asignaron el primer día, me cambio el jersey rosa pastel que llevo puesto por la impoluta camisa blanca. Me coloco el mandil y salgo de los vestuarios para ir hasta la barra, lugar que a pesar de que todavía quedan algunas horas para la comida, ya es un constante movimiento de camareros, sacando bebidas sin parar.

—Llegas dos minutos tarde, Campbell —dice con frialdad Claire, una de las encargadas del restaurante. Una mujer que rondará los treinta años, pero que por culpa de la expresión de amargura que tiene en el rostro, no aparenta tener menos de cuarenta y muchos—. Este lugar no

quiere a impresentables que no son capaces de entrar a su hora de trabajo, la próxima vez que suceda te descontaremos un día entero de tu salario.

—No volverá a pasar —aseguro, agarrando una de las redondeadas bandejas.

—De eso nada, deja eso en su sitio —replica mientras niega con la cabeza.

Me pongo en tensión cuando veo la sonrisa divertida en su rostro.

—Alguien ha defecado en el cuarto de baño y ha manchado el cubículo, ve a limpiarlo.

Me muerdo la lengua para no decir nada, porque necesito el trabajo. No me puedo permitir volver a quedarme sin ingresos. Así que me trago mi orgullo y voy hasta el cuarto de limpieza a por los productos necesarios antes de encaminarme al baño para limpiar lo manchado.

Al abrir la puerta un horrible olor me impacta en el rostro haciendo que me venga una arcada.

Cierro los ojos.

No puedo dejar el trabajo. Si quiero vivir en París, debo hacer esfuerzos que jamás pensé que tendría que hacer.

Cierro la puerta del baño detrás de mí antes de ponerme manos a la obra.



—Imbéciles —murmuro cuando salgo del restaurante.

El día que consiga encontrar otro trabajo, sin importar cuál sea, no lo voy a pensar dos veces antes de venir y dimitir.

Me introduzco en la boca del metro, bajando los escalones de dos en dos.

Al llegar a París podría haber hecho como Jessica, pasar un par de meses ahorrando y comprarme un coche de segunda mano y así poder moverme con facilidad por la ciudad, pero París está llena de paradas de autobús y metro. Puede que con el transporte público tarde más en llegar hasta mi destino, pero sin duda, me ahorro mucho dinero al final de mes.

Cuando llego al andén, el metro acaba de parar y me introduzco en él. Un vistazo rápido por todo el lugar me deja saber que no hay ningún asiento libre, por lo que me acabo agarrando a una de las barras.

No quiero volver a casa, no después de la mierda de día que he tenido. Necesito salir a tomar el aire, sabiendo que, si vuelvo ahora a casa, con el cabreo que tengo por haber tenido que pasarme la mayor parte de la tarde en los cuartos de baño, limpiándolos por llegar tan solo con dos minutos de retraso a mi puesto, voy a agobiarme. Y, además, en la soledad de mi habitación suelen aparecer en mi mente unos ojos verdes que durante un tiempo amé y que ahora son un recordatorio de todo lo que sufrí. De que una bonita cara siempre trae problemas, y no quiero pensar en él.

Al bajarme del metro, camino por un par de calles hasta que diviso la pequeña librería de segunda mano, tanto desde el exterior como en el interior, tiene aspecto *vintage*.

Poder introducirme entre estanterías llenas de libros siempre me dará mil años de vida. Conseguirá que todas mis preocupaciones desaparezcan durante el tiempo que mantenga el libro abierto entre mis manos, dándome pase directo a un mundo mejor donde no tengo que preocuparme de mi propia vida.

Al abrir la puerta, suena la pequeña campanita que hay puesta sobre esta y que sirve para avisar a la dependienta de que hay un nuevo cliente.

Un rostro conocido me da la bienvenida. Con el cabello castaño claro recogido en una trenza de raíz, los ojos grises iluminados al reconocermela, esboza una pequeña sonrisa que provoca que el lunar que tiene sobre el labio se estire.

—¡Emma! —exclama Sophie desde detrás del mostrador, dejando el libro de cuentas a un lado para acercarse a mí—. ¿Qué haces por aquí?

Me da un abrazo rápido antes de coger el cartel que cuelga en la puerta y que pone abierto, para darle la vuelta y que los próximos clientes sepan que la librería ha cerrado.

—¿Cierras? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Quedan quince minutos para el cierre. —Se encoge de hombros—. Así nadie nos molestará.

—¿A tu jefa le parece bien? —pregunto mientras me acerco a una de las estanterías donde están puestos los últimos libros que han llegado.

—Mi jefa ni siquiera se acuerda de que tiene esta librería en una pequeña calle de París, seguro que está muy ocupada bebiendo el vino más caro en una tumbona en su gigantesca casa en algún país paradisíaco.

Sonrío negando con la cabeza mientras agarro y dejo diversos libros, leyendo por encima la sinopsis para saber de qué tratan.

—¿Un día duro en el trabajo? —pregunta mi amiga mientras apoya uno de sus hombros en la estantería en la que me encuentro observando libros.

—¿Por qué lo dices? —inquiero, apartando la mirada de la novela romántica que tengo en las manos. Poso los ojos en unos similares a los míos, aunque los suyos son varios tonos más claros, del gris de un día nublado, pero de buen tiempo.

—No sueles venir tan tarde aquí —comenta—, solo lo haces en tus días libres, pero vienes después de trabajar cuando has tenido un día de mierda y así poder evadirte entre libros.

—Si por mí fuera dejaba el trabajo ahora mismo y no volvería a pisar ese maldito restaurante en toda mi vida —refunfuño, apartándome de la estantería de novedades para acercarme a la de fantasía.

Contemplo los libros, y no puedo evitar imaginar lo que sería ver entre ellos el mío, con una hermosa portada que haga que todo el mundo quiera agarrarlo para ver de qué trata.

Suelto un suspiro mientras niego con la cabeza, es mejor dejar de soñar y mantener los pies en tierra, así si algún día tienes que meterte una hostia, la caída será menos dura que si te has subido a las nubes.

—Pues hazlo, ya sabes que en París hay miles de oportunidades —dice esbozando una sonrisa cuando su móvil suena, lo agarra y comienza a teclear en él.

Ojalá yo tuviese la misma facilidad que ella para encontrar trabajo, al cabo de un año, ha podido cambiar de empleo más de quince veces y nunca pasa más de unas pocas semanas en casa sin encontrar un trabajo que le guste.

Sophie no tiene claro a qué se quiere dedicar, no sabe quién quiere ser y por eso, unos años atrás, dejó la carrera de empresariales y empezó a trabajar de lo primero que encontró. Desde entonces ha hecho miles de cursos de todo tipo y cambiado de empleo más que de ropa interior. No sabe a qué quiere dedicar el resto de su vida, pero por lo menos está disfrutando de sus mejores años sin preocupaciones. Hay veces en las que me gustaría ser un poco más como ella y un poco menos como yo.

—¿Un nuevo amor? —pregunto cuando veo cómo le brillan los ojos mientras escribe desde su móvil.

—Sí —dice ilusionada, posando su mirada en mí—. Creo que es el definitivo, que me he pasado toda la vida esperando a que llegase a mi vida.

Siento pena por ella porque sé que el día que se enamore de verdad, el día que sí que encuentre a una persona que consiga que su corazón se acelere tanto que piense que se le va a salir del pecho, le hará daño. Y yo tendré que estar a su lado para sostenerla y callarme todas las veces que le he dicho que no debe entregar tanto de ella en una relación porque cuando la otra persona se marche, la dejará vacía, sin un rumbo fijo en la vida.

Pero no puedo decir nada, no cuando se la ve tan feliz y emocionada.

—¿Y quién es? —digo, en cambio, mientras me cruzo de brazos.

—Bueno... —Sus mejillas se sonrojan cuando guarda su móvil en el bolsillo del pantalón—. Si te lo digo no se lo puedes decir a nadie.

—No diré nada —aseguro, sintiendo la curiosidad crecer.

—¿Te acuerdas del hermano de Ethan, el que tocó el otro día en aquel cutre bar, casa de las ratas? —asiento con la cabeza, borrando la sonrisa de mi rostro cuando la imagen de otro miembro de la banda de música aparece en mi mente—. Pues después de que Jess y tú os fueseis, comenzamos a hablar y no sé, creo que congeniamos y desde entonces mensajeamos todos los días.

—Vaya... ¿Ethan no sabe nada?

Niega con la cabeza mientras echa a caminar hacia el mostrador para recoger todo lo que tiene por allí.

—No y de momento no quiero que lo sepa. Se enfadaría si sabe que estoy con su hermano pequeño, y más cuando mis últimas relaciones no han tenido un camino demasiado largo —suspira con pesar—. Cuando estemos listos se lo diremos, puede que unos días antes de la boda. Suelto una sonora carcajada.

—¿Os habéis visto siquiera después de ese día?

—No, pero ya presiento que es el indicado, aunque bueno... Primero debo probarle en la cama. Si es aburrido o no lo hace bien o... —Sus ojos se abren como platos—. ¿Y si tiene micropene? Bueno, todavía no sé si es el indicado, no hasta que me lo haya tirado. Después decidiré, pero de momento parece que sí.

Río por lo bajo y espero en el mostrador mientras va a la tras tienda a por sus cosas.

—¿Te apetece ir a tomar algo? Cerca de aquí hay un bar en el que tienen unas cervezas irlandesas que están de muerte —dice cuando vuelve, con una chaqueta de lana puesta y el bolso colgado del hombro.

—Si hay cerveza, entonces voy —digo, recordando cuando años atrás me negaba a probar la deliciosa bebida.

Salimos de la tienda y Sophie cierra antes de que echemos a caminar calle abajo para ir al bar. El cielo ya se ha oscurecido y una suave brisa se ha levantado.

Reconozco al instante el bar del que Sophie me ha hablado por su fachada de color verde, con tréboles de cuatro hojas. Al introducirnos en el interior, la iluminación es tenue con música de fondo. Una larga barra adorna todo el lugar con decenas de taburetes en ella y un par de mesas altas en varios lugares esparcidas por el local. Las paredes están repletas de fotografías de Irlanda.

—Es pequeño, pero está bien —comenta Sophie mientras nos encaminamos a una de las mesas vacías—. Lo conocí gracias al chico con el que estuve y que le gustaba hacerlo mientras gritaba frases de anime.

—Le recuerdo —comento, recordando todos los detalles no deseados que Sophie nos daba a

Jessica, Julie y a mí de su vida sexual—. ¿Qué fue de él?

—Le conté que le había mentado cuando le dije que me gustaba el anime. No veas cómo se puso, me dejó al instante y se fue indignado.

Río negando con la cabeza, al instante Sophie se me une.

—Era bueno en la cama, pero que me gritase cosas en japonés, me cortaba un poco el rollo, ¿sabes? Ni siquiera sabía lo que decía, aunque se le marcaba una vena en el cuello, que... —suelta un sonoro suspiro y se abanica con dramatismo—. Mejor será que deje de recordar nuestros encuentros sexuales, si no acabaré cachonda.

—Estás loca, Sophie —suspiro con diversión.

—Me gusta exprimir mi vida al máximo. —Se encoge de hombros—. Voy a ir a por esas cervezas, ¿quieres la misma que yo?

Asiento con la cabeza y mientras se marcha a la barra a pedir las, agarro mi teléfono y veo que tengo una llamada perdida de mi madre.

Al instante la culpabilidad me invade por no haber puesto el móvil con sonido al salir del restaurante. Hace cuatro meses que no veo a mi familia y por culpa de la diferencia horaria, el poder hablar con ellos es muy difícil. A pesar de que amo París y creo haber encontrado aquí mi lugar, no puedo parar de añorar todo aquello que dejé atrás hace cinco años.

Escribo un mensaje rápido a mi madre diciéndole que la llamaré mañana sin falta y antes de guardar el móvil tecleo otro mensaje a Jessica para avisarla de que llegaré más tarde a casa y así evitar que se preocupe.

—¡Aquí están las mejores cervezas que probarás nunca! —exclama Sophie cuando deja dos jarras gigantes sobre la mesa.

—Joder, Sophie. ¿Quieres que vuelva a casa haciendo esos por el camino? —inquiero mientras observo la jarra que puede ser perfectamente del tamaño de mi cabeza, el líquido del interior tiene un color negro rojizo y posee una abundante capa de espuma.

—Vida solo hay una mi querida Emma —dice antes de dar un largo trago a su cerveza.

Suelto un suspiro y bebo del líquido amargo y con un sabor fuerte a tostado.

—¿Cómo está?

Le doy otro trago.

—El sabor es diferente a la que suelo tomar —comento, mientras me relamo la espuma que se me ha quedado en los labios—, pero está muy buena.

Sophie se da por satisfecha.

El tiempo transcurre y siento cómo la cerveza se me sube un poco, pero aun así me lo paso bien, escuchando las locuras de la chica que me acompaña esta noche para beber. Sin saber que su compañía está haciendo que no me desmorone en mi habitación.

En un momento, Sophie alza la mirada hacia la puerta y esboza una radiante sonrisa, sigo sus ojos y todo mi cuerpo se tensa al ver a las dos personas que acaban de entrar en el bar.

—¿Qué hacen ellos aquí? —pregunto con la voz entrecortada.

La sonrisa de Sophie se borra al instante y se gira para quedar frente a mí.

—Había quedado esta noche con Travis —comienza a explicar—, pero cuando te vi en la librería sabía que necesitabas salir, por lo que le dije que quedaría con él un poco más tarde.

Asiento con la cabeza, apretando con fuerza la mandíbula.

—¿Y por qué está Ryan con él?

Ella desvía la mirada para posarla donde se encuentran ambos chicos, apoyados en la barra, como si estuviesen esperando algún gesto de nosotras para acercarse hasta aquí.

—Porque... —comienza a decir con nerviosismo— el otro día me pude percatar de que entre

vosotros había pasado algo y ese algo no terminó bien, y he pensado que deberíais hablar y solucionar vuestras diferencias.

—¿Por qué has creído que deberíamos hacer eso?! —exclamo, conteniendo la voz para que nadie más se entere de nuestra conversación.

—Porque Em, tus ojos se llenan de rencor y odio al mirarle y tener todo eso en el interior marchita a las personas. No es bueno y no quiero que una de mis mejores amigas se sienta así. Sois adultos, seguro que conseguís un modo de volver a llevaros bien.

—No sabes nada de lo que pudo pasar entre nosotros —suelto con frialdad, haciendo que mi amiga se encoja en el sitio mientras recoge sus cosas de la mesa—. No deberías haber hecho algo así, no sin preguntarme a mí primero. ¿No te has parado a pensar que él pudo haberme hecho daño y no estoy preparada para afrontarlo?

—Eres fuerte, Emma. No hay nada a lo que no puedas enfrentarte —me asegura—. Ahora estás enfadada conmigo, pero cuando lo solucionéis, me darás las gracias.

Y sin dejarme replicar, se aleja de mí para acercarse hasta donde se encuentran Travis y Ryan. Observo cómo la pareja se saluda con un corto abrazo y se despiden del chico de ojos verdes antes de abandonar el local.

Por mis venas ha dejado de haber sangre para empezar a correr la más absoluta rabia.

Trago duro, siendo incapaz de apartar los ojos de él y me odio porque a pesar de los años, Ryan sigue provocando el mismo efecto en mí. Haciendo que una vez que mi mirada se posa en él sea imposible de apartar, que todo mi cuerpo me grite que me acerque, que no le deje marchar.

Pero ya no soy una cría de diecisiete años.

Ya no voy a volver a caer ante él.

Cuando Ryan se decide a acercarse hasta mí, me coloco la chaqueta y recojo mi bolso de la mesa para largarme de allí.

No quiero, no puedo hablar con él.

No cuando el dolor aún sigue ahí dentro, intacto. Tan fuerte como lo fue el primer día que apareció en mi interior.

Ryan se interpone en mi camino, cortándome el paso.

—Emma, espera, por favor —dice, tragando duro. Sus ojos llenos de emociones buscan los míos, pero aparto la mirada.

Le esquivo y salgo del local, tomo una larga bocanada de aire, deseando por milésima vez no haber dejado de fumar.

—¿Emma! —Su voz me llama desde atrás y acelero el paso para que no pueda alcanzarme, a pesar de que sé que siempre ha sido rápido.

Ryan me agarra de la muñeca para darme la vuelta, consigo mantener el equilibrio y no chocar contra su pecho y me zafo de él.

—¿No vuelvas a tocarme! —grito, sintiendo la calidez de su tacto, donde sus dedos han rozado mi piel.

—Lo siento. —Se disculpa con rapidez mientras se pasa las manos por el cabello—. No te vayas, espera un segundo, por favor.

Una parte de mí se ablanda ante su súplica y el nerviosismo de su cuerpo que muy pocas veces deja ver, ante la necesidad que encuentro en esos ojos que miles de veces han conseguido acelerar mi corazón.

Pero ya no tengo diecisiete años, ya no confío en él.

Ya no voy a dejar que vuelva a hacerme daño.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar —digo con rabia contenida—. No somos nada, no

somos amigos, ni siquiera conocidos. Saliste una vez de mi vida, no intentes volver a entrar ahora.

Una expresión de arrepentimiento surca su rostro, pero no hace que la fortaleza de la que me estoy armando se tambalee.

—Mereces una disculpa por...

—Puedes meterte tus disculpas por donde te quepan, Ryan —espeto con frialdad—. No quiero nada que venga de ti.

—Emma... —súplica—. No hagas esto, no después de todo lo que pasamos.

La rabia fluye por mi interior, cegándome de odio y dolor.

—¿Qué no haga el qué? —replico—. ¡Te fuiste, Ryan! ¡Desapareciste sin despedirte siquiera! ¡Hasta hace tres días no sabía si estabas vivo o muerto!

Las lágrimas aparecen en mis ojos y uso todas mis fuerzas para que no escapen.

—No quería hacerte daño, nunca he querido que sufrieras.

—¿No? Pues es justo lo que conseguiste. Hiciste que todo lo de mi alrededor se desmoronase, me hiciste darme cuenta de que lo que vivimos fue una mentira, que nada de esos meses fue real.

—No digas eso, para mí nunca hubo nada más real que lo que tú y yo tuvimos. —Su voz está cargada de angustia.

Y quiero creerle, una parte de mí desea creer todo lo que dice, pero no puedo.

—No vas a volver a hacerme creer cosas que no son —replico, abrazándome a mí misma para contener el temblor que amenaza todo mi cuerpo—. Nada de aquello fue real y ahora, Ryan, desaparece de mi vida como hiciste una vez y déjame vivir tranquila.

Ve el dolor en sus ojos, pero no me importa.

Me doy la vuelta para irme, y esta vez Ryan no me sigue.

Mientras me alejo de él, aquel horrible día llega hasta mi mente, haciendo que la respiración se me entrecorte y el dolor vuelva a aparecer.

29 de mayo del 2017

No puedo dejar de ir de un lado para otro de mi habitación, el sol que entra por la ventana ilumina todo mi cuarto. Me paso con angustia las manos por el cabello e involuntariamente me muerdo la uña del dedo meñique.

Vuelvo a marcar su número.

Apagado.

Llevo cinco días sin saber de él, llamándole, mandándole mensajes y nada sucede.

Su móvil dejó de dar señal un día y no puedo comprender qué está pasando.

Hace dos semanas nos encontrábamos celebrando mi cumpleaños, haciendo planes para mudarme a Seattle e ir allí a la universidad y poder vivir más cerca el uno del otro, terminando con esta distancia que nos separa.

Pero ahora no me habla, no sé nada de él. ¿Y si le ha pasado algo? Sé que tenía problemas, que en los últimos meses ha cambiado, que su mirada se ha llenado de un miedo que no ha querido explicarme, que sus sonrisas han ido desapareciendo poco a poco y siempre parecía estar a un segundo de desmoronarse y no poder levantarse.

He intentado miles de veces saber qué le pasa y así ayudarle, hacer cualquier cosa por él con tal de volver a ver luz en su mirada.

Le mando un audio por WhatsApp.

—Hola, otra vez —comienzo a decir con la voz temblorosa—. Llevas cinco días sin dar señales de vida y estoy preocupada. No sé qué está pasando, no sé por qué no respondes a mis llamadas

o mensajes.

Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos mientras la desesperación se apodera de mi cuerpo. —Todo iba bien, ¿no? Estábamos bien, no dejabas de decirme lo mucho que me quieres, lo feliz que te sentías por haber aparecido en tu vida... —Me muerdo tan fuerte el labio inferior que siento el escozor al hacerme un pequeño corte en él, al instante el sabor metálico de la sangre inunda mis papilas gustativas—. Si te has agobiado por lo de mudarme a Seattle para la universidad, podemos hablarlo, puedo quedarme en Portland, así no te sentirás agobiado por estar allí, o ni siquiera tenemos que buscar un piso para los dos, podemos vivir cada uno en un lugar y vernos de vez en cuando. Si eso es lo que te preocupa, hablemos las cosas, Ryan, pero no me apartes. No me dejes de lado.

Mi voz se convierte en sollozos, por lo que envío así el audio.

Durante todo el día espero que me llegue un mensaje, una llamada de él, cualquier cosa, o por lo menos ver que se ha conectado a WhatsApp para saber que está bien, pero su última conexión se mantiene en la fecha de hace cinco días.

Al día siguiente ya no aguanto más y en vez de conducir mi coche hacia el instituto donde me espera Jessica para entrar juntas a clase, guio mi vehículo hasta la autopista en dirección hacia Seattle.

No sé si mi comportamiento es excesivo, si he perdido la cordura y mis actos se puedan considerar obsesivos. Pero no aguanto más con esta angustia, no soporto el dolor. No quiero creer las palabras que me dijo Jessica la noche anterior cuando la llamé llorando.

«Te avisé desde el primer día, Ryan te iba a hacer daño. Se iba a divertir contigo y cuando se cansase de ti te iba a dejar. Siempre es lo mismo, no le importa nadie.»

Me niego a pensar que mi mejor amiga lleva razón, a pesar de que ella le conoce desde hace años y yo solo desde hace once meses.

No puede llevarla.

No soportaría haber sido tan solo un juego. ¡Si hasta le presenté a mis padres! ¡Mi hermano y él se llevan de maravilla!

En las siguientes casi tres horas de viaje que tardo en llegar hasta Seattle he podido planear un buen discurso para cuando le vea. Sé que ahora se encontrará en el taller de coches donde trabaja, por lo que gracias al GPS llego con facilidad y aparco en la puerta.

No pierdo ni un segundo en bajarme del vehículo y correr al interior del taller. Varios hombres de diferentes edades, vestidos con monos azules, se me quedan mirando con curiosidad. Busco entre todos esos rostros el de Ryan, pero no lo encuentro.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me pregunta un hombre que debe estar cerca de los cuarenta años.

—Hola, sí —murmuro, mirando otra vez todos los rostros girados hacia mí—. Estoy buscando a alguien que trabaja aquí. Ryan Wells.

—¿Eres su novia?

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio y sintiendo el escozor del corte que me hice ayer.

—¿No deberías saber que dejó el trabajo hace una semana?

Parpadeo varias veces para asimilar las palabras que me dice.

La semana pasada fue la última vez que hablé con Ryan y no me dijo nada de que había dejado de trabajar en el taller.

—¿Qué? —Es lo único que soy capaz de formular.

El hombre ladea la cabeza, como si pensase que Ryan me ha mentado. Pero él no haría algo así.

—Sí, hace una semana llegó bastante conmocionado y dejó el trabajo a pesar de ser muy bueno

—comenta—. No quiso darme ninguna explicación.

—Eso no es posible...

—Deberías ir a su casa y preguntarle a él.

—Gracias por la ayuda —consigo decir con un hilo de voz.

¿Por qué dejó el trabajo? ¿Por qué estaba conmocionado? ¿Qué le está pasando? ¿Ha vuelto a las drogas? Me dijo que lo había dejado, que ya no se metía esa porquería en el cuerpo, ¿será eso?

A pesar de que nunca he estado en su casa, ya que no quería que hiciese este viaje sola, sé dónde vive. Hace unos meses me enseñó algunas fotos de la pequeña casa en la que vive con su madre. Está a las afueras de Seattle, en un tranquilo barrio.

Mientras conduzco por las calles, el corazón me va a mil por hora.

Diviso su casa, la fachada pintada de color amarillo claro y una valla blanca bordea toda la propiedad.

Pero la casa que veo no se parece a la que Ryan me enseñó en fotos hace meses. El jardín está sin cuidar, la hierba muy alta, las flores marchitas, la rama de uno de los árboles está medio partida y nadie se ha molestado en cortarla y quitarla de allí. Hay cristales rotos por el suelo, como si alguien hubiese estampado alguna botella con rabia.

Salgo del coche y avanzo despacio, con cuidado de no pisar los cristales. Mi pecho se acelera, sabiendo que en escasos segundos voy a verle y por fin voy a encontrar las respuestas que llevo buscando seis días.

Llamo a la puerta y espero, mi pie da pequeños golpes contra la madera del porche. No abre y vuelvo a tocar el timbre. ¿Y si no hay nadie en casa?

Me acerco a la ventana que hay al lado de la puerta y observo la completa oscuridad y quietud del interior, no consigo escuchar ningún sonido.

—Chica, pierdes el tiempo esperando ahí. —La voz de una mujer mayor hace que me dé la vuelta con rapidez. La vecina de la casa de al lado se encuentra regando las flores de su jardín mientras me observa—. Llegas tarde.

—¿Qué quiere decir? —pregunto, bajando los escalones del porche y me acerco a la valla para poder hablar con ella.

—Ayer en la tarde el chico salió con una maleta y no ha vuelto desde entonces, si te soy sincera, no parecía que tuviese intención de volver.

—Eso es imposible. ¿Irse? ¿Por qué haría eso? —Algo dentro de mí comienza a romperse.

—No lo sé, nunca he tenido muy buena relación con ellos, siempre han sido muy reservados.

—¿Y su madre? ¿Se fue con él?

—No, lo hizo hace dos semanas. Creo que él se quedó más tiempo para poner la casa a la venta.

—Señala un cartel que pone en letras rojas: «en venta» y que hasta ahora no había visto.

Mis ojos se llenan de lágrimas y un dolor que nunca antes he sentido aparece en mi interior.

—¿Estás bien? —pregunta la mujer cuando apoyo ambas manos en la valla que nos separa para evitar caer al suelo.

—Se ha ido.

Una pequeña y arrugada mano se posa en mi hombro.

—Tengo té y pastas en casa, puedes entrar y tomar algo.

Me limpio las lágrimas que han manchado mis mejillas y doy un paso atrás.

—Es muy amable, pero tengo un largo viaje de vuelta.

—Siento que hayas venido para nada.

Me despido de la mujer y, mientras me acerco hasta el coche, las lágrimas vuelven a salir de mis ojos y suaves sollozos brotan de mis labios.

Se ha ido.

Se ha ido para siempre.

Y en este momento, si el ruido de la calle, si el sonido de las ramas de los árboles al mecerse se parase, todo el mundo podría escuchar cómo mi corazón acaba de quebrarse.

4

Añoranza

Ryan.

Sus ojos llenos de rencor me perturban, me alejan de la realidad. Sabía que le haría daño al irme de aquel modo, que Emma sufriría, pero había pensado que el dolor desaparecería, que me dejaría en el olvido para seguir con su vida. Ayer hizo que me diese cuenta de que mi partida le afectó más de lo que había imaginado, que el dolor todavía sigue en su interior y que no solo eso se ha quedado en ella, sino que el rencor y el odio lo acompañan.

Y no sé por qué me afecta tanto, no sé por qué no puedo sacarla de mi cabeza.

En realidad, sí lo sé, nunca la he podido sacar en estos últimos años.

Han sido cinco años creyendo verla en los rostros de las personas que me rodean. Emma me ha acompañado en mis sueños, siempre sonriendo y queriéndome. Nada parecido a lo que es en realidad.

Yo solo me he buscado esta situación.

Pero a pesar de saber lo que ella siente ahora cuando me ve, no me arrepiento de nada. Sé que la salvé de mi destrucción gracias a que aquel día saliese de su vida.

—Ryan, vuelve. Estás jodiendo toda la canción —refunfuña Enzo, dejando de aporrear la batería.

Parpadeo varias veces, volviendo al presente, encontrándome en el pequeño local que alquilamos para poder ensayar. Las mesas y sillas de lo que una vez fue un bar están apiladas a un lado hasta que las llevemos a la basura y lo que una vez fue una barra, ahora se encuentra llena de trastos que no sé en qué momento han llegado ahí.

—Lo siento —digo agarrando con fuerza mi guitarra y carraspeando para aclararme la voz y no volver a desafinar.

Después del concierto que dimos el otro día en el bar, el dueño nos hizo un contrato para ir todos los viernes a tocar un par de canciones. No ganaremos mucho, pero es mejor que nada hasta que consigamos encontrar otra cosa.

—Solo ha desafinado un poco —añade Irina, recogiendo el cabello cobrizo en un moño bajo para que no le moleste el pelo mientras toca el teclado—, todos estamos nerviosos

—No es excusa. —Niega Enzo—. Tenemos que hacerlo bien.

—Venga, volvamos al ensayo y ya verás cómo mi increíble voz no falla. —Le guiño un ojo a Enzo quien niega con la cabeza.

Continuamos tocando durante varias horas, hasta que todas las *covers* que hemos modificado para que queden a nuestro estilo, suenan perfectas.

Cuando he guardado mi guitarra en su funda y dejado en un lado del local para la próxima vez que vayamos a ensayar, Irina se apoya en la pared que hay frente a mí con una sonrisa en los labios pintados de rosa pálido.

—Has estado un poco distraído hoy —comenta.

Recuerdo nuestro último encuentro, cómo la desilusión apareció en su rostro, sin embargo, ahora no hay nada de aquello en ella.

—Tengo varias cosas en mente —comento mientras me coloco la chaqueta y agarro el casco de la moto.

—Lo sé, por eso he pensado que podríamos salir a cenar esta noche y después tomar algo por ahí. Yo también llevo varios días con la cabeza en otra parte, me vendría bien distraerme un poco.

—No creo que sea buena idea... —Aprieto la mandíbula, siendo consciente de que nuestros encuentros deben cesar.

—Solo como dos amigos que necesitan salir y desconectar. Nada más —asegura con rapidez mientras me sigue por el local. Nos despedimos de los demás cuando salimos a la calle, los rayos del sol hacen que entrecierre los ojos—. Sé que la última vez que estuvimos juntos no terminó muy bien y fue por mi culpa, lo sé. No debería haberme puesto así cuando ambos sabemos a la perfección lo que hay entre nosotros y lo que nunca habrá...

—No te culpes por lo del otro día. —La freno cuando veo que se pone nerviosa—. Pero llevas razón en una cosa: ambos sabemos lo que nunca sucederá.

Quiero que lo sepa, que le quede claro y no guarde esperanzas en su interior.

—Lo sé —asiente sonriendo y parando cuando llegamos hasta donde tengo aparcada la moto—. Ayer vi un restaurante muy bonito mientras hacía unas compras y pensé que podríamos ir a cenar todos, pero los demás ya me han dicho que no les apetece —suspira posando los ojos en un pequeño parque infantil que hay a unos metros de nosotros—. No quiero pasar esta noche en casa, no sabes lo pesados que llegan a ser los chicos. Todavía no he conocido mucha gente aquí con la que pueda salir a cenar.

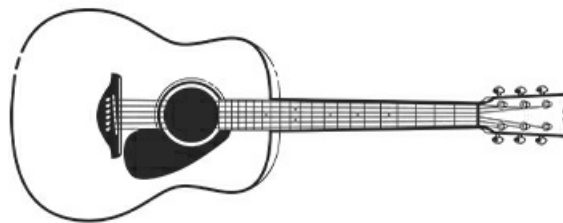
—Está bien —termino cediendo, porque lleva razón. Apenas tiene a nadie y no quiero que se vea sola en esta gran ciudad—. Cuando salga de trabajar vamos al restaurante que me has dicho.

El rostro de Irina se ilumina ante mi respuesta y una sonrisa que me deja ver su perfecta dentadura aparece en sus labios.

—Genial. Después te mando la ubicación del restaurante y la hora —comenta antes de ponerse de puntillas y depositar un rápido beso en mi mejilla—. ¡Hasta luego!

La veo marchar de vuelta al local donde la esperan los demás para volver todos juntos hasta el piso que comparten.

Me monto en la moto y mientras arranco pienso en no haberme equivocado al aceptar cenar con ella, de que esto no le dé esperanzas en nosotros.



Al llegar a la tienda de música veo que está Camille —la jefa del negocio— en el mostrador y no Ivo, mi compañero de trabajo.

—Ryan —saluda la mujer que debe rondar los cincuenta y pocos—. Te estaba esperando.

—¿Va todo bien? —inquiero frunciendo el ceño al ver la preocupación en su rostro—. ¿No debería de estar Ivo en la tienda para cambiar el turno con él?

—De eso quería hablarte —suspira, quitándose la gafas de pasta roja y dejándolas sobre el mostrador, al lado del libro de cuentas.

Me acerco hasta ella, presintiendo que nada bueno va a salir de esta conversación.

—Desde hace algunos meses el negocio no va muy bien, como sabrás abrieron una gran tienda de música a unas pocas calles de aquí, mucho más grande y con más cosas en ella. —Asiento con la cabeza—. Pensaba que no nos iba a afectar tanto, y por eso te contraté cuando me entregaste el currículum, pero... He estado haciendo cuentas y no os voy a poder seguir teniendo contratados ni a ti ni a Ivo.

—¿Cómo qué no? —pregunto, sintiendo un nudo en el pecho.

—Apenas ganamos lo suficiente para pagar el alquiler de la tienda, la luz... —Se frota con cansancio el rostro y me percató por primera vez de las grandes ojeras que adornan su cara—. Siento mucho esto, Ryan. Sé que llegaste hace poco a París y quedarte ahora sin trabajo, es una putada para ti, pero... No puedo tenerte contratado porque no sé si podré seguir pagándote. Lo mejor es que os despida a Ivo y a ti y hacerme cargo yo de la tienda hasta que consiga volver a la normalidad.

—¿Estoy despedido? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Camille esboza una triste sonrisa.

—Lo siento —dice mientras me pasa un sobre—. Ahí tienes lo que has trabajado este mes y una pequeña compensación. Eres joven y tienes experiencia en varios sectores, seguro que consigues trabajo pronto.

Agarro el sobre y miro el dinero de su interior, apenas lo suficiente para poder pasar el mes y ahora que también tengo que aportar mi parte de dinero para el local que ha alquilado la banda... Trago duro, haciendo con rapidez números en mi mente para saber que si no encuentro trabajo pronto me va a tocar vender mi preciada moto para no quedarme sin dinero.

—No pasa nada —suspiro—, espero que la tienda pueda recuperarse pronto.

—Gracias, Ryan. Yo también lo espero.

Me despido de mi exjefa y salgo con paso pesado de la tienda, guardo el sobre con el dinero en el interior de mi chaqueta y camino varios metros hasta que paro en seco en la calle. Apoyo mi espalda en la pared y agarro el paquete de tabaco que guardo en el bolsillo de los pantalones, pero no cojo uno de los cigarrillos normales, sino el que contiene marihuana.

Me da igual el hecho de que ese cigarro sea un recordatorio de que no quiero volver a meterme esa mierda al cuerpo. Necesito una vía de escape, aunque sea durante unos pocos minutos, evadirme de la realidad.

Porque me he quedado sin trabajo.

Apenas tengo dinero en la cuenta bancaria.

Emma está en París.

Y el dolor que lleva años en mi pecho, comprimiéndolo y no dejándome respirar, cada día se hace más fuerte e insoportable.

Enciendo el cigarro de maría y le doy una calada, al instante siento el agradable sabor de la droga en mi organismo, recorriendo cada fibra de mi ser.

Expulso con lentitud el humo de mi cuerpo antes de dar otra calada, comenzando a sentir los primeros efectos de la droga.

Que le den a lo de dejar las drogas, que le den a todo.

Al fin y al cabo, no soy nada. Nadie me echará en falta si algún día dejo de existir.



Emma.

Tras pasar con rapidez por los vestuarios voy hasta la barra donde se encuentra Cassie, una chica de diecinueve años que trabaja aquí para poder pagarse la universidad y del estrés que debe de tener, suele ser una de las personas más cortantes del lugar.

—Te toca atender todas las mesas desde el centro hasta la derecha del local, yo estoy en la izquierda —dice Cassie mientras se aleja hacia su lado del restaurante.

Miro el lado que me ha asignado y al instante entiendo por qué lo ha hecho, reconozco a un grupo de hombres al fondo, son cuatro, rondando los treinta y muchos y son tan ricos que se piensan que todo el mundo debe estar a sus pies. Cuando vienen aquí y les atendemos algunas de las chicas, creen que tienen el derecho de decir o hacer lo que les venga en gana.

Suspiro con fuerza, agarro mi bandeja y me dirijo a la mesa de los ricachones pervertidos que por lo que puedo observar, Cassie ha estado esperando a que llegase yo para no tener que atenderlos ella.

—Buenas noches y bienvenidos al *Petite Perle*. Soy Emma, vuestra camarera —digo con una sonrisa forzada mientras siento como los ojos de los cuatro hombres me recorren el cuerpo. Asqueroso—. ¿Qué van a querer cenar?

—¿Tú estás en el menú? —pregunta uno de ellos con una sonrisa lasciva en el rostro. Contengo la mueca de asco.

—No, lo siento. Solo pueden pedir lo que hay en la carta. —Les hago un gesto señalando las cartas que tienen en la mesa.

—Es una lástima, eres una delicia —dice otro de ellos.

Me encojo de hombros, sin tener nada agradable que decirles.

—Vamos a querer una botella del mejor vino que tengáis y... —Piden los platos más caros que tenemos en la carta. Cuando terminan de pedir, uno de ellos, no satisfecho por lo que han dicho sus acompañantes, añade:

—Una lástima que no podamos probarte a ti, podríamos pagarte bien por una noche con los cuatro juntos o si lo prefieres, por separado.

Paro en seco y me doy la vuelta.

—Si vuelven a insinuar que soy una prostituta, les voy a echar del local.

Tengo unos límites, no permito que los sobrepasen.

El hombre endurece el gesto al instante y hace una mueca para que me marche de allí y siento alivio, puede que así me dejen tranquila el resto de la noche.

Pero no sucede eso, ya que cada vez que vuelvo a esa mesa, comentarios similares a los primeros que me han hecho, los acompañan. Cuando se marchan, salgo por la puerta del servicio a que me dé el aire y es en momentos de estrés como este, en el que el restaurante está hasta arriba y solo

puedo coger de mi descanso de media hora unos cinco minutos como máximo, en los que me arrepiento de haber dejado de fumar. ¿Por qué tomé esa decisión? Sí, sé que el tabaco mata a miles de personas al año, pero... es tan relajante poder encenderte un cigarrillo y tranquilizarte durante los minutos que dura.

Me paso las manos por el cabello recogido en una coleta para echar hacia atrás algunos pelos que se han escapado. Entro en el restaurante echando una mirada rápida a mi móvil, comprobando que solo me queda hora y media para que termine mi turno.

—Ha llegado una pareja a tu zona hace un par de minutos —espeta Cassie— y no pienso hacer tu trabajo, no me pagan lo suficiente para ello.

—¿Sabes que estar tan amargada provoca que te salgan arrugas? —replico antes de agarrar la bandeja y comenzar a caminar hacia donde hay una pareja, sentados en una de las mesas más apartadas para tener intimidad. Ambos tienen las cabezas metidas en la carta, por lo que no puedo verlos.

—Buenas noches y bienvenidos al *Petite Perle*. Soy Emma, vuestra camarera —anuncio cuando llego hasta la mesa—. ¿Qué desean tomar?

Al instante el chico baja la carta y alza su mirada hacia mí. Mi respiración se corta de golpe y mi sonrisa se borra al reconocerle, al ver aquellos ojos verdes posarse sobre mí.

—Ryan. —Su nombre sale con suavidad de mis labios antes de que pueda pararlo.

5

El tatuaje

Emma.

No puede ser verdad, no puede estar aquí.

¿Cómo es posible que no le haya visto ni una sola vez en cinco años y ahora en una semana me lo encuentre tres veces? ¿Qué clase de juego del universo es este?

—¿Tú eres la amiga del hermano de Travis? —inquire la pelirroja teñida que le acompaña, y al instante la reconozco como una de las integrantes del grupo.

¿Será su novia?

No, me da igual. No me importa si la chica es novia de Ryan o no. Él es libre de hacer lo que quiera.

—Sí, estuve el otro día en el concierto que disteis —respondo, intentando mantener una sonrisa cordial en el rostro.

—Ya, lo recuerdo. —Lanza una mirada de ojos entrecerrados al chico, como si mi presencia le molestase—. Ryan gritó tu nombre cuando te vio.

Me muevo incómoda.

—¿Sabéis lo que vais a tomar? —pregunto con rapidez para cambiar el tema, no tengo ganas de estar allí con ellos y porque, parece que esta chica me odia sin siquiera haberme conocido.

Una novia celosa, entonces. Y yo no tengo ningún interés en meterme en esa relación, pero pobre de ella.

Ryan y la chica me dicen lo que van a tomar y cuando lo he apuntado todo en la *PDA* y mandado a cocina para que vayan preparando la cena de ellos, camino lo más rápido posible hasta la barra para así empezar a prepararles las bebidas.

Siento unos ojos observándome según me alejo y no tengo dudas de que vienen de una mirada verdosa y, sin ningún motivo, me pongo nerviosa por su presencia allí.

Y por verle con la hermosa pelirroja.

En la barra intento tardar todo lo posible mientras preparo los refrescos que han pedido para retrasar lo inevitable y tan solo un par de minutos después, me encuentro de camino otra vez a la mesa que comparten ambos.

Pero mientras avanzo, veo cómo Ryan se arremanga la camiseta azul marino y deja al descubierto su muñeca.

Mi corazón se acelera al ver que aún conserva el mismo tatuaje que llevo yo en mi muñeca. Una corchea junto a una pequeña estrella.

Y sin poderlo evitar, mi mente viaja años atrás.

21 de enero del 2017

Me bajo de la moto de Ryan cuando aparca frente al estudio de tatuajes, mi corazón martillea con fuerza en mi pecho al ver el local, al saber que lo vamos a hacer de verdad y no son tan solo palabras dichas en un momento de emoción.

Ryan me da un golpecito en el casco que me ha prestado. Levanto la visera para poder mirarle.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunta cuando se ha sacado su casco. Se pasa una mano por el cabello castaño para echarse hacia atrás los mechones que le han caído sobre la frente.

Asiento con la cabeza, sin ser capaz de formular palabra por culpa de los nervios que se han apoderado de mi cuerpo.

Ryan se acerca a mí y desabrocha el casco que llevo puesto y con cuidado, me lo saca de la cabeza. Me paso al instante una mano por el cabello que me corté la semana pasada a la altura de los hombros, y coloco algunos mechones detrás de mis orejas para que no me molesten en la cara.

—Si no estuviese segura de esto —comienzo a decir mientras formo una sonrisa en los labios y avanzo hacia él—. No estaría aquí y no sabes lo mucho que me ha costado convencer a mis padres de hacer esto, solo por eso ya no pienso echarme atrás.

Ryan suelta una baja carcajada que consigue acelerar mi corazón y que me quede embobada observándole. Sus ojos se achinan y en sus mejillas aparecen esos pequeños hoyuelos que tanto me gustan.

—Dolerá un poco —dice, entrelazando nuestras manos—. Pero es un dolor soportable.

—Eso no ayuda a mis nervios —replico, negando con la cabeza cuando comenzamos a caminar hacia el estudio.

La primera vez que hablamos de hacernos el tatuaje fue al poco tiempo de empezar a salir, aún era verano y ambos estábamos en el lago, en aquel que nos conocimos por primera vez y que siempre será nuestro lugar. Era de noche y yo me había escapado de casa del padre de Jessica para poder ver a Ryan, ya que mi mejor amiga no aceptaba que hubiese comenzado una relación con él. Jessica estaba empeñada en que me rompería el corazón, de que Ryan solo se divertía conmigo. Por lo que decidimos comenzar a vernos a escondidas.

Ese día Ryan se había llevado la guitarra y había estado toda la noche cantándome canciones bajo las estrellas y cuando terminó de cantar, sus ojos; llenos de intensidad, se posaron sobre los míos para decir:

—Quiero grabarme este verano en la piel.

—¿Cómo? —pregunté mientras le apartaba a un lado la guitarra para sentarme sobre su regazo y rodear su cuello con mis brazos.

—Un tatuaje, un recuerdo del mejor verano de mi vida. Un recordatorio de que sí puedo sentirme vivo, de que tú has conseguido volver a hacer latir mi corazón.

—¿Acaso tu corazón no latía antes de conocerme? —inquirí, sintiendo un nudo en la garganta.

—No, llevaba mucho tiempo muerto en mi pecho y tu presencia hizo que volviese a revivir —murmuró mientras acariciaba con cuidado mi mejilla.

No sabía qué le había pasado, a día de hoy sigo sin saberlo. Ryan está lleno de incógnitas, pero sé que llegado el momento, cuando se sienta capaz de hacerlo, me contará todas esas cosas que le atormentan.

—Yo también quiero grabarme este verano en la piel, el verano en el que por primera vez me he sentido libre. —Le dediqué una sonrisa, esperando borrar la tristeza que se había apoderado de su mirada.

—¿Segura? Un tatuaje es para siempre, no es algo que se pueda quitar con facilidad. —Su pulgar

acariciaba mi mejilla, mandando miles de sensaciones por todo mi cuerpo.

—Estoy segura, Ryan. Jamás podría arrepentirme de este verano, de haber superado mis inseguridades, o por lo menos, haber dado un paso hacia adelante para hacerlas desaparecer. — Me coloqué mejor, dejando mi rostro frente al suyo y agarré su cara entre mis manos para obligarle a mirarme. Sentí alivio al ver que sus pupilas no estaban dilatadas y que Ryan hacía todo lo posible para alejarse de la droga que durante tanto tiempo le había estado consumiendo —. Jamás me podré arrepentir de haberte conocido a ti, Ryan. Das sentido a mis días y si voy a llevar a alguien grabado en la piel, entonces quiero que esa persona seas tú.

—¿Y si lo nuestro no es para siempre? —inquirió, y no puede evitar el nudo que se instaló en mi pecho, en un hipotético futuro en el que Ryan y yo no estuviésemos juntos. Al instante borré esa imagen de mi mente.

—No importa —le aseguré—, si lo nuestro no tiene un para siempre, si lo tendré en mi piel. Podré recordarte y sé que cuando piense en ti será con amor.

Ryan sonrió.

—Entonces, ¿qué quieres que nos hagamos como recordatorio de este verano?

Lo pensé durante unos segundos, mi vista se deslizó al cielo estrellado para después bajar hasta la guitarra de Ryan que descansaba a un lado de nosotros.

—*Canciones bajo las estrellas* —dije con una amplia sonrisa en el rostro—. Una corchea acompañada de una estrella.

Ryan abrió los ojos, sorprendido.

—Me gusta, Emma. —Sonrió antes de juntar nuestros labios.

Ryan abre la puerta del estudio de tatuajes, haciendo que mi mente vuelva al presente y deje atrás los recuerdos de ese maravilloso día en el que por primera vez me entregué en cuerpo y alma a él.

La tatuadora nos atiende con amabilidad y nos acompaña hasta la cabina en la que nos tatuará. Ryan es el primero en hacerse el tatuaje y en ningún momento aparta su hermosa mirada verdosa de la mía. Cuando es mi turno, los nervios de mi cuerpo van en aumento, pero a pesar del miedo que le tengo a esa máquina que perforará mi piel para siempre, no me echo atrás y me siento en la camilla.

Es verdad, un tatuaje duele, puedo sentir en todo momento como la aguja entra y sale de mi cuerpo, mandando un desagradable dolor por mi brazo. Pero lo soporto y lo hago mejor cuando Ryan entrelaza sus dedos con los míos, dándome apoyo para que sepa que siempre, pase lo que pase, él estará a mi lado.

Observo su tatuaje en la muñeca derecha y con cuidado deslizo los dedos por encima, la piel está enrojecida y rugosa. Pero es hermoso.

Cuando la tatuadora termina y pagamos el importe de ambos, salimos del local. El sol todavía no se ha ido y un frío aire de invierno se levanta, haciendo que me abrace a mí misma para mantener el calor dentro de mí.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Ryan, abrazándome desde atrás.

—Bien. —Sonríó—. Feliz. Nunca pensé que me haría un tatuaje, pero ahora es la parte de mi cuerpo que más me gusta porque sé que siempre te tendré a mi lado, que tú siempre tendrás una parte de mí contigo.

—¿Sabes una cosa? —pregunta, haciendo que me gire para que le pueda observar—. Me gusta el tatuaje, pero tú no solo estarás siempre en esa parte de mi cuerpo presente. —Sus ojos tienen ese brillo que tanto me gusta y que solo aparece en ellos cuando está conmigo—. Donde siempre estarás y nada ni nadie podrá borrarte será en mi corazón, porque ese órgano que hace que todo

mi cuerpo funcione, solo late gracias a ti.

Y este momento es como en las películas, cuando el mundo deja de funcionar y lo único que eres capaz de ver y sentir es a la persona que tienes enfrente.

Mis ojos se posan en los de Ryan y me siento afortunada de haberle encontrado, de haber conseguido ayudarlo a ahuyentar sus demonios, aunque sé que no han desaparecido por completo. Y sé, que pase lo que pase, lo que siento por él jamás podrá ser borrado, que estos sentimientos de mi interior son demasiado fuertes como para que en algún momento desaparezcan.

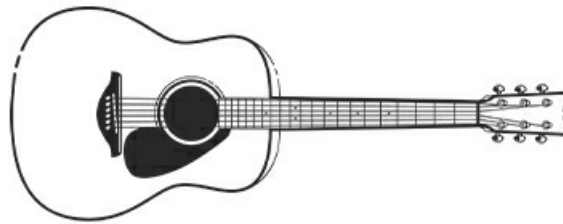
Porque decir que quiero a Ryan es quedarme corta, lo que siento por él va mucho más allá de las palabras.

10 de abril del 2022

Mis ojos observan ese pedazo de piel descubierta del cuerpo de Ryan mientras siento cómo un horrible nudo se instala en mi garganta. El dolor vuelve a hacer acto de presencia y no puedo evitar preguntarme por qué Ryan no se ha quitado ese tatuaje, por qué sigue llevándolo en el cuerpo.

Sé que lo que dijo aquel día era mentira. O por lo menos, palabras fugaces porque si algo de eso hubiese sido verdad, meses después no habría desaparecido.

Ryan, como si sintiese mi mirada, se gira en mi dirección y se percata de dónde mis ojos están posados. Con rapidez, se baja la manga de la camisa para ocultar ese pedazo de nuestras almas que siempre llevaremos grabada en la piel.



Ryan.

Lo ha visto.

Emma ha visto el tatuaje y he podido apreciar el momento en el que su rostro se descomponía, cómo sus ojos estaban brillantes por culpa de las lágrimas y un horrible sentimiento se ha instalado en mi interior al ver cómo, sin quererlo, he destruido a la única persona que una vez portó luz a mi vida.

Emma deja con rapidez las bebidas en la mesa y se marcha con paso apresurado, como si estuviese intentando huir de los recuerdos, de mí.

No puedo apartar los ojos de Emma, no hasta que desaparece detrás de una puerta, rompiendo el hechizo que me ha mantenido atado a ella.

El peso de mis actos se hace presente y lo único que quiero es salir del maldito restaurante y fumarme el cigarrillo de María que llevo en el bolsillo, apagar mis sentimientos durante un rato y evadirme en esa sensación de vacío.

—¿Qué clase de relación tenías con la camarera? —El tono molesto de la pelirroja me hace salir de mis pensamientos y alzar la mirada hasta la suya.

Irina me observa con el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea, molesta.

—¿Por qué?

—Porque cuando ha dejado las bebidas, la manga de su camisa se ha movido apenas unos centímetros, pero lo suficiente como para dejar a la vista el mismo tatuaje que tienes tú en la muñeca —replica, apretando la mandíbula y puedo percatarme de cómo su rostro ha perdido todo el color.

Sus palabras son un golpe para mí.

Ella tampoco se ha quitado el tatuaje, a pesar del dolor que le he provocado, sigue llevándome en la piel.

Hubo una vez, poco después de marcharme, cuando acababa de llegar a Francia y aún no entendía bien el idioma. Estaba muy puesto de diversas sustancias y esa noche, en vez de apagar mis sentimientos, dormir todo lo que sentía en mi interior, lo multiplicó, haciendo que mi agonía no me dejase respirar. Que me replantease hacer varias cosas que no tenían marcha atrás.

Por suerte, la más radical de todas, no tuve el valor de hacerla. Pero sí me planté delante de un local clandestino donde hacían tatuajes y no cerraban hasta altas horas de la madrugada.

Entré dando un diseño al azar que tenían en un catálogo al que se le caían las páginas a pedazos y me había sentado en la camilla, decidido a que el hombre de alrededor de cincuenta años pusiese un tatuaje encima de la corchea junto a la estrella, para borrarla de mi piel. Un intento desesperado de echar el dolor que sentía en mi interior. De destruir el recuerdo de sus suaves dedos por mi cuerpo, sus cálidos labios sobre los míos, el sonido de su voz cuando una carcajada brotaba con fuerza de su interior, haciéndome estremecer.

No soportaba ninguno de esos recuerdos, me mataban lentamente. Y ver todos los días esa marca de ella sobre mí, hacía imposible mitigar la agonía.

Pero cuando el hombre acercó la aguja a mi piel, listo para tapar esa única porción que me quedaba de ella, salté de la camilla y me alejé lo máximo posible de la aguja, como si fuera una pistola apuntando a mi corazón. Borrar ese tatuaje hubiese sido como si la bala del revólver se incrustase en mi pecho.

El hombre comenzó a hablar en francés, haciendo que me alterase por no poder entender nada de lo que decía.

Huí de allí y me monté en mi moto, conduciendo toda la noche, sin un rumbo fijo.

Y comprendí que jamás iba a poder deshacerme de ese tatuaje porque Emma para mí siempre fue luz entre oscuridad y desde que ella no estaba, la luz se había disipado, pero un pequeño rayo de esa claridad acudía a mí junto a su recuerdo y si el tatuaje era borrado... También lo sería lo único que conseguía que no me perdiese entre tanta oscuridad.

Ella tampoco se ha quitado el tatuaje y no sé por qué, mi corazón se acelera.

—Salimos durante un tiempo, antes de que me fuese de Estados Unidos —digo, tragando duro.

Emma llega en ese momento, haciendo que Irina, ya lista para decir algo, cierre con fuerza los labios mientras Emma deja los platos que hemos pedido sobre la mesa.

—Espero que sea todo de vuestro agrado —anuncia, con una sonrisa falsa en el rostro. Puedo percatarme de que algunos mechones que se escapan de su coleta, están húmedos, como si se hubiese echado agua por el rostro.

Irina se tensa ante las palabras de Emma y le lanza una mirada cargada de odio que al instante hace que me enfade con la pelirroja.

—Tráeme otra bebida y que sea rápido —exige Irina, y observo su vaso lleno.

—Todavía te queda bastante fresco —replica Emma, frunciendo el ceño.

—¿Acaso eso es de tu incumbencia? Solo haz tu trabajo y que sea rápido, no tengo todo el día.

—Como desee la señorita —murmura Emma, y cuando se da la vuelta puedo escucharla soltar un insulto en nuestra lengua natal.

Me giro hacia Irina, que sigue con los ojos pegados a la espalda de Emma.

—¿A qué ha venido ese comportamiento tan infantil? —inquiero, apretando la mandíbula.

La pelirroja se gira con rapidez hacia mí, una mueca dolida se establece en su rostro.

—¿Infantil? Es una maldita camarera, es su trabajo hacer lo que pido.

—Tú no eres mejor que ella, trabajas en un supermercado —replico—, y ninguno de los dos empleos os hace menos que la otra.

Irina se pone roja de rabia y estampa una de sus manos sobre la mesa.

—¡Yo tengo una carrera universitaria! —Alza la voz y algunos de los comensales más cercanos a nosotros se giran para observar lo que está pasando—. Y seguramente ella no tenga nada.

Un recuerdo acude a mi mente: Emma sentada en la hierba que rodea el lago, con una libreta abierta sobre las piernas mientras escribe en ella con rapidez.

Emma quería ser escritora, no había nada que deseara más que aquello, aunque siempre decía que no podría comer de ello y que por eso estudiaría periodismo.

No pude evitar pensar en si lo hizo, si terminó aquel libro que hacía que resplandeciese cuando me hablaba de la trama.

—Eso no lo sabes —replico—, no la conoces de nada como para decir esas cosas de ella.

—Deja de defenderla —masculla—, parece que sigues enamorado de la camarera.

—No lo estoy —respondo con demasiada rapidez—, pero no me gusta que te comportes así.

—¿Ella es mejor que yo?

Parpadeó, confundido.

—¿A qué viene eso?

—Le diste una oportunidad para conocerte y salir contigo, sin embargo... —Traga duro, sus ojos se llenan de lágrimas—. Yo solo soy un trozo de carne que usas cuando tienes la polla dura y no sabes dónde meterla.

Un nudo se instala en mi garganta.

—Eso no es verdad. —O por lo menos no del todo—. Desde un principio siempre has sabido lo que podía ofrecerte y lo que no. Si no hubieses estado de acuerdo, nunca habríamos hecho nada.

Irina tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿La querías? ¿La quieres ahora?

Me levanto de la mesa, sintiendo un horrible dolor de cabeza.

—Irina, te tengo mucho aprecio y eres una buena amiga para mí, pero solo eso y no te debo ninguna explicación y menos cuando las pides de estas formas —gruño, apretando la mandíbula—. Voy a fumar.

La temperatura del exterior me impacta, aunque estemos en primavera, las noches aún siguen siendo frías y mi chaqueta se ha quedado en el bar. Me apoyo en la pared exterior del restaurante, saco mi cigarro de maría y lo enciendo, dándole una profunda calada.

Me percaté de que, a mi lado, justo pegado en el ventanal del restaurante, hay un papel. Mientras me llevo el cigarro a los labios lo observo.

*Se buscan camareros. Interesados, mandar
CV al siguiente correo electrónico.*

Es como si el destino intentase unirnos otra vez después de cinco años. Cuando me fui, fue sabiendo que jamás la volvería a ver, aunque eso hiciese sangrar mis entrañas. Pero es como si algo más poderoso que nosotros mismo nos estuviese intentando juntar nuevamente y ahora que me he quedado sin trabajo, pero que las facturas que debo pagar van a seguir llegando, necesito encontrar uno nuevo...

Le hago una foto al papel pegado a la cristalera, guardando el correo electrónico, por si acaso me animo a mandar el currículum.

La puerta del restaurante se vuelve a abrir y veo cómo Irina sale por ella, con su chaqueta puesta y el bolso colgando de un hombro.

Sus ojos se posan en mí y sobre lo que tengo en uno de mis dedos.

—¿Eso es María? —inquire con molestia.

—¿Y qué si lo es?

—Pensé que lo estabas dejando... Pero tú sabrás cómo decides matarte. —Se encoge de hombros —. Me voy a casa.

Asiento con la cabeza.

Irina aprieta los labios y sus ojos se cristalizan.

—No llores —la aviso, previniendo lo que puede suceder—. No merece la pena que lo hagas por mí.

—Eso no hace falta que lo digas —replica mientras se limpia una lágrima que corre por su mejilla—. Ya nos veremos en los ensayos.

Se marcha caminando por la calle y cierro los ojos con fuerza, dando otra calada a la droga que consigue relajarme.

Cuando termino el cigarro tengo menos peso dentro de mí, porque ha apagado parte de lo que siento. Entro al local y vuelvo a la mesa aún con los platos de comida casi intactos, la bebida nueva de Irina descansa junto a la anterior.

Cuando veo que Emma se acerca a una mesa cercana, levanto la mano para llamar su atención.

La chica de cabello oscuro frunce el ceño cuando abandona la anterior mesa y se acerca a la mía.

—La cuenta —suspiro con cansancio.

—La comida está intacta —replica.

Emma pasa su mirada del asiento vacío de Irina hasta mí, desconcertada.

Está hermosa.

—Lo sé.

Asiente con la cabeza y se marcha para aparecer varios segundos después con la cuenta y un datáfono, pago la cena y me levanto de la silla, agarrando del suelo mi casco y la chaqueta del respaldo y salgo del local.

Una vez fuera debería irme hasta donde tengo la moto aparcada, pero un rápido vistazo a mi móvil me deja saber que es muy tarde.

Y a pesar de que sé que no debería, que su mirada llena de odio me debería bastar para alejarme

de ella y no volver a acercarme, no puedo. No puedo soportar cómo me mira, no puedo soportar el dolor que renace cuando hace eso y... Y puede que me odie, pero intentaré hacer todo lo que sea necesario para que el odio y el dolor de su mirada desaparezcan.

Por ella. Por mí.

Por las personas que una vez fuimos y no merecían este final.

Poco después, Emma sale del callejón que hay justo al lado del restaurante, sus pasos son lentos y cansados al igual que la mueca de su rostro.

Cuando gira la esquina, se topa de frente conmigo, su ceño se frunce y se muerde las mejillas durante un largo segundo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ryan?

No puedo evitar esbozar una sonrisa al escuchar mi nombre salir de esos hermosos labios, como una melodía que se te clava en el alma y ya no la puedes sacar de allí.

—Llévate a casa.

6

La vida que hubiésemos podido tener

Emma.

No puedo evitarlo y de mis labios sale una sonora carcajada.

—Sigue soñando —respondo mientras niego con la cabeza y continúo mi camino, pasando por su lado. Siento unos suaves dedos envolverse en torno a mi muñeca, provocando que todo mi cuerpo se tense ante su contacto.

—Es tarde, Emma. —Su voz suena muy cerca de mi oreja, como si se hubiese agachado en mi dirección. Mi piel se pone de gallina al sentir su aliento contra mí y al instante odio a mi estúpido cuerpo por responder a él de ese modo—. La noche está llena de peligros y por desgracia es más arriesgado si vas sola hasta tu casa.

Me zafo de su agarre, con la respiración acelerada por su cercanía, por su tacto en mi piel, su aliento chocando en mi cuello...

Doy un paso atrás para observarle, tiene el cabello castaño cayendo a ambos lados de su frente, los ojos de un color verde intenso posados sobre mí, como si no existiese nada más en el mundo, su expresión es tensa, a la espera de que tome una decisión.

—Llevo cinco años yendo sola por la calle de noche y nunca me ha pasado nada —replico—. Además, he tomado clases de defensa personal, puedo con cualquier atacante.

—Me quedaría más tranquilo si te acompañas.

Me paso una mano por el rostro, frotándome con cuidado los ojos para que no se corra el leve maquillaje que llevo puesto.

—En vez de querer acompañarme hasta mi casa, a lo mejor deberías preocuparte más por tu novia que se ha ido antes de tiempo e ir a ver si ella está bien —digo con dureza, retomando mis pasos. Esta vez Ryan no me frena, pero siento cómo se posiciona a mi lado, comenzando a caminar.

—¿Mi novia? —Noto al instante el tono divertido de su voz—. ¿Crees que Irina es mi novia?

Muevo mi rostro para encontrarme con su sonrisa socarrona, haciendo que se marquen esos dos hoyuelos de sus mejillas. Aquellos que durante un tiempo siempre me gustó pasar los dedos por ellos, maravillarme en cómo se formaban cuando reía o sonreía.

Niego con la cabeza, borrando esas imágenes de mi mente.

—¿Acaso no lo es? —inquiero, y no entiendo por qué mi pulso se acelera, ansiando esa respuesta.

—¿Estás interesada en saber si tengo novia, Emma? —Mi piel se eriza ante el modo en el que ha pronunciado mi nombre, como si estuviese saboreando cada letra de él.

—Ryan. —Le fulmino con la mirada—. Me da igual si tienes novia o no, aunque pobre de la que

ponga su confianza en ti.

La sonrisa se borra de golpe de su rostro y en sus ojos aparece una nube de tormento. Al instante me pregunto por qué le ha afectado tanto mi comentario.

Puede que sus propios demonios acaben de despertar por mi culpa.

Un horrible escalofrío recorre cada célula de mi ser. Le lanzo una mirada discreta para observar cómo su vista se ha perdido en algún lugar de la calle, iluminada por las farolas y los escaparates de las tiendas que ya han cerrado.

Su semblante se ha vuelto pensativo como si se hubiese sumergido en algún lugar muy profundo de su interior, como si sus demonios estuviesen ganando esa batalla que está teniendo en este preciso instante.

¿Qué le pasará? ¿En qué pensará?

¿Por qué narices estoy preocupada por él cuando me ha hecho tanto daño?

Nos introducimos en la boca del metro, transitada por unas cuantas personas que, como yo, acaban de salir de trabajar y caminan con paso pesado, deseando llegar a sus casas y dar por finalizado el día.

—Ya me has acompañado lo suficiente —comento cuando dejamos de andar frente al andén.

—Esto solo es la mitad del camino —responde, frotándose el rostro, espantando a sus demonios.

—No tardo ni cinco minutos desde que salgo de la boca del metro hasta llegar a mi casa.

—En ese tiempo pueden suceder muchas cosas —replica, su mirada se vuelve a ensombrecer.

—No sé qué pretendes con todo esto —suspiro, sentándome en un banco hasta que llegue el metro. Mis piernas tiemblan por culpa de las horas en pie.

Ryan toma asiento a mi lado, apoyando los codos en sus rodillas y enterrando su rostro entre sus manos.

Vulnerable.

Esa es la palabra que me viene a la mente al verle de ese modo.

Parece un cervatillo asustado, una persona a la que la vida le ha dado tantas hostias que ahora no sabe cómo afrontar lo que le viene, y no puedo evitar preguntarme si no estaré siendo muy dura con él.

Pero entonces en mi mente aparecen todas las noches llorando, pensando que mi corazón dejaría de latir en cualquier momento. El dolor que llevo arrastrando tantos años y me niego a sentirme mal por la persona que provocó todo aquello.

—Sé que hice las cosas mal —comienza a decir con la voz ronca. Mi espalda se yergue y mi cuerpo se tensa ante lo que está diciendo—. Nunca he sabido tomar buenas decisiones, hasta cuando intento ir por el camino correcto, siempre me equivoco... —Traga duro, alzando su rostro. Sus ojos buscan los míos y al instante se encuentran. Y puedo sentir aquella corriente eléctrica que siempre invadía mi cuerpo cuando él me miraba. Deseo que desaparezca y que no vuelva a hacerse conmigo porque me ha costado mucho olvidar esa sensación y... No puedo comenzar a sentir lo mismo que sentía una vez hace tanto tiempo—. Me gustaría hacer las cosas bien ahora, o por lo menos intentarlo. Emma... —Se muerde el labio inferior con nerviosismo, como si estuviese pensando si soltar las palabras que tiene en la punta de la lengua—. Me mata ver la forma en la que me miras, ver el dolor en tus ojos y saber que yo lo he provocado.

Escucho al tren acercarse y me levanto lo más rápido que puedo. Ryan se posiciona delante de mí evitando que escape.

—Por favor... —pide con un hilo de voz—. Déjame arreglar lo que rompí.

Trago duro, sintiendo las lágrimas acudir a mis ojos ante la desesperación de sus palabras. Joder, no puedo. Siempre he sido rencorosa, el dolor se agarra en mi interior y no se desprende de mí.

—Llegas tarde para eso, Ryan. Ya no hay nada que puedas arreglar.

Avanzo hasta el tren y me subo en él, sintiendo los pasos pesados del chico detrás de mí.

Camino hasta los asientos libres del fondo y me siento en uno de ellos. Ryan se queda de pie, frente a mí, con una de sus manos aferradas a la barra para evitar caerse. Mi vista se posa en su muñeca, tapada por la chaqueta. Pero puedo ver a la perfección su piel, como si no llevase nada que oculte ese tatuaje. Mi corazón se encoge y contengo las ganas de acariciar el mío, ese que siempre evito mirar y cuando lo hago, es para recordarme que el amor no existe, que cuando crees que lo has encontrado, lo único que hace es destruirte.

—No esperaba volver a verte en París —confiesa después de un largo silencio.

—Sabes que desde pequeña siempre quise venir a vivir aquí, solo era cuestión de tiempo que lo hiciese —replico, apretando con fuerza la mandíbula—. Lo que es extraño es que tú estés en París. Hace cinco años ni siquiera sabías hablar francés.

—Las cosas cambian —dice, sin mirarme en ningún momento desde que nos hemos subido al tren.

—Tanto como para que un día te digan que te quieren y al siguiente desaparezcan —murmuro, pero sé que me escucha por el modo en el que su mano agarra la barra, haciendo que sus nudillos se vuelvan blancos por culpa de la fuerza que está usando.

—Solo pretendía protegerte —suspira, mirándome de reojo.

Mis ojos se posan en la ventanilla, observando la más pura oscuridad de los túneles del metro.

—Qué forma más peculiar de hacerlo —mascullo con desgana.

Ambos nos quedamos en silencio el resto del trayecto. Hubo una vez que nunca había silencio entre nosotros, siempre había algo que decir o de lo que hablar.

El tren llega a mi parada, haciendo que me levante y salga del vagón.

Los pasos de Ryan suenan detrás de mí por el silencioso metro hasta que salimos a la *Avenue Émile Zola*. Observo la larga línea de edificios tipo renacentistas justo frente a unos más modernos. El pequeño piso que comparto junto a mi mejor amiga se encuentra en los del estilo renacentista, ya que una mujer a la que —imagino— no le debe faltar el dinero, nos lo dejó a un precio muy asequible.

Paro frente al portal de mi edificio, con altas puertas de verjas de color gris oscuro, casi negro.

Ryan observa mi bloque de pisos con una pequeña sonrisa en los labios. ¿Recordará que le dije que soñaba con vivir en un sitio así? ¿Recordará todas aquellas veces que me metía en Google para buscar la que sería mi futura casa en París? ¿Recordará cuando me dijo que viviríamos ambos aquí y que seríamos felices?

Qué forma más peculiar tiene el destino de unirnos en París, donde años atrás juramos que tendríamos nuestra vida, pero decidió hacerlo por separado.

—Es bonito —comenta, pasándose una mano por el cabello para echárselo hacia atrás.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. A Jessica y a mí nos gusta mucho.

—Me alegra saber que sigue estando a tu lado.

—Es la única que sé que nunca me abandonará. —Las palabras brotan afiladas de mis labios.

Ryan cambia su peso de una pierna a otra, nervioso.

—Me gustaría volver a verte —declara, tragando duro.

Me froto las manos, para cualquier persona podría ser un gesto normal, una chica con frío en la madrugada, intentando entrar en calor, pero no lo es para mí. Es una de las muchas formas que tiene mi cuerpo de delatar mi nerviosismo, cuando algo me ha calado y no sé cómo reaccionar.

—¿Para qué, Ryan? —suspiro finalmente, dejando a un lado mi afilada lengua.

—Para ser amigos —dice con esperanza.

Esbozo una triste sonrisa.

—Ryan, tú y yo nunca fuimos amigos, eso siempre se nos quedó muy corto —murmuro con un ápice de dolor—. Y dudo que ahora sea posible.

El chico frente a mí asiente despacio con la cabeza.

—Gracias por acompañarme a casa —digo, y antes de que pueda responder ya me he introducido dentro del portal del edificio.

Mientras subo en el ascensor hasta mi piso, intento olvidar las últimas horas de mi vida, hacer desvanecer el recuerdo de Ryan de mi mente, pero es imposible. Parece que se ha enganchado con todas sus fuerzas a mi interior.

Al abrir la puerta de casa, ahogo un grito al encontrarme a mi mejor amiga con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—¡Joder, Jessica! —exclamo al verla en la puerta—. ¿Qué haces ahí?

La muevo a un lado para poder entrar a casa y cerrar la puerta detrás de mí.

—Tardabas mucho en llegar —comienza a decir mientras me sigue hasta la cocina—, y decidí asomarme a la ventana para ver si te veía llegar o tenía que llamar a la policía por tu desaparición.

Ruedo los ojos mientras agarro jamón cocido y queso para hacerme un sándwich.

—¿Y cuál ha sido mi sorpresa al asomarme a la ventana? —inquire, aunque sé la respuesta. Me deshago de la chaqueta y el bolso y me siento en la pequeña mesa que tenemos en la cocina y que casi nunca solemos usar. *Apolo* al instante aparece a mi lado para ver si se me cae algo al suelo que pueda comerse—. Tú. Caminando. Junto a Ryan.

Suelto un suspiro y alzo la mirada para posarla sobre Jessica, lleva el cabello rubio recogido en un moño despeinado, sus ojos castaños fijos en mí y sus brazos colocados en forma de jarra.

—No pude evitar que me acompañase —respondo, mientras comienzo mi cena.

—Quiero que argumentes mejor eso, necesito comprender por qué el hijo de puta que te rompió el corazón caminaba tan tranquilo a tu lado.

Y sé que solo se preocupa por mí porque lo veo en sus ojos, en el modo que se muerde el labio inferior con angustia y, por eso le cuento todo lo sucedido desde que vi a Ryan junto a la chica pelirroja, sentados en el restaurante.

—¿Qué pretende? —inquire Jessica, sacando un zumo de naranja de la nevera para comenzar a tomárselo una vez que he terminado todo mi relato de lo sucedido.

—No lo sé, hacer las cosas bien. No lo sé —suspiro.

—Te está intentando manipular —declara, tomando asiento en la silla frente a mí.

—Pero ¿para qué? ¿Qué consigue con eso? —inquiero, frotándome el rostro con cansancio, sin importarme si el maquillaje se me corre.

—No lo sé, Em. ¿Recuperar lo vuestro? ¿Sexo casual? Podría ser cualquier cosa.

—No. —Niego con la cabeza—. No me ha dado esa sensación, parecía... parecía sincero, como si de verdad deseara poder hacer las cosas bien. Como si quisiese ser mi amigo.

Me recorre con la mirada.

—¿Y le dejarás? ¿Le dejarás volver entrar a tu vida, aunque solo sea en forma de amistad?

—No —respondo sin pensarlo—. La amistad se basa en la confianza y yo no puedo confiar en él. Siento mucho rencor hacia Ryan y no voy a volver a arriesgarme a que me haga daño, no cuando las heridas todavía no se han curado del todo.

—Haces bien, nena. No quiero volver a verte mal otra vez, no por el mismo gilipollas.

Me levanto con una sonrisa en el rostro y me acerco hasta ella, deposito un rápido beso en su mejilla.

—No lo harás —aseguro—. He madurado con los años y no soy tan tonta como para cometer los mismos errores.

Guardo las cosas en su sitio antes de despedirme de Jessica. Voy al baño para darme una rápida ducha y echarme algunas de mis cremas.

Al volver a la habitación tengo mi cuerpo enrollado en una toalla azul claro cuando abro la puerta de mi armario para coger ropa interior y el pijama, pero mis ojos se posan en la bolsa de basura que hay al fondo. Aquella que dejé en ese sitio cuando Jessica y yo nos mudamos al apartamento y la cual no he vuelto a tocar desde entonces.

Alargo la mano y agarro la bolsa, sintiendo su peso cuando avanzo hasta mi cama. Mis manos tiemblan mientras las introduzco en el interior y saco lo que contienen.

Un casco de color negro lleno de rayos rosas fosforito.

Mi regalo de cumpleaños por parte de Ryan cuando cumplí los dieciocho.

Y mi mente, viaja hasta aquel día.

14 de mayo del 2017

—¡Feliz cumpleaños! —Escucho antes de sentir cómo unas manos hacen cosquillas en mi costado. Abro los ojos de golpe y suelto un sonoro grito.

Me pongo de rodillas sobre la cama con el corazón martilleando con fuerza.

—¡Ryan! —grito molesta.

El chico frente a mí, vestido tan solo con sus calzoncillos, suelta una sonora carcajada.

—Eres idiota —murmuro, haciendo un puchero.

Ryan me mira con ternura, pero sus ojos pasan de mi rostro al resto de mi cuerpo desnudo.

Al instante mis mejillas se encienden ante la mirada llena de lujuria que le adorna el rostro.

Me aclaro la garganta para que su vista vuelva hasta mis ojos y deje tranquilos a mis pechos.

—Lo siento. —Se disculpa con una sonrisa traviesa en los labios—. Pero esos dos reclamaban mi atención.

—Estos dos. —Me tapo el pecho con la manta—. No reclaman tu atención, ¿por qué me has despertado?

—Porque es tu cumpleaños. —Sonríe, acercándose hasta mí para agarrarme con cuidado de la barbilla y alzar mi rostro—. Y quería ser el primero en felicitarte.

—Me felicitaste anoche —le recuerdo mientras las imágenes de lo sucedido después llenan mi mente, el modo en el que me besó con dulzura, en el que me acarició como si no quisiese olvidarse de cómo se sentía mi piel. El modo en el que me hizo el amor...

Mis mejillas vuelven a ruborizarse sin poderlo evitar.

—Creo que tu mente está recordando otras cosas que el modo en el que te felicité —ronronea mientras acerca sus labios a mi cuello y aspira mi aroma, haciendo que mi cuerpo se caliente al instante—. Estás recordando cómo mi lengua recorrió cada centímetro de tu piel.

Trago duro, sintiendo la anticipación de lo que va a suceder.

Su mano agarra la manta que me cubre y la echa a un lado, posando un dedo en mi garganta para comenzar un descenso que consigue encenderme.

—Estás recordando cómo mis manos te tocaron, con caricias que hicieron que gritases mi nombre hasta quedarte sin voz.

Sus labios rozan los míos, haciendo que un débil gemido brote de mi interior.

El dedo de Ryan llega hasta el centro de todo mi ser donde lo presiona, con la fuerza suficiente para dar placer, pero no para hacer daño, comenzando a masajear mi haz de nervios.

—Justo así —dice con la voz ronca.

Un gemido brota de mis labios y como si no pudiese contenerse más, su boca se abalanza sobre la mía y la besa y muerde con deseo mientras me echa hacia atrás haciendo que mi espalda choque contra la mullida cama del hotel donde hemos pasado la noche.

Sus dedos dejan mi clítoris para introducirse en mi interior, haciendo que mi espalda se arquee, llena de placer.

—Ryan —murmuro su nombre, una plegaria para que lo haga más rápido, más fuerte y preferiblemente, con otra cosa que no sean sus dedos.

Una hermosa risa sale de sus labios para rebotar contra los míos.

—La paciencia nunca ha sido tu punto fuerte.

—Ya sabes que no —replico, alzando mis caderas para encontrarme con las suyas y el creciente bulto que esconden sus calzoncillos—. Así que no me hagas esperar por algo que deseo.

Sus ojos, llenos de un brillo lujurioso, se posan en los míos.

—¿Y qué es lo que deseas?

—Te deseo a ti. Dentro de mí. Ahora.

Vuelve a reír, pero hace lo que le pido. Se aparta un poco de mí para llevarse las manos a la cinturilla de su ropa interior.

Llaman a la puerta, haciendo que el chico que está a punto de desprenderse de la única prenda que tiene, suelte un grave gruñido.

—Señor Wells, le traemos el desayuno junto a lo que nos pidió. —Se escucha la voz de un hombre desde el otro lado de la puerta.

—Joder —masculla con un tono ronco.

Suelto una risa mientras niego con la cabeza a la vez que Ryan se levanta de la cama, se coloca con rapidez los vaqueros que están tirados en el suelo y va hasta la puerta de la habitación.

Mientras tanto, agarro mis bragas y mi vestido para ponérmelo. Vuelvo a sentarme en la cama justo cuando Ryan aparece con un carro de servicio donde puedo ver en la primera balda, en la más alta de todas, el desayuno que ha debido de pedir Ryan antes de despertarme, esperando que tardasen un poco más en traerlo para poder desayunarnos el uno al otro. Pero mis ojos se percatan de lo que hay en la segunda balda, la gran caja envuelta con papel rosa y un lazo rojo.

—¿Qué es eso?

Ryan mira la enorme caja con una amplia sonrisa en el rostro.

—Tu regalo de cumpleaños. ¿Lo quieres ahora o después de desayunar?

—Ahora —habla mi lado impaciente.

El chico niega con la cabeza sin borrar la hermosa sonrisa de sus labios cuando se agacha y recoge la caja para dejarla sobre la cama, frente a mí.

—Espero que te guste —dice, y puedo notar cómo se pone nervioso a la espera de que abra mi regalo de cumpleaños.

Sin perder un segundo más, mis manos comienzan a rasgar el papel rosa, dejando el lazo a un lado.

Parpadeo varias veces al ver una caja negra, pero con un dibujo en ella.

—Esto es...

—Tu propio casco —asiente con una sonrisa—. Es de tu medida, para que vayas mejor protegida cuando montes conmigo en la moto.

—¿Cómo sabes cuál es mi medida? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Le pedí ayuda a tu hermano.

Y entonces tiene sentido la extraña propuesta de Matt de hace unas semanas, cuando fuimos a una tienda de sombreros extravagantes para probármolos. No tenía sentido que fuésemos allí,

más cuando ninguno de los dos usa sombreros.

Abro la enorme caja y saco el casco del interior. Es hermoso. Perfecto. El color es negro al igual que la visera, pero el casco está lleno de rayos de rosa fosforito para que los demás conductores puedan notar mi presencia detrás de Ryan cuando monte con él.

—¿Te gusta? —inquieta con nerviosismo—. Si no es así podemos ir a la tienda y que elijas otro. Niego con la cabeza y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Me encanta —digo, pasando la mano por la suave superficie—. Es perfecto, Ryan. Perfecto como él, perfecto como esto que tenemos.

10 de abril del 2022

Acaricio la superficie del casco mientras los recuerdos golpean mi mente, haciendo que un nudo se instale en mi garganta.

Aquel día fue uno de los más felices de mi vida, el modo en el que mi familia había acogido a Ryan como a un miembro más de ella y Jessica comenzaba a confiar un poco en que sus intenciones no eran malas. Todo iba tan bien...

Y solo diez días después, desapareció de mi vida, como si jamás hubiese estado en ella, llevándose todo con él. Matando una parte fundamental de mí. Una vez Ryan me dijo que, gracias a mí, su corazón había vuelto a revivir. Él hizo lo contrario conmigo. Yo le reviví, pero él me mató.



Ryan.

Cierro la puerta del estudio de techos altos y paredes grises en el que vivo. Camino por el parque de madera oscura hasta el salón donde me dejo caer sobre el sofá negro.

Un maullido de protesta resuena por todo el lugar y bajo los ojos hasta la gata Carey, que se encuentra tumbada a unos centímetros de mí, lanzándome una mirada desafiante por haber invadido su espacio personal.

—Hola, Dama —suspiro, acariciando su suave cabeza y casi al instante borra la mirada desafiante de su peludo rostro y entrecierra los ojos, comenzando a ronronear—. ¿Te gustaría ver mundo más allá de París?

Como es de esperar, la gata no responde a mi pregunta, ni siquiera hace ningún gesto que me haga saber que me ha comprendido.

Recuesto la cabeza en el respaldo del sofá, sin dejar de acariciar a la gata por miedo a llevarme un zarpazo. No sería la primera vez que sucede.

—El mundo es muy grande, ¿sabes? París solo es un pequeño punto de todos los lugares que todavía nos quedan por conocer. Podríamos ir a México o Argentina, aunque no recuerdo mucho del castellano que estudié en el instituto.

¿Por qué quedarme en París? ¿Por qué seguir haciendo daño con mi presencia a la gente que me

rodea?

Dejaría de herir a Irina, la mirada dolida que me lanzó antes de marcharse del restaurante la tengo grabada en la mente.

La banda encontraría a un cantante con rapidez, o incluso podría sustituirme Travis, nunca se le ha dado mal cantar.

Y... Emma se alegraría de que volviese a desaparecer de su vida para siempre.

Me hago con rapidez un cigarro de maría y lo enciendo, dándole una larga calada que provoca que mis pulmones ardan. Había jurado dejar esta mierda, no volver a meter drogas en mi cuerpo, pero ellas son las únicas constantes en mí, las que consiguen que mis problemas no me sobrepasen.

Saco mi móvil de la chaqueta que aún llevo puesta y entro en Instagram. Encuentro el perfil de Travis con rapidez y me introduzco en una de las fotos que sale acompañado de su hermano para entrar en el perfil del que creo que se llama Ethan.

Lo tiene público, por lo que puedo ver todas sus fotos, las cuales me interesan poco. Toco en sus seguidores y tecleo un nombre que arde en la yema de mis dedos.

Emma.

Solo salen dos personas con ese nombre y no me cuesta identificar a la que yo estoy buscando, la que una vez, hace mucho tiempo consiguió revivir mi corazón.

También tiene público su perfil de la red social y esta vez, las fotos sí son las que me interesan.

La última es de hace dos semanas. Se encuentra de cuclillas en un paseo en el que de fondo se puede ver el Sena. Abraza a un gran perro negro y blanco mientras esboza la sonrisa más hermosa que he podido ver en mi vida.

Mi corazón se detiene un segundo, como si pudiese volver a todos aquellos momentos en los que ella me sonreía así, en los que me abrazaba como lo hace con el perro que la acompaña.

Trago duro y salgo de esa imagen. Bajo por su *feed*, viendo por encima las publicaciones de los últimos meses. En todas las fotos sonrío, pero según voy a las más antiguas puedo percatarme de que, aunque nunca falta la sonrisa en sus labios, sus ojos están vacíos, como si intentase engañar a todo el mundo, pero yo la conocí lo suficiente como para poder percatarme de la tristeza que había en su interior.

Una tristeza que yo provoqué, no tengo dudas de ello.

Una tristeza que en sus últimas fotos ya no estaba, como si hubiese comenzado a sanar justo cuando yo volví a su vida, abriendo la herida que tanto empeño ella ha puesto en cerrar.

La droga comienza a nublarle la mente y a dejar a mi cuerpo en un estado de relajación que estaba ansiando tener, cuando entro en una foto del verano anterior que me ha llamado la atención.

Reconozco al instante a las personas que salen, a todas menos a una de ellas.

Es la familia de Emma. Sus padres se encuentran en un lateral, ambos vestidos de gala y con radiantes sonrisas en los labios. Emma está en el otro lateral, con el cabello oscuro rizado hacia un lado, cayendo por encima de uno de sus hombros y un entallado vestido lila se ajusta a su cuerpo. En el centro de la foto está Matt, el hermano mayor de Emma y el que durante meses se convirtió en el único amigo que me había conocido de verdad. Matt se encuentra con un traje negro mientras agarra de la cintura a una hermosa chica con un vestido de novia.

Se casó.

Trago duro y no puedo evitar pensar cómo habría sido mi vida si no hubiese recibido aquella llamada, si no me hubiese marchado.

Por un momento puedo ver una vida completamente diferente a la que tengo ahora.

Emma y yo habríamos alquilado un pequeño apartamento para los dos en Seattle, donde ella tenía pensado ir a la universidad. Un fin de semana o puede que dos al mes hubiésemos ido hasta Portland para visitar a su familia y los veranos los pasaríamos en la casa del lago, en un pequeño pueblo de Oregón. Jessica también hubiese ido allí, pero se quedaría en la casa de su padre.

Emma habría publicado sus libros en físico y yo la acompañaría a todas las firmas que hiciese, sintiendo el orgullo invadir mi pecho al ver la felicidad que desprendía la chica.

Habríamos terminado aquí, en París, donde Emma siempre quiso vivir.

Un día hubiese alquilado una pequeña barca para navegar por el Sena mientras cenábamos en ella. Al terminar la cena, la habría invitado a bailar, con la luna impactando en Emma, dejándome ver la belleza de la que está hecha y, cuando los pies nos hubieran dolido de tanto bailar, me habría arrodillado frente a ella, para sacar del bolsillo de mi chaqueta el anillo más caro que hubiese podido encontrar en París para pedirla matrimonio.

Ella diría que sí, entre lágrimas y risas.

Y nosotros estaríamos recreando una imagen muy similar a la que estoy observando en mi móvil. Nuestras vidas serían muy diferentes si esa llamada no me hubiese destruido.

Las lágrimas humedecen mis mejillas y ahora, por primera vez en años, sé que me he mentido durante mucho tiempo. Cada vez que decía que Emma se había quedado en el pasado, que mi corazón ya no latía acelerado ante su recuerdo, era mentira. Porque ahora la siento más fuerte que nunca dentro de mí, ahora experimento todos aquellos sentimientos que me he pasado los últimos años intentando borrar, salir con fuerza de ese rincón oscuro donde los he mantenido todo este tiempo.

Emma Campbell no ha abandonado mi corazón.

Y dudo mucho que algún día lo haga.

—Creo que nos quedaremos un tiempo más por París —le digo a Dama—. Hasta poder resolver unos problemas del pasado.

La gata entrecierra los ojos y maúlla para que vuelva a acariciarle la cabeza.

No puedo irme así, no hasta que deje de sentir este peso en mi interior al pensar en Emma, hasta poder quedar en buenos términos con ella. Porque sé que, si vuelvo a desaparecer, el vacío que he visto en sus fotos volverá de un modo u otro y no voy a permitir eso. Puedo vivir con el dolor de no tenerla a mi lado, pero no quiero que ella viva con el dolor de no comprender qué pasó hace tanto tiempo. No soportaría irme y saber que Emma se queda aquí en París con todo ese odio y rencor guardado para mí.

Se lo debo a mi Emma; aquella chica de sonrisas fáciles y brillantes ojos.

Un suceso inesperado

Emma.

Mi vida parece que ha vuelto a la normalidad. Ha pasado una semana desde la última vez que vi a Ryan y ya he comenzado a creer que ha desaparecido para siempre, otra vez. No es que me importe, pero una pequeña parte de mí no puede dejar de pensar en si volveré a verle.

Me miro en el espejo de mi habitación cuando termino de prepararme para el cumpleaños de Julie, la primera amistad que hice al llegar a París y gracias a quien conocí a Ethan y Sophie.

Mi cabello castaño casi negro se encuentra recogido en una tirante coleta de caballo en lo alto de mi cabeza. Unas sombras oscuras le dan profundidad a mis ojos grises y mis labios lucen un tono rojo intenso. Jessica lo llama: rojo salvaje.

Como Julie ha decidido celebrar su cumpleaños en una de las discotecas más exclusivas de París, me he decantado por el vestido plateado de lentejuelas que me regaló Matt en mi último cumpleaños. Es corto, por debajo de mis glúteos, sin mangas, pero de cuello alto que se ata en la parte de atrás de mi nuca y deja toda la espalda al aire.

Los zapatos de tacón a juego combinan a la perfección con el vestido y los pendientes circulares y brillantes.

—¿Qué te queda, Em? —Escucho a Jessica gritar desde su habitación.

—¡Ya estoy! —respondo, alzando la voz mientras recojo mi bolso de mano junto a la chaqueta de cuero negra. Salgo de mi habitación a la vez que mi mejor amiga y esboza una amplia sonrisa.

—¡Madre mía, Emma! —exclama al verme—. ¿Esta noche vas de caza?

Suelto una sonora carcajada cuando veo cómo mueve sus cejas arriba y abajo.

—Esta noche voy a pasarlo bien con mis amigos —respondo, aún riendo—. ¿Y tú? No te quedas atrás.

Jessica esboza una amplia sonrisa mientras baja la mirada para ver cómo su vestido azul oscuro de escote en pico se pega a cada parte de su cuerpo, como una segunda piel. Al alzar la cabeza, los bucles que se ha hecho en su cabello rubio se mueven alrededor de su rostro.

—Sabes que no me gustan los rollos de una noche. —Se encoge de hombros—. ¿Nos vamos?

—Sí, no queremos que Julie entre en pánico al ver que llegamos tarde —comento mientras entrelazo mi brazo con el de ella y salimos del piso que compartimos. *Apolo* corre detrás de nosotras, emocionado mientras cree que ha llegado la hora de su nuevo paseo, a pesar de que ha salido hace un rato—. Es nuestro turno, *Apolo*.

El perro gimotea mientras se tumba en la entrada y ve cómo cerramos la puerta.

—Me da pena dejarle ahí solo. —Jessica hace un puchero mientras le da al botón del ascensor para llamarlo.

—Lo sé, a mí también. Creo que le tenemos muy consentido.

Tardamos casi cuarenta minutos en llegar hasta la discoteca: el tráfico y encontrar sitio un viernes por la noche en el centro de París es casi misión imposible.

Observo el alto edificio negro con grandes ventanales oscuros para que la gente no pueda ver su interior de día. Son oficinas, pero las dos últimas plantas es una de las discotecas con mayor influencia de toda la ciudad y que solo puedes entrar si estás en la lista.

La discoteca pertenece al tío de Julie, por lo que mi amiga entra siempre que quiere con todas las comodidades, como, por ejemplo, tener el reservado más grande para ella sola sin dejar ni un euro en él.

—No sabes lo que me gusta tener una amiga con contactos —comenta Jessica mientras pasamos al lado de la cola y llegamos hasta el segurata.

—Emma Campbell y Jessica Lewis, estamos en el reservado de Julie Blanc —digo cambiando al francés para así poder comunicarme con el de seguridad, enseñando los carnets de ambas. Al principio de llegar a París, acababa juntando ambos idiomas inconscientemente cuando hablaba en inglés con Jessica y francés con el resto de personas. Me costó un tiempo poder cambiar de idioma sin introducir palabras del otro.

El de seguridad mira la lista que tiene entre las manos.

—Pueden pasar. —Asiente con la cabeza, echándose a un lado.

La recepción del edificio es enorme y está iluminada con grandes lámparas que cuelgan del techo.

—¿Te imaginas trabajar en un sitio así? —pregunta Jessica cuando llegamos al fondo de la recepción donde se encuentra el ascensor.

—Sería todo un sueño —respondo, echando una ojeada rápida al lugar. No es solo una empresa, cada planta es una diferente y cuenta con treinta pisos. En total, veintiocho empresas más la discoteca.

Las puertas del ascensor se abren y nos introducimos en el interior junto a otras cuatro chicas que parece que hablan en italiano. Una de ellas pulsa el botón número veintinueve, y aunque pulsase alguno de los otros números, no pasaría nada. El ascensor, una vez que todos los trabajadores de las oficinas se van a sus casas, se bloquea para que las puertas solo puedan abrirse en la planta de la discoteca.

Jessica me lanza una mirada llena de nerviosismo. Es nuestra segunda vez aquí. Y la primera vez que vinimos fue una de las mejores experiencias. Aunque en verdad, guardo muy pocos recuerdos de esa noche, pero por los vídeos que Jessica y yo encontramos a la mañana siguiente en nuestros teléfonos, indicaba que lo habíamos pasado de muerte.

Las puertas del ascensor vuelven a abrirse, mostrando una imagen muy diferente a la de la recepción del edificio.

La iluminación es en tonos morados, dándole un ligero aspecto oscuro al lugar. Hay un escenario donde se encuentra el DJ mezclando la música frente a una pista llena de gente que mueve el cuerpo. Una larga barra adorna todo un lateral del local, en ella hay luces de neón azules que hacen juego con un par de taburetes que hay colocados en frente.

Algunos sofás están esparcidos por el lugar con bajas mesas acompañándolos, todos ocupados por personas que charlan y ríen con sus amigos.

En uno de los laterales hay una escalera de caracol de mármol blanco que va hasta el piso de arriba con vistas a toda la zona inferior. Para subir allí hay que pasar otro control para comprobar que se esté en la lista vip y poder ir a los reservados.

Jessica entrelaza su mano con la mía y tira de mí, obligándome a avanzar entre la multitud y así llegar hasta la mujer trajeada de negro y cabello rubio recogido en un moño bajo.

Al llegar hasta ella se interpone entre las escaleras y nosotros.

—No pueden pasar.

Alzo una ceja ante la frialdad de sus palabras.

—Tenemos un reservado —replico.

La mujer nos recorre con desagrado de arriba abajo, como si estuviese comprobando que no vamos vestidas como alguien que pudiese permitirse tener un reservado en ese lugar.

—¿Nombre y apellido?

Le doy nuestros datos y vuelvo a enseñar los carnets a la mujer para que pueda comprobar que estamos en la lista de Julie y que podemos subir hasta los reservados.

—Pasen y disfruten de la noche —dice la mujer, echándose a un lado para darnos acceso a las escaleras.

Subimos los peldaños de dos en dos hasta que alcanzamos la parte de arriba.

Es amplia y mucho más calmada que la de abajo. La música aquí no suena tan fuerte, pero está lo suficiente alta como para poder bailar sin la necesidad de ir hasta la pista.

Los sofás parecen de mucha mejor calidad que los de abajo y al lado de las mesas hay cubiteras con hielo que en su interior guardan botellas de vino y champán, aunque también hay camareros que van hasta los reservados por si algunos de los clientes prefieren otros tipos de bebidas. Los reservados están separados por biombos oscuros, dando intimidad entre unos y otros. Puedo apreciar como en una esquina hay una pequeña barra para que los camareros no tengan que bajar hasta el piso inferior a preparar las bebidas.

—¡Allí están! —Señala Jessica a un reservado cerca de la barandilla.

Julie se encuentra sentada junto a Gabriel, su prometido y novio desde que tenían trece años. Al lado de ellos está Sophie, a quien no he vuelto a ver desde que me dejó tirada en aquel estúpido bar irlandés.

Nos acercamos hasta ellas y cuando Julie nos ve, se levanta de un salto del sofá, haciendo que el vestido blanco que se le había subido un poco, vuelva a bajarse hasta por encima de sus rodillas.

—¡Jess, Em! —exclama, corriendo hacia en nuestra dirección con unos altísimos zapatos de tacón, sin siquiera tropezar una vez.

Nos abraza con fuerza al llegar hasta nosotras.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamamos Jessica y yo al unísono y cuando nos separamos le tiendo la bolsa que llevo con el regalo que le compramos.

Julie parpadea, esbozando una amplia sonrisa y agarrando la bolsa.

—No era necesario, chicas. Ya sabéis que vuestra presencia es el mayor regalo que me podéis dar —dice con ilusión.

—Es una tontería comprada en un bazar —miente Jessica con una sonrisa divertida.

Julie ríe negando con la cabeza y sacando la pequeña caja que hay dentro de la bolsa.

—Dios mío —murmura al ver los pendientes con forma de piruleta que le hemos regalado lleno de brillos de colores—. ¡Llevaba meses queriendo estos pendientes!

Son de una empresa pequeña que vende sus productos a través de su cuenta de Instagram. Son artesanales y Julie llevaba meses esperando a que volviese a abrir pedidos para comprarlos.

—¿Te gustan? —pregunto, esbozando una sonrisa al ver cómo sus ojos se llenan de lágrimas.

—Me encantan, me los voy a poner todos los días, ¡hasta para dormir! —exclama, mordiéndose el labio inferior. Se quita los pendientes de oro que lleva puestos y los cambia por los que tienen forma de piruleta y que no combinan con el elegante vestido morado que lleva.

La pelinegra vuelve a abrazarnos a ambas y no deja de decirnos lo mucho que nos quiere.

—¡Os eché de menos! —dice cuando se separa y se coloca el cabello negro detrás de las orejas

—. Decidle a mi jefa que me dé vacaciones, esto llamado trabajo es una verdadera tortura. Esbozo una sonrisa divertida.

—Te cambio mi trabajo por el tuyo cuando quieras —comento, mientras comenzamos a caminar hacia el reservado.

—Oh, de eso nada, Emma. Ni loca trabajaré en tu restaurante con esas víboras de las que siempre hablas. —Niega con rotundidad—. Mi jefa, al lado de la tuya, es una mujer relajada que se comunica con amabilidad y cariño.

Julie trabaja como secretaria para una famosa diseñadora de ropa a la que el estrés sobrepasa y suele estar de mal humor las veinticuatro horas del día, pagando su mal genio con todo aquel que esté cerca de ella, que casualmente es Julie.

—Tan solo queda un mes para que nos vayamos a Marsella para tu despedida de soltera. Cada vez que tengas que ir al trabajo piensa en eso: en los días tumbadas bajo el sol, con el mar al frente, mientras nos bebemos un mojito bien cargado —suspiro, anhelando la semana en la Costa Azul.

—Ay, Emma, no sabes cuánto deseo que pase este mes.

—¿Para casarte, querida? —pregunta Gabriel cuando llegamos al reservado.

Julie le lanza una mirada divertida antes de contestar:

—¿Casarme? Amor, eso es lo aburrido de todo esto. Lo que estoy deseando ahora más que nada es mi semana de vacaciones.

Gabriel alza una ceja mientras se levanta del reservado.

—Siempre es bueno escuchar a tu prometida hablar de lo emocionada que está por nuestra boda —ironiza antes de acercarse a Jessica y a mí para darnos cortos abrazos como saludo—. ¿Qué tal, chicas?

—Todo bien, Gabriel. ¿Cómo va el videojuego del que me hablaste la última vez? —inquire Jessica, quien en su tiempo libre es una aficionada a los videojuegos y cada vez que se encuentra con Gabriel quiere saber lo último en lo que está trabajando.

Julie pone los ojos en blanco cuando perdemos a Gabriel y Jessica en temas que no entendemos. Nos aproximamos hasta donde se encuentra Sophie sentada con el móvil entre las manos.

Aprieto la mandíbula en una fina línea al verla, sigo molesta con ella, ni siquiera se dignó a hablarme al día siguiente de dejarme tirada.

Tomo asiento a su lado y alza la mirada de su teléfono con una sonrisa nerviosa en los labios.

—Emma, qué bien te ves —saluda—. ¿Ese vestido es nuevo?

—Me lo has visto unas diez veces —replico.

—Lo siento —suspira—. Estuvo mal lo que hice.

—¿Y por qué has esperado hasta ahora para disculparte?

—¿Qué me he perdido? —inquire Julie que está sentada al otro lado de Sophie.

—Le hice una encerrona a Emma con su exnovio —suspira avergonzada—. Pensaba que estaba ayudando, pero creo que metí la pata hasta el fondo.

—Muy hasta el fondo —añado.

—¿Exnovio? —Julie frunce el ceño—. ¿Qué me he perdido? Por lo que yo sé, no has tenido nada serio en los últimos años, ¿no?

—Travis me dijo que estuvieron saliendo antes de que Emma viniese a París.

—¿Cómo lo sabía el hermano de Ethan? —El desconcierto es palpable en el rostro de la pelinegra.

—Porque resulta que Travis y el exnovio de Emma están en la misma banda.

—¡Dios mío! —exclama emocionada Julie—. ¡Contadme más!

Ruede los ojos con molestia.

—No hay nada más que contar. Hacía cinco años que no nos veíamos y nos hemos vuelto a reencontrar y no, no es como los reencuentros de las películas románticas que tanto os gusta ver, de hecho, ha sido muy desagradable —digo con rapidez antes de que Julie pueda decir algo más. Ambas chicas se lanzan miradas cómplices.

—Un *enemies to lovers* en toda regla —dicen a la vez y sueltan fuertes carcajadas haciendo que ruede los ojos con molestia.

—No hay ningún *enemies to lovers* —replico—. No hay nada de nada.

—Mierda, debería haber invitado a la banda de Travis también —murmura Julie a Sophie, como si no pudiese escucharla—, esto es mejor que una telenovela turca.

—Sigo aquí, por si no sois conscientes de ello.

Un camarero llega justo en ese momento para preguntarnos a Jessica y a mí si deseamos beber algo, ya que nuestros acompañantes tienen sus bebidas sobre la pequeña mesa que tenemos frente a los sofás colocados en forma de ele.

Cuando ambas pedimos nuestros cócteles, el camarero se marcha hasta la pequeña barra.

—¿Pedisteis la semana libre para las vacaciones? —pregunta Julie.

—No, dejaré el trabajo en la librería unos días antes. —Se encoge de hombros Sophie, sin levantar la mirada de su teléfono. Desde donde me encuentro puedo ver que está dentro de un chat de WhatsApp.

—¡No hagas eso, Sophie! —dice alarmada Julie—. Es el primer trabajo en meses que te está durando tanto.

La castaña alza la mirada de su móvil con una amplia sonrisa.

—Me aburrí de estar todo el día entre libros, quiero probar algo nuevo. Puede que en una peluquería.

—¿Acaso sabes algo de peluquería? —inquire Jessica, frunciendo el ceño.

—No, pero siempre miento en el currículum y hasta ahora me ha ido bien.

Julie suspira con fuerza, como si supiese que decir algo a Sophie sobre sus trabajos esporádicos es una pérdida de tiempo.

—¿Y vosotras, ya tenéis la semana libre?

—Sí, al ser mi propia jefa, puedo tener las vacaciones cuando quiera —dice Jessica.

—Yo también, me tocará hacer horas extras durante un tiempo para “compensar” el haber pedido las vacaciones esa semana y el día libre de la boda, pero merecerá la pena —comento.

El camarero llega en ese momento y deposita las bebidas en la mesita. Agarro la mía y le doy un trago, al instante el sabor de la piña y el alcohol inunda mi paladar.

—Deberías mandarlo a la mierda —comenta con molestia Julie—, podría hablar con mi padre para que te busque un puesto en su empresa.

—No. —Niego con la cabeza. No quiero ser la enchufada del jefe, quiero conseguir un trabajo por mí misma, por lo que tengo para ofrecer y no porque le dé pena a mi amiga—. Pero te lo agradezco.

El tiempo transcurre entre risas, anécdotas y bebida, mucha bebida. Debo decir que ninguno de nosotros se está frenando, ni siquiera Jessica, quien ha tomado la decisión de volver en taxi hasta casa.

—¡Por fin llegan! —exclama Sophie cuando llegan al reservado Ethan acompañado de su hermano Travis.

Julie ha invitado a Travis también a su cumpleaños, ya que antes de que los padres de Ethan se divorciasen vivían todos en París y los padres de Julie y de ellos eran amigos, por lo que se

conocen desde niños.

—Tenía que esperar a que saliese de trabajar para poder hacer de chófer —suspira indignado Ethan—. Feliz cumpleaños, Julie. —Frunce el ceño, observándola—. ¿Eso de ahí es una cana?

—¿Qué?! —grita con fuerza la cumpleañera mientras se lleva las manos al cabello, alarmada—. ¿Dónde? ¡Quítala, Gabriel! ¡Arráncala sin temor!

Soltamos fuertes carcajadas ante el comportamiento exagerado de Julie.

—¡No os riais sucios traidores! ¡¿Cómo es posible que tenga una cana?! ¡Solo tengo veinticuatro! ¿Cómo estaré con treinta?

—Querida, no tienes nada —murmura con suavidad Gabriel mientras pasa su brazo por los hombros de mi amiga y la estrecha contra sí—, y aunque tuvieses una cana, no pasaría nada. Eres preciosa y un pelito blanco no lo cambiará.

—¿De verdad lo crees? —Julie hace un puchero mientras apoya su cabeza en el hombro de su prometido—. ¿Me querrás cuando tenga el cabello blanco y la piel arrugada?

—Te querré hasta mi último suspiro sin importar tu físico.

Y es en momentos como estos mientras observo a la pareja, en los que me replanteo si el amor de verdad existe. ¿Cómo no puede existir si veo el modo en el que se quieren? Cómo a pesar de los años que llevan juntos nunca se han dejado de querer, sino que, por el contrario, parece que su amor ha ido creciendo con cada año que pasa.

Pero luego aparece Ryan en mi mente, todas sus palabras llenas de mentiras... Y vuelvo a dudar de la existencia de aquello que la gente dice que es el motor de la vida.

—¿Cómo está la mujer que me roba el aliento? —inquire Ethan, sentándose a mi lado y depositando un rápido beso en mi mejilla.

—El día que tengas novia se pondrá celosa por dirigirte a mí con tanta pasión. —Le doy un flojo codazo.

—¿Por qué tener novia si lucho día y noche por ti? —Sonríe con picardía.

—¿Ella es mi futura cuñada? —inquire una voz que se sienta en el brazo del sofá, al lado de Ethan.

Mis ojos se mueven hasta Travis que me sonrío con diversión. Es una copia menos fornida de su hermano mayor, pero no hay duda de que comparten ADN.

—Sí, hermanito. Emma Campbell, la dueña de mi corazón —dice mientras pasa uno de sus brazos por mis hombros—. Mi futura esposa y madre de mis quintillizos.

Una carcajada brota de lo más profundo de mi ser.

—Ethan, deja de soñar, tú y yo jamás tendremos quintillizos.

Su sonrisa se amplía hasta llenar todo su rostro.

—Ah, un avance. No has negado nada de ser mi esposa ni madre de mis trillizos.

—Tampoco me voy a casar contigo y no voy a ser madre de trillizos, mellizos o hijos únicos tuyos.

Se lleva una mano con dramatismo hasta el pecho.

—No me digas eso que destruyes mi corazón, cielo.

—No pudimos presentarnos bien el otro día. —Travis pasa una mano por delante del cuerpo de su hermano, ignorando el espectáculo dolido que está haciendo—. Soy Travis.

Acepto su mano con una sonrisa.

—Encantada, Emma, la no futura mujer de tu hermano ni madre de sus hijos.

Travis sonrío.

—Me caes bien, ahora entiendo qué vio Ryan en ti.

Mi sonrisa se borra de golpe, al igual que la palabrería que seguía soltando Ethan a mi lado.

—Creo que eso último sobraba.

—Claro que sobraba, idiota —replica molesto Ethan.

Suspiro, negando con la cabeza.

—Da igual, pero preferiría que no lo mencionaras.

Travis hace un gesto de sellarse los labios.

—Su nombre esta noche no existe.

—¿Jugamos a «yo nunca, nunca»?! —grita Jessica por encima de las conversaciones del grupo para hacerse oír.

Jugamos a yo nunca, nunca, aunque siempre que salgamos juguemos al mismo juego y ya nada nos impresione de nuestros amigos cuando beben un trago de sus vasos, pero es un buen modo de emborracharse con rapidez.

—¿Quién se viene a la pista de baile? —pregunto cuando terminamos la cuarta ronda del yo nunca, nunca y me he cansado de escuchar las intimidades de todos ellos y que de la mayoría ya me sé de memoria—. Están poniendo buena música.

Se levantan del sofá, decididos a ir hasta el piso inferior para bailar.

Jessica se engancha de mi brazo y Julie del otro, veo por el rabillo del ojo cómo Sophie agarra de la mano a Travis y se lo lleva a algún lugar oscuro de la discoteca donde no haya ojos curiosos mirando lo que hacen.

Nos introducimos entre la multitud de la pista y los cinco comenzamos a bailar.

Muevo las caderas con sensualidad mientras alzo los brazos y me suelto el cabello para que caiga por mi espalda.

Noto ojos sobre mí que observan cómo me contoneo al son de la música y eso hace que me sienta bien y me motive a moverme más.

Hubo un tiempo en que me hubiese sentido cohibida al tener ojos recorriendo mi cuerpo al bailar, hubo un tiempo en el que si iba a la pista de baile era arrastrada por mi mejor amiga. Pero aquella Emma murió hace mucho tiempo, dándole el relevo a una mejor versión de mí misma. Una Emma que dejó de tener inseguridades y que empezó a amar cada parte de ella.

Pero junto a esos pensamientos, llega otro menos bueno. La persona que ayudó a que empezase a quererme. Ese chico de ojos verdosos que siempre estaba ahí para hacerme ver que era preciosa. Que, aunque durante mi infancia hubiese tenido un peso más elevado que el recomendable en esa edad y que muchos niños se metiesen conmigo por ello, era preciosa. Aunque mis muslos tuviesen estrías. Ese chico que me ayudó a reconciliarme con la comida, hacerme entender que, porque un día comiese una hamburguesa, no iba a ser malo para mí.

Junto a esos recuerdos, vienen otros que hacen que mis movimientos frenen y mi corazón se encoja. Todo era tan perfecto que no entiendo qué pudo pasar para que se rompiese.

No sé cómo estuve tan ciega para no ver la gran mentira en la que estaba viviendo con Ryan.

—¿Estás bien? —pregunta Ethan, colocándose frente a mí.

—Sí, solo necesito una copa —suspiro, llevando de vuelta esos recuerdos al rincón más profundo de mi interior.

Me observa durante unos segundos, como si pudiese adivinar en qué lugar se encontraba mi mente.

—Vamos a por ella —dice, pasando un brazo por mis hombros—. Sabes que puedes hablar conmigo siempre que quieras, ¿verdad?

Esbozo una pequeña sonrisa, con el corazón calentito de cariño. Es verdad que Ryan trajo mucho dolor a mi vida, pero si no hubiese desaparecido, no habría acabado yendo a la universidad de París y conociendo a estos amigos que tanto quiero.

—Lo sé, pero hoy es un día para divertirse —respondo.

Y no dejo salir en toda la noche esos recuerdos, porque Ryan no se merece que siga pensando en él. No merece que me pierda un día como este por estar con la cabeza en el pasado.

Así que sigo a Ethan a la barra a por bebidas y después volvemos junto a nuestros amigos con los que bailamos y reímos hasta que nos echan del local por tener que cerrar.



—Emma, tengo que hablar contigo —dice Claire, una de las encargadas del restaurante. Su voz suena chirriante por culpa del dolor de cabeza que tengo por haber bebido tantísimo anoche y no dormir el tiempo necesario.

Miro con disimulo la hora en mi móvil para comprobar que he llegado cinco minutos antes a mi puesto de trabajo, por lo que no debería ganarme ninguna bronca.

—¿Ha pasado algo? —inquiero cuando estoy a su lado, aferrando con fuerza el asa de mi mochila—. No he llegado tarde.

Rueda los ojos con molestia.

—No te he llamado por eso —replica—. Hoy se incorpora un nuevo compañero. Serás la encargada de enseñarle el funcionamiento del restaurante.

—De acuerdo, voy a dejar mis cosas en las taquillas y voy con él. —No es la primera vez que me toca instruir a los nuevos camareros y la verdad, es un trabajo tedioso, más cuando no han tenido experiencia con antelación y no hacen más que preguntar lo obvio.

Después de cambiarme en los vestuarios, me encamino hasta la barra donde puedo ver cómo una compañera, de las que se incorporó hace dos semanas, sonríe con descaro al chico que se encuentra de espaldas a mí.

Ruedo los ojos, deseando no tener que lidiar con coqueteos durante todo el día de hoy.

—Hola —saludo, llegando a su altura.

El chico se tensa al escuchar mi voz y acto seguido se da la vuelta, dejándome ver por fin su rostro.

Oh, no me jodas.

—¿Qué coño haces aquí, Ryan?

8

Un corazón roto

Emma.

Tengo que estar en una pesadilla y Ryan ha aparecido como un espectro aterrador en ella.

Va vestido igual que yo; pantalones negros, camisa impoluta blanca y un mandil atado a la cintura del que sobresale una *PDA*.

Pero no es una pesadilla, esto es real.

—Parece bastante obvio —comenta con una media sonrisa—; trabajar.

Mi compañera le lanza una mirada coqueta a Ryan antes de acudir a la llamada de la encargada desde la cocina.

—No. —Niego con la cabeza, sin ser capaz de atar cabos, sin querer hacerlo—. Eso no es posible.

—Mi contrato dice lo contrario. —Se encoge de hombros y esboza una media sonrisa, una de esas que esconden muchas cosas.

—¿Qué es esto, Ryan? —inquiero con la voz afilada, acercándome a él—. ¿Una forma macabra de hacerme la vida imposible?

El chico rueda los ojos y suspira con fuerza.

—No te creas el centro del universo, Emma —comenta mientras se cruza de brazos—. La gente necesita trabajar para poder pagar las facturas, ¿acaso no es lo que tú haces?

—Hay miles de lugares en todo París donde puedes trabajar, ¿por qué has pensado que este es el sitio idóneo cuando sabes que yo estoy aquí?

Me acerco a él para añadir algo, pero a tan solo unos pocos pasos de Ryan, puedo percatarme de que no está bien.

Sus ojos. O más bien sus pupilas. Están completamente dilatadas como cuando... Trago duro, tiene las pupilas dilatadas como cuando se metía toda clase de mierda al cuerpo.

Un miedo que hacía años que no sentía se apodera de mí, al igual que los recuerdos de esos oscuros meses de nuestra relación, cuando el chico frente a mí aún consumía toda esa mierda.

Sin poder evitarlo, le agarro del rostro y me pongo de puntillas para comprobarlo mejor y, asegurarme de que sus pupilas dilatadas no son producto de mi imaginación.

Siento cómo a Ryan se le corta la respiración un segundo, puede que me haya sobrepasado al acercarme tanto.

Trago duro y obligo a mi corazón a no sentir, a ignorar la poca distancia que hay entre nosotros.

—Vas drogado —digo con la voz entrecortada, sin dejar de observar su mirada verdosa.

No, no puede haber vuelto a esa mierda.

Ryan se tensa, no sé si por mis palabras o por mi mano en su rostro.

Aparta la cara con brusquedad, como si estuviese intentando huir de mi tacto y da un paso atrás.

—¿Acaso te importa? —inquiere, con la voz ronca, mientras se frota los ojos, como intentando

centrarse.

No.

Pero es la mentira más grande que me he podido decir y no debería importarme, joder, debería darme igual lo que Ryan haga con su vida. Aun así, soy humana y, por mucho daño que el chico me haya hecho, siempre habrá una pequeña parte de mí que se preocupe por él. Seguramente algún atisbo de la chica que fui y que consiguió mantenerse después de la devastación.

Retrocedo un paso y pongo cara de molestia.

—No, no me importa lo que hagas con tu vida, Ryan. Me da igual toda la mierda que decidas meterte en el cuerpo, pero cuando vengas a trabajar y más mientras estés bajo mi responsabilidad, no quiero verte drogado.

El chico de cabello castaño se tensa ante mis palabras y por una milésima de segundo me parece ver arrepentimiento en su mirada.

Los recuerdos que he intentado bloquear desde que he visto sus pupilas, por fin consiguen tomar el control de mi mente mandándome a un lugar y tiempo diferente.

27 de agosto del 2016

No puedo creer que el verano haya terminado, cuando parece que ayer llegué con Jessica a la casa del lago de su padre. Parece que fue ayer cuando me vi arrastrada en contra de mi voluntad hasta una fiesta nocturna, en donde vi por primera vez a Ryan, el día que consiguió introducirse en mi interior para no poder salir de ahí.

Pero después de dos maravillosos meses —con algunas cosas malas, aunque mínimas—, hoy es mi último día.

Y no lo soporto, el dolor con el que he despertado esta mañana es tan fuerte que me dificulta respirar. Desde que abrí los ojos a primera hora, no he podido dejar de llorar al comprender que Ryan y yo tendremos que separarnos, que ahora tan solo tenemos un kilómetro de distancia desde su casa a la del padre de Jessica, pero mañana tendremos doscientos ochenta kilómetros separándonos.

Me he acostumbrado mal, llevamos viéndonos casi todos los días este verano. He normalizado que me recoja al anochecer para ir al lago en el que le gusta cantarme canciones bajo las estrellas, besarme sin ojos curiosos... Pero todo eso se ha acabado, porque no sé cuándo podré volver a verle una vez que vuelva a casa, pero lo que sí sé, es que ya no le voy a ver todos los días y aunque todavía no nos hayamos separado, ya echo en falta su presencia.

—¿Cómo estás? —inquire Jessica mientras se sienta a mi lado en el balancín del porche.

Me limpio las lágrimas con el pañuelo que tengo arrugado entre las manos y muevo mi rostro hacia mi mejor amiga, la que tiene el ceño fruncido y los labios apretados en una línea recta.

—Mal, Jess. Estoy mal —murmuro, y veo cómo su rostro se suaviza—. No voy a soportar estar lejos de él. En unos minutos me recogerá y será la última vez que le vea.

Ella asiente con la cabeza antes de poner una de sus manos sobre mi muslo.

—Es lo mejor, Emma. Esta relación no va a ninguna parte, tú tienes mucho que ofrecer y él...

—¿De qué hablas? —espeto molesta al instante. Aparto su mano de mí y me pongo en pie—. No lo vamos a dejar, será una relación a distancia.

—Emma... —suspira con tristeza, levantándose del balancín para llegar hasta mí y agarrar una de mis manos—. Sabes que eso no va a funcionar, puede que con cualquier otra persona... Con alguien de confianza, una relación a distancia, funcione, pero no con Ryan, ¿crees que no va a estar con otras en tu ausencia?

La ira se enciende en mi interior, lista para replicar con palabras cargadas de rabia.

—No —dice con rapidez cuando ve mis intenciones—. Déjame terminar. Eres perfecta, la chica que todo el mundo quiere tener como novia: atenta, amable, buena y, sobre todo, tienes un corazón gigante para dar y recibir amor. Lo que te he dicho no quiere decir que no seas suficiente, eres más que suficiente, mucho más de lo que jamás podrá querer ese gilipo... —Alzo una ceja y deja el insulto a medias antes de continuar hablando—. Pero Emma, Ryan no es conocido por ser fiel. Le gusta saltar de flor en flor y en el momento en que no estés a su lado, le dará igual todo tu amor y correrá hasta la siguiente flor que vea.

Me suelto de su agarre, las palabras de mi mejor amiga no han conseguido mitigar la rabia que ha despertado en mi interior.

—¿Sabes de qué me he podido percatar durante el verano? —Jessica niega con la cabeza—. Este maldito pueblo está lleno de hipócritas y personas a las que les gusta criticar a los demás. Ryan no es como todos pensáis. Lleváis años juzgándolo sin haberle dado ni una sola oportunidad para conocerlo de verdad. La vida nos cambia, nos hace convertirnos en otras personas, y muchas veces solo enseñamos una pequeña parte de lo que somos por miedo a que nos dañen. Ryan se esconde debajo de una fachada para dejar de sufrir.

—Es un mujeriego y eso no es una fachada —replica Jessica, cruzándose de brazos—. Y tú eres mi mejor amiga y me niego a ver cómo te rompe el corazón porque sucederá, Emma. Ryan te romperá el corazón y seré yo quien recoja los pedazos para ayudarte a volver a unirlos.

—¡No romperá nada! —grito sin poder evitarlo, haciendo que una ventana del piso superior se abra. El padre de Jessica nos ha escuchado. Bajo la voz para que solo mi mejor amiga pueda oírme—. ¿Con cuántas chicas le has visto este verano?

Jessica se queda en completo silencio.

—Lo que yo pensaba —digo—. Solo ha estado conmigo porque no quiere estar con nadie más, me quiere y que nadie te haya querido a ti nunca como lo hace Ryan conmigo, no te da motivo para desconfiar de él.

Jessica se pone roja de rabia y da un paso atrás dolida por mis palabras, y aunque sé que no debería haberlas dicho, no me arrepiento de ello.

—No quiero que sufras, pero tampoco voy a permitir que nuestra amistad se rompa por un chico —dice con frialdad—. Si deseas estar con él, no volveré a decirte nada, pero cuando suceda lo que todo el mundo sabe que pasará, estaré para ti.

Se da la vuelta y entra a casa sin mirar una sola vez hacia atrás.

No sé cómo me siento, no sé cómo debería sentirme. Odio esto.

Echo a andar por el camino que va al pueblo a pesar de saber que Ryan vendrá a recogerme en media hora, puede que llegue a su casa antes de que él salga.

No pienso en nada mientras avanzo, no permito que ningún pensamiento penetre en mi cabeza y lanzo la discusión con Jessica a un rincón oscuro de mi mente.

Distingo la pequeña casita de color naranja desgastado en la que pasan los veranos Ryan y su madre.

Me acerco y llamo a la puerta.

Espero un minuto antes de volver a tocar el timbre, sé que hay alguien, puedo escuchar la música del interior.

Cuando voy a llamar por cuarta vez, la puerta se abre de golpe.

Doy un paso atrás al ver a Ryan.

Cabello despeinado, ojos enrojecidos y pupilas dilatadas, una sonrisa tonta en los labios, vestido tan solo con unos calzoncillos.

Y no necesito preguntar para saber que está hasta arriba de marihuana.

—Lo has vuelto a hacer —murmuro con la voz rota mientras la decepción se apodera de mí. Mi corazón se ralentiza cuando veo cómo se apoya en el marco de la puerta, clavando su mirada verdosa sobre mí y paseándola con deseo por mi cuerpo.

—Ese vestido te realza las tetas. —Sonríe, posando su vista en mis pechos.

No lo puedo evitar y mis ojos se llenan de lágrimas.

—¡Dijiste que lo dejarías! —grito, estrellando mi dedo índice en su pecho—. ¡Dijiste que no volverías a fumar!

Ryan se aparta, molesto.

—Mentí.

Me quedo parada al instante en el sitio, como si acabase de chocar contra un muro invisible.

—Mentiste.

—¿Qué esperabas, Emma? —replica—. Cuando empezaste a salir conmigo sabías lo que encontrarías en mí, sabías que fumo, que es lo único que apaga mi mente.

—¡Pues habla conmigo! —La voz me tiembla, al igual que todo el cuerpo—. ¡Dime qué te pasa para que pueda ayudarte! ¡La droga no curará tus problemas!

—No lo entenderías.

—No lo haré si no me lo cuentas. —Bajo la voz, acercándome hasta él y agarrándole de una mano—. Déjame entrar en ti, Ryan, déjame comprender por qué te haces daño de este modo.

Su semblante se endurece.

—No puedo.

—Si hay secretos entre nosotros, esto no funcionará —murmuro con un hilo de voz.

Veo la alarma llenar su mirada.

—Sí funcionará, no son cosas que se entrometan en nuestra relación, mis problemas jamás llegarán a ti. No dejaré que sufras por mi culpa.

—Pues lo haces, cada vez que te drogas me dañas a mí.

Mis palabras le calan, haciendo que su cuerpo tiemble y se tambalee.

—Háblame —le suplico.

Sé que algo lleva atormentándole todo el verano, provocando que busque consuelo en las drogas que le entrega su grupo de amigos, aquellos que le animan a que no las deje.

La última vez que le había visto en un estado similar al de ahora —dos semanas atrás—, juró que no lo volvería a hacer, que cambiaría por nosotros.

Pero mintió.

—No tengo nada que decir. —Se encoge de hombros mientras camina hacia la cocina, le sigo de cerca. Abre la nevera y saca una cerveza de su interior—. ¿Quieres?

—No. —Aprieto los labios en una fina línea—. Me voy.

Le da un largo trago a la bebida antes de posar sus ojos sobre mí.

—Es tu último día aquí, ¿de verdad te vas a ir?

—Sí. —La voz me sale con frialdad de los labios—. Y no sé si nos hacemos bien, no sé si tenemos un futuro.

Las palabras me matan mientras las pronuncio, pero ¿cómo voy a estar con una persona que me deja fuera? ¿Que no me cuenta lo que le pasa para poder ayudarlo? No puedo quedarme a su lado y ver cómo se deteriora a sí mismo sin hacer nada para evitarlo.

—¿Qué quieres decir? —inquieta molesto—. ¿Ahora no tenemos futuro? ¿Ya estás haciendo caso a las palabras venenosas de Jessica?

—¡No, Ryan! ¡No hago más que defenderte de ella! —exclamo, la voz me tiembla y la vista se me nubla—. ¡Soy tu novia, no una amiga con la que te acuestas! Te quiero y me mata ver cómo

te jodes la vida con las drogas, porque ahora solo es maría, pero ¿después que será? ¿Cocaína? ¿Otra cosa peor? No puedo quedarme a tu lado y hacer como si nada te pasase y si tú no me lo cuentas, si no confías en mí para decirme qué te atormenta... Entonces me voy a ir. Aunque me mate, no puedo estar con alguien que no confía en mí, que me miente día a día.

El rostro de Ryan se ha puesto blanco como la nieve, deja la cerveza en la encimera y se acerca a mí con pasos rápidos para posar sus manos sobre mis mejillas y alzarme el rostro.

Mi traicionero corazón se acelera por su cercanía y mis labios anhelan el tacto delicado de los suyos.

—No me dejes, Emma. No lo hagas por favor —pide con un hilo de voz. Puedo apreciar cómo una fina línea de sudor cae por su frente y su cuerpo tiembla por culpa de la droga—. No puedo perder lo único real que hay en mi vida, no imagino una vida donde tú no estés a mi lado.

—Entonces cuéntame qué te pasa, deja la marihuana. Piensa en nosotros, piensa en un futuro para los dos.

—No es tan fácil.

Me alejo de él, sintiendo cómo mi corazón se desgarró.

—Cuando tomes una decisión, hablaremos. —Las lágrimas corren por mis mejillas—. Hasta entonces, esto ha terminado.

Me doy la vuelta mientras escucho cómo me llama con la voz rota, pero no vuelvo a su lado.

Le quiero más de lo que pensé que podría llegar a querer a alguien. Pero también me quiero a mí misma y si no se deja ayudar, si me aparta... No puedo continuar a su lado.

17 de abril del 2022

Estuve dos semanas sin saber nada de él, pensé que lo nuestro había acabado para siempre. Hasta que un día cuando salí del instituto, le vi allí, entre la multitud, apoyado en su moto y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Había comenzado a ir al psicólogo para que le ayudase con aquello que le atormentaba e intentaba dejar la maría poco a poco.

Estaba luchando por un futuro junto a mí.

Y nunca más le vi las pupilas dilatadas, nunca más pareció que sus demonios le atacasen hasta un mes antes de que desapareciese...

Los siguientes meses de nuestra relación parecían sacados de una novela romántica, aunque nunca tuvo la confianza suficiente de contarme qué era lo que le atormentaba. Supuse que sería cuestión de tiempo, que cuando se sintiese preparado hablaría conmigo. Nunca llegó aquel momento.

—¿No piensas ponerte a trabajar, Campbell? —inquire Claire, la encargada cuando aparece de la nada a mi lado, haciendo que salga de ese lugar oscuro de mi mente—. Si estás cansada puedo mandarte a casa, eres fácil de sustituir.

Aprieto con fuerza la mandíbula.

—Le estaba explicando al nuevo algunas cosas antes de ponernos a trabajar —miento, lanzando una mirada llena de rabia al chico que observa con el ceño fruncido a la encargada, como si estuviese a un segundo de saltar sobre ella para arrancarle la cabeza.

—Eso espero, no estamos para perder el tiempo, ¿entendiste? —asiento, mordiéndome la lengua. El día que me vaya del trabajo, me voy a quedar bien a gusto después de decirla unas pocas palabras.

Claire se va, dejándome con Ryan.

—¿Has trabajado antes de camarero?

—Sí, tengo experiencia.

—Bien, pues entonces sabes cómo funciona todo esto —digo—. Estaré pendiente de ti por si tienes alguna duda, pero no me molestes por tonterías.

—¿Por qué permites que te hable así? —inquieta con una calma terrorífica haciendo que me vuelva a girar hacia él.

—Es eso o terminar en la calle y de momento no me llama la idea de vivir entre cartones —replico—. Ahora, a trabajar.



Decir que ha sido un día largo, es quedarse corto. Ha sido agonizante. Centenares de personas han decidido venir a cenar al restaurante, haciendo que los pocos camareros que somos nos quedemos saturados.

Por lo menos, Ryan no ha estado preguntando estupideces, aunque en alguna que otra ocasión sí ha venido hasta mí, una parte de mí cree con certeza que eran excusas para hablar conmigo.

Dejo la bandeja en la barra sintiendo dolor en todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Necesito sentarme y cerrar los ojos.

—Campbell. —Escucho la voz de Claire llamarme, me giro en su dirección y la veo con el abrigo puesto, lista para salir del restaurante.

Me acerco hasta ella mientras puedo sentir una atenta mirada sobre mí.

—Hoy saldrás un poco más tarde. —Mi corazón se detiene por un segundo al escucharla hablar—. Quiero que me anotes todo lo que falta en el restaurante para poder hacer mañana a primera hora el pedido.

—Pensaba que Nathan se encargaba de eso —replico, sin molestarme en ocultar mi molestia. Son las doce de la noche y tendría que haber salido a las once.

—Nathan tuvo que irse antes, asuntos familiares de suma importancia.

Ajá.

¿Eso o que es el hombre con el que se acuesta a escondidas de su marido y le hace favores para que pueda irse antes a casa?

—Mi jornada terminó hace una hora.

—Si tienes algún problema, ahí tienes la puerta. —La señala con un movimiento brusco de cabeza—. Pero si la atraviesas sin hacer lo que te digo, no te molestes en volver por aquí.

La rabia me recorre por las venas y siento como mi pulso se acelera.

La odio.

—Está bien, ¿las llaves?

Claire esboza una sonrisa de victoria mientras deja caer el juego de llaves sobre mis manos.

—Eso es, buena chica —dice en el mismo tono que si estuviese hablando a un perro.

Veó cómo sale por la puerta, mientras el cansancio se apodera de mi cuerpo y mi vista se posa en el restaurante vacío.

No, no completamente vacío. Ryan se encuentra apoyado en la barra, con los brazos cruzados en el pecho en una posición que le hace ver atractivo con la camisa ajustada a sus marcados bíceps.

Tiene el ceño fruncido y una mueca de molestia en el rostro. Cuando se percata de mi mirada, suaviza la expresión de su cara mientras se acerca a mí.

—Deberías irte, es tarde —le digo, cruzándome de brazos.

—¿Por dónde empiezo? —inquieta, paseando la mirada por nuestro alrededor.

—¿Qué quieres decir?

—¿No es obvio? Entre los dos terminaremos antes —dice, esbozando una estúpida sonrisa que provoca que mi corazón se acelere.

—No tienes por qué quedarte, no te van a pagar este tiempo.

—Pero quiero hacerlo.

Cierro los ojos un segundo, recordándome el dolor, recordando que no puedo dejarme engañar por estos actos.

—Muy bien —digo con dureza—. Ve a la cámara frigorífica, yo iré a la despensa, en la pared encontrarás un listado de las cosas que debe haber y la cantidad de cada una de ellas. En las que haya menos, lo apuntas en un cuaderno.

—Como usted diga, jefa. —Hace un saludo militar con una preciosa media sonrisa en el rostro y se aleja hacia la cámara frigorífica, cogiendo uno de los cuadernos por el camino.

Sin poderlo evitar, una pequeña carcajada brota de mis labios.

Se parece demasiado al chico al que quise, a esa persona que me robaba el aliento.

Me doy la vuelta, negando con la cabeza para comenzar a hacer mi trabajo.



Son casi las dos de la mañana y apenas me mantengo en pie cuando salgo del restaurante con Ryan detrás de mí.

Pasamos por delante de la que imagino que será su moto aparcada en el callejón de la puerta trasera. Puedo percatarme de cómo el chico pasa de largo, posicionándose a mi lado.

Freno en seco y me giro con cansancio hacia él.

—Tienes allí la moto —le digo.

Ryan mira por encima de su hombro, en dirección a la moto, y vuelve a posar sus ojos en mí.

—Ya vendré a por ella después.

Suelto un largo suspiro.

—Ryan, no me vas a acompañar a casa —comienzo a decir. Sus ojos verdes me miran con intensidad—. Que te tenga que tolerar en el trabajo no significa que te perdone, ni que ignore lo que me hiciste. No quiero tenerte detrás de mí cuando no estemos en el restaurante, no quiero que pienses que seremos amigos.

El chico traga duro y abre la boca para replicar, pero soy más rápida.

—No me va a pasar nada por ir sola, sé defenderme. —Le enseño la pantalla de mi teléfono—.

Pedí un taxi, me espera en la otra calle. No voy a volver a casa en metro ni caminando.

Ryan asiente, agarrando con fuerza el casco que tenía guardado en los vestuarios del restaurante.

—Buenas noches, preciosa.

Abre los ojos, alarmado, cuando se percata que ha usado el apodo que usaba años atrás.

Mi cuerpo se tensa.

—No vuelvas a llamarme así nunca más.

Me doy la vuelta y echo a caminar por la calle para llegar hasta donde me espera el taxi. Alejo todos los recuerdos de mi mente. Ojalá hubiese una poción para hacerme olvidar y sacar a Ryan de mi cabeza de una vez por todas.



Ryan.

Estoy sentado en el sofá que Enzo y Adam encontraron hace dos días en la basura y como su estado no era demasiado malo, decidieron traerlo hasta el local donde ensayamos para poder sentarnos en él a descansar.

Siento los ojos cansados por culpa del porro que me he fumado y por todo el trabajo del día anterior.

El sofá se hunde a mi lado bajo el peso de Enzo, hoy lleva el cabello azulado echado hacia atrás con una diadema negra.

Paseo la mirada por el local, Travis ha salido para llamar a Sophie, la chica con la que está empezando a quedar. En lo que un día fue la barra de un bar, se encuentran Adam e Irina hablando de las canciones que tocaremos el viernes, dentro de cuatro días en el bar de mala muerte.

No puedo evitar observar a Irina, no hemos hablado desde que sucedió lo del restaurante. No ha vuelto a dirigirme ni una sola palabra, haciendo que la situación en el grupo se sienta tensa.

Y odio esa sensación, ver cómo me mira de reojo con la decepción marcada en el rostro. Irina fue una de las únicas personas —aparte de Travis—, que consiguió que mi vida se llenase un poco de alegría.

Estuvo allí para darme apoyo, aunque nunca supiese qué era lo que me pasaba. La chica se mantuvo a mi lado regalándome sonrisas y palabras para hacerme reír.

No sé en qué momento se me cruzó por la cabeza que comenzar a tener sexo entre nosotros no perjudicaría a nuestra amistad. Si pudiese retroceder en el tiempo y volviese a estar en el sofá de mi anterior apartamento con ella sentada a mi lado, mientras veíamos una película, nunca la hubiera devuelto aquel beso ni llevado hasta mi cama si hubiese sabido que ella se enamoraría.

—Si no arregláis el problema que tenéis, hará que pase factura a la banda —comenta Enzo, apartando la mirada de su teléfono para posarla sobre mí—. No sé qué habrá pasado entre vosotros, pero somos una banda, un grupo unido, y si empezamos a desmoronarnos... El grupo y nuestros sueños se irán a la mierda.

—¿Y qué propones? —inquiero, reclinando la cabeza en el respaldo del sofá.

—Ve a hablar con ella, está deseando que lo hagas. Siempre has sido su apoyo, su mejor amigo. Si ahora la apartas, la dejarás sola.

—No puedo darle lo que quiere —replico.

—No te hablo de que folles con ella ni de que seas su novio, te hablo de que arregléis vuestro problema y volváis a ser amigos, de esos que no se acuestan.

Tiene razón.

Me levanto del sofá y me acerco hasta donde Irina y Adam hablan, en el momento en que se

percatan de mi presencia, su conversación se termina de golpe.

Adam me dedica un asentimiento de cabeza, mientras que Irina encuentra muy entretenida la manicura azulada que lleva esta semana en las uñas.

—Os dejo chicos —anuncia Adam, dando una palmada en mi hombro y echando a caminar hacia el sofá.

Observo a Irina, el cabello pelirrojo lo lleva recogido en una trenza que cae por encima de uno de sus hombros, el maquillaje marcado hace que resalte el azul de su mirada y que sus labios se vean más gruesos de lo que realmente son. El cuerpo lo lleva comprimido en una camiseta de tirantes rosa sin sujetador, haciendo que se le marquen los pezones en la fina tela y los pantalones blancos que lleva son tan ajustados que parecen una segunda piel.

Trago duro, volviendo mi mirada hasta sus ojos.

—Tenemos que hablar.

Irina alza su vista hacia mí y me dedica una fría sonrisa.

—No hay nada de qué hablar.

—Sí lo hay. No podemos seguir así, no podemos hacer como que el otro no existe.

—¿Por el bien de la banda? —inquire molesta.

—Por el bien de nuestra amistad —corrijo—. Somos amigos, Irina, lo llevamos siendo tres años, no podemos dejar que esto termine con nuestra amistad.

Sus ojos se llenan de pena y asiente con la cabeza.

—No quiero perderte —suspira—, pero tampoco puedo estar bien contigo. El otro día esperaba que vinieses detrás de mí, que me frenases, que me dijese cualquier cosa... Pero te quedaste quieto, viendo cómo me marchaba, como si no fuese nadie para ti.

—Pensaba que necesitabas espacio.

—¡Te necesitaba a ti! —replica molesta, posando con fuerza su mano abierta sobre la barra—. ¡Necesitaba que dijese que era importante para ti, que no ibas a dejar que los fantasmas del pasado nos alejen!

—Nadie nos iba a separar.

—¡Ella sí!

Abro los ojos.

—¿Estás celosa de Emma? —inquiero confundido.

—No la nombres, Ryan —avisa con los dientes apretados—. No quiero hablar de ella.

—¿Por qué estás celosa? —pregunto acercándome a la chica.

—Porque de ella estás enamorado a pesar de que hayan pasado cinco años desde que la viste por última vez y yo llevo los últimos tres años intentando llamar tu atención y nunca me has visto más allá que para un polvo. ¡He sido yo quien estuvo a tu lado cuando peor lo pasaste!

—No estoy enamorado de ella —replico.

—No te mientas —gruñe con los ojos cristalinos por culpa de las lágrimas—, no seas así contigo mismo y sé lo suficiente maduro como para aceptar tus sentimientos. Vi cómo la mirabas, vi cómo se te cortó la respiración cuando se te acercó. Y si hubiese posado mi mano sobre tu corazón, podría haber sentido cómo se aceleraba por su presencia, a pesar de que en los ojos de ella solo haya rencor hacia ti.

Aparto la mirada, molesto.

¿Cómo olvidar a una persona que fue todo para ti? ¿Cómo hacerla desaparecer de tu corazón si nunca te alejaste de ella por falta de sentimientos, sino por sobrecarga de estos mismos?

—No lo niegas —murmura con la voz rota.

—¿Qué puedo hacer para que estemos bien? —pregunto, deseando cambiar de conversación y

dejar a Emma aparte.

—No la vuelvas a ver ni a hablar con ella. Aléjala de ti —responde sin pensar, como si hubiese sabido en todo momento qué palabras decir.

—No puedo hacer eso, trabajamos juntos.

Da un paso atrás, dolida.

—¿Trabajas con ella?

—Te lo hubiese contado si...

—¡No! —grita, un par de lágrimas escapan de sus ojos.

Me acerco a Irina, con el corazón encogido, sintiéndome mal por ser el causante de su dolor.

La agarro de la cara haciéndola alzar la mirada hacia mí.

—No hay nada entre ella y yo y no lo volverá a haber nunca —afirmo, limpiando las lágrimas de su rostro—. Pertenece a mi pasado y no estará de ese modo en mi vida, pero no puedes pedirme que me aleje de ella.

—Aunque estés enamorado, ¿no intentarás volver a ganarte su corazón?

—No, solo quiero su perdón, Irina. Arreglar lo que causé tiempo atrás en ella para encontrar tranquilidad en mí, pero no quiero volver a tener su amor.

Aunque sé que una parte de mis palabras son mentira, es lo que debo hacer.

—¿Qué tiene ella que yo no tenga?

—No hay nada que tengas que envidiar de Emma, eres perfecta tal y como eres y no puedes estar sufriendo por un amor que nunca te hará bien. Ahí fuera —digo, soltando su rostro y dando un paso atrás para poner distancia entre nosotros cuando la pelirroja ha conseguido tranquilizarse un poco— te está esperando el verdadero amor de una persona que te quiera para mucho más que sexo, que te quiera todos los días a su lado.

—Pero no eres tú —murmura.

—No, no seré yo.

—¿Por qué no? Sé que te atraigo, sé que te gusta mi personalidad, ¿qué más necesitas para enamorarte de mí?

Esbozo una triste sonrisa.

—Mereces un corazón entero para ti y no los pedazos de uno destrozado. Él mío se rompió hace tiempo y desde entonces no ha vuelto a funcionar bien. Mereces un corazón dispuesto a funcionar al cien por ciento por ti.

Asiente con la cabeza.

—Lo sé —suspira.

—¿Y bien? ¿Seguirás enfadada conmigo?

Esboza una triste sonrisa.

—No, Ryan. No seguiré enfadada contigo.

Un like accidental

Emma.

Ni siquiera me molesto en cambiarme en los vestuarios, agarro con rapidez mis cosas y salgo lo más rápido posible del restaurante por la puerta de atrás.

Esta semana trabajo en el horario de las comidas, entrando a media mañana y saliendo a media tarde del restaurante. Ryan tiene el turno de las cenas, con un poco de suerte no le veré.

Un largo suspiro escapa de lo más profundo de mi ser al comprobar que el callejón en el que se encuentra la puerta de los empleados está vacío, pero aun así, no relajo mis pasos apresurados. Podría llegar en cualquier momento.

Al girar la esquina reconozco a la persona que se encuentra en la puerta del restaurante de puntillas, intentando encontrar a alguien a través de los grandes ventanales que hay.

—¿Julie? —inquiero mientras me acerco a la pelinegra.

Julie se gira en mi dirección, esbozando una amplia sonrisa haciendo que sus ojos se achinen.

—¡Emma! —exclama envolviendo mi cuerpo en un rápido abrazo—. Te estaba buscando.

—¿De verdad? —pregunto, echando una ojeada hacia atrás, asegurándome de que dicha persona no aparezca montada en esa impresionante moto que había el otro día aparcada en el callejón.

Entrelazo mi brazo con el de la francesa y tiro de ella para comenzar a caminar con rapidez, alejándola lo más rápido posible del restaurante y de la llegada inminente de cierta persona con la que no me apetece tener más encuentros de los necesarios.

—Sí —dice confundida la chica por nuestro paso apresurado por la calle—. ¿Se puede saber de qué huimos? ¿Te persigue alguien? Tengo una navaja en el bolso, aunque no se lo digas a nadie.

Frunzo el ceño ante su comentario.

—No me persiguen así que, por favor, no saques la navaja. No me gustaría terminar el día en comisaría.

Al doblar la siguiente calle, aminoro nuestros pasos, sintiéndome por fin a salvo.

—Entonces, ¿por qué nos hemos marchado como si el mismísimo diablo fuese detrás de ti?

—Ryan —gruño—, estaba alejándome de él.

Julie frunce el ceño, con desconcierto ante ese nombre.

—¿Ryan? —inquiere—, ¿el cantante de los *Merlens* y tu exnovio?

¿Se llama así la banda?

—Sí, supongo que sí —respondo.

Me permito contemplar la calle Rivoli y la hermosura que la acompaña, a un lado se encuentra el Palacio del Louvre, mientras que, al otro lado de la calle, por donde mi amiga y yo paseamos. Las fachadas de los edificios están llenas de arcos en los soportales que fueron construidos bajo el Primer imperio francés. Una de las cosas que más me gustan de esta ciudad, es que vayas a donde vayas, siempre tendrás algún impresionante edificio a tu lado que te deje observándolo

boquiabierta, sin importar las veces que los hayas contemplado con anterioridad.

—¿Y por qué huías de él? —pregunta con cuidado—. Por cierto, qué coincidencia que os volváis a encontrar aquí después de tantos años, ¿no?

Más que coincidencia, parece algún juego macabro y de mal gusto del destino.

—Ha comenzado a trabajar en mi restaurante.

—¿De verdad? —inquire, abriendo los ojos, sorprendida.

—Sí, y como ya sabes, él y yo tuvimos una relación que no terminó muy bien, por lo que ahora tener que verlo todos los días no es de mi agrado —suspiro—, por lo que estaba intentando irme rápido para no cruzármelo.

—Es lógico, yo tampoco querría trabajar con mi ex.

Tener que verle todos los días no entraba en mis planes, podría haberme acostumbrado a cruzarme con él en París o incluso cuando Ethan fuese a ver los conciertos de su hermano Travis. Pero de este modo, trabajando juntos, aunque gracias al universo no tenemos de momento el mismo horario, cabe la posibilidad de verle todos los días y mi pobre corazón aún no está preparado para tal cosa.

—¿Te apetece un café? —inquire mi amiga señalando una pequeña cafetería.

—Sí, me sentaría de maravilla. —Aunque tampoco le hubiese dicho que no a una cerveza, o incluso a algo más fuerte.

Nos acomodamos en una de las mesas del exterior, ya que el tiempo de la primavera es favorable.

Ambas pedimos nuestros cafés con un croissant.

—Por cierto, ¿qué hacías enfrente del restaurante? —pregunto, quitándome la chaqueta que llevo puesta.

—Ah, sí. Estuve de compras. —Señala las bolsas que ha dejado entre sus pies para que nadie pueda robárselas, y que hasta ahora no me había percatado de que llevaba con ella—. Y como estaba por ahí, decidí ir a darte una visita.

—¿Cómo sabías que salía a esa hora de trabajar?

—No lo sabía, por eso miraba por el ventanal para asegurarme de que estabas ahí antes de entrar. Ha sido toda una suerte que salieses entonces del trabajo.

—Pues sí que has tenido suerte. Ahora puedo complacerte con mi agradable compañía.

La pelinegra esboza una amplia sonrisa.

—Cuando no te pones en plan gruñona, sí —ríe por lo bajo.

—¡Oye! ¡Yo no soy gruñona!

Pasamos la tarde entre conversación y conversación haciendo que consiga pasar un buen rato con la pelinegra, ya que últimamente por culpa de todo el trabajo que tiene y los preparativos de su boda, no se ha dejado ver.

—Por cierto... ¿Qué pasó entre Ryan y tú? —Su pregunta me pilla por sorpresa, provocando que me tense al instante y desvíe la mirada de ella—. Entendería que no quieras hablar de él, pero... tengo la sensación de que ese chico es el motivo por el que no dejas que nadie entre a tu corazón. Cierro los ojos, permitiendo el paso de todos esos recuerdos bloqueados, imágenes de los momentos más felices de mi vida inundan mi mente, sonrisas, caricias y besos. Conversaciones hasta altas horas de la madrugada y canciones susurradas en mi oído. Los acordes de su guitarra resonando en la oscuridad, haciendo que mi corazón se acelerase y sonrisas apareciesen en mi rostro.

Pero también llegan hasta mí todos los días después de que se marchase, los llantos, el dolor en el pecho, la ansiedad, no poder respirar. Llamadas y mensajes sin respuesta, ojos alzados hacia

las estrellas, siendo ellas mi única compañía en la soledad de la noche.

Los gritos llamándole en sueños, el miedo a que le hubiese pasado algo y no enterarme jamás.

—Me hizo daño, me hizo darme cuenta de que se puede mentir mirándote a los ojos mientras esbozan sonrisas con un falso amor.

Julie alcanza mi mano posada en la mesa y da un ligero apretón sobre ella.

—Porque hubiese un chico que te ha hecho daño, no significa que todos sean iguales. Mira a Gabriel, llevamos juntos desde el instituto, nunca nos hemos sido infieles, nunca discutimos y siempre nos demostramos nuestro amor, luchamos para que esto no tenga un punto final —dice, sin soltar mi mano y sus ojos oscuros posados sobre mí—. No puedes dejar que una mala experiencia te cierre las puertas a nuevas, que seguramente sean mejores que las anteriores.

Niego con la cabeza, sacando mi mano de debajo de la suya y apoyando mi espalda en el respaldo de la silla.

—No puedo arriesgarme a que me vuelvan a hacer daño —murmuro, posando la vista en las personas que pasean por la calle—. No cuando mi corazón no ha sanado por completo. No puedo dejar que siga recibiendo golpes, porque puede que al siguiente no tenga las fuerzas suficientes para recoger los pedazos rotos y volver a unirlos.

—La vida es así, Emma. Siempre recibiremos golpes, unos más fuertes que otros. —Sus ojos brillantes de la emoción por sus palabras, se clavan sobre los míos—. Y siempre pensaremos que ese último golpe ha podido con nosotros, pero no es verdad. Hemos nacido aprendiendo a luchar, siempre encontraremos el modo de reconstruirnos y seguir adelante.

—Pero no quiero tener que estar reconstruyéndome —replico, apretando los labios en una fina línea.

—En ese caso, te perderás la vida, Emma. No puedes vivir con miedo a que te hagan daño, porque entonces estarás dejando pasar muchos trenes que solo tienen una parada, y una vez que los pierdes, jamás podrás volver a llegar hasta ellos.

—¿A dónde quieres llegar con esto?

—A que no te cierres, no solo al amor, sino a todo lo demás. Deja que te conozcan y que te quieran. Puede que tú también comiences a sentir cosas hacia otras personas. Deja el trabajo, están pasando muchos trenes que no llegas a coger por estar en ese restaurante. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un currículum en otro lado?

Desvió la mirada con incomodidad.

—No has vuelto a echar currículum desde que trabajas en esa mierda de bar porque piensas que no hay nada mejor para ti ahí fuera —explica, diciendo las palabras que tantas veces he pensado—. Tenías el empleo de tus sueños, donde eras feliz, pero lo perdiste y no fue por tu culpa, no fue porque trabajaras mal o hicieses algo incorrecto. Seguro que hay otras revistas, periódicos o incluso cadenas televisivas que quieran a una periodista como tú en sus empresas, pero si no mandas tu currículum, si te quedas trabajando de camarera, jamás podrás avanzar.

Joder, lleva razón. Julie siempre lleva razón cuando habla y lo odio. No he vuelto a intentar buscar otro trabajo a pesar de que aborrezco el mío. No he mirado ofertas de empleo que me puedan interesar porque mi odiosa mente siempre ataca haciéndome sentir de menos, haciéndome sentir que jamás podré conseguir otro trabajo como el que tuve, ya que no sirvo para ello.

—El viernes vamos a ir Sophie, Gabriel, Ethan y yo al concierto de la banda de Travis —explica Julie después de un largo silencio en el que me he dejado llevar por mis pensamientos—. Vente con Jessica y pasemos una buena noche.

Alzo la mirada hacia ella; Julie es hermosa, cabello negro, ojos oscuros y piel pálida con las

mejillas y la nariz siempre sonrojadas, sin la necesidad de usar maquillaje para dar color a su rostro. Sus ojos son grandes, con pestañas negras y rizadas, nariz redondeada y labios finos, pero provocativos y cuando sonrío un precioso hoyuelo aparece en su mejilla derecha, justo como el que tiene ahora.

—¿Recuerdas que hace un rato huía de Ryan, el cantante de la banda a la que me estás diciendo de ir a escuchar?

—Es parte de tu pasado, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Pues déjale en el pasado, no dejes que te siga afectando verle. Ni tú ni él sois la misma persona que erais, ambos habéis cambiado. El Ryan al que odias, seguramente ya no exista. Y si sigue existiendo, ignórale, tú vas a pasar un buen rato con tus amigos a un bar a disfrutar de la noche.

—¿Alguna vez has pensado abrirte un blog para dar consejos a la gente? —inquiero, alzando una ceja—. Te harías rica.

—Ya lo soy, cariño. —Sonríe con diversión.

Y es verdad, Julie tiene una cuenta bancaria con varios ceros que muchos de nosotros, los mortales, envidiamos. Gran parte de ese dinero se lo ha ganado con su propio sudor, pero también gracias a sus padres, que siempre la han ido depositando una gran cantidad de dinero en su cuenta desde que ella era una niña.

—Te envidio, si tuviese tu dinero, no trabajaría —suspiro, agarrando mi ya frío café para terminármelo.

—Muchas veces me lo he planteado, ¿sabes? Pero entonces, ¿qué sería de mí? Acabaría muriéndome del asco siendo una ama de casa o algo similar y no es la vida que quiero. Aunque ahora odio a mi jefa, sé que algún día subiré de puesto, algún día la empresa de mi padre será mía y todo mi esfuerzo habrá merecido la pena y eso me hará sentir plena.

Envidio la convicción con la que habla, el modo en el que tiene todo claro en su mente, todas las ideas y pensamientos en orden. Ojalá pudiese hacer yo lo mismo.

El teléfono de ambas suena a la vez provocando que soltemos una pequeña risa. Agarramos nuestros móviles para ver que ha llegado un nuevo mensaje al grupo de WhatsApp que compartimos Jessica, Sophie, Julie y yo.

Sophie:

¡HOLAAAAA! Os comento, estoy con Travis y se ha traído consigo a Irina, la chica que toca el teclado en los Merlens y he pensado que sería genial integrarla en nuestro grupo. Acaba de llegar a París y apenas conoce a gente, ¿y qué mejor que tenernos a nosotras de amigas?

Mi cuerpo se tensa al leer el mensaje y una parte oscura de mí reniega a dejar que Irina se integre en nuestro grupo, esa parte que sintió una punzada de celos al verla sentada junto a Ryan en el restaurante. Pero también recuerdo cuando llegué a París y si no hubiese tenido a Jessica a mi lado, me habría sentido muy sola en esta ciudad sin tener a nadie con quien hablar o salir a tomar el aire.

Emma:
Claro, ¿por qué no?

Jessica:
Como queráis, por mí no hay problema.

Julie:
Cuantas más, mejor 😊

Sophie:
¡PERFECTO!

Acto seguido Sophie añade a Irina a nuestro grupo y solo puedo esperar que esto no me traiga más problemas, aún no he olvidado el comportamiento de la pelirroja hacia mí, el desprecio de su voz cuando la atendí.

Hay que dar un paso adelante, dejar el pasado atrás. La chica solo se sentía insegura de mí y yo he aceptado que Ryan sale con otras personas, al igual que yo lo he hecho en estos años.



Me dejo caer en la cama ya con el pijama puesto y lista para dar mi día por terminado.

Entro en Instagram a ojear lo que han subido a las historias mis amigos y conocidos a lo largo del día. Veo las fotos y vídeos de la gente sin prestarles verdadera atención, muchas de ellas pasándolas, ya que no me interesa lo que suben.

Estoy a punto de salir de la red social para irme a dormir, cuando llego a las historias de Sophie, veo en una en la que aparece ella sola frente al espejo de su habitación, enseñando el outfit que llevaba hoy puesto. Paso de historia para ver la siguiente, es una foto de cara junto a Irina donde ambas salen sonriendo a la cámara, de fondo se puede apreciar a Travis sentado en un banco en el parque en el que han debido pasar la tarde.

Sophie ha etiquetado a Irina en la imagen y sin saber por qué, entro en su perfil.

Tiene un *feed* bonito y ordenado, miles de fotos de ella adornan la red social. En algunas se encuentra en diferentes lugares de París, otras son de paisajes o comida con aspecto delicioso. Tocando el teclado, en algunas un poco más provocativas que las anteriores, sale en ropa interior sobre su cama en diferentes posturas y... Tiene fotos con él; con Ryan. Tomando helado, en el cine, de pícnic, ensayando, sobre sus piernas... Miles y miles de fotos de los dos juntos.

Algo se remueve con incomodidad en mi pecho, una extraña sensación que no recuerdo haber sentido antes, o no por lo menos en un pasado cercano.

Ryan sale sonriendo en algunas fotos, sonrisas forzadas, de esas que solo pones un segundo para

que saquen la instantánea y una vez hecha, se desvanece de tu rostro. Lo sé, porque la reconozco como una sonrisa que me he visto forzada a hacer aparecer miles de veces.

Sin poderlo evitar, entro en el perfil de Ryan.

Trago duro al ver sus fotos y siento cómo las palmas de mi mano comienzan a sudar.

La última imagen que ha subido es de hace un mes, de cuando llegó a la ciudad. La foto es un *selfie* de su rostro en primer plano, lleva una gorra negra que cubre la parte superior de su cara. Mis ojos se clavan en la parte inferior de su rostro, muestra una sonrisa seductora de medio lado, dejando a la vista una perfecta dentadura blanquecina. Mis ojos bajan un poco más, a su cuello descubierto, en el lateral izquierdo, donde yacen dos pequeños lunares.

Mi pecho se acelera al ver esas dos marcas y los recuerdos de la cantidad de veces en las que mis labios las recorrieron en besos pasionales. Mis mejillas se sonrojan y la respiración se me entrecorta por culpa de las imágenes de años atrás que cobran vida en mi mente.

Era tan perfecta nuestra relación, era todo lo que siempre había querido.

Pero no era tan fuerte como pensé, era frágil y por eso se rompió con tanta rapidez.

¿Qué pasó?

Recorro el rostro del chico, contemplando que ya no es aquel adolescente, sino que en su lugar se encuentra un hombre y no puedo evitar preguntarme qué quedará del Ryan que me rompió el corazón y qué nuevas partes han nacido en él en estos últimos años.

Sean las que sean, no puedo arriesgarme a descubrirlas.

Voy a salir de su publicación, cuando involuntariamente mi dedo pulsa sobre la foto, dando un *like* accidental a la publicación.

—¡Mierda! —mascullo alarmada. Siento un sudor frío aparecer en mí al ser consciente de lo que acabo de hacer.

Quito con rapidez el *like*, lanzo el móvil a la cama antes de levantarme y caminar hasta el pequeño balcón de mi cuarto. Apoyo los codos en la barandilla y entierro el rostro entre mis manos mientras me maldigo por lo estúpido que es que me ponga nerviosa por algo así.



Ryan.

Después de un largo y agotador día de trabajo, me dirijo hasta la nevera del estudio y saco una cerveza.

En realidad, es lo único que hay en ella, sin contar con un par de yogures y un poco de queso.

Abro la cerveza con el borde de la encimera y cuando le doy un primer trago a la amarga bebida, mi móvil suena con la llegada de una nueva notificación.

Me dirijo al piso superior del estudio, donde lo único que hay es una estancia abierta adornada por una gran cama de matrimonio, un armario, dos mesitas de noche a cada lado de la cama, una puerta que da al cuarto de baño y una claraboya en el techo que me deja ver las estrellas.

Me deshago de la ropa y me siento en la cama, apoyando la espalda en el cabecero y agarro el móvil que he dejado en la mesita antes de quitarme la ropa.

Veo que tengo una notificación en Instagram.

A *Emmaaaa14* le ha gustado tu foto.

Miro sorprendido la pantalla de mi móvil.

—Esto sí que no me lo esperaba —murmuro mientras entro a la aplicación para ver qué foto ha estado viendo, pero al entrar en Instagram descubro que ha borrado su *like* de mi última publicación de hace un mes.

Suelto una risa floja mientras no puedo evitar imaginar a Emma entrando en pánico por un *like* accidental.

Sin pensarlo dos veces, pulso en «mensajes» y le envío uno.

Ryan_mrlns:

De todas las personas que podrían entrar a cotillear mi cuenta de Instagram, tú eres de la que menos me lo esperaba.

Sonríó con diversión al ver cómo casi al instante sale el visto de mi mensaje y mi corazón se acelera a la espera de una respuesta que no tarda en llegar.

Emmaaaa14:

No tengo ni idea de qué me estás hablando, aquí el único que parece cotillear eres tú buscando mi cuenta para mandarme un cutre mensaje.

Ryan_mrlns:

Sigues sin saber mentir, preciosa.

Emmaaaa14:

No me digas así.

Ryan_mrlns:

¿Por qué? ¿Acaso es mentira?

Emmaaaa14:

Para nada, pero no necesito que tú me lo digas.

Ryan_mrlns:

¿Cuándo te has vuelto tan vanidosa?

Emmaaaa14:

No es vanidad, es amor propio.

Emmaaaa14:

Siento lo del like, en verdad no sé por qué estaba perdiendo el tiempo en tu perfil. No volveré a suceder.

Una pequeña sonrisa se apodera de mi rostro y puedo sentir cómo ese órgano que pensaba que había dejado de funcionar hace mucho tiempo, comienza a removerse en un intento por despertar.

Ryan_mrlns:
¿Así que aceptas que aparte de
vanidosa eres una acosadora?

De todas las respuestas que podría esperar de Emma, la que recibo es la que menos me esperaba. Un emoji sacando el dedo corazón, mostrando toda la madurez de una chica de veintidós años.

Ryan_mrlns:
JAJAJAJA

Ryan_mrlns:
Buenas noches, acosadora.

Mi corazón comienza a sacudirse, intentando despertar de una larga siesta y no puedo evitar sentirme aterrado por lo que eso pueda significar.

10

Agresión involuntaria

Emma.

Corro hacia la libertad o también conocida como la puerta trasera del restaurante.

Esquivo a mis compañeros con rostros cansados y fríos, deseando abandonar esas cuatro paredes cuanto antes y así poder seguir evitando a Ryan. Ahora más que nunca.

Después de que el chico de ojos verdes se percatase de aquel horrible like accidental, no puedo volver a verle. No cuando ahora piensa que soy la típica exnovia acosadora. Y obvio, nada de eso es verdad, soy la exnovia que quiere alejarse de él a toda costa, pero que por problemas del universo está atrapada a su lado.

Veo la pesada puerta gris oscura que me dará una vía de escape, mi corazón se tranquiliza sintiendo el alivio al verla y saber que no me encontraré con el causante de mis males.

Agarro la puerta con fuerza y la empujo hacia afuera para poder abrirla.

—¡Joder! —Escucho una queja al otro lado.

Asomo la cabeza con cautela por la puerta, siendo consciente de que seguramente le haya dado a uno de mis compañeros de trabajo un buen golpe por ir con tanta prisa.

Pero el chico que se sujeta la nariz con una mano mientras suelta todo tipo de palabrotas en mi idioma natal, no es ninguno de mis malhumorados compañeros de trabajo.

—Oh —murmuro al ver a Ryan.

El chico alza la mirada hacia mí y el cabreo que tenía desaparece para dejar una mueca de diversión en su rostro.

—¿Oh? —inquiere alzando una de sus cejas y quitando su mano de la nariz enrojecida—. ¿Aparte de acosadora, también violenta?

Una sonrisa divertida se apodera de sus labios.

Un gruñido bajo escapa de los míos.

¿Acosadora, yo?

—Borra esa estúpida sonrisa, Ryan. —Le suelto malhumorada. Me habían dejado salir cinco minutos antes, tiempo suficiente para huir del restaurante y no encontrarme con cierto chico.

Las probabilidades eran mínimas, pero como el universo ya me ha demostrado con anterioridad, por muy pocas que sean las probabilidades de que algo suceda, sucederá igualmente.

Salgo por completo del restaurante, pasando frente a Ryan y puedo escuchar cómo una suave risa escapa de sus labios, haciendo que mi corazón se acelere sin explicación alguna.

No consigo recuperar por completo la respiración hasta que no he dejado mi lugar de trabajo y a Ryan varias calles atrás.

Estoy de mal humor, siento como sale humo de mis orejas como en los dibujos animados. Por mis venas corre rabia en vez de sangre y si me mirase en un espejo tendría el rostro enrojecido.

No quiero sentir esto, no quiero que mi estúpido corazón se acelere por algo tan simple y mundano como la risa del chico al que odio.

Me introduzco en la boca del metro y me subo al tren subterráneo para poder llegar a mi próximo destino. Hoy hemos quedado todas las chicas a tomar café e Irina vendrá con nosotras para poder integrarse en nuestro pequeño grupo.

En verdad, no sé cómo me hace sentir eso; por una parte, no me importa y entiendo que se sienta sola en esta gran ciudad. Pero, por otra parte, no puedo evitar sentirme incómoda con su presencia.

Mis amigas son mi refugio, ese lugar al que siempre podré acudir tanto cuando necesite consuelo como cuando necesite salir de fiesta y bailar hasta que mis pies no aguanten mi peso. Espero que su presencia no cambie eso.

Al salir del metro, camino por las pobladas calles de París hasta que distingo en una esquina el *Café du Trocadéro* que se encuentra frente al *Palais du Trocadéro* y, un poco más allá se puede ver el río Sena y tras él, la *Tour Eiffel*.

No me cuesta distinguir a mis amigas en una de las mesas exteriores, todas ellas sumergidas en una agradable conversación.

—Emma, por fin llegaste —saluda Julie en cuanto me siento entre ella y Jessica.

—El metro ha tardado más de lo normal en hacer su recorrido —me excuso en un encogimiento de hombros.

—¿Todo bien en el trabajo? —inquire Jessica, esbozando una pequeña sonrisa.

—Una mierda como siempre, pero aguantable. —Me encojo de hombros, deseando querer contarle lo que sucedió con una puerta pesada y una nariz en el lugar equivocado, pero no es el mejor momento para hacerlo. No cuando la posible novia del afectado se encuentra sentada frente a mí y no aparta sus ojos azulados de mi persona.

—Irina nos estaba contando cómo llegó hasta la banda en la que toca —explica Sophie, poniéndome en contexto de la conversación que tenían antes de mi llegada.

—No es una gran anécdota —comienza a decir la pelirroja—. Estaba en mi segundo año de universidad cuando vi en el tablón de anuncios que buscaban un nuevo integrante para una banda de música. No tenía interés en ello, pero mi mejor amiga llamó a mis espaldas haciéndose pasar por mí.

»Después de un par de días, quedamos para ir a casa de un amigo suyo, sin embargo, cuando llegué me di cuenta de que era una encerrona para que hiciese la audición. Aunque, desde que vi a Ryan, decidí que quería formar parte del grupo. —Una sonrisa pícara se apodera de sus labios a la vez que una fugaz mirada pasa sobre mí, como si estuviese intentando ver alguna reacción por mi parte.

Me mantengo serena, no me afectan sus palabras. Es innegable el atractivo de Ryan, por lo que cualquier chica interesada en él también hubiese querido pertenecer a la banda y así tener un mejor acceso al chico de profundos ojos verdes.

Escucho cómo Jessica suelta un resoplido de molestia, percatándose del gesto de Irina.

—¿Entonces entre Ryan y tú hay algo? —inquire Julie.

Julie y Sophie me echan miradas rápidas antes de volver a posar los ojos sobre Irina.

—No una relación como tal, pero sí hay algo entre nosotros y cada vez se hace más fuerte. —Esboza una sonrisa soñadora, después la borra, ladea la cabeza y posa sus ojos sobre mí, sin disimular esta vez la mirada—. Aunque también sé que Ryan y tú tenéis un pasado.

Me tenso ante la brusquedad de esas palabras, como si me sintiese una amenaza andante para ella.

—Estate tranquila por mí, como tú has dicho, pertenece a mi pasado y no tengo ningún interés en que pertenezca a mi presente o futuro —respondo, esbozando una falsa sonrisa tranquilizadora y así intentar que deje de verme como alguien que podría estar planeando miles de formas para quitarle su posible algo.

Si va a pertenecer a mi grupo de amigas, lo mejor será que nos llevemos bien. Al parecer mis palabras consiguen tranquilizarla un poco, ya que al instante la conversación cambia a una mucho más animada.

Después de tomar el café paseamos por París, entrando y saliendo de diversas tiendas y mi bolsillo comienza a llorar por culpa de la pérdida de dinero en ropa que ahora no necesito, pero de la que me enamoro al ver.

¿Qué puedo decir? La ropa y los libros son mis debilidades.

Al salir de una de las tiendas que se encuentra en la *Avenue des Champs-Élysées*, Irina se posiciona a mi lado, nerviosa y algo incómoda.

—¿Te importa si hablamos un momento? —inquire avergonzada mientras las demás nos adelantan para dejarnos espacio.

—Claro.

—Quería disculparme contigo por mi comportamiento del otro día —comienza a decir mientras avanzamos cerrando el grupo—. No estuvo bien que te tratase de ese modo, Ryan y yo estamos pasando por un bache y pensé que tú podrías ser un problema para nosotros, aunque eso no es motivo para que te hablase de ese modo. Pero hoy he podido observar que no tienes interés en recuperarle y que no te meterás entre nosotros ni me pondrás las cosas difíciles.

Irina toma una larga bocanada de aire antes de continuar hablando.

—Ryan es complicado y cuesta que se abra a las personas, pero por fin creo que va a dar el paso y me pedirá salir y no me gustaría que nada le distrajera de lo que es lo mejor para él.

No puedo evitar alzar una ceja ante su comentario, pero decido no aportar nada, ya que no creo que lo mejor para él sea tener una novia que se vea con la necesidad de hablar con la ex que no tiene interés en él con intenciones de marcar territorio como un perro.

—Tranquila, tienes completa vía libre hasta Ryan.

—¿Por qué te dejó? —inquire de pronto.

Parpadeo, confusa.

—¿Qué te hace pensar que fue él?

Me recorre con la mirada, desde la punta de los pies hasta la cabeza.

—Es obvio, él está por encima de tus...

¿Esto no era una disculpa?

—Pues no lo sé, tendrás que preguntárselo a él —respondo con frialdad—. Creo que Jessica acaba de llamarme.

Echo a andar hacia donde se encuentra mi mejor amiga, mandando mensajes con el teléfono móvil.

—¿Y bien? ¿Qué quería la novia celópata? —inquire la rubia con una mueca divertida mientras guarda el teléfono en el bolsillo de su ajustada falda vaquera.

—En un principio parecía que disculparse por su comportamiento, aunque creo que ha terminado dejando claro que no quiere que me acerque a Ryan para que le pida ser su novia —susurro para que solo ella pueda escucharme.

Jessica rueda los ojos.

—Que ella se haga cargo del caso perdido y así te deje vivir tranquila —resopla.

Asiento con la cabeza, conforme con sus palabras, pero no puedo evitar sentir una inexplicable

incomodidad al imaginar a Ryan con Irina, del mismo modo que estaba conmigo tanto tiempo atrás.

—¡Amor! —Escucho el grito de felicidad de Julie que va varios metros por delante de nosotras.

Alzo la mirada para encontrarme a la pelinegra abrazando a su futuro marido, el cual va acompañado de Ethan y Travis.

—¿Cómo están la madre de mis futuros hijos y mi cuñada favorita? —pregunta Ethan, acercándose a Jessica y a mí.

—La madre de tus no futuros hijos se encuentra muy bien —respondo rodando los ojos.

Ethan sonríe de medio lado.

—Algún día te rendirás ante mí —asegura.

Muchas personas podrían ver el comportamiento del rubio como un intento de coqueteo bastante cutre, pero la realidad es distinta. Ethan y yo somos amigos desde el primer instante en el que nos vimos y en los cinco años que llevamos de amistad, nada ha pasado entre nosotros y tampoco hemos tenido esa necesidad.

Mientras caminamos, nos ponemos al día, ya que desde el cumpleaños de Julie no volvimos a coincidir por culpa de los horarios de trabajo de ambos.

Frunzo el ceño al reconocer la calle en la que nos encontramos, la misma por la que he pasado horas atrás cuando salí de trabajar.

—¿Qué hacemos aquí? —inquiero mientras me separo de Ethan para acercarme a los demás.

—He tenido la idea de ir a cenar al *Petite Perle* —sonríe Travis—, el resto de la banda nos está esperando allí.

Me remuevo con incomodidad, no por los *Merlens* a los cuales apenas conozco como para tener una opinión de ellos, sino porque Ryan está allí trabajando. Ahora.

Sabía que nos encontraríamos por la tarde con los chicos, ya que Julie los había invitado para cenar todos juntos, pero no mencionó que sería en el mismo lugar donde están mis enemigos.

—Oh, qué gran idea la tuya —ironizo.

Travis esboza una amplia sonrisa divertida ante mi comentario.

—Me gusta tu novia —le dice a su hermano.

—No es mi novia.

—No soy su novia.

Todos ellos sueltan carcajadas que provocan que mis mejillas se enciendan de rabia. Hubo un tiempo donde mis amigas hicieron una apuesta de cuándo empezaríamos a salir. Como era de esperar, ninguna de ellas ganó.

—¡No os riais! —exclamo indignada—. ¡Voy a buscarme nuevos amigos!

—Suerte con eso, nena —Jessica guiña un ojo en mi dirección—. Jamás encontrarás a nadie con quien sustituirnos.

Le saco la lengua con enfado, el gesto más maduro que podré hacer.

Al entrar al restaurante nos atiende uno de mis compañeros que me mira confundido al verme allí fuera de mi horario de trabajo. Sé lo que está pensando, si hubiese sido mi decisión habría ido a cualquier otro lugar a cenar. Ya paso demasiadas horas al día en ese horrible sitio.

Pero mis amigos han decidido venir aquí y no puedo hacer nada contra eso, ahora solo queda esperar que sea una noche amena y sin complicaciones.



Ryan.

—Oh, mira quién acaba de llegar —Escucho a Odette decir mientras termino de sacar todos los vasos del lavavajillas.

Alzo la mirada hasta la entrada del restaurante para encontrarme con un numeroso grupo de personas, al principio no los reconozco mientras hablan con uno de mis compañeros que los acompaña hasta su mesa.

En el momento en que empiezan a moverse, mis ojos se clavan en una larga cabellera oscura que se me hace imposible no reconocer.

Emma.

Pero no va sola, reconozco al instante a su grupo de amigos que van acompañados de los *Merlens*.

¿Qué narices hacen todos ellos aquí?

—Yo no vendría aquí a cenar después de una larga jornada de trabajo —comenta la chica, apoyando su cadera en la barra mientras posa su clara mirada en mí—. ¿Será su novio?

Frunzo el ceño y observo a Emma, no va sola, el hermano de Travis tiene su brazo apoyado en los hombros de ella. Está recostada en él, con confianza y seguridad, como una vez se comportó conmigo.

—No lo sé —digo entre dientes, siendo incapaz de apartar los ojos de Ethan.

No es la primera vez que los veo juntos, aún puedo recordar el día que la vi por primera vez después de cinco años. Ella había huido del local y él salió en su búsqueda, como el príncipe azul que siempre quiere hacer todo bien para tener complacida a su princesa.

Aprieto con fuerza las manos en puños.

—Él es muy atractivo —comenta, paseando su mirada por el cuerpo del chico que se acaba de sentar junto a los demás en la mesa del centro del local. Emma se ha posicionado a su lado. ¿Acaso no podía elegir cualquier otro lugar en el que sentarse?—. No hace buena pareja con ella.

—¿Por qué? —inquiero, apartando la mirada del grupo para posarla en la chica de cabello rubio oscuro recogido en una alta coleta.

—Emma es muy borde, no sé cómo alguien puede soportarla.

Alzo una de mis cejas.

Odette esboza una amplia sonrisa.

—¿Qué? Es verdad —ríe por lo bajo—. Desde que llegó solo tiene esa sonrisa forzada en el rostro, no le caemos bien ninguno de nosotros.

—¿Acaso habéis intentado conocerla antes de juzgarla?

No llevo mucho tiempo trabajando en el restaurante, pero ha sido el suficiente para percatarme de lo que ocurre en el lugar.

Todos y cada uno de los empleados están quemados con el trabajo, los jefes y encargados no se preocupan por su bienestar y solo unos cuantos tienen la confianza de los encargados y esos pocos tienen más oportunidades: salir antes de trabajar, no tener que limpiar los baños, no hacer

los pedidos, poder elegir sus horarios... Todos ellos desean el favor de los encargados, por lo que para conseguirlo pisan a sus compañeros con el fin de conseguir que su calidad de trabajo decaiga.

Emma es una amenaza para ellos, trabaja bien, intenta que los comportamientos y palabras de sus compañeros no le afecten, haciendo un trabajo impecable. Nunca replica ni habla. Es la empleada ejemplar, pero no deben sentir envidia o miedo de ella, la encargada parece odiarla por lo que jamás le dará su favor, sin embargo, nuestros compañeros no comprenden eso.

—¿Qué necesidad hay de conocerla?

—A mí me diste la oportunidad de conocerme —replico cruzándome de brazos.

La chica se sonroja mientras pasea su mirada descarada por mi cuerpo.

—Es que tú me atraes, ella no.

No me sorprenden sus palabras, he podido percatarme de las ojeadas que me lleva echando desde el primer día.

Suelto una floja carcajada. Antes hubiese coqueteado con ella hasta llevarla a mi cama, pero ahora, a pesar de que la chica es preciosa, no tengo ganas de acostarme con ella.

—¡Wells! ¡Hay una mesa que te espera! —Claire, la encargada, grita desde algún lugar.

Me separo de Odette, quien se ha girado para que no pueda ver su rostro sonrojado.

Me alejo y comienzo a caminar hacia la mesa a la que no quería atender.

—¡Ryan! —Escucho a Travis decir cuando llego hasta ellos.

Le fulmino con la mirada sin poderlo evitar.

Él sabe quién fue Emma, sabe lo que me ha estado provocando desde que volvimos a encontrarnos, ¿por qué narices pensó que era buena idea venir todos juntos?

—¿Qué hacéis aquí? —inquiero entre dientes, sin apartar la mirada del rubio.

—Habíamos quedado todos para cenar y nos pareció injusto que tú no pudieses estar. Entonces pensé en venir aquí y hacerte compañía, para que no te sintieses desplazado.

Ruedo los ojos.

Siento una mirada sobre mí y me muevo en su dirección. Me encuentro con una nube llena de tormentas, observándome con el ceño fruncido, como si estuviese concentrada en miles de pensamientos en los que yo soy el protagonista. Seguramente piense en modos de romperme la nariz, ya que por la tarde no lo ha conseguido.

Pero joder, está preciosa.

Me dejaría romper la nariz todas las veces que ella deseara con tal de poder verla.

El cabello castaño oscuro lo lleva suelto, las puntas se le ondulan de forma natural, el rostro con un sutil maquillaje apenas notable, y el top que esta tarde no he tenido el placer de contemplar, me atrapa. Ajustado, blanco con encaje, de finos tirantes y amplio escote. Mi mirada se posa un segundo en él, haciendo que mi boca se seque y el deseo me invada.

Pasaría con delicadeza mis dedos por esos malditos tirantes, su piel se erizaría ante mi caricia y su cuerpo se acercaría a mí en busca de más. Mis manos abandonarían los tirantes para poder pasar los dedos por la costura de su escote, sintiendo los acelerados latidos de su corazón...

Trago duro, apartando la mirada. Eso no sucederá, jamás volveré a tener a Emma como la tuve una vez.

Al apartar los ojos de ella, mi vista se encuentra con otra. Una cargada de resentimiento. Irina. Soy consciente de que la chica se ha percatado de mi mirada y del rumbo de mis pensamientos.

—Hola, Ryan —saluda, esbozando una fría sonrisa.

—¿Qué tal? —inquiero con tranquilidad.

Odio el modo en el que nuestra relación se ha enfriado, es verdad que volvemos a hablar y que

cuando lo hacemos no hay réplicas por parte de ella ni momentos incómodos. Pero no es lo que una vez fue.

—Por cierto —comenta Adam, moviendo su rostro en mi dirección, haciendo que su cabello se mueva tras él como en los anuncios de champús—. Hemos invitado a las chicas y a Ethan al concierto de mañana. Así habrá más gente para que el dueño nos pague algo más por canción.

Me tenso, nunca me ha importado que me vean cantar, no he sido tímido ni vergonzoso en ese aspecto. Pero estará ella.

Mis ojos vuelven hasta Emma, quien ha bajado la mirada a sus manos.

Es imposible no recordar quién me animó a seguir con la música, creyendo en mi potencial, quién amaba escuchar mi voz mientras la cantaba en suaves susurros, esperando a dormirse con la cabeza apoyada en mi pecho.

Mi corazón se comprime ante los recuerdos de aquellos momentos de mi vida en los que pensaba que estaba a punto de tocar el cielo. Llegando a un estado máximo de plenitud.

Ethan pasa su estúpido brazo por los hombros de ella, atrayendo su pequeño cuerpo al de él. Emma alza la vista en su dirección, esbozando una sonrisa.

Aprieto la mandíbula.

¿Son pareja?

Podrían serlo, ella sería feliz al lado de alguien que la pueda cuidar y mimar, al lado de alguien a quien no le persigan sus demonios.

Ethan se acerca aún más a ella y le susurra algo al oído.

No puedo soportarlo más, por lo que me obligo a apartar la mirada de la pareja perfecta.

Apunto todos los pedidos de mis amigos y me alejo lo más rápido de ellos, de ella.

Pero es demasiado tarde, porque por primera vez en cinco años, soy consciente de lo que perdí.



Emma.

Cuando me tumbo en la cama, dejo que *Apolo* me haga compañía, posando su peluda cabeza sobre mis piernas en busca de caricias que le concedo al instante. Después de esta noche, he podido conocer mejor a los integrantes de los *Merlens*. Adam es el callado del grupo, con un aire misterioso, pero a la vez gracioso cuando abre la boca para decir alguna curiosidad. Enzo hace de consejero, no sé la cantidad de veces que en toda la noche ha podido abrir la boca para dar consejos que parecían sacados de alguna web. Y Travis es el divertido que tira del resto para pasarlo bien. Irina, la fulminadora de miradas, a pesar de su extraña disculpa de esta tarde, cada vez que el estúpido Ryan posaba sus ojos en mí —que no han sido pocas veces—, ella me lanzaba una mirada llena de rencor. Quería gritarle que parase con eso, que no tengo intención de quitarle a su posible novio, pero estoy segura de que, a pesar de eso, no me creería.

Un bostezo escapa de mis labios a la vez que el cansancio del día de hoy decide hacer acto de presencia y, cuando estoy alargando el brazo para tocar el interruptor que está al lado de la cama, mi móvil vibra con la llegada de una notificación.

Ryan_mrlns te ha enviado un mensaje.

Parpadeo confundida y entro a la conversación de Instagram

Ryan_mrlns:

Hoy estabas preciosa, salvo
cuando me has agredido.

Y, no sé por qué, mis mejillas se sonrojan.

11

Una herida abierta

Ryan.

Le doy una última calada a mi cigarro antes de lanzarlo al suelo húmedo por culpa de la lluvia que ha estado cayendo toda la mañana.

Siento mi cuerpo agotado mientras vuelvo a entrar al restaurante, he tenido que hacer horas extras toda la semana –horas que estoy seguro de que no me van a pagar– para cambiar mi turno y así poder asistir a mi propio concierto.

Mientras comienzo a trabajar después de mi breve descanso, no puedo evitar que mi mente viaje hasta la noche anterior. Hasta ella junto a él.

El modo en el que reían, en como él pasó su brazo por los hombros de Emma antes de abandonar el local.

La rabia me inunda.

Sé que es bueno que haya rehecho su vida, que tenga a alguien que la quiera y sepa cuidar de ella, pero eso no evita que imaginarlos juntos no haga arder mi pecho. Que me recuerde que jamás volveré a tenerla entre mis brazos.

Es mejor así, no le haré daño. Me digo cuando termino de atender las pocas mesas ocupadas.

—¡Tú! —Escucho una voz enfurecida.

Me doy la vuelta al instante para encontrarme a una Emma enfadada que acaba de llegar al trabajo, con el cabello oscuro recogido en un alto moño, dejando despejado su perfecto rostro. Sus ojos están llenos de rabia y sus mejillas sonrojadas.

—¿Qué derecho te crees que tienes para decirme que estoy preciosa?

No puedo evitar soltar una alta carcajada que hace que varios de nuestros compañeros se giren para observarnos.

¿En serio está así de enfurecida por aquel mensaje?

En realidad, no sé por qué se lo mandé.

Cuando llegué a casa y terminé de fumarme mi cigarro de maría, no me parecía tan mala idea decirle lo preciosa que se veía ayer, con el cabello suelto cayendo por su espalda en cascada, con los ojos grises brillantes de felicidad al pasar un agradable rato con sus amigos... Quería escribirle muchas cosas más, cómo me hubiese gustado ser yo el que estaba sentado a su lado, que me hubiese gustado ser yo el causante de sus múltiples sonrisas. Pero me conformé con escribirle lo preciosa que estaba.

—¿Acaso a tu novio le molesta que otros chicos te digan lo guapa que eres? —inquiero, alzando una ceja y dando un paso en su dirección.

Su rostro enrojece de ira y da un paso seguro hacia mí, alzando la cara para enfrentarme.

No puedo evitar que mi corazón se acelere y una pequeña sonrisa aparezca en mis labios.

Está preciosa cuando se enfada.

—¿De qué novio se supone qué hablas? —pregunta entre dientes.

Alzo una ceja.

—¿Ethan?

Sus ojos se abren sorprendidos y una carcajada escapa de sus labios, como si le acabase de contar el chiste más divertido que jamás haya escuchado. Hace un momento dije que enfadada estaba preciosa, pero cuando ríe... No hay nadie que la alcance.

—¿Piensas que estoy saliendo con él? —inquire, dejando de reír y con una sonrisa de superioridad en los labios.

—¿No es así?

—¿Acaso te importa?

—Simple curiosidad, no me gustaría que tu novio se pusiese celoso por nimiedades. —Me encojo de hombros, quitándole importancia. Pero no aparto la mirada de ella, a la espera de una reacción.

Otra carcajada escapa de sus labios y niega con la cabeza con incredulidad.

—Ethan solo es mi amigo, pero si fuese algo más no se pondría celoso de ti.

Sus palabras me afectan al instante, como si me acabasen de apuñalar en el pecho. Sin embargo, me esfuerzo por hacer aparecer una media sonrisa en mis labios.

—¿Estás segura de eso, preciosa? —inquiero, ladeando la cabeza, colocando uno de mis dedos en su barbilla alzada, provocando que Emma abra los ojos, sorprendida por mi tacto. Pero no se aparta. No rehúsa de mi roce—. Porque si yo fuera él, no estaría tan seguro.

Ni siquiera sé por qué digo eso.

Me hierva la sangre al saber que piensa así de mí, aunque me lo tenga merecido.

—No digas tonterías, Ryan. —Su voz tartamudea al hablar y retrocede con rapidez un paso, apartando nerviosa la mirada de mí, con el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea.

—Tengo que trabajar —añade con rapidez.

Veo cómo se gira para ir a los vestuarios, ya que ni siquiera se ha molestado en quitarse el abrigo antes de venir a encarmarme.

—Emma. —Ella se gira al instante—. También estás preciosa cuando enfureces.

Su rostro adquiere el mismo color que la sangre y esta vez no sé si es de ira o de algo más.

Sonrío, sintiendo cómo algo que durante mucho tiempo ha estado muerto, revive poco a poco.



Emma.

—Entonces... ¿crees que Ryan estaba celoso? —inquire Jessica, alzando las cejas mientras conduce para ir al bar en el que tocan los *Merlens*.

—Sí. No. No lo sé —suspiro entrecerrando los ojos, y apoyando la cabeza en el respaldo del asiento—. Si no es así, ¿por qué hizo esos comentarios?

—No lo sé, nena. Pero no me da buenas sensaciones, ¿y si quiere reconquistarte?

—¿Por qué haría algo así si nunca me quiso de verdad? —inquiero con un nudo en el pecho.

Jessica aparta un segundo la mirada de la carretera para posarla sobre mí. Sus ojos están

cargados de pena.

—No puedo decirte si te quiso de verdad o no alguna vez, pero quiero que apartes esos pensamientos de tu mente hoy, ¿vale? Hoy es un día para pasarlo bien con tus amigas y dejar el pasado atrás.

—Pero mi pasado estará allí, cantando... No sé si voy a poder aguantarlo. Son muchos recuerdos, Jess —musito, apretando con fuerza los dientes.

—Claro que podrás, eres fuerte. Resurgiste de las cenizas y ahora nada puede contigo. —Esboza una pequeña sonrisa, intentando darme ánimos.

Cuando llegamos al local, entramos en él y el mal olor y la música demasiado alta impactan sobre mí. Entre empujones y pisotones conseguimos llegar hasta donde los demás se encuentran, al lado de la barra, con una vista perfecta del escenario.

Saludamos a Sophie, Julie, Gabriel y Ethan que se encuentran bebiendo de una petaca. Sí, una petaca, como los viejecitos.

—¿Qué es eso? —inquire Jessica, señalando la petaca de Gabriel.

Este esboza una amplia sonrisa.

—Las he rescatado de casa de mis abuelos, este alcohol es mucho mejor que el que venden aquí —explica complacido.

—Pero habréis metido alcohol nuevo, ¿no?

—¡Claro que sí, Jessica! —ríe Julie, sacando dos petacas más de su bolso y tendiéndolas.

—Quien nos vea pensará que estamos traficando. —Sonríe Sophie antes de levantar su petaca y dar un trago.

—No seríamos los primeros, de eso estoy segura —comento, echando una ojeada rápida a la gente del local.

Jessica me pasa una de las petacas que le ha dado Julie y la huelo antes para percatarme de que el contenido es whisky. Empezamos fuerte la noche, pero lo voy a necesitar, por lo que le doy un largo trago. Una tos se escapa de mis labios cuando la bebida baja por mi garganta.

—¿Tan desentrenada estás, pequeña Emma? —inquire Julie, conteniendo una risa.

—¡Hace mucho que no bebo algo tan fuerte! —me excuso, conteniendo la tos—. Tendréis que sacarme más a menudo de casa para volver a conseguir mi antiguo aguante con el alcohol.

Una carcajada escapa de mis labios, pero dura poco, ya que los focos se encienden alumbrando al escenario a la vez que los integrantes de los *Merlens* aparecen.

Mi cuerpo se estremece al verle allí arriba, el cabello castaño ligeramente despeinado, algunos mechones cayendo a ambos lados de su frente. Vestido con una camiseta de manga larga blanca, algo holgada y unos vaqueros rotos a la altura de las rodillas. La última vez que le vi sobre ese escenario no lo había observado lo suficiente como para darme cuenta de que la guitarra que lleva es la misma que usaba años atrás, cuando la noche estrellada era testigo de las canciones que me cantaba.

Mi cuerpo tiembla cuando sus ojos verdosos se posan sobre mí.

Le mantengo la mirada, como si un hechizo me atase a él, siendo imposible poder dejar de contemplarle. Un brazo se posa sobre mis hombros y Ryan desvía sus ojos de mí para posarlos sobre Ethan, al instante aprieta la mandíbula y aparta la mirada.

—Eso ha sido intenso —murmura el chico, agachándose para hablar a mi oído—. Creo que tu ex está muy pendiente de ti.

Suelto un sonoro suspiro y escucho la suave carcajada de Ethan.

—Eso no es verdad —mascullo, escabulléndome del brazo del rubio porque, aunque nunca me ha molestado su cercanía, ahora... Una parte de mí no quiere que Ryan la presencie.

Ryan besa su púa, un gesto que sigue haciendo siempre antes de tocar la guitarra.

Los acordes de la canción empiezan a sonar, cierro los ojos, mentalizándome de que voy a escucharle cantar. Voy a verle. Y me digo que no puede doler, que no puedo dejar que la rabia y el dolor me dominen cuando le escuche.

Su voz retumba en los altavoces y mi cuerpo se tensa haciendo que mis ojos viajen hasta él, para quedarse ahí clavados cuando empieza a cantar *The reason* de Hoobastank.

*I'm not a perfect person.
There's many things
I wish I didn't do.
But I continue learning.
I never meant to do those things to you.
And so I have to say before I go
That I just want you to know.*

Su voz es como la recuerdo: suave, pero con un toque duro de fondo que provoca que los vellos de mi piel se ericen.

Los ojos de Ryan se posan en las personas del local, que han dejado de bailar para prestar toda su atención al grupo sobre el escenario. Pero sus ojos me buscan, y me encuentran.

*I've found a reason for me
To change who I used to be,
A reason to start over new,
And the reason is you.*

Y en este momento sé con toda certeza que esta canción me la está cantando a mí, que da igual cuánta gente haya en el local, cuántos oídos estén atentos a la hermosa melodía de los instrumentos y su voz. Solo yo soy la receptora de la canción.

*I'm sorry that I hurt you.
It's something
I must live with everyday.
And all the pain I put you through,
I wish that I could take it all away,
And be the one who catches all your tears.
That's why I need you to hear.*

No puedo evitar ponerme a temblar cuando sus ojos no se despegan de mí, cuando escucho la disculpa que me está dedicando.

Mi vista se llena de lágrimas y tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para no desmoronarme delante de todas estas personas. Mi pecho arde por culpa de una vieja herida que se niega a cerrar.

*I've found a reason for me
To change who I used to be,
A reason to start over new,
And the reason is you,*

*And the reason is you,
And the reason is you,
And the reason is you.*

Las lágrimas que había estado aguantando escapan de mis ojos, haciendo que me rompa delante de todo el mundo sin que me importe nada. La mirada de Ryan está clavada sobre la mía y, a pesar de los focos, el ruido y el estado de aturdimiento en el que me encuentro, puedo percatarme de sus ojos brillantes, como si estuviese haciendo todo un esfuerzo por no dejar correr sus propias lágrimas.

*I'm not a perfect person.
I never meant to do those things...*

No puedo aguantarlo más, no cuando siento que el temblor de mis piernas puede tirarme al suelo en cualquier momento, no cuando sé que, si le sigo escuchando, la herida de mi interior seguirá sangrando, haciendo que la agonía que siento no desaparezca nunca.

Porque pensé que jamás le volvería a escuchar cantar. Que nunca volvería a dedicarme una canción.

Doy la vuelta, ignorando lo que Ethan me dice y empujo a las personas de mi alrededor. Suaves sollozos escapan de mis labios cuando consigo llegar hasta el cuarto de baño y me dejo caer en una esquina.

Todos los días en mi habitación llorando aparecen en mi mente, todas las preguntas que tengo retumban en mi cabeza.

¿Qué pasó?

¿Por qué se fue?

¿De verdad lamenta haberme hecho daño?

¿Quiere cambiar por mí?

Mis sollozos se hacen más fuertes, sin importarme que en cualquier momento pueda entrar alguien al baño y verme en este lamentable estado.

Abro la petaca y le doy un largo trago al whisky del interior, deseando que el alcohol apague lo que siento.

—Emma... —Escucho la suave voz de mi mejor amiga al agacharse a mi lado. Ni siquiera sé en qué momento ha llegado—. Ven aquí, nena.

Jessica me envuelve entre sus brazos, acariciando mi cabello mientras me regala palabras consoladoras, aunque no consiguen su efecto.

—No llores porque entonces me harás llorar a mí y no es justo que el maquillaje que he tardado horas en hacer, se eche a perder —murmura, separándose de mí y agarrándose de las mejillas—. Eres fuerte, ¿recuerdas?

Asiento con la cabeza, aunque ahora no me siento fuerte. Ahora me siento más vulnerable que nunca.

Porque empiezo a creer las palabras que me ha dedicado, aunque no quiero hacerlo. No quiero que cambie por mí. No quiero que se disculpe. No puedo volver a confiar.

—Es solo una canción más del repertorio que tienen. No significa nada. —Aunque veo la duda en sus ojos, como si ella también se hubiese percatado de que la mirada de Ryan no se ha separado en ningún momento de mí.

—No quiero salir de aquí —murmuro, tragándome el sollozo—. No puedo, Jess.

—Lo sé. —Sonríe con dulzura—. Por eso nos quedaremos aquí dentro todo el tiempo que

necesites.

—No le puedo escuchar cantar, no cuando mi mente viaja a otro lugar y otro año. No cuando sus palabras se cuelan tan hondo en mí —digo tan deprisa que no sé si Jessica ha entendido algo de lo que he dicho.

Mi mejor amiga se sienta en el suelo y agarra su propia petaca que había guardado en su bolso y le da un largo trago.

—Bebamos mi querida amiga, aquí en el lugar más sofisticado de París, en el mejor baño de la ciudad —ríe alzando la petaca para que choque la mía con la suya.

Una suave risa escapa de mis labios cuando chocamos las petacas y le doy otro largo trago a la fuerte bebida.

—¿Quieres hablar de cómo te sientes? —inquire, sin apartar sus ojos preocupados de mí.

—No sé cómo me siento. Esto no debería afectarme, ¿verdad? —pregunto, tomando una larga bocanada de aire. Joder, quiero un maldito cigarrillo—. Han pasado cinco años, pensaba que ya nada podría volver a hacerme daño, me he obligado durante estos años a no sentir...

—Emma. —Me corta Jessica para que deje de hablar—. Es normal que te sientas así. Le quisiste mucho. Todo lo que sientes ahora, después de eso, es válido, es normal.

—¿Desaparecerá? ¿Podré volver a mirarle algún día a los ojos sin sentir este dolor? —pregunto, llevándome una mano al pecho.

—Claro que sí. —Agarra una de mis manos y al instante, siento cómo un poco de dolor desaparece al saber que ella siempre estará—. Antes de que volviese ya apenas dolía, solo es cuestión de tiempo que el dolor se vaya del todo, aunque le mires.

Un suspiro escapa de entre mis labios.

—¿Por qué crees que ha cantado eso?

—¿Quién sabe lo que pasa por la cabeza de Ryan Wells?

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que la petaca que ambas tenemos se agota más rápido de lo que debería y su voz deja de escucharse por los altavoces para dar paso al sonido de la música demasiado alta.

—Es hora de salir —comenta mi mejor amiga mientras se pone en pie y me tiende una mano para ayudarme a levantarme del suelo.

Cuando lo hago, Jessica, que siempre lleva de todo en el bolso, a pesar de que es diminuto, saca una toallita desmaquilladora y me arregla mi desastre de maquillaje corrido.

—Ya está, perfecta. —Sonríe.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero?

—No las veces suficientes.

Una suave risa escapa de mis labios antes de tomar una bocanada de aire para tener valor y salir del baño.

Jessica entrelaza nuestras manos y nos movemos a empujones entre la gente para llegar hasta una esquina del bar donde se encuentran nuestros amigos junto a los *Merlens*. Uso de toda mi fuerza para no posar los ojos en Ryan.

—¿Dónde os habéis metido? —inquire Julie, las mejillas sonrojadas por el alcohol.

—A Emma le ha bajado la regla y no tenía ningún tãmpax, así que nos ha tocado esperar en el baño hasta que ha llegado un alma caritativa y le ha dado uno —dice con convicción mi mejor amiga, haciendo que mis ojos se abran como platos. ¿No podía haber dicho cualquier otra cosa?

—¿De verdad?! —La pelinegra abre mucho los ojos, posando su mirada sobre mí—. ¡Haberme avisado a mí! Yo siempre llevo.

Al instante, Julie abre su bolso y comienza a rebuscar en su interior hasta sacar varios tipos de

támpax diferentes.

—¿Cuál te va mejor?

Dios mío, llévame contigo.

—Guarda eso Julie, además de traficantes de petacas, nos van a tomar por traficantes de támpax —digo entre dientes, las mejillas sonrojadas por culpa de todas las miradas divertidas que siento sobre mí.

—Sería un buen negocio —suspira, guardando lo que ha sacado en su bolso.

Jessica ríe por lo bajo y me obliga a dar un par de pasos más para terminar de llegar a donde se encuentra el resto de nuestros amigos. Gracias al universo, parece que ninguno se ha percatado de lo que ha pasado segundos atrás.

Al instante siento una mirada verdosa sobre mí que provoca que mi corazón se encoja.

Alzo los ojos para encontrarme con los suyos.

Y al instante me arrepiento de haberlo hecho, porque... Porque Ryan me habla con su mirada. Sé que intenta decirme que todo lo que ha cantado lo siente de verdad.

Mi cuerpo tiembla y al instante siento un caluroso brazo sobre mis hombros.

—¿Todo bien, Em? —inquire Sophie, posando una mano en mi brazo como si se hubiese percatado de que algo no va bien en mí.

—Sí, un poco acalorada de este lugar —respondo.

—Podríamos ir a otro sitio, aquí ya no tenemos nada que hacer —comenta.

—Por mí, genial. —Más cuando estoy deseando beber una copa en condiciones, bailar hasta que las piernas no aguanten mi peso y borrar todo de mi mente.

Sophie sonríe antes de decirle a los demás de ir a otro sitio y en cuestión de segundos, Jessica, Sophie y yo nos encontramos en el interior del coche de Ethan para ir a una de las discotecas del centro de la ciudad.

Jessica ha tenido que dejar su coche abandonado a regañadientes donde lo aparcó por haberse bebido toda la petaca conmigo en el baño y, a pesar de alegar que se encontraba bien, Ethan ha insistido en que vayamos con Sophie y con él en el coche.

—Llevas varios días sin hablar de nuevos ligues —comenta de pronto el rubio, cuando frena frente a un semáforo y se gira para mirar a Sophie que se ha sonrojado a más no poder.

¿De verdad no se ha dado cuenta de lo que hay entre su hermano y nuestra amiga?

—Me estoy tomando un tiempo para mí —miente—. Quiero conocerme mejor antes de encontrar a mi futuro marido.

Me giro desde el asiento delantero, alzando una ceja con una sonrisa divertida, haciendo que la castaña se sonroje y me fulmine con la mirada para que mantenga la boca cerrada.

Contengo una carcajada y ruedo los ojos, volviendo a una posición más cómoda en el asiento.

Tardamos poco en llegar hasta la discoteca que, a pesar de estar llena de gente, no es igual que el cutre bar del que venimos. Los demás ya se encuentran en el interior, meciéndose en la pista.

Julie nos saluda con entusiasmo mientras baila con su prometido, quien no aparta la mirada de ella, como si fuese lo más importante de todo el lugar.

Me quedo más tiempo del debido observando a la pareja, pensando en qué se sentirá al tener algo como la relación de ellos. Que, a pesar de los años y los baches, se quieran igual que el primer día.

Ethan nos deja para ir a la barra a por bebidas y Sophie no pierde el tiempo en correr a por Travis que se encuentra junto... Junto a Ryan hablando a un lado de la pista de baile.

—Vamos. —Me agarra Jessica de la mano y tira de mí hasta la pista, como si quisiese apartar mi mirada de cierta persona—. Bailemos.

Esbozo una sonrisa y al instante ambas comenzamos a contornearnos al son de la música. Moviendo las caderas y los brazos, a veces bailamos juntas, otras por separados y en algunas ocasiones, se nos unen desconocidos.

Solo puedo reír y bailar, puede que el alcohol se me esté subiendo. ¿Cuántas copas llevo desde que llegamos? ¿Dos? ¿Tres? ¿O puede que ya sean cuatro?

Julie y Gabriel se fueron hace un rato a casa, Travis y Sophie desaparecieron casi al principio y no se les ha vuelto a ver. Ethan baila con una preciosa morena y Jessica se encuentra en la barra hablando con la camarera. Lleva mucho rato para pedir otra ronda.

—Creo que ya has bebido demasiado —comenta una chica con la que llevo bailando un rato y no recuerdo su nombre.

Alzo una ceja y una risa tonta escapa de mis labios.

—El alcohol siempre es una buena bebida para un corazón herido —respondo, sin dejar de bailar.

—¿Por qué tienes el corazón herido?

Cierro los ojos, dejándome llevar por la melodía. No quiero hablar de Ryan ahora, ni pensar en la canción que cantó horas atrás, ni en el odio y dolor que siento en mi interior.

Pero cuando abro los ojos, mi vista se posan sobre él, quien se encuentra apoyado en una columna hablando muy cerca de una hermosa chica de cabello rubio que no deja de tocarle el pecho.

Al instante, un tipo de rabia que no sabía que sentía, se apodera de mi cuerpo.

Están muy cerca y ella no deja de acariciar su pecho, de sonreírle y él... Ryan le sonríe de vuelta y la coloca un mechón de su cabello detrás de la oreja para que no la moleste en el rostro.

Y quiero que se aleje de ella, quiero ser yo la que esté allí. La que sea la receptora de sus miradas y sonrisas.

Quiero retroceder cinco años en el tiempo.

Me separo de la morena y camino hacia la pareja apoyada en la columna, los que parecen que están a punto de quitarse la ropa delante de todo el mundo.

Ni siquiera sé qué haré al llegar, ni lo que voy a decir.

Solo quiero que ella deje de tocarle de ese modo y él deje de mirarla como si no pudiese contener las ganas que siente.

Una mano se enrosca alrededor de mi muñeca, frenándome en mi paso acelerado.

—¿Qué narices haces, Emma? —Escucho la voz de mi mejor amiga.

Me giro hacia ella, parpadeando varias veces.

—Están muy juntos —mascullo entre dientes.

¿Por qué me importa? Yo ya le he olvidado. Ryan no es nada para mí.

—Sí, lo están. Y seguramente terminen la noche en la misma cama y a ti te da igual.

—Me recuerda, haciéndome retroceder.

Les lanzo una última mirada, pero esta vez, la hermosa rubia ya no está con él y los verdosos ojos que hacen que mi cuerpo tiemble, se encuentran posados sobre mí con una pizca de diversión en ellos.

—Creo que es hora de volver a casa —dice Jessica, mientras me aleja de él y de la sonrisa de medio lado que ha aparecido en su rostro, haciendo que uno de sus hoyuelos salga a la luz.



Me tumbo en la cama junto a *Apolo*, quien ha decidido que esta noche prefiere hacerme compañía en vez de tener todo el sofá para él solo.

El alcohol ha comenzado a desaparecer de mi organismo, pero aún me siento mareada, como si todo lo de mi alrededor diese vueltas.

Agarro mi móvil y sin pararme a pensar en lo que hago, entro a Instagram.

Emmmaaa14:

No sé por qué has tenido que volver a aparecer en mi vida. Te estaba olvidando, apenas pensaba ya en ti y ahora, por más que lo intente, no consigo apartarte de mis pensamientos.

Dejo el móvil a un lado, sabiendo que, dentro de unas horas, me arrepentiré de ese mensaje. Su respuesta apenas tarda un par de minutos en llegar.

Ryan_mrlns:

Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti, nunca he podido hacerlo.

Mis ojos se llenan de lágrimas y mi frío corazón se acelera.

Emmaaa14:

Quería ser esa chica, quería ser yo a la que sonrieras así.

Ryan_mrlns:

Buenas noches, Emma. No quiero hablar de algo que sé que mañana te arrepentirás de haber dicho.

Emmaaa14:

Te he echado de menos.

Dejo el móvil a un lado, las mejillas llenas de lágrimas.
Ya no recibo ninguna respuesta.

12

Vendería mi alma al diablo

Emma.

Un gruñido escapa de mis labios al sentir el terrible dolor de cabeza. Alargo mi brazo hasta la mesita de noche para agarrar mi teléfono, pero no lo encuentro.

Me siento en la cama y me percato de que sigo llevando la misma ropa que la noche anterior y que apesto a alcohol. Supongo que se me fue la mano con la bebida porque apenas puedo recordar algo después de llegar a la discoteca.

Encuentro mi móvil sobre la cama, sin nada de batería. Una maldición escapa de entre mis labios y lo pongo a cargar.

Salgo de la habitación una vez que me he puesto algo más cómodo para estar por casa y busco a Jessica, aunque no la encuentro. Tampoco veo ninguna nota de ella.

Desde que vivimos juntas nos dejamos notas en la puerta de casa cuando alguna de las dos se va sin avisar a la otra para no preocuparla. Supongo que se le habrá olvidado, también creo recordar que bebió bastante. Un fogonazo de nosotras dos en un taxi aparece en mi mente.

Tras un desayuno que parece más una comida, una ducha rápida y un paseo más corto de lo que a *Apolo* le hubiese gustado, me encuentro saliendo nuevamente de casa para acudir a mi puesto de trabajo.

Mientras espero en el metro a que llegue el tren, enciendo mi móvil ya cargado.

Entro en la aplicación de Instagram para asegurarme de que anoche no subí ninguna foto o vídeo vergonzoso y de pronto, recuerdo algo.

Recuerdo mandarle mensajes a Ryan.

Mi respiración se entrecorta cuando entro en la conversación que compartimos y leo los últimos mensajes.

¿En qué narices pensaba al decirle esas cosas?

Ryan vio aquel último mensaje en el que le decía que le había echado de menos, pero no respondió.

Mejor.

Puede que no lo leyera, que se saliese de la conversación a la vez que se lo mandara, me intento convencer.

—Eres tonta, Emma —mascullo por lo bajo.



Ryan.

Me quito el casco y me paso la mano por el cabello despeinado a la vez que escucho una palabrota en inglés. Me giro al instante para encontrar a Emma parada al principio del callejón. Lleva el cabello recogido en una trenza que cae sobre su hombro y las mejillas sonrojadas por haber corrido.

Esos profundos ojos llenos de tormentas se posan sobre mí y no puedo evitar recordar su mensaje.

«Te he echado de menos».

Trago duro, intentando controlar los acelerados latidos de mi corazón.

No pude dormir en toda la noche por culpa de ese maldito mensaje, por culpa del mensaje que fue antes de ese.

Sus mejillas se sonrojan aún más y su mirada se oscurece de rabia cuando comienza a caminar en dirección de la puerta trasera.

—Deja de observarme de ese modo —masculla pasando por mi lado.

—¿Era verdad lo que dijiste anoche? —No me puedo contenerme a preguntar.

Emma frena en seco y se gira hacia mí, dando un par de pasos para acercarse, quedándose apenas a unos pocos centímetros de distancia.

—Iba borracha, no tomes en cuenta ninguna de las tonterías que te mandé —replica con rapidez.

Miente.

Jamás ha sabido mentir. Cuando lo hace es incapaz de mirarte a los ojos y su mirada acaba desviándose a cualquier punto y sus manos... Una media sonrisa se apodera de mis labios al ver cómo sus dedos juegan con nerviosismo con la correa de su bolso.

Doy un paso en su dirección, haciendo desaparecer gran parte del espacio que nos separa. Me agacho dejando mi rostro a milímetros del suyo. Su aroma me abruma, haciendo que cierre un segundo los ojos para concentrarme y no dejarme llevar por los recuerdos. Maldita sea, es el mismo perfume que usaba años atrás y que me volvía loco.

—¿Sabes qué? —comienzo a decir despacio, posando mi mirada en la suya—. Los borrachos siempre dicen la verdad.

Emma se estremece y muerde su labio inferior.

Mierda, se ve malditamente sexy cuando hace eso.

El calor me recorre sin previo aviso, dejándome hechizado en sus labios, en la humedad que ha dejado su propio mordisco en ellos y entonces deseo haber sido yo el que los mordiese.

De pronto, Emma esboza una seductora sonrisa que consigue que se me olvide cómo narices se respira y da un paso más en mi dirección, juntando su pecho con el mío.

—Ryan Wells —dice con lentitud, apenas un susurro. Mi entrepierna se endurece al instante al escuchar mi nombre de ese modo en sus labios—, miéntete todo lo que quieras, pero jamás escucharás ninguna de esas palabras de mis labios. Jamás volveré a caer por ti.

Da un paso atrás.

Yo doy uno hacia ella.

—Eso ya lo veremos, preciosa.

—Soñar es gratis —dice sin borrar ese tono de voz antes de dar media vuelta y entrar al bar, llevándose todo el aire de mis pulmones con ella.

Me apoyo en la pared, intentando tranquilizarme y que se me baje la maldita erección que me ha provocado una simple conversación.

Me paso las manos por el cabello.

¿A qué estoy jugando?

Quiero hacer las paces con ella, borrar el dolor de sus ojos y marcharme para dejarla continuar con su vida, pero... en lo más profundo de mi ser sé que eso no va a ser posible.

No cuando quiero que su mirada llena de amor y pasión vuelva a ella cuando me mire.

No cuando tengo la certeza de que sigo enamorado de Emma Campbell como el primer día.



Entré cinco minutos tarde a trabajar, el tiempo que necesité para tranquilizarme después de la conversación que tuve con cierta persona con una mirada de tormentas y labios llenos de perdición.

Por cinco minutos, ahora debo quedarme una hora más.

Es un asco este trabajo.

—Te seguí el otro día por Instagram. —Odette aparece frente a mí, con una sonrisa de lado a lado en su rostro—. No sabía que estuvieses en un grupo de música.

Termino de limpiar la barra con la bayeta y me giro hacia ella.

—No vi importante decirlo en ningún momento.

—¡Claro que es importante! ¿Cuándo me vas a invitar a uno de tus conciertos? —inquire con una mirada llena de intenciones.

—No tenemos ningún concierto próximamente —miento. Sé lo que busca la chica y no es algo que me interese.

—Oh, vaya —murmura—. Bueno, eso no es impedimento, podría ir a tu casa y me tocas algo.

Alzo una de mis cejas ante sus descaradas palabras.

—Eso no va a pasar —río mientras niego con la cabeza.

—¿No te gusto? —inquire confusa.

—No, no me gustas.

Odette parpadea varias veces y su boca se abre tanto que podría llegar a rozar el suelo.

—Eso es imposible, yo le gusto a todo el mundo —replica justo cuando al bar entra una cabellera rubia.

Travis.

Pero en el momento en el que da varios pasos y mueve la cabeza en mi dirección me doy cuenta de que no es mi amigo, sino su hermano mayor.

Ethan esboza una sonrisa al verme y camina hasta la barra.

—Ey, ¿qué tal todo?

—Bien —respondo con sequedad.

Le recorro con la mirada. A pesar de que Emma dijo que no hay nada entre ellos, no me gusta la manera en la que parece estar siempre a su lado. Saber que él tiene, aunque sea, la amistad de la castaña.

La rabia se apodera de mí sin previo aviso.

—¿Qué haces aquí? —inquiero, sintiendo cómo Odette se posiciona a mi lado para lanzarle miradas curiosas a Ethan.

—He venido a recoger a Emma. —Su sonrisa se amplía aún más.

Y la rabia de mi interior crece. Sin poderlo evitar, cierro las manos en puños.

—¿Podrías decirle que estoy aquí?

—No —digo al instante y agarro la bayeta para limpiar la barra, aunque la acabo de limpiar—. Soy camarero, no mensajero.

Una carcajada brota del rubio delante de mí.

—Es un favor de amigos, hoy por mí, mañana por ti.

—¿Desde cuándo somos amigos tú y yo? —pregunto entre dientes.

—Ve a avisar a Emma, Ryan. Seguro que está a punto de irse —comenta Odette.

—¿Por qué no vas tú?

—Porque a mí no me cae bien.

Un gruñido escapa de entre mis labios.

Dejo de mala gana la bayeta en la barra y me encamino hacia los vestuarios donde seguramente se encuentre Emma.

Al llegar me apoyo en la pared frente a la puerta y me percató de que esta no está bien cerrada y se puede ver un poco de su interior.

La boca se me seca al instante.

Emma se encuentra de espaldas a mí, sin la parte de arriba, toda la piel al descubierto mientras agarra un jersey de su bolso.

Me obligo a apartar la mirada de ella.

—¿Sabes que el acoso es un delito? —inquiere, varios minutos después.

Abro los ojos para encontrarme a la chica a escasos pasos de mí.

—Creo recordar que fuiste tú quien me acosó a mí, cotilleando mi perfil de Instagram.

Su mirada se pone brillante por la rabia que siente y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Es preciosa cuando se enfada.

Bueno, en realidad siempre está preciosa.

—Alguien ha venido a verte. —La sonrisa se borra de mis labios de golpe.

—¿Quién? —inquiere, abriendo los ojos como platos.

—Míralo tú misma —mascullo.

Emma alza una ceja, pero no dice nada antes de echar a caminar hacia la barra en vez de salir por la puerta trasera del restaurante.

—¿Ethan? ¿Qué haces aquí?

—He pensado en recogerte para ir con las chicas, así no tendrás que ir en metro.

Un suspiro de alivio escapa de los labios de Emma.

—Me acabas de alegrar el día, estaba siendo horrible —suspira, echándome una fugaz mirada.

¿Lo dice por mí? Ruedo los ojos ¡Solo he hablado con ella cuando nos hemos encontrado en el callejón!

—Me alegra saber que soy capaz de hacer tus días más bonitos —comenta con una media sonrisa cuando la chica llega hasta su lado.

Quiero matarle. Nunca he sido una persona violenta, pero este tipo saca lo peor de mí.

Ethan se despide con la mano antes de pasar uno de sus estúpidos brazos por los hombros de Emma y echar a caminar hacia la puerta.

No puedo apartar la mirada de ellos con el pecho comprimido.

Emma anoche me dijo que le hubiese gustado ser la rubia con la que hablaba, ahora soy yo el que desea poder ser Ethan. Poder pasar mi brazo por sus hombros y caminar junto a ella.

Joder, vendería mi alma al diablo con tal de volver a tenerla a mi lado.

13

Deseo reprimido

Emma.

Frunzo el ceño al percatarme de que Jessica no está en casa y tampoco hay ninguna de las notas que solemos dejarnos. Es extraño que en cinco días haya desaparecido dos veces sin avisar.

Le mando un mensaje rápido mientras una idea aparece en mi mente, ¿y si ha conocido a alguien?

Hace años que no la veo con nadie, siempre alega que no tiene tiempo para enamorarse e introducirse en una relación. Pero últimamente está muy a menudo con el móvil en mano y desapareciendo sin decirme nada.

Mientras espero a que se haga mi café, suena el timbre de casa. Dejo la cafetera calentándose cuando abro la puerta principal y me encuentro a Sophie con los ojos, la nariz y las mejillas enrojecidas por culpa de las lágrimas que surcan su mirada.

—¿Sophie? —pregunto alarmada.

La chica no responde, tan solo avanza y me abraza, como si fuese lo único que necesitase en este momento.

—¿Qué ha pasado? —inquiero, acariciando su espalda.

—Me han roto el corazón, Emma —murmura, separándose de mí y limpiándose el maquillaje corrido con la manga de su chaqueta.

Mi pecho se comprime al escuchar su voz rota, al comprender lo que ha pasado y saber lo que se siente.

—Entra y me cuentas.

Sophie se introduce en casa y al instante *Apolo* tiene sus dos patas delanteras apoyadas en su pecho mientras mueve la cola.

La chica suelta una suave risa, acariciando la cabeza del perro.

—¿Quieres café?

—¿No tienes algo más fuerte?

—Son las diez de la mañana, no te voy a dar nada más fuerte.

Sophie mascula por lo bajo a la vez que me sigue hasta la cocina, donde el café ya está hecho.

Sirvo la bebida caliente en dos tazas y dejo el brik de leche sobre la pequeña mesita de la cocina para que cada una nos echemos lo que queramos.

—Siento presentarme de este modo —comienza a decir Sophie con velocidad—. Pero no quería volver a casa y que mis padres me viesen en este estado, tampoco sabía a dónde ir.

—No te preocupes, aquí siempre eres bienvenida.

Le da un largo trago a su café y cierra un segundo los ojos antes de comenzar a hablar.

—Travis me ha dejado —declara con la voz rota—. Estábamos bien, ¿sabes? Creo que nunca había durado tanto tiempo con un chico y no sé... Quería presentarle a mis padres y hacer lo

nuestro más formal.

Dejo que tome varias respiraciones para controlar las lágrimas que amenazan con volver a salir de sus ojos.

—Pero mientras desayunábamos me ha dicho que no quería conocer a mis padres, que no está enamorado de mí. —Una rebelde lágrima escapa de su mirada—. Ha dicho que soy fabulosa y perfecta, pero que no quiere una relación seria ahora, que podemos seguir como estamos. Pero Emma, yo lo quiero todo o nada.

Esbozo una pequeña sonrisa compasiva.

—Así que me ha dejado. Pensaba que era el indicado, pensaba que había encontrado al fin mi otra mitad...

Agarro su mano por encima de la mesa.

—Siempre has llevado razón, el amor no existe.

No puedo evitar sentir una punzada de arrepentimiento. Es verdad que he dicho miles de veces que no creo en el amor, que tan solo son fantasías que nos creamos las personas. Pero sé que existe y no quiero que mi amiga se cierre como llevo haciendo yo todos estos años.

—Sí existe, lo único que está escondido y es difícil de encontrar.

—¿Tú crees?

Asiento con la cabeza.

—Travis no es el indicado. Es normal que ahora duela, pero no será para siempre y seguramente dentro de dos días ya hayas conocido al próximo amor de tu vida.

La castaña esboza una amplia sonrisa.

—Es verdad, no puedo dejar de buscar al indicado. Sé que algún día llegará.

—Eso es.

—A ti también te llegará y no serás la amiga que termina amargada y rodeada de gatos. Como la loca de los Simpson.

—¡Oye! —digo indignada, pero una suave carcajada brota de mis labios y al instante Sophie se une a mí.

—¿Te apetece salir a pasear a *Apolo*? —inquiero, intentando cambiar de conversación.

Al instante el perro aparece en la cocina, moviéndose emocionado.

¿Cómo ha entendido lo que he dicho si estamos hablando en francés?

—Claro.



Apenas doy un paso para salir del restaurante cuando la lluvia impacta con fuerza sobre mí, haciendo que retroceda, intentando refugiarme en mi lugar de trabajo hasta que deje de llover con tanta intensidad.

Miro la hora en mi reloj y veo que son más de media noche, por lo que, si espero a que la lluvia cese, no me dará tiempo a subirme al último metro y me tocará pagar un taxi y aún no he cobrado.

Maldigo por lo bajo por no haber agarrado mi paraguas antes de ir a trabajar, pensando que tendría suerte y hoy no llovería.

Salgo fuera del restaurante, sintiendo las frías gotas de agua mojar mi cabello. Al instante

comienzo a temblar.

Apenas he dado un par de pasos por el callejón, cuando la lluvia deja de mojarme. Alzo la mirada hacia el cielo, pero se me hace imposible verlo, ya que una chaqueta me cubre la cabeza. A mí y a otra persona más.

Ryan.

—¿Qué haces? —pregunto, parpadeando varias veces para asegurarme de que lo que ven mis ojos no es producto de mi imaginación.

—Evitar que cojas el resfriado de tu vida. —Sonríe, haciendo que aparezcan los hoyuelos en sus mejillas. Mi respiración se entrecorta.

Aparto con rapidez la mirada de él y doy varios pasos para salir de debajo de su resguardo.

—No es necesario —replico sintiendo la fría lluvia sobre mí.

Puede que mañana sí que despierte resfriada.

—No digas tonterías, Emma —masculla Ryan, volviendo a colocar su chaqueta sobre nosotros.

Y su olor a cítricos me envuelve, haciéndome recordar todas esas veces que estuvimos tan cerca que solo era capaz de olerle a él. Cuando el resto del mundo desaparecía.

Trago duro y avanzo despacio, con Ryan a mi lado y su hombro rozando el mío. Mi corazón desbocado por la estúpida cercanía del chico.

—Por aquí —dice cuando voy a tomar el camino hacia el metro, pero Ryan me indica justo la dirección contraria.

—Tienes una orientación de mierda, el metro está allí. —Señalo hacia el otro lado.

Ryan esboza otra sonrisa que consigue sacarme el aire de los pulmones. Y me maldigo por ello.

—No vamos en metro hoy. Mi coche está allí aparcado.

—No pienso ir en tu coche a ninguna parte —replico con rapidez, dando un paso atrás.

—Emma, hace un frío del demonio y está lloviendo. En mi coche estarás en tu casa en cinco minutos, no en media hora.

Desvío la mirada de él para posarla sobre la calle en la que se encuentra el metro. Tardo casi diez minutos en llegar hasta allí y la lluvia en vez de ir poco a poco desapareciendo, parece que ha agarrado más fuerza.

—Está bien —suspiro.

—Entonces ven aquí y deja de mojarte.

Avanzo hasta Ryan y me refugio bajo su chaqueta y el calor que emana del cuerpo del chico.

Mi mente me amenaza con mandarme a un lugar años atrás, pero consigo mantener los recuerdos guardados en ese oscuro rincón de mi mente.

Caminamos en silencio por la calle iluminada por las farolas y algunos escaparates de las tiendas que nos rodean. Tan solo tardamos un par de minutos en llegar hasta donde Ryan tiene su coche aparcado.

Tomo unas largas respiraciones, mirando por encima de mi hombro, por donde se encuentra la boca del metro. Estoy a tiempo de salir corriendo y llegar al último tren que me llevaría hasta casa.

—¿Le has agarrado el gusto a estar bajo la lluvia? —inquire el chico de ojos verdes que acaba de abrir la puerta del conductor para entrar en su coche.

—Puede —mascullo, soltando todo el aire de mis pulmones y entrando en su coche.

—¿Quieres escuchar música? —pregunta mientras pone la calefacción para que nuestros cuerpos entren en calor.

—Como quieras —respondo, posando la mirada en la ventanilla, intentando olvidar que estoy a su lado, que estoy en su coche.

Parece que los años no han pasado y volvemos a ser dos adolescentes.

Ryan enciende la radio, dejando la música de fondo cuando comenzamos a movernos por la ciudad.

No puedo evitar mirar de reojo al chico de cabellos castaños. Tiene los ojos puestos al frente, el ceño fruncido y los labios apretados en una línea. Las luces de la calle impactan en su costado, haciendo que se vean sombras y luces en él. Provocando que su atractivo natural aumente. Uno de sus dedos da suaves golpecitos sobre el volante, como si estuviese nervioso.

Mi estúpido corazón se acelera.

—¿Te apetece ir al McDonald's? —inquire de pronto, haciendo que deje de mirarle embobada.

—Claro —respondo con rapidez y un segundo después, me percató de a lo que acabo de acceder: pasar más tiempo con la persona que me rompió el corazón y que aun así es capaz de acelerarlo como nadie ha conseguido en todos estos años.

Ryan esboza una pequeña sonrisa haciendo que aparte la mirada de él y la pose en la ventanilla.

Cuando hemos pedido nuestras hamburguesas, Ryan aparca el coche en el parking del establecimiento de comida rápida.

—¿Recuerdas aquella vez que nos fuimos sin pagar del McDonald's? —pregunta de pronto.

—¿Cómo olvidarlo? El encargado nos persiguió por medio Portland hasta que conseguimos despistarlo —comento. Una pequeña sonrisa se apodera de mis labios mientras los recuerdos de aquella noche aparecen en mi mente.

—No fue nuestra culpa que se equivocara de pedido y pensase que ya habíamos pagado —añade Ryan mientras desenvuelve su hamburguesa con hábiles movimientos.

—Para nada, además era innecesario que fuese gritándonos por la calle que éramos unos ladrones. Habríamos pagado sin problema nuestro pedido si nos lo hubiese dado.

Ryan suelta una baja risa que hace que mi cuerpo se estremezca.

—Las hamburguesas del McDonald's están muy buenas, pero jamás ninguna igualará las que hace tu padre.

—Debió abrir un restaurante de hamburguesas en vez de una inmobiliaria. Seríamos los reyes de las hamburguesas americanas —digo, recordando el sabor de las hamburguesas que hace mi padre los sábados en la noche, como si de un ritual se tratara.

—¿Qué es de ellos?

—¿De mis padres?

El chico, quien ya casi se termina su hamburguesa, asiente con la cabeza.

—Mi padre ha abierto varias inmobiliarias más por todo el país, la verdad es que le va bastante bien y mi madre ha creado una academia de yoga. Van muchas personas a sus clases, nunca imaginamos que mi madre sería una gurú del yoga.

Ryan esboza una pequeña sonrisa a la vez que su mirada se pierde, como si su cabeza se hubiese ido a cualquier otra parte. Parpadea varias veces y agita el rostro, haciendo desaparecer algún pensamiento no deseado de su mente.

—Vi que Matt se ha casado —dice de pronto—. Me alegro por él.

—¿Lo viste mientras *stalkeabas* mi Instagram? —Alzo una de mis cejas con diversión.

—No soy el único acosador, acosadora. —Esboza una media sonrisa haciendo que aparezca uno de esos dos hermosos hoyuelos que tiene en las mejillas.

Y no sé cómo sucede, pero las conversaciones comienzan a surgir, una tras otra, como si el tiempo, el dolor y la rabia nunca hubiesen pasado por nosotros.

Y por primera vez en años no siento nada en mi interior, no siento ninguna de esas emociones negativas que siempre me suelen acompañar ante el pensamiento o la cercanía del chico que tengo a mi lado.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento a gusto junto a Ryan.

El chico de cabellos castaños gesticula mientras habla de cómo una vez se metió sin querer con una banda bastante turbia de moteros, y que le estuvieron persiguiendo con la moto durante un tiempo porque Ryan aún no entendía ni hablaba el francés. Seguramente dijese algo que no les sentó demasiado bien.

Recorro con lentitud todo su rostro relajado, la media sonrisa divertida de sus labios y el brillo de sus ojos al hablar.

Y mi corazón se acelera sin previo aviso.

Ryan deja su relato a medias cuando se percata de que le observo fijamente. Su vista se posa en mí, haciendo que me pierda en su mirada verdosa, esos ojos que me recuerdan al prado en el que nos solíamos sentar frente al lago. Donde tantas veces fuimos felices sin saber que lo nuestro tendría fecha de caducidad.

Su mirada baja hasta mis labios y sus ojos se oscurecen y es entonces, en este momento, que me percato de que quiero que me bese. Que una parte de mí muere por sentir una vez más sus labios sobre los míos. Quiero perderme en él.

Ryan estira uno de sus brazos y mi cuerpo tiembla cuando, con cuidado, limpia la comisura de mis labios.

Mi respiración se entrecorta, su mirada aún fija en mis labios que inconscientemente entreabro, como si fuese una invitación para él.

No sé en qué momento ha sucedido, pero su rostro está a escasos centímetros del mío, su mano sigue en mi mejilla donde su tacto consigue calentar todo mi cuerpo.

Veó la indecisión en él, pero también veo el deseo de su mirada. El anhelo que ambos sentimos.

Los recuerdos de esas noches aparecen y mi cuerpo se echa hacia atrás escapando de su embriagadora cercanía, recordándome que no puedo volver a caer por él. Reprimo mi deseo de sentir sus labios sobre los míos, mandando mis ganas de él a ese rincón oscuro de mi ser.

Ryan aprieta la mandíbula, a la vez que se deja caer en su asiento, y cierra los ojos unos segundos, intentando controlar los latidos de su corazón.

—Es tarde, debería volver a casa —suspiro, apoyando la cabeza en la ventanilla.

Ryan arranca el coche y me lleva en completo silencio hasta mi casa.

Y una parte de mí aún desea sentir sus labios sobre los míos.

14

El tiempo no todo lo borra

Ryan.

He estado a punto de besarla.

Por un momento me he olvidado de todo. Nada más importaba en ese instante, salvo ella. Con el cabello recogido en un bajo moño, los ojos oscurecidos, las mejillas sonrojadas y esos labios entreabiertos que me hacen perder la cabeza.

Solo éramos ella y yo los habitantes de este planeta, solo me importaba Emma y esos labios que en silencio me pedían que la besase. Y no deseaba hacer nada más que complacerla, pero se ha apartado.

Cambio la dirección de mi coche y dejo atrás la calle que me llevaría a mi casa para poner rumbo al bar ilegal que hay detrás de una lavandería. Es a donde voy cuando las pesadillas me despiertan en mitad de la noche y la soledad me abruma.

No tardo en llegar y cuando me encuentro dentro de los baños que hay en la lavandería, en una puerta escondida en un cubículo, entro en la oscuridad del lugar, solo levemente iluminado para que seas capaz de ver por dónde vas sin caerte.

—Querido, ¿otra vez por aquí? —pregunta la camarera que rondará la treintena cuando llego a la barra.

—Al final se convertirá en mi sitio favorito —murmuro.

—¿Lo de siempre?

Asiento con la cabeza.

La chica deposita frente a mí una cerveza y una bolsita que en su interior contiene marihuana. Dejo un par de billetes en la barra y me levanto con mis cosas hasta uno de los sofás que hay al fondo, lo más alejado posible del resto de personas.

En este bar no hay normas ni reglas. La gente viene aquí para comprar droga y tomarla, sin esconderse, sin miedo a que la policía les pille haciendo algo ilegal.

En mi mente vuelve a aparecer ella, tan hermosa como siempre, tan perfecta como la recordaba. Más inalcanzable que nunca.

Pero junto a los pensamientos de Emma vienen otros más oscuros, unos que intento dejar atrás, mantenerlos encerrados en un rincón de mi mente, pero que siempre consiguen salir de allí. El motivo por el que la abandoné, el motivo por el que tuve que dejar todo atrás y empezar de nuevo.

Aquello que me desgarrar por dentro, eso que hace que la culpa me consuma.

Le doy una calada a mi porro, sintiendo cómo me quema la garganta y los pulmones.

Olvidar, eso es lo que necesito.

Dormir mi mente.

Dejar de sentir.

Y por eso me dejo llevar por la droga y cuando me preguntan si quiero algo más fuerte que un poco de marihuana, acepto.

Tan solo deseo que algún día, todo esto que tengo en mi interior desaparezca.

Tan solo deseo que algún día, pueda volver a tenerla a mi lado.

Pero por el momento, solo quiero olvidar.



Emma.

Salimos de la tienda de vestido de novias, ya que hoy hemos venido a probarnos los nuestros como damas de honor, para asegurarnos de que las medidas que nos tomaron hace meses son las correctas.

—¿Entonces me quedaba bien el vestido? Soy la única del grupo que no irá como el resto —murmura Irina, un poco molesta.

—Ellas son mis damas de honor y encargamos sus trajes hace meses —explica Julie con una amplia sonrisa, después de ver su hermoso vestido de cola de sirena, le sigue quedando igual de bonito que la primera vez que se lo probó—. Aunque tu vestido es igual de precioso que el de ellas.

Irina esboza una sonrisa poco convencida, pero no dice nada más durante el resto del camino hasta el elegante restaurante donde Julie ha reservado para que comamos juntas.

En cuanto nos sentamos en la mesa y pedimos la comida, todas empiezan a hablar de los preparativos de la boda y nuestro inminente viaje a la Costa Azul como despedida de soltera de Julie.

A pesar de ser partícipe de la conversación, mi cabeza se encuentra en un lugar muy lejano. En la noche anterior, en el coche de Ryan, en el chico al que estuve a punto de besar.

No sé qué se me pasó por la cabeza, esa persona no era yo. No cuando me he pasado los últimos años maldiciéndole en voz baja y guardando sus recuerdos en el sitio más frío y oscuro de mi mente.

—¿Qué te parece, Emma? —inquire Julie que está sentada a mi lado.

Parpadeo varias veces y me doy cuenta de que todas me están observando a la espera de que dé una respuesta.

—Pues... ¿Qué me parece? Pues...

—No estaba prestando atención —comenta Jessica con una sonrisa divertida—. Julie decía que este fin de semana se va con Gabriel a la casa de campo de sus padres y han pensado invitarnos a todos, ya que quieren dar una fiesta y así reencontrarse con algunos amigos antes de la boda.

—Oh. —Abro los ojos, sorprendida—. ¡Eso es genial!

—Como habrá mucha gente, a lo mejor encuentro a mi media naranja entre ellos —suspira soñolienta Sophie.

—¿No estabas con Travis? —inquire Irina con el ceño fruncido.

—Travis... —murmura la castaña—. Un Dios en la cama, la persona que me hizo llegar al

cielo con solo su presencia...

—Creo que se ha perdido en sus recuerdos sexuales —comento con una sonrisa divertida.

—Mientras que no se ponga a contarnos explícitamente cómo lo hacían, que recuerde todo lo que quiera —dice Jessica agarrando su copa de vino y dándole un pequeño trago.

—¿Entonces lo han dejado? —vuelve a preguntar Irina.

—Sí, me dejó. —Dramatiza Sophie llevándose una mano al pecho, como si tuviese una herida abierta en él—. Y un clavo saca a otro clavo, así que espero que mi futuro marido se encuentre en la fiesta de Julie.

—Tengo varias personas en mente que te podría presentar —dice Julie, agarrando su móvil y buscando con rapidez en él—. Estos son Marc y Luc. —Le enseña la pantalla de su teléfono con la foto de dos chicos a Sophie—. Son hermanos y ambos están solteros.

Sophie le arrebató el móvil a Julie y amplía la foto tanto que estoy segura de que puede verles los poros de las caras.

—Sí, podrían ser los padres de mis hijos, tienen buenos genes. Me gustan. —Sonríe mientras le devuelve el móvil a Julie.

—¡Perfecto! —exclama la pelinegra con una amplia sonrisa—. Entonces, ¿vamos todas?

—Aunque me encantaría ir, no puedo —suspira Jessica—. Este fin de semana tengo un bautizo y una boda que fotografiar.

—¿Y no lo puedes aplazar a otro día? —inquieta Julie haciendo un puchero.

—Claro, espera que llamo a los novios y a los padres del bebé para decirles que cambien las fechas del bautizo y de la boda a otro día —ironiza mi mejor amiga rodando los ojos.

—Cierto, no puedes hacer eso... Entonces lo celebraremos en la despedida de soltera.

—Lo siento, Julie. Me hubiese encantado ir a la casa del campo. —Sonríe la rubia echando una mirada rápida a la pantalla de su móvil—. Emma, tenemos que irnos ya.

Asiento con la cabeza, recogiendo mis cosas.

—¿Adónde vais? —inquieta Sophie.

—Una amiga expone sus cuadros en una galería de arte y me dio dos entradas para entrar —dice con incomodidad—. Si hubiese conseguido más, os invitaría a vosotras también.

—No pasa nada, el arte siempre me aburrió. —Se encoge de hombros, quitándole importancia.

—Creo recordar que fuiste durante cinco meses a una academia de dibujo —comenta Julie, frunciendo el ceño.

—Me había enamorado del profesor... ¡Y no pasó nada entre nosotros porque decía que estaba fuera de sus principios acostarse con alguien veinte años menor que él! —exclama indignada.

Nos despedimos con rapidez de las chicas y salimos del restaurante, Jessica enganchada a mi brazo como una pareja de viejecitas.

—No sabía que este fin de semana trabajas —comento mientras caminamos en dirección al coche de mi mejor amiga.

—No lo hacía, pero a una compañera le salió algo urgente que no podía aplazar y me pasó su trabajo a mí. No voy a dejarla tirada cuando ella me ha hecho favores a mí cientos de veces.

—Qué mala suerte —me lamento.

—No llores, Emma. Sé que me amas y quieres que pasemos todos los días de nuestra vida juntas, pero porque nos separemos un par de días, nuestro amor eterno jamás menguará —explica con una amplia sonrisa en los labios.

—¡Oh, Jessica! ¡No me olvides en estos agonizantes días sin ti!

Unas carcajadas nos envuelven mientras nos adentramos en el coche de mi mejor amiga y ponemos rumbo hacia la galería de arte.

—¿Quién es tu amiga la artista? —pregunto después de unos minutos.

—Pauline Masson, hace unos meses la hice una sesión de fotos.

—Nunca había escuchado hablar de ella.

Jessica se encoge de hombros.

—No le di importancia, pero últimamente nos hemos hecho más amigas y me gustaría presentártela.

—¿Quieres mi bendición para que sea tu nueva mejor amiga? —inquiero alzando una ceja—. Porque si es así, no te la doy. Tu mejor amiga soy yo hasta que los gusanos nos coman.

Rueda los ojos con una mueca divertida.

Cuando llegamos a la galería de arte, me quedo impresionada por los hermosos cuadros con retratos realistas colgados de las paredes.

—¿Todo esto lo ha hecho tu amiga? —inquiero impresionada mientras camino hacia una de las paredes repletas de cuadros.

—Sí, es una gran artista —comenta con orgullo y la mirada posada en los retratos.

—¡*Ma lutine!*

Ambas nos giramos a la vez, Jessica con una sonrisa en los labios, yo con el ceño fruncido.

—¡Pauline! —exclama mi mejor amiga cuando la chica de cabello castaño con reflejos rojizos se abalanza hacia ella y la envuelve en sus brazos.

¿Acaba de llamar a Jessica «mi duendecillo»?

—Al final pudiste venir —murmura Pauline con una pequeña y tímida sonrisa en los labios, separándose a penas unos centímetros de Jessica.

—Ya sabes que tenía una comida con mis amigas, pero al final no se ha alargado mucho —explica la rubia—. Emma, ven.

Me acerco a ambas chicas, Pauline me observa y puedo percatarme que la radiante sonrisa que tenía en sus labios, ya no está.

—Pauline, ella es Emma, mi mejor amiga. Te he hablado varias veces de ella —explica.

—Sí, creo recordar que la has mencionado alguna vez —masculla, recorriéndome con la mirada.

—Emma, ella es Pauline, la artista de estos cuadros.

—Encantada, los retratos son preciosos.

—Lo sé, por eso están expuestos aquí.

Alguien se ha levantado con el pie izquierdo.

—Bueno... —dice con nerviosismo Jessica—. ¿Nos enseñas todo esto?

Pauline me observa de reojo antes de resoplar, volver a posar la mirada sobre mi mejor amiga y esbozar una pequeña sonrisa.

—Claro.

Pauline nos acompaña mientras nos enseña los cuadros y nos habla de ellos. Cuando llegamos a la última sala de la galería, solo hay un cuadro en el centro de la habitación para que sea lo único que llame la atención.

—Jessica, eres tú —murmuro al reconocer el perfil de mi amiga con una cámara de fotos colocada frente a su rostro, captando una instantánea.

—Sí... Ya lo veo —masculla apretando los labios y girándose hacia Pauline—.

¿Podemos hablar un momento?

—¿No te gusta el cuadro? —inquiere la castaña con la decepción grabada en el rostro.

—No es eso...

—Está bien, ¿iremos solas o vendrá tu amiga a hablar con nosotras? —inquiere molesta.

—¿Y si voy cuál es el problema? —exploto sin poder aguantar más después de haber estado recibiendo comentarios mordaces durante todo el rato.

—El problema es —comienza a decir con los labios apretados mientras da un paso hacia mí— que no sé qué narices haces aquí.

—¡Pauline! —exclama molesta Jessica—. Viene conmigo y no debes ser tan mal educada con ella.

—Tendrías que haberme preguntado antes de traer a nadie contigo.

Suelto una risa incrédula y niego con la cabeza.

—Jessica, me voy a ir a casa, ¿vale?

—Espera, Emma —se apresura a decir cuando ve que me doy la vuelta—. Discúlpala, lleva semanas de mucho estrés.

—No te disculpes por ella —replico—. No estoy enfadada contigo. Nos vemos después, en casa.

Salgo de la galería de arte molesta y con la sangre hirviendo, ¿quién se cree esa chica para hablarme de ese modo?

Avanzo con pasos acelerados hasta la boca de metro más cercana y me siento en uno de los bancos a esperar a que llegue el tren.



No sé qué hago aquí, debería estar de camino a mi casa en vez de andando hacia el restaurante en el que trabajo a pesar de que hoy tenga el día libre.

En realidad, sí sé qué hago aquí, pero no comprendo por qué.

Quiero ver a Ryan.

Una estúpida e impulsiva parte de mí ha decidido hacer trasbordo de tren para terminar en este lugar que tanto odio y que siempre intento evitar cuando no estoy trabajando.

Pero necesito verlo y decirle que lo que estuvo a punto de pasar anoche no puede volver a suceder.

Porque sé que, si beso a Ryan, todo lo que he conseguido en los últimos años, ese muro de hielo que he creado alrededor de mi corazón se romperá en pedazos tan pequeños que no se podrá volver a levantar.

Cuando me introduzco en el callejón donde se encuentra la puerta trasera del restaurante, veo que él está allí, en su descanso como suponía que estaría.

Doy un par de pasos hacia él. El sonido de mis botas de tacón retumba en el lugar, haciendo que Ryan se percate de mi presencia y se gire en mi dirección.

Mi pecho se comprime al darme cuenta de a qué huele y qué es lo que sostiene en una de sus manos.

—¿Por qué te empeñas en hacerte daño de ese modo? —mascullo, posando mi vista en el chico que me observa con los ojos entornados. No es hasta este momento que me percató de su mirada cansada y las grandes ojeras que adornan su rostro.

—Pensaba que odiabas este sitio, pero parece que me equivoco cuando no haces más que venir en tus días libres —replica, apartando la mirada de mí y dando un paso atrás.

Mi vista baja hasta su mano y el cigarro que sostiene en ella, el problema que trae a todo aquel

que la consume, a esas personas que piensan que las drogas son la solución para sus desgracias.

Y no puedo evitar dar un paso hacia Ryan y agarrar con fuerza el porro, quemándome en la mano por culpa de haberlo cogido por el lado encendido, y lo lanzo al otro lado del callejón.

—Creía que habías dejado toda esta mierda hace años.

—¿Por qué te preocupa lo que haga con mi vida? —inquire con la voz ronca.

Me froto con cuidado la piel enrojecida de mi mano antes de alzar la mirada y posarla en esos hermosos ojos verdes, ahora con las pupilas dilatadas.

—No me preocupo por ti —replico—. Pero haciendo esto, solo estás causando daño a las personas que te quieren.

Una amarga carcajada escapa de sus labios.

—Dime una sola persona que me quiera o le importe lo que haga con mi vida —pide con desgana, echándose un poco atrás y apoyando la espalda en la pared.

—Me parece estúpido tener que decirte yo alguien cuando tú lo sabes —replico—. Tu madre te quiere y siempre ha demostrado que se preocupa por ti —comienzo a decir, recordando todas aquellas veces que durante el verano en el que nos conocimos, miraba con tristeza a su hijo cuando se percataba que había estado drogándose—. Y si ahora se entera de que has vuelto a esto, se entristecerá.

Ryan se tensa desde la punta de los pies hasta la cabeza. Su rostro se enrojece de rabia y sus ojos se oscurecen tanto que parecen casi negros.

—No vuelvas a nombrar a mi madre —gruñe despacio, separándose de la pared—. No vuelvas a mencionarla nunca más.

Apenas está a un par de pasos de distancia, haciendo que su fuerte respiración impacte en mi rostro.

No puedo evitar encogerme y mirar rezagada a Ryan, su exaltación al mencionar a su madre.

Inconscientemente, doy un paso atrás. Nunca antes había visto a Ryan en ese estado. Jamás le había visto tan enfurecido y fuera de sus cabales.

—Está bien —murmuro—. Lo siento.

¿Por qué ha reaccionado así? ¿Qué pasa con su madre?

Ryan se da la vuelta, respirando con fuerza. Saca del bolsillo de su chaqueta un paquete de tabaco y se enciende un cigarro al que le da una larga y fuerte calada.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —inquire tras un par de segundos, después de haberse tranquilizado un poco.

—Por nada —respondo, porque después de lo que acaba de ocurrir, ya no me parece buena idea hablar con él en este momento de aquel casi beso—. Ya me iba.

Ryan se da la vuelta, ahora sus labios no están apretados en una fina línea como hace unos minutos, sino que una de sus comisuras se ha alzado formando una media sonrisa.

—¿Has venido a terminar lo que se empezó anoche? —inquire, alzando una ceja.

Está muy drogado, comprendo al instante. Nadie puede cambiar de emociones con tanta rapidez. Hace tan solo un segundo parecía que estaba listo para matar a alguien, y ahora, sin embargo, en su rostro tan solo hay diversión.

La preocupación se apodera de mí. La necesidad de saber qué le pasa. Poder ayudarle.

—Oh, Ryan, deja de soñar. No volveré a besarte jamás —respondo, cruzándome de brazos.

Su sonrisa se ensancha aún más y da un par de pasos en mi dirección.

—Ayer no parecía que pensaras lo mismo, *mon amour*.

Mi cuerpo se calienta al instante: la mezcla de ambos idiomas, con el tono oscuro de su voz, la forma en que las palabras en francés se han deslizado con suavidad por su lengua...

Como si Ryan se percatara de lo que sus palabras han provocado en mí, da un paso en mi dirección. Su sonrisa se ensancha y estoy segura de que mi rostro está sonrojado.

Poso una de mis manos en su pecho cuando está lo suficientemente cerca y así poder frenar su avance.

—Eso fue un error —aclaro—. Solo vine a decirte que no volverá a suceder, no soy tan tonta como para tropezar dos veces con la misma piedra.

Y joder, su sonrisa se ensancha aún más, haciendo que ambos hoyuelos aparezcan en sus mejillas y que una parte de mí quiera que tropiece con esa maldita piedra y acorte la distancia entre ambos.

—Eso está por ver —responde, inclinándose para dejar su rostro a escasos centímetros de mí. Los labios me vibran con la necesidad incoherente de sentir los suyos.

—Tengo que irme —consigo decir con la voz entrecortada.

Porque sé que, si me quedo más rato en este callejón junto a él, si sigue sonriéndome así, si sigue acercándose a mí... Puede que empiece a perder el control sobre mí misma.

Y jamás me perdonaría echar a la basura todo lo que he conseguido en los últimos años.

Separo mi mano del pecho de Ryan y me doy la vuelta para abandonar el callejón. El chico no me lo impide.

Cuando estoy a punto de salir y girar para introducirme en la calle que me llevará hasta el metro, me doy la vuelta y poso mi mirada en los ojos verdes que están clavados sobre mí.

Y sin saber por qué, digo:

—A mí sí me importas y no me gustaría que las drogas acaben contigo.

Por una milésima de segundo veo cómo su rostro se suaviza y su cuerpo se relaja.

No espero a que diga nada antes de marcharme y dejar atrás una parte de mi pasado que parece que no hace más que intentar mantenerse en mi presente.

Ce monde m'étrangle, m'écrase et me brûle

Ryan.

Después de un duro día de trabajo necesitaba despejar la mente. Mi primer pensamiento había sido volver al bar clandestino detrás de la lavandería, pero entonces la mirada decepcionada de Emma apareció en mi mente. Sus últimas palabras antes de irse volvieron.

«A mí sí me importas y no me gustaría que las drogas acaben contigo.»

Por lo que me monté en mi motocicleta y comencé a conducir sin un rumbo. Dejé atrás las luces y el ruido de París para adentrarme en la silenciosa carretera nocturna.

Dejé atrás pueblos y ciudades, y no dejé de conducir hasta que el mar se abrió ante mí.

Ahora me encuentro sentado sobre la fría arena de la playa, observando las olas. Viendo cómo llegan a su punto más alto para después caer en picado, arrastrando todo a su paso.

No puedo dejar de pensar en el mensaje que tenía en el grupo de WhatsApp de los *Merlens*. Mañana nos han invitado Julie y Gabriel a pasar el fin de semana en su casa del campo junto a sus amigos. Todos los de la banda han aceptado sin pensarlo dos veces.

Pero aquí estoy, sentado en la arena de una playa desconocida, pensando que Emma estará allí.

Ayer estuvimos a punto de besarnos.

Hoy quería besarla.

Maldita sea, ahora quiero besarla.

Y sé que no debería ir este fin de semana, porque ayer vi el deseo en ella, lo he visto esta misma tarde y sé que si voy no podré contenerme.

Y debo hacerlo porque, aunque ansío recuperarla, sé que ella no está preparada. Que el odio que siente es más fuerte que cualquier otro sentimiento.

Le doy una larga calada a mi cigarro, sintiendo cómo el humo baja por mi garganta hasta hacer arder mi pecho.



Aparco la moto enfrente de una gigantesca casa en medio de un amplio campo de hierba verde. Los *Merlens* se bajan del coche de Enzo y se acercan hasta mí con una sonrisa en el rostro.

—¡Esto es una pasada! ¿Verdad? —inquire el chico de cabello azul, observando la casa—. Cuando seamos un grupo reconocido y nos bañemos entre billetes de quinientos euros, pienso comprarme una casa como esta.

—¿Te bañarías en billetes de quinientos euros? —inquiero, alzando una ceja.

—Solo para alegrarme la vista mientras la bañera se llena hasta el borde y un atractivo hombre me frota la espalda. —Sonríe de medio lado.

—Yo viajaría a Turquía —comenta Adam, cruzándose de brazos.

—¿Para conocer a los actores de las telenovelas que nos obligas a ver por las tardes a todos?
—inquire Irina con una ceja alzada.

—Exacto —asiente complacido.

—Yo me gustaría el dinero en montar las mejores fiestas que jamás se hayan dado —dice Travis con orgullo, posando uno de sus brazos de forma cariñosa en los hombros de Irina—. ¿Y tú, pelirroja?

Irina parece pensárselo durante unos segundos.

—Donaría una parte para que busquen una cura para el cáncer y el resto... pues no los sé, en lo normal, viajar, ropa, coches, joyas, una casa...

—La más humana de todos nosotros, la única que piensa en los enfermos.

Ella se encoge de hombros para quitarle importancia y clava sus ojos en mí.

—¿Y tú? —inquire con una pequeña sonrisa.

En los últimos días, parece que el resentimiento que tenía hacia mí ha desaparecido y, aunque no es la misma Irina de antes, estamos lo más cerca posible para volver a ser amigos.

—Recuperaría una casa que nunca debería haber vendido —digo sin pensarlo, sintiendo cómo un nudo se instala en mi pecho.

—¿Dónde vivías en Seattle? —inquire Enzo que está a mi lado.

—No, donde veraneaba —explico—. Antes de marcharme de Estados Unidos necesitaba dinero y tuve que venderla, me gustaría poder recuperarla algún día.

Porque allí es el único lugar donde de verdad he llegado a conocer la verdadera felicidad.

—Espero que nos invites a ir cuando la tengas, ya sabes que ninguno de nosotros ha salido nunca de Francia. —Sonríe Travis, animando a caminar a Irina hacia la casa.

—Eso no es verdad, cuando tenía tres años veraneé con mis padres en Barcelona —replica Adam.

—Eso no cuenta, tío. Ni siquiera debes de acordarte del viaje. —Enzo, niega con la cabeza Enzo.

—¡Sí me acuerdo!

—¡Pero si ni siquiera te acuerdas de lo que comiste ayer!

—¡Mentira!

—¿Qué comimos ayer, Adam? —inquire Irina, observando al chico de larga melena oscura por encima del hombro.

Adam deja de caminar y parpadea un par de veces.

—¿Cruasanes?

—¿Para comer? —inquiero con diversión.

—¿Pizza?

—Comimos una especie de sopa que parecía agua de alcantarilla. Del restaurante ese que viste en Instagram y decías que eran platos gourmets económicos —suspira Enzo, negando con la cabeza.

—¿De verdad? —Adam abre los ojos como platos.

—Chicos, esta conversación es la más agradable del mundo, pero me estoy muriendo del frío y quiero entrar a la fiesta —explica Irina, abrazándose a sí misma para intentar entrar en calor. Travis, que sigue con uno de sus brazos sobre los hombros de la chica, la atrae hacia él para pasarla parte de su calor corporal.

Entramos a la casa que está repleta de personas que bailan, ríen y hablan con sus amigos.

—¡Llegasteis! —exclama una chica de cabellos tan oscuros como la noche. Julie.

—Teníamos que tocar un par de canciones en el bar, no hemos podido escaparnos antes. —Se

excusa Travis soltando a Irina y acercándose a Julie para darle un abrazo—. Pero como se suele decir, lo bueno tarda en llegar.

—Eres igual que tu hermano —suspira Julie con diversión—. Os acompaño a vuestras habitaciones para que podáis dejar las mochilas en ellas.

Los cinco seguimos a la chica hasta el piso de arriba y nos asigna una habitación individual a cada uno de nosotros. ¿Cuántas habitaciones puede tener una casa como máximo?

Cuando volvemos al piso inferior, la pelinegra desaparece entre la multitud para seguir atendiendo a sus invitados y nosotros nos quedamos en una esquina sin saber muy bien qué hacer. No conocemos a nadie.

Paseo la mirada entre la gente hasta que mis ojos encuentran a la persona que estaba buscando y en ese instante, el resto del mundo desaparece.

Tiene el cabello oscuro suelto que cae por su espalda y se agita mientras se mueve ligeramente para bailar. Va vestida con una blusa azul clara de tirantes y una falda blanca de vuelo.

Mi respiración se entrecorta al verla.

Se ve como un maldito ser celestial.

—Si sigues observándola así, comenzarás a babear —comenta Travis, dando una palmada en mi hombro.

Al instante aparto los ojos de Emma.

—No miraba a nadie —mascullo entre dientes.

Travis ríe, negando con la cabeza como si fuese un caso perdido.

Mis ojos se vuelven a posar en ella y veo que tiene una amplia sonrisa instalada en el rostro mientras baila con Sophie.

—¿Crees que es feliz? —La pregunta escapa de mis labios.

Por el rabillo del ojo puedo ver cómo Travis desvía la mirada hasta Emma y se queda un par de segundos contemplándola.

—Eso parece, pero nunca puedes estar seguro al cien por ciento de la felicidad de otra persona —responde, volviendo a observarme—. Tú eres un ejemplo de ello. Muchas veces pareces estar bien, pero sé que no es así, que todos los días batallas contra ti mismo. —Posa una de sus manos en mi hombro, dándome un apretón flojo—. Pero quiero que sepas que, si te acercas a Emma, no le vas a causar infelicidad.

—¿Qué quieres decir? —inquiero, frunciendo el ceño.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Emma es difícil de leer, hay algunas veces que parece odiarte, pero... Lo vuestro todavía no ha terminado.

—¿Qué te has vuelto ahora, vidente? —Alzo una ceja, seguro de que mi amigo aún no ha podido beber nada para empezar a decir tonterías.

—Ojalá, pero no. Es la sensación que me da, entre vosotros aún queda algo pendiente y solo hay dos opciones para ello: o que cerréis ese camino o decidáis adentraros en él.

—Ella no querrá adentrarse conmigo en ningún camino —replico, recordando el modo en el que se apartó de mí el otro día, cuando estuvimos a punto de besarnos. El silencio que vino después... Pero tampoco puedo sacarme de la cabeza sus últimas palabras antes de abandonar el callejón del restaurante.

«A mí sí me importas y no me gustaría que las drogas acaben contigo.»

—Creo que te equivocas.

—¿Por qué?

Travis me hace un gesto con la cabeza para que pose mi mirada en el centro de la pista, donde mis ojos hace unos minutos observaban cómo Emma bailaba con su amiga. Sigue allí. Ya no

baila, sino que tiene una bebida en la mano, mientras que parece escuchar la conversación de Sophie y Ethan, el hermano de Travis, sin embargo... su mirada está posada en mí.

—Ella también te busca a ti y eso debe significar algo —escucho decir a Travis, aunque no le presto atención.

Las mejillas de Emma se tornan de un color rojizo al percatarse de que la he pillado observándome, pero no aparta la mirada. Es como si todo lo demás se hubiese desvanecido.

Una pequeña sonrisa se apodera de mis labios, deseando poder echar a la basura los últimos cinco años para acercarme a ella y besarla sin que nada más me importe.

Emma rueda los ojos ante mi sonrisa, pero antes de que se gire, puedo percatarme de cómo las comisuras de sus labios se alzan.

Y algo en mi interior respira de alivio, como si todas esas heridas que llevo muchos años intentando curar, ya no ardiesen tanto.



Emma.

Me siento como una estúpida.

Desde que me he dado cuenta de la presencia de Ryan, mi mirada le ha buscado inconscientemente en varias ocasiones, a pesar de haberlo intentado evitar. Mis ojos siempre buscaban los suyos. Y siempre lo encontraba observándome.

Debería enfurecerme y gritarle que me deje en paz, que se olvide de mi existencia para hacernos la vida más sencilla a los dos. Pero no puedo.

No cuando me he dado cuenta de que me gusta encontrarle mirándome, de cómo mi corazón se acelera cuando sonrío, aunque lo odie.

—Llevas toda la noche con la cabeza en otra parte —suspira Julie—. Entre que Sophie se ha ido a bailar con Marc y Luc —los hermanos amigos de Julie que Sophie pensaba que podrían ser unos buenos padres para sus futuros hijos— y Ethan está con los *Merlens* y, tú que pareces haberte mudado a un universo distinto al mío: me siento dejada de lado en mi propia fiesta.

—No digas tonterías —comento con una sonrisa divertida, entrelazando mi brazo con el suyo—. No estoy distraída.

—Claro que lo estás, pero me confundes —dice—. No sé por qué miras tanto a tu exnovio cuando se supone que le odias.

Ruedo los ojos y le doy un corto trago a mi refresco, ya que hace un rato sentía que empezaba a emborracharme y decidí dejar el alcohol por hoy.

—No le miraba.

La pelinegra alza una de sus cejas.

—No me tomes por ciega, Emma. Desde que han llegado a la fiesta los *Merlens*, tanto Ryan como tú, no habéis despegado los ojos del otro.

Por un segundo, muevo la vista hasta donde sé que está el chico de ojos verdosos con sus compañeros de banda y... me está mirando.

—No sé qué decirte, Julie —suspiro—. Sí, puede que le haya observado en alguna que otra

ocasión, pero... No sé por qué lo he hecho.

—¿Sigues sintiendo algo por él? —inquire esbozando una pequeña sonrisa.

—¡¿Qué?! No —niego con rotundidad—. Lo único que siento por Ryan es odio.

Sin embargo, mientras digo esas palabras, en mi mente aparece el recuerdo de los dos en su coche, en el aparcamiento de un McDonald's. Su rostro muy cerca del mío, a punto de besarnos. La necesidad de mi interior por sentir nuevamente sus labios sobre los míos.

Escucho la suave risa de mi amiga, pero decido ignorarla.

—Vamos con los chicos, quiero proponerle algo a Ryan —comenta, haciendo que me gire en redondo hacia ella.

—¿El qué? —inquiero con desconfianza.

—Nada malo, ahora lo verás.

Aprieto con fuerza el vaso con mi bebida y miro indecisa hacia el grupo de personas con las que se encuentran mis amigos.

Lleno mis pulmones de aire y camino junto a Julie, con la mirada fija en la pared que hay detrás de ellos para evitar que mi vista se desvíe hacia cierta persona que intento ignorar.

Siento sus ojos sobre mí, sé que es la suya, que no es la de ninguno de los otros. No sabría explicar cómo es posible que, sin verle, sienta su mirada. Mi cuerpo tiembla y me obligo a esbozar una pequeña sonrisa cuando llego al lado de Ethan.

—Ey. —Sonríe antes de pasar uno de sus brazos por encima de mis hombros. Junto a él no me siento tan nerviosa y desprotegida.

—Ya que estamos todos y esta fiesta por momentos se vuelve más aburrida, he tenido una idea —comienza a decir Julie, quien se ha posicionado al lado de su prometido con una sonrisa de oreja a oreja mientras observa a los *Merlens*.

—¿Cuál es tu genial idea? —inquire Travis, alzando una de sus cejas.

—En un principio había pensado en que todo el grupo tocáseis para nosotros, luego me he dado cuenta de que solo hay una guitarra y ningún instrumento más —suspira posando sus ojos en Ryan—. Entonces, para cambiar un poco el ambiente y tener música en directo, he pensado que podrías tocarnos una canción.

Mi cuerpo se tensa al instante.

Le he escuchado cantar con anterioridad, pero no era él solo. El resto del grupo estaba sobre un escenario a su lado, acompañándole en los coros. Si Ryan acepta... Sería él solo.

Como aquellas noches bajo las estrellas.

—No sé —murmura Ryan, mirando a su banda—. Somos un grupo. No me parece bien hacerlo solo.

—¿Por qué no? —inquire Adam—. Yo lo haría.

—Y yo —añade Irina—. Además, tu voz es la mejor de todos. Chicos, no me miréis así, sabéis que es verdad.

—¿Estás diciendo que tengo una mala voz? —inquire con molestia Travis.

—No, estoy diciendo que la suya es mejor, no que la del resto sea mala.

Travis suspira con fuerza.

—Tío, por nosotros no hay problema. Haz que toda esta gente sepa lo que es buena música.

Trago duro cuando por una milésima de segundo su mirada se junta con la mía.

—Está bien, lo haré.

Y mi cuerpo tiembla.



Ryan.

Todo el mundo está en silencio, haciendo coro a mi alrededor. Esperando a que empiece a cantar y anime la noche.

Pero dudo mucho que lo que voy a hacer anime a alguien.

Porque voy a abrirme en canal para ella. Necesito que sepa algo de mí, que comprenda por qué me fui hace cinco años sin una despedida. Y sé que así es el único modo en el que Emma me escuchará.

La chica de ojos llenos de tormentas se encuentra en primera fila, junto al resto. Su rostro está pálido, como si acabase de ver un espíritu y estuviese usando todas sus fuerzas para no salir corriendo y refugiarse en algún lugar seguro.

Me acomodo en el taburete y comienzo a tocar los suaves arpeggios de la canción *Mr/mme* de Loïc Nottet. Al instante mi pecho se comprime.

Y comienzo a cantar.

*Bonsoir monsieur, madame
Aujourd'hui, j'te dis tout
J'préfère t'parler en tu
Car je n'aime pas le vous
J'trouve que ça vieillit
Et moi j'veux rester p'tit
Un gamin pour la vie
Sans mouchoirs, ni cris*

La voz sale suave de mis labios. Cierro los ojos, sintiendo la música en mi interior.

*Alors, vas-y j'te dis tout
Sur le drame que j'vis
Au quotidien, en enfer
Voilà où j'suis
J'voudrais m'en aller
M'évader loin de tout
De ce monde de fous
Et partir je n'sais où*

Siento la mirada de la gente sobre mí, pero me niego a abrir los ojos. No puedo. No cuando por primera vez en cinco años me estoy abriendo en canal.

*Ce monde m'étrangle, m'écrase et me brûle
Me détruit, m'empêche de vivre dans ma bulle*

*Alors, j'voudrais partir
Loin de tout, juste m'enfuir
Laisse-moi courir loin
Laissons ce monde à bannir*

Mis demonios toman fuerza y busco la calma en su mirada.
Emma me observa y puedo percatarme de cómo sus ojos se han cristalizado, pero necesito hablar sin hacerlo.

*Si Dieu dit que l'suicide est un péché alors
Qu'il dise comment je pars, sans lui faire de tort
Qu'il me transforme en c'que les médecins appellent fou
Et peut-être qu'ainsi j'y verrai dans le flou*

Todos esos pensamientos que intento mantener alejados salen a flote. Pero su mirada es mi salvavidas, y joder, había olvidado lo bien que se siente al poder refugiarme en ella.

*Alors, cher Monsieur D
Aide-moi, aime-moi
Moi j'n'y arrive pas
Dans ce monde que je vois
Dans ce monde de luttes
Où l'Homme n'est qu'une brute
Où l'amour n'est plus rien
Que querelles et disputes*

Mi voz se rasga y el dolor la impregna, mis dedos tocan con fuerza las cuerdas de la guitarra y una lágrima mancha el rostro de Emma.

Sigo cantando, siento la mirada de todo el mundo sobre mí. Sé que muchos se preguntan por qué canto esta canción, sé que otros, por desgracia, se sienten demasiados comprendidos por estas letras.

*Mendiant, j'implore le soir
Je mendie de l'espoir
Mais la nuit est radine
Madame garde sa morphine
Parce que j'ai pas payé
Ou du moins, pas assez
Né d'parents sans fortune
Elle me refuse la lune*

Mi voz es lo único que se escucha, o puede que yo me haya aislado tanto que se me haga imposible oír nada más.

El rostro de Emma es una cascada de lágrimas, y sé que entiende que no es una canción cualquiera, sé que ella sabe que estoy hablando de mí, de cómo me siento.

*C'est vrai, j'm'avoue p'têtre vaincu
J'l'avoue, j'l'assume*

*La vie m'bouffe avec un sale goût d'amertume
Alors, entend-moi hurler
Gerber toutes mes tripes
Dans ce son qui conte la vie d'un con pessimiste
J'me sens seul, putain
Personne me tient la main
Personne avec qui partager cette gloire, putain
J'marche seul sur un chemin
Qui semble sans lendemain
J'accélère mais personne ne m'attend à la fin*

Y dejo que una lágrima corra por mi mejilla.



Emma.

Cuando la canción termina, la gente se vuelve loca a aplaudir, sin embargo, yo me veo incapaz de reaccionar. Porque he entendido la canción. He escuchado los gritos de Ryan.

Limpio con rapidez mis mejillas y observo cómo Ryan deja la guitarra sobre el taburete y se marcha del salón, ignorando los comentarios de la gente. Como si ahora solo necesitase un poco de aire fresco.

Y sin pensarlo dos veces, le sigo.

Esquivo a la gente que comienza a bailar cuando alguien ha vuelto a poner la música en los altavoces y tras varios minutos, consigo salir al patio trasero de la casa.

Está a oscuras, solo se escuchan a los insectos cantar y el suave aire que hace.

No me cuesta encontrar a Ryan bajo un árbol, liándose lo que estoy segura de que no es un cigarro normal.

—No lo hagas —murmuro cuando llego a su lado—. Eso no es una solución.

Ryan termina de preparar el porro y mueve su vista cristalizada hasta la mía.

—Esto es lo que más se le parece a la paz.

Mi corazón se encoge y mis ojos amenazan con volver a llorar. Pero no puedo permitírmelo, no cuando ahora, por primera vez, veo que Ryan está destruido, que hay algo dentro de él que se rompió hace mucho tiempo y le está ahogando con lentitud.

Dejo a un lado el dolor, el orgullo y el enfado para acortar la distancia entre nosotros y posar mis manos en sus mejillas.

Desde esta cercanía, puedo ver la agonía en su mirada.

—¿Qué pasó, Ryan? —murmuro.

El chico cierra los ojos y acuna su rostro entre mis manos, haciendo que mi corazón se desboque.

—Solo quise protegerte.

—¿Protegerme de qué? —inquiero con la vista llena de lágrimas que me fuerzo a no dejar

salir.

—De mí —dice, abriendo los ojos y posándolos sobre mí. No puedo evitar encogerme—. Estoy roto, Emma y algún día mis demonios ganarán la batalla y no quería que sufrieras, nunca he querido hacerte daño.

Una lágrima rebelde consigue escapar de mis ojos.

Ryan se mueve, haciendo que mis manos abandonen sus mejillas, sin embargo, ahora es él quien sostiene mi rostro y limpia la lágrima que escapó. Mi cuerpo tiembla y mi corazón amenaza con salir de su lugar.

—Nunca te abandoné porque no te quisiese, sino porque te quería demasiado.

El mundo desaparece a mi alrededor, todo parece irreal, todo salvo él, que está a unos pocos milímetros de mí. El verde de sus ojos es el único color que soy capaz de captar.

Y aunque una parte de mí no quiere creerle, esa que sigue creyendo que toda mi relación con Ryan fue una mentira, pero le veo. La sinceridad está plasmada en sus ojos.

Te quería demasiado.

Sin pensar en las consecuencias de mis actos, agarro la camisa de Ryan y le atraigo hacia mí, haciendo que toda distancia entre nosotros desaparezca.

Siento sus labios sobre los míos, tan cálidos y suaves como los recordaba. Ryan se queda un par de segundos quieto, sin acabar de creerse lo que está sucediendo, pero reacciona con rapidez y sus labios se mueven con cuidado.

Me saborea.

Le saboreo.

El beso que comenzó como una suave caricia, se vuelve salvaje y el árbol donde Ryan estaba apoyado, ahora soy yo la que se encuentra apoyada en él, con el cuerpo del chico aplastando el mío, sintiendo los desbocados latidos de su corazón.

No me había dado cuenta de cuánto le he anhelado.

Ryan pasa sus manos por todo mi cuerpo, grabándome a fuego en su mente.

Allí donde sus dedos tocan, mi piel arde como hacía años que no me sucedía.

Mis manos se enredan en su corto cabello, provocando que sea mi único punto de apoyo cuando siento que el suelo se ha desvanecido.

—Te he echado de menos, *mon amour*.

Y tiemblo.

Y me aferro aún más a él.

Y le vuelvo a besar deseando que este instante nunca termine.

Porque nada duele, todo lo de mi interior ha desaparecido para dejar paso al deseo y al placer.

Pero cuando siento que mis pulmones arden por culpa del poco oxígeno, me echo hacia atrás, jadeando.

Ryan no me suelta, sus manos aferran a mi cintura como si temiese que fuese a desvanecerme en cualquier momento.

Está hermoso.

Sus ojos hasta hace unos minutos repletos de agonía han desaparecido para dar paso a un brillo salvaje, las mejillas enrojecidas y los labios manchados con mi pintalabios.

Mi cuerpo arde en deseo.

Quiero volver a entregarme a él, quiero volver a disfrutar como lo hacíamos años atrás.

Pero necesito respuestas.

—¿Por qué te fuiste, Ryan? ¿Qué fue lo que pasó para que te destruyera así?

El chico me suelta y da un paso atrás, haciendo que mi cuerpo tiemble.

—No puedo hablar de ello —murmura apartando la mirada de mí.

Un latigazo de decepción me invade.

Doy un paso hacia él y poso una mano en su pecho que sube y baja con rapidez.

—Por favor, Ryan. Necesito saber para poder dejar el pasado atrás.

Sé que, si no cierro aquel ciclo de mi vida, jamás podré seguir avanzando porque el dolor seguirá allí.

Posa sus ojos sobre mí, ya no hay nada en ellos. Ha levantado ese muro impenetrable.

—No necesitas respuestas respecto a lo que a mí me pasó, Emma. Ya te dije todo lo que necesitas saber.

—Si no sé la verdad, no podré perdonarte —murmuro, apartándome de él, sintiendo cómo el dolor comienza a aparecer en mi interior.

Al percatarme que me he dejado llevar.

Al darme cuenta de que mi propio muro está a punto de romperse.

Ryan cierra los ojos y se da la vuelta mientras se pasa con nerviosismo las manos por el cabello.

—No puedo hablar, las palabras no salen. —Le escucho decir.

La rabia también aparece en mi interior, fundiéndose con mi sangre y haciéndome arder.

—Esto no debería haber sucedido jamás —digo con brusquedad.

Aparto la mirada de la espalda en tensión de Ryan y me alejo de él, sintiendo todas las emociones con fuerza, como si me pudiesen partir en cualquier momento.

Vuelvo a la fiesta dejando una parte de mí junto a él.

16

Libertad

Ryan.

Observo cómo Emma se marcha con paso apresurado, dejándome solo en la oscuridad y no puedo evitar maldecir y tirarme del cabello.

Aún siento sus labios sobre los míos, su sabor en mí. Mi piel arde allí donde sus manos se han posado. Y lo he roto en un segundo.

Pero las palabras no salen de mis labios, no puedo decirlo en voz alta porque entonces será real y aunque hayan pasado cinco años, me niego a creer en esa maldita realidad.

La puerta que da al patio trasero se vuelve a abrir y alzo la mirada, esperanzado de que Emma regrese, aunque sea para insultarme y gritarme. Pero no es ella quien aparece en el umbral de la puerta, sino Irina que frunce el ceño al observarme. La pelirroja echa una rápida mirada al interior de la casa y su ceño se frunce aún más antes de caminar hacia mí.

—Me acabo de cruzar con Emma —comienza a decir, apretando la mandíbula—. Venía de aquí. ¿Habéis estado los dos a solas?

—¿Y qué si ha sido así? —replico, cruzándome de brazos.

Irina se abraza a sí misma, ya que no se ha puesto su chaqueta para salir y el vestido verde que lleva es de tirantes.

Sus ojos se posan en mi rostro y su cuerpo se tensa cuando se percata de algo.

—¿Tienes los labios manchados de pintalabios? —inquire con dolor en la voz—. ¿Te has besado con la camarera?

Con rapidez me limpio el pintalabios de Emma.

—No debería importarte con quién me beso.

—Dijiste que no sucedería nada entre vosotros —replica, dando un paso en mi dirección con los ojos llenos de rabia—. Dijiste que solo querías su perdón y nada más, ¿acaso te ganas el perdón de la gente a base de besos?

Entrecierro los ojos y agarro el porro que no llegué a encender porque Emma apareció.

La primera calada me sabe a gloria, llenando mis pulmones de humo.

—Sé lo que dije Irina y ahora no tengo la cabeza como para escuchar tus quejas. Pensé que habías dicho que éramos amigos y los amigos no se ponen celosos de lo que hace el otro.

—Pues lo siento, Ryan, pero tengo sentimientos y no puedo evitar que duela verte con otra.

Le doy una larga calada al cigarrillo.

—Además, ¿no te has dado cuenta de que desde que ha regresado a tu vida has vuelto a fumar más de esa mierda? Lo estabas dejando.

La rabia se enciende en mí y ni siquiera sé si es por lo que ha dicho o por la droga, pero no puedo callar las palabras que salen de mis labios.

—¡A lo mejor es porque la culpa me come por dentro! Porque desde que la vi todo lo que

pensaba que había conseguido dormir en mi interior volvió a despertar más fuerte que nunca. A lo mejor es porque jamás la olvidé y cada vez que la tengo cerca recuerdo lo que perdí y lo que no volveré a tener.

Mis palabras me impactan con fuerza al decirlas en voz alta. Y soy consciente de que la sigo queriendo, que nunca en estos cinco años he dejado de hacerlo.

Los ojos azulados de Irina se llenan de lágrimas y aprieta los labios en una fina línea.

—No me voy a rendir —asegura, como si no hubiese escuchado mis palabras—. Ella no te quiere. Pero yo estoy aquí y voy a luchar para que me veas.

Entre cierro los ojos.

—No luches por algo que jamás podrás tener —digo, dando la última calada a mi cigarrillo.

—Travis te estaba buscando —dice la pelirroja— y será mejor que te peines si no quieres que la gente pregunte lo que has estado haciendo y con quién.

Me lanza una última mirada antes de alejarse de mí con paso decidido y no puedo evitar pensar en lo que tendré que hacer para que la chica deje de verme como una posibilidad para ella.



—¡Por fin apareces, tío! —exclama con una sonrisa Travis cuando llego hasta él.

Se encuentra con el resto de la banda y los amigos de Emma. Inconscientemente mi vista se posa en ella que se está con Sophie y Ethan. Como si estuviese intentando protegerse entre ellos.

—Julie tiene una noticia, pero no ha querido decir nada hasta que tú también estuvieses presente —sigue diciendo Travis, haciendo que pose mi mirada sobre el rubio.

—¿De verdad? —inquiero con falsa intriga.

—Sí, y es genial —comenta la pelinegra, separándose de su prometido para quedar en el centro de todos nosotros—. No quería decir nada hasta no tener una respuesta y me ha llegado esta tarde, pero hasta hace un rato no la he visto...

—Creo que estoy demasiado borracho como para recibir noticias —comenta Enzo, quien tiene agarrado por la cintura a un chico que no recuerdo haber visto antes.

—Seguro que con esta noticia se te pasa la borrachera. —Esboza una radiante sonrisa la chica y pasea su mirada por toda la banda—. Mi tío es el dueño del *Palais de la lumière*, una de las discotecas más exclusivas de París...

—¿Vas a decir lo que creo que vas a decir? —inquieta Travis, abriendo los ojos con asombro.

—Me contó que tiene pensado contratar a algunos grupos para que entre semana haya música en directo y me acordé de vosotros —dice con alegría contenida—. Le enseñé un video que me pasó Ethan y... ¡Quiere haceros una audición, está muy interesado en vosotros!

Hay un corto silencio cuando termina de hablar, unos segundos en los cuales las palabras calan en todos nosotros.

Y acto seguido, como había predicho Julie, parece que a Enzo se le ha pasado por completo la borrachera y lanza un grito de emoción antes de que nos abrace a toda la banda.

Las risas y gritos de júbilo al instante llenan el lugar y, aunque cuando se creó la banda jamás tuve como objetivo llegar muy lejos en la música, una alegría que pensaba muerta aparece en mí, haciendo que los sueños de un Ryan pequeño agarren fuerza y la emoción se filtre en todo mi

cuerpo.

—¡Os dije que París nos abriría puertas grandes! —exclama Travis, con un brazo por encima de mi hombro y el otro por el de Adam.

—En realidad ha sido gracias a Julie —comenta Adam, quien le guiña un ojo en forma de agradecimiento a la pelinegra.

Una sonrisa se instala en mis labios.

Sin previo aviso, Enzo le grita a toda la fiesta lo que está ocurriendo y una muchedumbre demasiado borracha se nos echa encima para felicitarnos.

Consigo escapar de la efusiva multitud y dar un par de pasos, alejándome de ellos. Por el rabillo del ojo veo a Emma apartada a un lado, observando a todo el mundo mientras se abraza a sí misma.

Necesito hablar con ella y arreglar lo que he roto hace un rato.

Camino con paso decisivo hacia Emma, quien alza la cabeza y su mirada grisácea se encuentra con la mía. Al instante se tensa y aprieta los labios en una fina línea.

—Emma —digo saboreando cada letra de su nombre.

—Me alegra saber que estás cumpliendo tus sueños —dice con rapidez, como si no quisiese darme tiempo a hablar—. Voy a ir a dormir. Buenas noches.

Se da la vuelta y cuando me dispongo a seguirla, aunque sea para decir una mediocre disculpa, una pequeña mano me agarra del brazo.

—Ryan. —Reconozco la voz de Irina antes de darme la vuelta para encontrarla con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de la emoción—. Adam quiere hacerse una foto con toda la banda.

Echo una rápida mirada hacia el lugar por el que Emma ha echado a caminar, pero ya no hay rastro de ella.



Emma.

Me levanto de la cama con los ojos soñolientos por no haber dormido en toda la noche. No he podido dejar de pensar en el beso con Ryan y en lo que ha provocado en mí.

Durante la madrugada, cuando más nerviosa me sentía por lo ocurrido, llamé varias veces a Jessica, necesitando desahogarme con mi mejor amiga, sin embargo, tenía el teléfono apagado.

Suelto un largo suspiro, diciéndome que no merece la pena que siga pensando en lo que pasó la noche anterior. Tan solo fue un beso más. Nada importante. Como tantos otros que he dado a lo largo de los años.

Me visto con unos vaqueros blancos y una blusa verde y recojo mi cabello en un alto moño antes de salir de la habitación.

Nada más cerrar mi puerta veo como varios metros más adelante se abre otra de la que sale un chico de cabello pelirrojo y se despide de la persona que se encuentra apoyada en el umbral.

Sophie.

Esbozo una sonrisa mientras me acerco a ella.

—Por lo que veo, has tenido una buena noche —comento, haciendo que Sophie suelte un pequeño chillido de sorpresa antes de que se gire hacia mí.

—¡Emma! ¡Casi me da un infarto! —dice con una de sus manos sobre su pecho. Lanza una mirada rápida al chico que baja por las escaleras antes de abanicarse—. Ay, Emma, creo que me he enamorado.

La chica cierra la puerta de su habitación, sin molestarse en ponerse otra cosa que no sea el pijama rosa que lleva.

—Raro sería que después de una noche de lujuria no te enamoras. —Río, entrelazando mi brazo con el suyo mientras comenzamos a avanzar por el pasillo.

—Si él hubiese usado su lengua contigo como lo hizo conmigo... —suspira poniendo los ojos en blanco—, tú también te hubieses enamorado.

No puedo evitarlo y una sonora carcajada escapa de mis labios.

Llegamos al piso inferior donde todo el mundo está reunido alrededor de una mesa repleta de comida con un olor delicioso.

—¡Buenos días! —saluda Julie, sentada en una de las sillas con la cabeza apoyada en sus manos y con grandes ojeras bajo sus ojos—. O no tan buenos para mí, siento como si mi cabeza fuese a explotar en cualquier momento.

Gabriel, sentado a su lado, frota con cariño la espalda de su prometida mientras le da ánimos.

—Chicas, si tenéis resaca podéis beber de mi fantástico batido. Os la curará antes de haberlo terminado —dice Enzo señalando una jarra casi llena de un líquido espeso y verdoso.

—Sabe a vómito de gato —avisa Adam, quien tiene un vaso del batido delante de él.

—¿Cómo sabes a qué sabe el vómito de gato? —inquire Irina con una ceja alzada.

¿Cómo hace para verse tan bien? La chica tiene el cabello perfectamente rizado, un impoluto maquillaje en el rostro y está vestida con una minifalda roja y un top blanco.

Mientras discuten del sabor del batido de Enzo, mis ojos recorren la larga mesa donde todo el mundo está y cuando no encuentro a Ryan, no puedo evitar preguntarme dónde está. Al instante me regaño por ese estúpido pensamiento mientras tomo asiento al lado de Ethan que me sonrío a modo de saludo.

Siento cómo unos ojos se posan sobre mí, haciendo que todo el vello de mi cuerpo se erice. Busco con rapidez al dueño de esa mirada para encontrarme con Ryan, quien acaba de entrar en el comedor con unos pantalones deportivos y una camiseta de manga larga negra que se ajusta a su musculoso cuerpo.

Nuestros ojos se encuentran al instante y todo el ruido desaparece.

Y la decepción se apodera con rapidez de mí.

«Nunca te abandoné porque no te quisiese, sino porque te quería demasiado.»

Una estúpida parte de mí creía que después de aquella declaración, por fin encontraría la paz, por fin podría descubrir el verdadero motivo de por qué cinco años atrás, Ryan desapareció de mi vida.

Había pensado que por fin podría perdonar y curar la gran grieta que a pesar de los años se ha mantenido abierta y sangrante.

Pero no ha sido así.

Ryan jamás me contará lo que ocurrió, condenándonos al rencor de mi interior, ese por el que por más que luche por hacerlo desaparecer, no quiere abandonarme.

Trago duro cuando sus ojos verdes adquieren un brillo que consigue que mi corazón se acelere.

Aprieto los labios en una fina línea antes de girarme hacia Ethan que nos observa a Ryan y a

mí con el ceño fruncido.

Poso una de mis manos en su brazo y esbozo una pequeña sonrisa que hace que el chico aparte la mirada del castaño. En sus ojos puedo ver una interrogante, ansioso de que le cuente si ha sucedido algo entre nosotros.

Suelto un largo suspiro y niego con la cabeza.

El desayuno transcurre con tranquilidad y cuando está todo recogido, Sophie se gira hacia Julie quien se ha sentado en uno de los sofás del salón con el móvil en mano.

—Julie —dice la castaña alargando el nombre de nuestra amiga y poniendo ojos de angelito. Julie alza una de sus cejas—, ¿aquí es donde tienes la piscina climatizada?

—Sí, ¿quieres darte un baño? —inquieta la pelinegra.

—¡Sí! Podríamos ir todos. Vine preparada —comenta, acercándose a Julie.

—Yo no traje ropa de baño —digo haciendo una mueca. Había olvidado por completo que la casa tenía piscina.

—Podríamos bañarnos como Dios nos trajo al mundo —comenta Adam con una amplia sonrisa mientras se apoya en la pared más cercana al ventanal que da al patio trasero.

—¡Buena idea! Sin miedo de enseñar nuestros cuerpos al mundo —apoya Travis, posando su mano en el hombro de su hermano, quien niega con la cabeza.

—No voy a dejar que mi casa se convierta en un lugar de nudismo —replica Julie—. Para las chicas tengo bikinis, pero los chicos podéis bañaros en ropa interior.

—Eso no es divertido —comenta con desilusión Adam.

—¿Acaso quieres ver a alguien desnudo? —inquieta Irina mientras se observa la impoluta manicura.

—Siempre quiero ver a alguien desnudo.

La pelirroja ríe y niega con la cabeza.

—Vamos a mi habitación, chicas —dice Julie, poniéndose en pie y bostezando—. Creo que los trajes de baño que tengo os podrán valer a todas.

Tras pasar lo que parece una eternidad en la habitación de Julie escogiendo bikinis, bajamos hasta la piscina, donde los chicos se encuentran sentados en el largo sofá, todos vestidos y esperándonos.

No soy una persona pudorosa, no me importa que me vean en bikini, pero al entrar a la estancia repleta de cristaleras con vistas al jardín trasero, no puedo evitar abrazarme a mí misma, intentando ocultar mi cuerpo.

Porque en el instante en el que las chicas entramos, las miradas de todos ellos se posan en nosotras. Mis ojos buscan unos de un color verdoso que me recorre con lentitud el cuerpo.

Mi respiración se entrecorta y aparto la mirada, avanzando con rapidez hasta las escaleras de la piscina para introducirme en ella y así cubrirme con el agua.

Sophie me adelanta por la izquierda y sin perder el tiempo, se lanza de cabeza a la piscina

—¡Vamos! —exclama Adam, comenzando a desvestirse.

—¡Déjate la ropa interior! —advierte Julie señalándole con un dedo antes de saltar en bomba al agua y salpicarme.

Una pequeña sonrisa se instala en mis labios mientras bajo las escaleras, sintiendo cómo el agua moja mi cuerpo.

Mis ojos comienzan a moverse por la estancia hasta terminar en su cuerpo, se ha quitado la camiseta, dejándome ver su musculosa espalda.

La boca se me seca al instante al ver la mayor parte de su piel antes impoluta, ahora tatuada.

Hay enredaderas llenas de espinas que bajan por su columna vertebral, de la rama principal

salen más, como si le estuviesen abrazando y desgarrando. En el omóplato derecho hay un pájaro con las alas extendidas y alzando el vuelo, intentando huir de las afiladas enredaderas.

Cuando se deshace de los vaqueros para quedar con unos calzoncillos negros, se da la vuelta.

Mi corazón da un vuelco.

Tiene más tatuajes.

En el centro de su pecho, hay un sangrante corazón lleno de grietas que lo marchitan todo.

Un horrible escalofrío me recorre la columna vertebral.

Debajo del pecho izquierdo tiene una fecha tatuada en números romanos: XXII.V.MMXVII. Una calavera con aspecto tétrico adorna su hombro derecho y sobre su cadera izquierda, una larga lista de números.

Todos esos tatuajes transmiten dolor y agonía.

Trago duro, sin poder apartar la mirada de su esculpido cuerpo mientras avanza con paso despreocupado hacia la piscina.

Y no es hasta que alguien me salpica en la cara, que aparto la mirada de él para posarla sobre Sophie, que me contempla con el ceño fruncido.

—¿Admirando las vistas? —inquire con una ceja alzada.

Agito la cabeza, intentando hacer desaparecer las imágenes de sus tatuajes de mi mente.

—Solo miraba los tatuajes —murmuro para que solo ella me escuche.

—No me gustan —comenta, observando a Ryan—. Parece que ha escrito sobre su piel el dolor que siente.

Me estremezco y me obligo a no volver a mirarle, porque Sophie lleva razón y una parte de mí sabe que esos tatuajes esconden las respuestas a todas las preguntas que llevo haciéndome cinco años.

—Lo sé —termino diciendo, observando la espalda de Ryan mientras nada para acercarse hacia los *Merlens* que se encuentran al fondo de la piscina. Al instante Irina avanza hacia él y no puedo evitar sentir una punzada de celos que me desconcierta.

Ryan le sonríe con incomodidad y me percato de cómo se mueve con discreción hacia un lado, evitando que la pelirroja pase uno de sus brazos por su cuello.

Aprieto los labios en una fina línea y me concentro en Julie que acaba de llegar hasta donde estamos Sophie y yo.

Durante las horas que pasamos en la piscina, no consigo dejar de echar miradas fugaces a Ryan y todos los tatuajes que le adornan la piel y cada vez que lo hago, mi cuerpo se estremece. En alguna ocasión, el castaño me ha pillado con los ojos puestos en él y su mirada se ha llenado de una oscuridad que hacía que deseara poder dejar mi rencor de lado y acercarme a él y preguntarle el significado de la tinta que adorna su piel.

Para ayudarlo.

Porque después de la canción de la noche anterior... Sé que hay algo muy roto en su interior con lo que lleva cargando mucho más tiempo del que pueda llegar a imaginar.

Mientras jugamos a las cartas, sentados en un amplio círculo en el suelo, mi teléfono comienza a sonar sobre el mueble en el que lo dejé al llegar a la piscina.

Me llevo conmigo las cartas, sin fiarme de ninguno de los tramposos que tengo como amigos y agarro mi móvil.

Al ver el nombre de la pantalla, no puedo evitar entrecerrar los ojos.

—Claire —saludo a la encargada del restaurante en el que trabajo.

—Necesito que vengas en tres horas para el turno de la cena —dice, sin saludar siquiera.

Aprieto con fuerza la mandíbula.

—No puedo, no estoy en París.

—Entonces te recomiendo que vayas saliendo de donde quiera que estés para venir a trabajar. Tenemos esta noche una cena de negocios y necesitamos el máximo número de personal, ¿entendido?

Suelto un resoplido exasperado.

—De acuerdo, allí estaré —digo sabiendo que, si se me ocurre negarme, podría perder mi empleo.

No recibo una despedida de su parte antes de que la llamada se corte.

Me froto la cara con ambas manos y miro la hora, sabiendo que debería ir saliendo para que me dé tiempo de llegar a París y cenar algo antes de tener que ir a trabajar.

—¿Qué ha pasado? —escucho a Julie preguntar.

—Debo ir a trabajar.

—¿En serio? —Abre los ojos, alarmada—. ¿No has dicho que no estabas en casa?

—Sabes como son, les da igual que no esté en París—murmuro con molestia.

—Gabriel puede llevarte—dice la chica, lanzando una mirada a su prometido que asiente con la cabeza.

—No es necesario, iré en taxi.

—Ir desde aquí hasta París en taxi te va a costar una fortuna —replica Julie—. Gabriel te lleva.

Justo en ese momento otro teléfono comienza a sonar, haciendo que Ryan se levante del suelo y camine hasta donde dejó sus pantalones vaqueros doblados. Descuelga la llamada, con todas las miradas puestas en él.

—Está bien. —Le escucho decir antes de que guarde su teléfono.

—¿Trabajo? —inquieta Irina, una de sus cejas alzadas. Ryan asiente con la cabeza—. Qué casualidad.

—Perfecto, ya tienes quien te lleve —dice Travis con una media sonrisa en los labios.

Irina le lanza una mirada cargada de molestia.

—Ryan ha venido en moto y dudo mucho que Emma quiera pasarse las próximas horas abrazada a su exnovio —replica, con una tensa sonrisa.

Una de mis cejas se alza.

—No sería la primera vez que monto con Ryan en moto —respondo, sin apartar mi mirada de la de ella.

—Entonces, todo solucionado —comenta con rapidez Julie, intentando romper el silencio incómodo que se ha formado—. Ryan lleva a Emma a París, si a él no le molesta, claro.

—Por mí bien —dice el chico haciendo que mi vista se pose en él.

—Pero no tengo casco —mascullo, dándome cuenta de que voy a pasar las siguientes horas junto a él y, después de lo sucedido la noche anterior, no sé si es lo mejor para mí.

Aún estoy a tiempo de pedir un taxi.

—Eso no es problema —dice Enzo—, en mi coche siempre hay un casco para este tipo de casos.

Entrecierro los ojos, mentalizando a mi pobre corazón de que deje de acelerarse al imaginarse tan cerca del chico de ojos verdesos.



Observo la moto negra que tengo ante mí, las manos me sudan por culpa de los nervios.

Hace cinco años desde la última vez que monté en una, desde que sentí por última vez el aire golpearme y dándome una agradable sensación de libertad.

—¿Estás segura de que quieres venir conmigo? —inquieta Ryan, quien ya se ha colocado su casco en la cabeza, haciendo que solo pueda observar la profundidad de su mirada.

—No quiero ir contigo —mascullo—, pero es la forma más rápida de llegar a París. Recuerdo que nunca te tomabas en serio las señales de velocidad.

Sus ojos brillan y aunque no puedo ver bien sus labios, sé que sonrío.

—Y yo recuerdo que a ti te encantaba que lo hiciese —comenta acercándose a mí con el otro casco bajo su axila.

Me tenso cuando sus callosos dedos apartan los mechones de mi cabello para echármelo hacia atrás y que no me molesten en el rostro. Y por un segundo, me dejo disfrutar de las sensaciones que despiertan en mi interior cuando Ryan me toca.

El chico me coloca con cuidado el casco en la cabeza y me lo abrocha para dejármelo ajustado y mantenerme protegida.

—¿Lista?

—Supongo que sí —digo soltando todo el aire de mis pulmones.

Ryan se monta en la moto y me observa por encima del hombro esperando a que yo haga lo mismo.

Alzo la mirada al cielo y le suplico a quien quiera que haya ahí arriba, que me ayude a que la fortaleza que he creado alrededor de mi corazón y que comienza a tambalearse, se mantenga en pie.

Me aferro a los hombros de Ryan y me subo en la moto y antes de que pueda apartar mis manos de él, las agarra y las lleva hasta su cintura.

—No te sueltes, preciosa.

Salimos disparados a la carretera. Me aferro con fuerza a su cuerpo mientras un grito brota de mis labios que a los segundos se transforma en una suave carcajada.

El aire impacta en mí, ondeando mi cabello. El mundo a nuestro alrededor se difumina por culpa de la velocidad. Me acerco aún más al chico, apoyando mi cabeza en su espalda.

Mis dedos cosquillean allí donde le tocan como si estuviese tocando su piel y algo muy en el fondo de mi ser, comienza a florecer.

La muralla se tambalea

Ryan.

En cuanto entramos a París, bajo la velocidad de mi moto, deseando que el tiempo pase más despacio y poder alargar este momento con ella.

Durante las últimas horas ha sido como si retrocediese en el tiempo, como si aún fuese ese chico de diecinueve años que solo quería impresionar con la moto a la chica más hermosa que jamás hubiese visto. Durante esas horas, parecía que aún estábamos en aquel verano que me marcó para toda la vida.

Emma suelta un poco su agarre de mi cuerpo, pero aun así puedo sentir su pecho en mi espalda, sus manos en mi abdomen... Joder, ha sido muy complicado llevarla tantas horas junto a mí y no enloquecer por el camino.

No imaginarla pegada a mí de otra manera muy distinta.

Nos introduzco en el garaje del edificio donde vivo y aparco el vehículo en mi plaza.

—¿Qué hacemos aquí? —inquiere la chica cuando se ha bajado de la moto.

—Tengo que cambiarme de ropa —comento, sin poder apartar la mirada de ella mientras se saca el casco y se agita la larga melena oscura.

Está arrebatadora.

Sus ojos se mueven hasta los míos y sus mejillas se sonrojan antes de que aparte con rapidez la mirada.

—Subido en tu moto, será complicado que te cambies de ropa —masculla, abrazando el casco contra su pecho.

Me bajo con rapidez y guio a Emma hasta el último piso del edificio que es donde se encuentra mi casa.

Mis manos tiemblan cuando introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta, echándome a un lado para dejarle paso.

—Bienvenida a mi casa.

Emma traga duro y puedo contemplar cómo llena sus pulmones de aire antes de introducirse en la vivienda.

Me quedo observándola, su cabello se agita tras ella y sus caderas se mecen con cada paso que da, provocando que mi boca se seque y el deseo acuda a mí.

La sigo hasta el interior.

—¡Oh, cosita bonita! —exclama antes de agacharse para acariciar a la bola de pelo que se ha tumbado boca arriba para que la toquen la panza.

—¿Dama? ¿Pero qué haces? —inquiero, con el ceño fruncido.

—Recibir caricias —responde Emma con una amplia sonrisa en el rostro—. Qué suave eres, chiquitita.

Mi gata puede ser muchas cosas, pero “chiquitita” es un eufemismo. El animal parece que se ha comido a tres gatos.

—Ella no se deja acariciar por nadie que no sea yo —murmuro, observando cómo el animal se restriega en las piernas de la chica.

Maldito gato que puede acercarse a ella sin problema alguno.

—Entonces yo le gusto —dice poniéndose en pie y ganándose un maullido del animal como reproche por haberla dejado de tocar.

La entiendo, las caricias de la chica de ojos tormentosos son adictivas.

Emma se pasea por el estudio contemplándolo todo con ojo curioso.

—Es bonito —comenta tras unos largos segundos—, aunque tienes muy pocas cosas.

Ignoro sus palabras, solo puedo observarla a ella; en mi casa, llenándola de vida.

Joder, no quiero que se vaya.

—Tengo que cambiarme —murmuro con la voz enronquecida cuando mis pensamientos se vuelven mucho más oscuros.

Me cambio de ropa con rapidez y entro en mi cuarto de baño para lavarme la cara con agua muy fría.

—No pasa nada, Ryan —me digo.

Pero joder. Está en mi casa, paseándose por ella. Jamás pensé que volvería a verla y mucho menos a tenerla en el único sitio en el que me siento protegido del resto del mundo.

Y no quiero que se vaya, no quiero tener que alejarme de ella, porque sé que después de lo sucedido la noche anterior, solo es cuestión de tiempo que Emma se aleje para siempre, creando un gran escudo contra mí.

Cuando comienzo a bajar las escaleras, veo cómo Emma ha agarrado el juguete de Dama y lo mece para que el animal corra detrás de la cuerda mientras la chica le habla con un dulce francés.

Me enloquece escucharla emplear este idioma, cómo sus labios parecen acariciar con sensualidad cada letra.

—Jamás creí que fueses una persona de gatos —comenta, volviendo a usar nuestra lengua materna, sin girarse en ningún momento en mi dirección como si no hubiese sido necesario para saber que me encuentro observándola.

—Yo tampoco pensé que sería una persona de gatos hasta que uno se metió de ocupa en mi casa.

Emma se gira con una ceja alzada.

—¿Se metió de ocupa?

—Un día, cuando llegué, estaba tumbada en el sofá y desde entonces nunca se ha ido —comento, bajando de dos en dos los escalones mientras observo la hora en mi teléfono—. ¿Te apetece que comamos algo?

Trago duro, deseando que acepte, deseando alargar este momento.

—Tenemos que ir a trabajar —me recuerda, dejando el juguete de Dama donde estaba antes de que ella lo agarrase.

—Todavía tenemos algo más de una hora y no sabemos cuánto tiempo estaremos trabajando —digo acercándome a ella, sintiendo cómo sus ojos contemplan cada uno de mis movimientos—.

—Será mejor que vayamos con fuerzas.

La chica observa la hora en su móvil y aprieta la mandíbula.

—Está bien.



Emma.

No sé por qué he aceptado, no sé por qué narices me siento tan cómoda en su casa, por qué no quiero abandonarla y volver al mundo real. Al mundo donde en mi interior hay una gran grieta y huyo del chico que se pasea de un lado a otro de la casa mientras habla por teléfono para que nos traigan la comida.

Camino por su casa, es pequeña y apenas tiene ningún tipo de decoración, pero toda ella grita Ryan, desde las guitarras apoyadas en la pared, los múltiples cuadernos esparcidos por cada lugar, donde estoy segura de que apunta las letras de las canciones que compone, hasta la única estantería con un par de libros en su interior y varios artefactos que son complementos para la guitarra.

Me acerco a la estantería y agarro uno de los libros que parece sacado de alguna tienda de segunda mano por el mal estado en el que se encuentra, paso las páginas con rapidez, sin prestar atención a lo que ven mis ojos. Cuando de repente aparecen unas fotos en una de las páginas, como si las hubiesen metido ahí para conservarlas y guardarlas en un lugar seguro.

Me quedo de piedra al verlas, al recordar aquel día muchos años atrás. Otra vida.

En esas diapositivas aparecemos los dos, cuando durante el verano en el que nos conocimos fuimos hasta el festival de una ciudad cercana y nos introdujimos en un fotomatón.

Parecemos otras personas.

En la primera de ellas, salgo observando al frente, una amplia sonrisa adorna mi rostro sin ningún tipo de preocupación o dolor en mi interior. Ryan no observa a la cámara, sus ojos están fijos en mí, como si se le hiciese imposible apartarlos. En la siguiente foto me está besando y en mi mirada se puede apreciar la sorpresa ante ese beso robado y en la última de ella, salimos riendo a carcajadas.

Mi cuerpo se estremece mientras los recuerdos de aquel día impactan con fuerza en mi interior. Cuando todo lo que sentí aparece en mí, recordándome que hubo un tiempo donde creía que había encontrado el amor verdadero, donde creía que aquello que teníamos Ryan y yo era para siempre.

Cierro el libro, dejándolo en su lugar, deseando poder olvidar esa foto, olvidar que Ryan aún la guarda cuando hace años yo rompí mi copia en un arrebato de dolor y rabia.

—¿Al final publicaste tu libro? —Su voz me sobresalta, provocando que me gire con rapidez y me encuentre con una mueca divertida en su rostro.

—¡Por Dios, Ryan! No puedes aparecer de la nada, casi me muero —exclamo alterada.

Una suave risa brota de sus labios, haciendo que al instante me pierda en ellos y una parte de mí quiera volver a la noche anterior, cuando después de tanto tiempo, volví a sentirlo.

—No sabía que mi estantería te hubiese absorbido tanto —comenta con diversión.

Ruedo los ojos y paseo la mirada por la estantería, mi vista se queda clavada un segundo en ese libro que guarda un recuerdo.

—No, hace un mes mandé el manuscrito a una editorial —respondo, alejándome de la

estantería y de Ryan. Su gata me sigue por la casa, esperando a que vuelva a agacharme para recibir una nueva tanda de caricias.

—¿De verdad? —pregunta con una amplia sonrisa—. Estoy seguro de que serás una gran escritora.

—¿Por qué? —inquiero, alzando una ceja.

—Leía todo lo que escribías, ¿recuerdas? —dice, aún con esa maldita sonrisa en los labios que podría volver loca a cualquier mujer y por lástima, me encuentro entre ellas—. Y nunca me ha gustado leer, pero tu libro... tenía algo que conseguía que te mantuvieses pegado a la lectura. Siempre quise saber cómo terminaba la historia.

Me bloqueo, sin saber cómo reaccionar ante sus palabras. La escritura siempre ha sido algo importante para mí, algo que muy pocas personas se han tomado en serio cuando he dicho que mi mayor sueño es tener mis libros publicados y que él confíe en que lo conseguiré... No debería importarme tanto como lo hace.

—No creo que lo consiga —digo con rapidez, pasándome las manos con nerviosismo por el cabello—. Fuimos muchas personas las que mandamos nuestros libros.

—Nunca digas que no conseguirás algo. —De su rostro se ha borrado la sonrisa, para mirarme con seriedad—. Vales mucho, Emma. Tienes un talento innato y tarde o temprano, el mundo entero te conocerá.

Una estúpida sonrisa aparece en mis labios a la vez que mi corazón se acelera, haciendo que piense que podrá salirse de mi pecho en cualquier momento.

—Siempre has sabido ganarte a la gente con palabras —comento, tan bajito que creo que no me ha escuchado, pero sí lo hace porque una pequeña sonrisa se apodera de sus labios, provocando que solo uno de sus hoyuelos aparezca y quiera pasar mis dedos por él.

—Mi don es el habla; el tuyo, la escritura. —Se encoge de hombros con simplicidad.

—Al final voy a pensar que estás intentando ablandar mi corazón con tantas palabras.

—¿Pasaría algo si fuese así? —pregunta, dando un paso en mi dirección, pero para en seco y se frota la cara con ambas manos, como si estuviese intentando apartar cualquier pensamiento de su mente—. ¿Has escrito algo más después de ese libro?

Y no sé por qué, comienzo a hablar de todos los proyectos abandonados que hay en mi ordenador, de los que descartaré y los que retomaré, de la idea para un libro que lleva días rondándome la cabeza.

Antes de que pueda darme cuenta, ya hemos terminado de comer y nos dirigimos a nuestro puesto de trabajo donde me pongo mi ropa de repuesto que guardo siempre allí.

Y las horas pasan con rapidez a pesar de la cantidad de clientes que hay y cada vez que mis ojos buscan los suyos, le encuentro observándome, haciendo que la muralla creada alrededor de mi corazón se tambalee con fuerza.

Cuando me dispongo a abandonar el restaurante para ir hasta casa y poder reencontrarme con mi amada cama, siento cómo unos dedos rodean mi muñeca, provocando que al instante mi piel hormiguee ahí donde me toca.

—Espera —murmura Ryan, sus labios a apenas un par de centímetros de mi oreja.

Mi cuerpo se estremece y los dedos de los pies se me encogen cuando una agradable sacudida me invade.

Me giro, pero mis ojos bajan hasta donde sus manos me agarran, donde infinitud de sensaciones despiertan por tan solo su roce. Al instante me aparto, queriendo alejarme lo máximo posible de lo que el chico provoca en mí.

—¿Qué quieres, Ryan? Estoy cansada y quiero llegar a casa —mascullo, alejándome un paso

de él.

Entrecierra los ojos y aprieta la mandíbula con fuerza.

—No lo hagas, por favor —súplica en un susurro.

—¿Qué no haga el qué? —inquiero con un nudo en la garganta.

—No te cierres, no me apartes, Emma.

Y ahora soy yo la que tiene que cerrar los ojos, la que tiene que tomar varias respiraciones, obligando a mi mente a no ser débil, a no dejar que mi muralla siga tambaleándose de este modo.

Porque no sé en qué momento todo ha cambiado, no sé cuándo la rabia y el odio hacia el chico que tengo frente a mí ha comenzado a desaparecer y eso me aterra, porque si el odio hacia Ryan desaparece del todo, solo queda una cosa en mi interior hacia él y eso puede destruirme.

—¿Qué es lo que pasa? —inquiero, tragando duro, alzando la mirada hasta la suya, con un brillo que consigue que mis piernas tiemblen.

Ryan me enseña el casco que me ha dejado durante el día de hoy.

—No tienes por qué llevarme a casa —digo con rapidez, las emociones golpeando como un huracán en mi pecho—. Puedo ir en metro.

—Pero quiero llevarte a casa —replica, dando un paso hacia mí.

Y todo a nuestro alrededor se desvanece.

—Déjame llevarte, Emma.

Asiento con la cabeza porque soy incapaz de articular palabra y cuando Ryan sonrío, creo que he dejado este mundo, ya que la curvatura de esos labios no es de este plano terrenal.

Sigo a Ryan y me monto en su moto. Le envuelvo con mis brazos, más fuerte de lo necesario, oliendo su aroma a cítricos y una rebelde lágrima escapa de mis ojos. Porque habría sido hermoso tener una vida junto a él si todo no se hubiese venido abajo. Si él no hubiese desaparecido, rompiendo mi corazón.

Porque sé que esto no es más que un paréntesis en nuestra historia inconclusa, que lo que estoy sintiendo no puedo dejar que salga, no puedo volver a arriesgarme.

Cuando llegamos, Ryan me acompaña hasta mi portal, su brazo rozando el mío durante el trayecto. Voy a introducir la llave en la cerradura cuando me doy la vuelta.

—Gracias, Ryan —digo con rapidez antes de arrepentirme—. Gracias por el día de hoy y por traerme en moto, lo había echado de menos.

La comisura de sus labios se alza, apenas notable.

—Aquí me tienes para cuando quieras dar un paseo y sentirte libre, siempre podrás contar conmigo —asegura, sin ápice de duda en su voz.

Mi interior es un revoltijo de emociones por culpa de la canción que cantó la noche anterior, el beso, las respuestas que necesito y no he obtenido, y cómo me ha hecho sentir el chico que un día rompió mi corazón.

—Buenas noches, Ryan.

—Buenas noches, preciosa.

Y una estúpida sonrisa aparece en mis labios mientras me doy la vuelta.

18

Canciones bajo las estrellas

Ryan.

Ni siquiera sabía que necesitaba tanto tener un día libre, estar tumbado en la cama sin la necesidad de hacer nada más. Pero cuando hace un rato, la ansiedad, la angustia y mis demonios despertaron, tuve que salir de mi comfortable casa, sintiendo que las paredes encogían, intentándome enterrar entre ellas, como si nunca hubiese existido.

Le doy una larga calada a mi cigarrillo de maría hasta que se consume, ni siquiera sé si me hace sentir mejor o peor meterme esta mierda al cuerpo, lo que sí sé es que mi organismo me lo pide cada vez con más frecuencia.

A pesar del agradable día que hace, más parecido a una tarde de verano que de primavera, no lo puedo disfrutar, como si el sol calentando mi rostro, la gente riendo a mi alrededor, todo lleno de vida, fuese ajeno a mí.

Sigo avanzando hacia el parque en el que he decidido ir a tocar la guitarra, lo único que consigo apaciguar de algún modo el torbellino de emociones de mi interior.

Mis ojos se posan sobre la fachada con toldo rojo de una cafetería llamada *La rotonde*, está llena de gente que ríe a carcajadas, de conversaciones formales e informales, de parejas tomadas de la manos y de...

Emma está ahí, sentada, abrazando a su soledad, sumergida en lo que escribe en un cuaderno, con el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea por la concentración.

Algo en mi interior se remueve con fuerza, haciendo que una sonrisa se apodere de mis labios. ¿Cómo pude ser tan estúpido como para perderla?

Mis piernas comienzan a moverse sin haberles dado la orden, pero me dejo llevar hasta sentarme en la silla frente a la chica con el cabello recogido en un despeinado moño para que el pelo no le moleste al escribir. Dejo mi guitarra a un lado y la observo, esperando a que alce esos intensos ojos grisáceos, pero no lo hace. Está tan absorta escribiendo que ni siquiera es consciente de que me he sentado frente a ella.

Observo su mano al trazar finas letras y no puedo evitar recordar a los médicos con esas caligrafías ilegibles, como la de Emma cuando quiere plasmar una idea en papel antes de que esta se desvanezca para siempre.

Joder, me encantaría poder fotografiarla ahora e imprimir la foto para colgarla en mi estudio.

Y mientras la observo, unas frases aparecen en mi mente, después forman versos hasta tener casi clara la letra para una canción.

Parpadeo, desconcertado. Hace meses que se me hace imposible poder componer nada.

Agarro mi móvil y apunto con rapidez las frases sueltas que han aparecido en mi mente.

Un sonoro suspiro hace que aparte los ojos de la pantalla de mi teléfono y los pose en Emma, que estira la espalda y los brazos sin dejar de observar su cuaderno, con una sonrisa satisfecha en

los labios.

Y no puedo contener la carcajada que brota de mi interior.

La chica da un pequeño brinco en su asiento a la vez que un grito agudo escapa de sus labios.

—¡Ryan! —jadea mi nombre con la respiración entrecortada—. ¿Se puede saber qué narices haces ahí sentado? ¿Cuándo has llegado?

Alzo una de mis cejas a la vez que me tengo que morder el labio inferior para contener la nueva carcajada que amenaza con salir de mi interior.

—Estabas demasiado concentrada como para interrumpirme, ¿qué escribes? —inquiero, intentando asomarme y ver lo que anotaba en ese cuaderno con tanto ímpetu, pero Emma es rápida y lo aparta de mi alcance, tan rápido que casi tira la taza de café vacía que hay sobre la mesa.

—Ahora tengo más interés en saber qué escribías ahí —comento con una sonrisa contenida. Sus mejillas se sonrojan—. Oh... ¿Estabas escribiendo una escena erótica?

Abre los ojos, alarmada y aferra con más fuerza su cuaderno.

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Eres una pésima mentirosa, *mon amour*.

La chica rueda los ojos a la vez que sus mejillas se vuelven aún más rojas, lo que provoca que mi cuerpo se caliente y quiera leer lo que ha escrito, conocer sus propios deseos más oscuros.

—¿Qué haces aquí? Parecías un acosador observándome —masculla, guardando el cuaderno en su bolso para mantenerlo alejado de mí.

—Te vi y no pude evitar acercarme.

Emma me observa y clava sus ojos en los míos durante unos eternos segundos hasta que se tensa, y entonces los sé. La chica se ha percatado de que he estado fumando maría.

Espero a que me diga algo, a que se enfade, pero lo único que hace es negar con la cabeza y entonces suelto un silencioso suspiro. No sabría qué responder si llegase a preguntar.

—¿Ibas a ensayar? —inquiere de pronto. Mis ojos se posan sobre la funda de mi guitarra que descansa a un lado.

—No, tengo pensado ir al Champ de mars a tocar la guitarra.

—¿No estarías más cómodo en casa? —inquiere la castaña, quitándose la goma del pelo, haciendo que la larga cabellera caiga libre por su espalda. Me quedo embobado viendo su melena moverse mientras ella la agita para darle forma.

Un deseo que hacía mucho tiempo que no sentía, acude hasta mí. La necesidad de pasar mis dedos entre su cabello, acariciarlo, enredar mis dedos en él...

—¿Ryan? —pregunta Emma con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Me aclaro la garganta, avergonzado.

—Lo siento, me he distraído, ¿qué decías? —inquiero, intentando hacer desaparecer los pensamientos de mi cabeza, como el de agarrar en un puño toda esa melena oscura.

—Te decía qué si no estarás mejor en tu casa tocando la guitarra que en un parque público.

—Ah, eso. Necesitaba salir y me apetecía intentar componer. En la calle suelen surgir mejor las ideas, como bien sabrás.

Una tímida sonrisa asoma por sus carnosos labios y joder, va a conseguir que pierda por completo la cabeza.

—Si quieres puedes venir conmigo. —Las palabras brotan de mis labios y cuando me quiero dar cuenta de lo que he dicho, ya es demasiado tarde.

Emma abre los ojos, alarmada y niega con la cabeza.

—Tengo que ir a casa y continuar escribiendo. —Se apresura a decir mientras se cuelga el

bolso del brazo y se levanta.

—Allí también podrás hacerlo, es un lugar inspirador —comento, intentando que no se note la desesperación que siento al saber que podría irse y acabarse este momento.

Me cuelgo la guitarra del hombro y me posiciono junto a ella.

—No creo que pueda escribir contigo a mi lado —dice avanzando por la calle y una tonta sonrisa se apodera de mis labios cuando me percató de que se ha pasado la parada del metro que la llevaría hasta su casa.

—¿Te pongo nerviosa?

Emma para en seco, las mejillas completamente sonrojadas cuando se gira hacia mí.

—Sí, me pones nerviosa, pero no del modo en que te gustaría —réplica entre dientes antes de retomar su camino hacia Dios sabe dónde.

—La oferta sigue en pie —añado después de unos pocos segundos caminando—. Y creo que ya has decidido cuando hace un rato te has pasado la parada del metro.

Emma vuelve a parar, parpadeando varias veces y echando una mirada confundida por encima del hombro y comprueba que lo que acabo de decir es verdad.

—Mierda —masculla por lo bajo antes de rodar los ojos y posarlos sobre mí—. Solo porque no me apetece volver a casa aún.

Una sonrisa de oreja a oreja se apodera de mis labios, como un niño pequeño al que acaban de dar una bolsa llena de chucherías.

—Perfecto.



Emma.

Para cuando llegamos a Champ de mars ya casi ha anochecido, ya que hemos venido andando hasta el parque y el trayecto es largo.

Deposito en el suelo la bolsa llena de gominolas y bebidas que compramos por el camino en la hierba y nos sentamos en ella.

No puedo dejar de decirme una y otra vez que solo he aceptado venir con Ryan hasta aquí para no volver a casa y seguir disfrutando de la maravillosa tarde que hace hoy, pero una pequeña parte de mí sabe que he aceptado venir por otro motivo que me niego a admitir.

Contemplo cómo Ryan saca la guitarra acústica de la funda negra y alza sus ojos del mismo tono que la hierba en la que estamos sentados.

—¿Volviste a tocar la guitarra?

Los recuerdos de aquel fantástico verano inundan mi mente, de todas aquellas tardes en las que el chico que está sentado frente a mí intentó enseñarme a tocar el instrumento.

—Tenía un buen profesor, pero de la nada le perdí la pista —comento, un poco más mordaz de lo que pretendía.

Sin embargo, Ryan ignora mi tono y alza una ceja con diversión.

—¿Un buen profesor?

—Sí, menos cuando se distraía y no me dejaba continuar con mi clase. —Sus besos y caricias

inundan mi mente al instante y mi cuerpo se estremece.

—Entonces no era un buen profesor, era el mejor —comenta mordiéndose el labio inferior.

Debería irme de allí, huir de lo que me hace sentir, pero mi cuerpo no obedece a mis órdenes, queriendo quedarse ahí, junto a él.

—¿Quieres probar? —inquiere mientras me pasa el instrumento.

—No recuerdo apenas nada —digo, agarrando la guitarra y colocándola sobre mis piernas—. Ni siquiera recuerdo cómo eran los acordes.

—Qué mala alumna eres, Emma. Tu profesor puso mucho empeño en enseñarte como para que un par de años después se te haya olvidado todo.

—No sería tan buen profesor si se me olvida lo que me enseñó.

—A lo mejor estabas demasiado distraída mirándole que no prestabas atención —dice con una media sonrisa mientras se levanta para sentarse justo detrás de mí. Al instante me tenso cuando siento su pecho pegado a mi espalda y una de sus manos sobre la mía para colocarme los dedos en los trastes adecuados—. Este es el acorde de Do mayor.

Tomo una larga bocanada de aire al sentir su aliento en mi cuello.

—Ahora, rasguea las cuerdas —murmura.

Hago lo que dice, pero el sonido que sale del instrumento no es algo digno de memorar.

—Tienes que apretar más los dedos, *mor amour*. —Si vuelve a hablarme de ese modo en francés, puede que pierda por completo la cabeza y deba ser ingresada en un hospital psiquiátrico de alta seguridad.

—Eso es lo que hago —digo con apenas un hilo de voz—. Tu guitarra está rota.

Una pequeña risa estrella en mi piel haciéndome temblar.

—No está rota, tienes que apretar más fuerte.

Vuelvo a rasguear las cuerdas de la guitarra, haciendo lo que me dice y esta vez, el sonido es precioso.

—¡Lo he conseguido! —digo emocionada, tocando más veces el acorde de Do—. ¿No necesitáis una guitarrista extra en el grupo? Podría quitarte el trabajo si sigo a este paso.

Siento su sonrisa en mi cuello y quiero lanzar la guitarra a un lado para girar y... Agito la cabeza, apartando esos pensamientos.

No puedo volver a besarlo.

—Puede ser, estarías preciosa vestida para un concierto de rock.

—Yo estoy preciosa con cualquier cosa, Ryan —comento con una media sonrisa mientras me aparto un poco de él y le tiendo la guitarra, sabiendo que mi débil cuerpo no aguantará mucho tiempo más su cercanía—. Te devuelvo la guitarra, aquí el experto eres tú.

Ryan vuelve a colocarse frente a mí, para poder hablar mirándonos a la cara.

—¿Los *Merlens* solo tocáis *covers*? —inquiero cuando va a comenzar a tocar, aún no sé si estoy preparada para escucharle estando los dos solos.

—Por el momento sí, soy el único que compone y llevo unos meses a falta de inspiración.

—Entonces tendrás que encontrar una musa.

Sus ojos, oscurecidos varios tonos, se posan sobre mí.

—Puede que ya la haya encontrado.

Por un segundo se me olvida por completo cómo se respira, por un segundo olvido que el chico frente a mí fue el que me destruyó hace cinco años y me dejó llevar por la estúpida emoción que me abrumba.

Carraspeo, desviando la mirada de Ryan.

—Te estoy distrayendo, has venido a tocar —comento, agarrando de la bolsa una botella de

refresco y dándole un largo trago, intentando calmar los acelerados latidos de mi corazón.

La melodía de una canción llega hasta mis oídos, es suave, como si quisiese que te mecieras al son de ella y transmitirte calma en un día de tormenta.

Alzo la mirada al cielo estrellado.

Trago duro.

Canciones bajo las estrellas.

Nuestro lema que era como decirnos te quiero.

Observo a Ryan, se ha arremangado las mangas de la fina camiseta azul oscuro que lleva puesta, y toca la guitarra con los ojos cerrados, tarareando algo que soy incapaz de descifrar.

Mi vista viaja hasta su muñeca, aquella que está adornada con nuestro *te quiero*. Y tengo que cerrar los ojos y recordarme que ese ya no es su significado. Que Ryan ya no me quiere.

Dejo que la melodía me envuelva durante los cortos minutos que dura la canción, que no soy capaz de distinguir si la he escuchado alguna vez con anterioridad o es algo nuevo.

Cuando la música cesa, abro los ojos y me encuentro a Ryan observándome.

—¿Por qué no te lo quitaste? —inquiero, y no hace falta que le explique a lo que me refiero porque lo entiende al instante.

—Una vez fui a que me lo taparan con otro, pero no pude —dice, bajando la mirada hasta la tinta de su muñeca.

—¿Por qué?

Ryan alza los ojos para encontrarse con los míos, como si estuviese buscando un punto de apoyo antes de comenzar a hablar.

—Porque hace cinco años me sumergí en la más absoluta oscuridad y este tatuaje es lo único que me ha transmitido un pequeño rayo de luz, porque lo que me recuerda este tatuaje es lo que me ha mantenido vivo durante mucho tiempo.

19

Nuevas oportunidades

Ryan.

Mientras mis dedos se deslizan por los trastes de la guitarra, puedo percatarme de que todo el ruido de los odiosos pensamientos de mi mente, han desaparecido, y no sé si es por la droga o por la presencia de la chica que se encuentra tumbada en la hierba observando las estrellas mientras arrasa con todo nuestro arsenal de chucherías.

Una pequeña sonrisa se apodera de mis labios al comprobar como Emma comienza a tararear por lo bajo la letra de la canción que estoy tocando.

Detendría el tiempo en este mismo instante para poder quedarme a vivir aquí.

Cuando termino de tocar la canción, dejo a un lado la guitarra y me acerco hasta Emma, tumbándome junto a ella, y le arrebato la bolsa de gominolas de la mano.

—¡Oye! —gruñe, haciendo un puchero como si fuese una niña pequeña—. ¡Eso es mío!

—Te has comido una bolsa entera tú sola —digo alzando una ceja y metiéndome una chuchería en la boca—. Se te van a picar los dientes.

—Eso solo es problema mío —masculla, cruzándose de brazos.

Dejo un par de gominolas en mi mano y le vuelvo a pasar la bolsa a la chica que esboza una radiante sonrisa mientras se mete un puñado de chucherías en la boca.

—Aquí no se pueden ver bien las estrellas como en el lago, hay demasiada contaminación —dice después de unos largos minutos en silencio—. Echo de menos alejarme de la ciudad e ir a un lugar tranquilo.

Contemplo el cielo durante unos segundos, apenas se pueden ver un par de estrellas esparcidas por él.

—Yo puedo llevarte a ver las estrellas —propongo, imaginándome a Emma en alguna alejada pradera, con el rostro alzado al cielo y una hermosa sonrisa en él. Joder, quiero hacerla sonreír, hacerla feliz.

Emma se gira para observarme con una ceja alzada.

—¿Eso es una proposición indecente, Ryan? —inquire con diversión.

Una suave risa se desliza por mis labios.

—Puede ser lo que tú quieras que sea, *mon amour*.

La chica se sonroja y niega con la cabeza, sentándose sobre la hierba y sacudiéndose la espesa melena que me muero por tocar y enredar mis dedos en ella.

Alarga la mano hacia su bolso justo en el mismo instante en el que su teléfono suena con la llegada de una notificación. Su ceño se frunce, pero se apresura a buscar su móvil para ver lo que acaba de recibir.

No aparto la mirada de ella cuando lo encuentra y observa la pantalla para leer el mensaje. Al instante, su rostro palidece y sus manos comienzan a temblar tanto que el teléfono resbala de

entre sus dedos para caer sobre la fría hierba.

—¿Emma? ¿Qué ha pasado? —inquiero con preocupación. La chica no parece haberme escuchado, sus ojos siguen fijos en la pantalla de su móvil—. ¿Estás bien?

Al no recibir respuesta, me apresuro a acercarme hacia ella y agarrar su teléfono para poder leer lo que ha recibido y la ha dejado en este estado.

Mis ojos se abren sorprendidos al comprender lo que dice el correo electrónico y una sonrisa se apodera de mis labios.

—Emma —murmuro, dejando a un lado su móvil para poder prestarle solo atención a ella—. La editorial quiere publicar tu libro.

Por fin, la chica parece reaccionar, alzando su mirada hasta la mía. Sus ojos están llenos de lágrimas que no deja salir.

—¿No es un mensaje estafa? —inquire bajito, con miedo.

Mi sonrisa se hace aún más grande.

—No, no es ninguna estafa. Quieren publicar tu libro.

Emma cierra los ojos un segundo, como si intentase tranquilizarse, pero no lo consigue, ya que cuando los vuelve a abrir, se levanta con rapidez del suelo.

—¡La editorial quiere publicar mi libro! —grita, dejando salir todas esas emociones de su interior. Una sonrisa se apodera de sus labios y posa unos ojos brillantes sobre mí—. ¡Lo he conseguido!

Me levanto con rapidez del suelo y me acerco a ella.

—Lo has conseguido, *mon amour*.

Suelta un grito de júbilo, haciendo que varias personas se giren para observarla. Pero a Emma no le importa lo más mínimo lo que puedan estar pensando un par de desconocidos. Sin previo aviso, siento sus brazos alrededor de mi cuerpo y solo puedo escucharla reír.

—¿No es un sueño, Ryan? —pregunta, apenas separándose unos pocos centímetros de mí.

—No, esto es real —respondo, bajito, con el corazón acelerado por su cercanía. La luz de la luna impacta en ella, haciendo que parezca una diosa con la melena desordenada, los ojos brillantes de felicidad y las mejillas sonrojadas.

Su sonrisa se amplía aún más, haciéndome casi imposible contener las ganas de besarla.

—Sí, lo es —asiente, bajando la voz y con la respiración acelerada—. Yo... Creí que jamás lo conseguiría.

Una lágrima escapa de uno de sus ojos y me apresuro a limpiarla con el dedo pulgar.

—¿Cómo no lo ibas a conseguir? Si te hubiesen rechazado, es porque no tienen ni idea de arte. Porque eso es lo que tú haces, Emma.

Otra solitaria lágrima escapa de sus ojos que me apresuro a limpiar.

—Gracias —musita. Sus brazos aún alrededor de mi cintura y su vista clavada en la mía—. Siempre has creído en mí.

—Y siempre lo haré —aseguro, colocándole un mechón de cabello rebelde detrás de la oreja.

Sus ojos brillan más, si acaso eso es posible. Posa una de sus pequeñas y delicadas manos en mi mejilla a la vez que se pone de puntillas. Y como si su cuerpo llamase al mío, me inclino para encontrarme a medio camino con sus labios salados por las lágrimas que han escapado de sus ojos.

Me besa despacito, saboreándome. Como si nuestras bocas se estuviesen conociendo cuando en realidad son viejas amantes.

Mis manos se aferran a su rostro y, mi lengua, con timidez, pide paso que ella me cede al instante, profundizando el beso.

Y creo que hemos retrocedido cinco años, cuando éramos felices en nuestro lago.

Su rostro se separa en busca de una bocanada de aire y puedo percatarme del miedo que hay en su mirada, de todas esas dudas que la atormentan.

—Emma...

—Ryan, yo...

—No digas nada, no ahora —suplico con un hilo de voz, dejando caer mis manos de sus mejillas, aunque mis dedos vibran con la necesidad de tocarla.

La chica cierra los ojos, tomando varias respiraciones e intenta calmarse. Espero paciente, rezando para que cuando abra los ojos no se haya escudado detrás de esa muralla que la protege de mí.

Cuando vuelve a mirarme, asiente con indecisión.

Dejo caer mis hombros, aliviado de que no huya de mí.

—Cuéntame cómo te sientes respecto a la editorial —pido, dando un paso atrás para darla el espacio que sé que necesita.

Emma esboza una pequeña sonrisa y no necesita más para comenzar a hablar. Y yo me paso las siguientes horas escuchándola, sintiéndome orgulloso por lo que está consiguiendo. Y no puedo evitar acordarme de aquella chica de diecisiete años insegura y con miedo a mostrarle al mundo sus escritos.



He tenido que tomarme varias tazas de café para no quedarme dormido, pero lo he conseguido. He compuesto una de mis mejores canciones.

Observo cómo mis amigos escuchan la grabación que debí hacer en algún momento de la madrugada después de dejar a Emma en su casa.

Cuando anoche llegué a mi estudio, no pude contenerme a agarrar uno de mis muchos cuadernos y empezar a escribir todo lo que tenía en la mente, como si algún tipo de bloqueo hubiese desaparecido de mi cabeza y me permitiese acceder a la inspiración que desde hacía meses me había abandonado.

—Esto es muy bueno —comenta Enzo—. Tiene un potencial de la hostia, Ryan, ¿seguro que la has escrito tú?

—Claro que la ha hecho él, habla sobre la chica, ¿verdad? Tu ex —dice Adam, moviendo su mirada hacia mí.

El recuerdo de sus labios junto a los míos, su voz hablando sin cesar durante horas, inunda mi mente.

—No —miento, quitándole mi móvil de la mano y pausando la grabación—. Y tiene nombre. Se llama Emma.

—Amigo, tranquilo, no iba a malas —se excusa Adam, alzando las manos en un gesto de derrota.

—Al parecer Emma se ha vuelto muy importante para Ryan si le molesta tanto un simple comentario —masculla Irina, dirigiéndose hacia su teclado—. ¿Empezamos el ensayo? En dos horas tenemos la audición y quiero que todo salga bien.

—Apoyo a Irina, esto podría ser la oportunidad de nuestras vidas —asiente Travis, dirigiéndose hacia su guitarra.

Ensayamos hasta que tenemos el tiempo justo para ir a la exclusiva discoteca donde nos está esperando un matrimonio —que también son los jefes del local— para hacernos la audición.

Los nervios se notan en el aire, toda la banda parece estar rezando a un Dios al que nunca le han tenido fe. La audición nos sale bien, más que bien, porque cuando la terminamos y los dueños nos invitan a una copa, nos ofrecen un contrato. Dos noches a la semana, martes y jueves, tres horas con posibilidad de ampliación por ciento cincuenta euros la noche.

Ninguno de nosotros es capaz de negarse ante tal oferta y Travis no tarda más que un par de segundos cuando salimos de la discoteca en llamar al dueño del bar de mala muerte para dejar el trabajo.

Y puede que por primera vez en varios años piense que por fin mi vida comienza a tener un rumbo del que me siento orgulloso.



Emma.

Observo a mis amigas junto a Pauline, Irina y Ethan sentados en la mesa del bar donde los he reunido a todos ellos. Aunque para ser sincera, Irina solo ha venido porque había quedado con Sophie y Pauline con Jessica.

—Nena, llevo desde esta mañana con una ansiedad que ni te imaginas. Así que, si no quieres que haga una locura, te recomiendo que empieces a hablar.

—Apoyo a Jess, necesitamos saber qué es lo que está sucediendo —comenta Sophie, subiéndose las gafas de sol para hacer de diadema con ella y que el cabello no le moleste en el rostro.

Tomo una bocanada de aire y esbozo una amplia sonrisa.

—¡Voy a firmar un contrato con la editorial de mis sueños para publicar mi libro!

Jessica grita de emoción, casi al mismo instante en el que termino de hablar. Y de un momento a otro la tengo sobre mí, abrazándome y sin dejar de chillar como una desquiciada.

—¡Te lo dije! —ríe—. ¡Soy la mejor amiga de una famosa!

Una alta carcajada escapa de mis labios y cuando Jessica por fin me deja libre, vienen hasta mí Sophie, Julie y Ethan para felicitar me y compartir conmigo mi emoción.

Pido una ronda de chupitos para celebrarlo y mis amigos se muestran de acuerdo con la idea. Aunque puedo percatarme de que Irina no ha soltado su teléfono en toda la tarde y parece incómoda de encontrarse aquí y... no puedo evitar sentir un poco de lástima por ella.

Porque sé que está enamorada de alguien que no corresponde sus sentimientos y, aunque paga su enfado y decepción conmigo, no puedo evitar compadecerme de ella y desear que algún día pase página y conozca a alguien que realmente la quiera.

El recuerdo de la noche anterior perturba mi mente, haciendo que mis mejillas se sonrojen y tenga que apartar los ojos de la pelirroja, sintiéndome en cierta manera culpable por haber besado a Ryan.

No dejo que esos pensamientos me distraigan y consigo pasar la tarde con mis amigos y cuando comienza a anochecer vamos hasta un pub cercano del bar en el que nos encontrábamos para continuar con la celebración.

—¡Emma! —exclama de pronto Sophie, posando sus claros ojos en mí—. Se me había olvidado por completo... ¿Recuerdas a Luc y Marc? Los amigos de Julie.

Asiento con la cabeza, a la espera de que la castaña siga hablando.

—Pues durante la fiesta, me acosté con Luc y estuvimos un par de días hablando. Me pasó el número de su hermano, le gustaste, pero no se atrevió a hablar contigo en la fiesta.

Niego con la cabeza y suelto una risotada.

—No estoy interesada en conocer a nadie.

—Puede ser solo para una noche —comenta—. Luc es muy bueno en la cama, así que si su hermano se parece a él... Te divertirás.

—No le rompáis el corazón a mis amigos —pide Julie, alarmada—. No quiero que se lleven una mala impresión de vosotras.

—Tranquila, por mi parte no voy a romperle el corazón a nadie. —Sonrío y puede que hoy me haya pasado un poco con los chupitos, aunque aún no estoy borracha.

—Obvio que no estás interesada en ese chico, ya hay alguien en tu corazón, ¿no? —La voz de Irina hace que todos nos giremos hacia ella.

—¿Perdona? No hay nadie en mi corazón—replico, parpadeando estupefacta por su comentario.

—¿No? Entonces el otro día, en la fiesta de Julie, cuando te fuiste del patio trasero y salí a buscar a Ryan, ¿lo que tenía en los labios no era tu pintalabios?

Todas las cabezas se giran ahora en mi dirección con los ojos abiertos como platos, incluso Pauline, quien dudo mucho que sepa de qué estamos hablando.

—¿Te enrollaste con Ryan? —inquire Julie con una expresión sorprendida.

—¡No me besé con nadie! —replico levantándome de la silla en la que me encuentro sentada, nerviosa y sintiéndome acusada. Y ni siquiera sé por qué miento sobre lo sucedido aquel día.

—Sé lo que vi esa noche —Se levanta también Irina de su silla—. Besaste al chico del que está enamorada una amiga tuya. Sabiendo de mis sentimientos y habiéndome asegurado que no sentías nada por él.

Una carcajada amarga brota de mis labios.

—Primero, querida, tú y yo no somos amigas. Segundo, si Ryan estuviese interesado en ti, jamás me hubiese besado y...

—¡Lo has admitido! —chilla la pelirroja con la cara del mismo color que su cabello—. Le besaste... ¿Y para qué? Él no siente nada por ti, solo eres un polvo más.

Entrecierro los ojos e intento que su comentario no me afecte, que miedos antiguos no cobren fuerza.

—¿Sabes qué, Irina? Sí, besé a Ryan y me da igual ser un polvo pasajero o no. Porque no estoy enamorada de él, pero aunque lo estuviese, no me arrastraría ni me humillaría del modo en el que tú lo haces por un tío al que no le importo.

Me alejo de la mesa donde todas mis amigas me observan confundidas, como si fuese una caricatura de la que sale humo de la cabeza.

Entro al baño y cierro la puerta de un portazo. Me muerdo la lengua callando el grito de frustración que amenaza con abandonar mis labios.

La puerta se vuelve a abrir y me giro hacia ella para encontrarme a la cabellera rubia de mi mejor amiga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—¿A qué te refieres? —inquiero con brusquedad.

—¿Cuándo tenías pensado contarme que te habías besado con Ryan? —Se acerca hasta la encimera del lavabo y se apoya en ella—. Creía que nos contábamos todo.

—No eres mi maldito diario, Jessica. No te tengo que narrar toda mi vida —replico. Sé que estoy siendo injusta, que estoy pagando con ella mi enfado cuando no debería hacerlo, sin embargo, no puedo evitarlo.

—¿No soy tu maldito diario? —Aprieta los labios en una fina línea—. Pero sí soy tu caja de pañuelos a la que buscarás cuando ese imbécil te vuelva a romper el corazón.

No me deja tiempo para decir nada, ya que abandona el baño con paso decidido, sin mirarme.

Esta vez sí dejo salir el grito de frustración que trepa por mi garganta.

Me paso las manos con nerviosismo por el cabello, quiero ir tras ella y disculparme, quiero arreglar lo que acabo de joder, pero no es el momento ni el lugar adecuado.

Salgo del bar, sin despedirme de mis amigas y maldigo haber dejado de fumar, ¿por qué narices tomé aquella decisión?

¿Por qué le besé? ¡Dos veces!

¿Por qué mi corazón late así cuando pienso en él?!

20

La verdad

Emma.

Me encuentro a Jessica en la cocina, desayunando unas tostadas con aguacate y un café. No alza la mirada hacia mí, tampoco lo hace cuando me siento frente a ella con mi desayuno.

—Lo siento —suspiro sin poderlo evitar, odiando la tensión que hay entre ambas. Jessica entrecierra los ojos.

—¿Por qué?

—¿En serio? —Mi mejor amiga alza la mirada, posándola por primera vez en mí, esperando que hable—. Por lo de ayer, maldita sea, Jessica. No tenía que haberte hablado así, lo siento.

—Yo también lo siento. —Sonríe—. Pero quiero saberlo todo. Quiero que me cuentes qué pasa entre Ryan y tú.

Y comienzo a hablar, no me guardo nada para mí. Le digo cómo me he estado sintiendo desde que apareció por primera vez, mis suposiciones de lo que pudo haber pasado una vez hace tantos años. Hablo de aquel primer beso, de todo lo que despertó en mi interior y del miedo que siento por ello. De la noche bajo las estrellas y del segundo beso que vino. Nos pasamos media mañana hablando sin parar.

Y no me juzga, puede que haya hecho muecas en alguna parte, pero no me discrimina por lo que siento.

—Estaré a tu lado, pase lo que pase, Emma. En las buenas y las malas, porque tú eres mi familia y eso es lo que hacen las familias —suspira cuando la conversación finaliza y cada una se prepara para ir a sus respectivos puestos de trabajo.

El alivio me inunda, sintiéndome más liviana que cuando me levanté esta mañana, como si me hubiese quitado la carga más pesada de encima.

Jessica es mi pilar más fuerte, esa persona por la que daría la vida sin pensarlo dos veces, pero en alguna ocasión puede ser demasiado dura cuando se preocupa, sin percatarse de que sus palabras pueden hacer daño. Sin embargo, en esta ocasión no ha sido así.

Mi amiga me lleva al trabajo, ya que tiene una sesión de fotografía cerca. Durante todo el camino nos lo pasamos hablando de cualquier cosa y terminamos riendo hasta que los pulmones nos arden.

Al entrar a mi puesto de trabajo, la sonrisa que ha estado adornando los últimos minutos mi rostro, desaparece al notar el ambiente tenso que hay en el lugar.

Decido dejar mis cosas con rapidez en mi taquilla e incorporarme en mi puesto de trabajo para evitar que lo que quiera que haya pasado, me salpique a mí también.

Después de varias horas en movimiento, me permito un par de segundos para apoyarme tras la barra y descansar un poco los pies.

—¿Qué haces? —inquieta la voz chirriante de Claire detrás de mí.

No puedo evitar entrecerrar los ojos con molestia, ¿de verdad no me va a dejar parar ni cinco segundos? ¡Ni siquiera he podido salir a tomar mi descanso de media hora!

—Tomar un respiro —respondo, girándome hacia mi encargada, sin molestarme en ocultar el desagrado de mi rostro.

—¿Has visto que algunos de tus compañeros lo hayan tomado? —replica, cruzándose de brazos.

No puedo evitar alzar una de mis cejas. Nathan, el hombre con el que se acuesta sin que su marido lo sepa, lleva tres descansos desde que entró a trabajar hace dos horas y a varios compañeros más los he visto escaquearse para salir a fumar un cigarrillo.

—Sí, pero eso no es algo que a ti te moleste. —No puedo evitar replicar.

Claire alza ambas cejas, impactada de que me haya defendido.

—Pues a ellos yo no los he visto, Campbell, solo a ti, así que si no quieres perder tu puesto de trabajo ponte a atender las mesas —dice con frialdad.

No puedo evitar alzar las cejas y pasear la mirada por el local vacío, salvo por una mesa donde se encuentra una pareja que han terminado hace rato de comer y aún no se han marchado.

—Y los baños no se van a limpiar solos, tampoco la basura llega al contenedor por arte de magia, ¿debo seguir diciendo todo lo que tienes que hacer? —inquire, alzando una de sus finísimas cejas que le quedan francamente mal a su menudo rostro.

—No, Claire. —Aprieto los labios en una fina línea.

—Quiero verte en movimiento. Ya.

La mujer se aleja con paso decidido hasta el despacho, donde suele estar sentada el noventa y nueve por ciento de su jornada, solo saliendo de él para atormentarme a mí o a alguno de mis compañeros que hayan tenido la mala suerte de no ser de su agrado.

—Que te jodan —mascullo cuando no me puede escuchar y me dispongo a darme la vuelta para retomar mi trabajo. Sin embargo, frente a mí con los brazos cruzados y una ceja alzada se encuentra Ryan.

—¿La pequeña Emma se rebela contra los superiores? —inquire con diversión.

Ruedo los ojos pasando por su lado. Su aroma a cítricos y a tabaco inundan mis fosas nasales y no puedo evitar tragar duro.

Odio que provoque estas cosas en mí.

Odio cómo nos hemos vuelto a acercar en los últimos días.

—No recuerdo que hoy entraras a trabajar tan pronto —comento cuando siento que me va pisando los talones, mientras me dirijo hacia la parte trasera del restaurante donde se encuentran los cubos de basura.

—¿Controlas mi horario de trabajo, Emma? —inquire, mi nombre se desliza por sus labios con suavidad haciéndome estremecer.

Mis mejillas se sonrojan, porque desde que empezó a trabajar en el restaurante me he sabido de memoria su horario, al principio para poder huir de él, pero ahora... ni siquiera sé por qué me molesto en asegurarme de que coincidamos algún día a la semana.

—¿No tienes trabajo que hacer? —Alzo una ceja, abriendo el maloliente cubo de basura y haciendo una mueca mientras me dispongo a agarrar la bolsa en la que podría entrar yo perfectamente.

—Sí, así que déjame trabajar, eres un incordio —dice con una pequeña sonrisa. Una de sus manos se posa en mi hombro, haciéndome tensar al instante, apartándome a un lado.

—¿Qué haces? —mascullo.

—Tirar la basura, ¿problemas de visión, *mon amour*? —inquire, agarrando la bolsa por mí.

—No me llames así —replico entre dientes.

—¿Por qué no? Estás preciosa cuando frunces el ceño o, ya que estamos, cuando te sonrojas.

Ryan deja olvidada la bolsa de basura en el suelo y se gira en mi dirección y hasta ese instante no me doy cuenta del reducido espacio en el que nos encontramos los dos.

—No sé a qué te refieres, tú no me haces sonrojar, Ryan Wells —mascullo cruzándome de brazos y alzando el rostro.

El chico eleva una de sus cejas y da un par de pasos en mi dirección, haciéndome retroceder hasta que mi espalda choca contra la puerta cerrada.

—¿No? Creo recordar un par de veces en las últimas semanas que te he hecho sonrojar —comenta esbozando una sonrisa que provoca que se marquen esos preciosos hoyuelos de sus mejillas—. Una de esas veces, fue hace un par de días.

Mi pulso se acelera y no tengo ni idea de si es por sus palabras, la poca distancia que hay entre nosotros o por el recuerdo del beso bajo las estrellas, ya que el chico de los ojos más verdes y hermosos que he visto en mi vida, se encuentra a tan solo un palmo de distancia.

—No tengo ni idea de lo que hablas —jadeo con la respiración entrecortada.

Su dichosa sonrisa se ensancha aún más, haciendo que le odie.

—Te tengo una propuesta —comienza a decir, apoyando una de sus manos en la puerta a unos pocos centímetros de mi rostro, haciendo una semi prisión para mí—. Esta noche tocamos por primera vez en el *Palais de la lumière*, me gustaría que fueses.

Parpadeo y frunzo el ceño.

—¿Quién más va? —inquiero apretando mi cuerpo aún más contra la puerta, sintiendo que la distancia entre nosotros es demasiado pequeña y mi estúpido cerebro no deja de suplicarme que me acerque un poco más a Ryan.

—Solo tú, si aceptas.

Mi ceño se frunce aún más.

—Si no va nadie más... ¿Por qué quieres que vaya yo? —pregunto en apenas un susurro.

—Quiero verte allí, porque mientras esté en ese escenario cantando, quiero que mis ojos solo encuentren los tuyos.

Mi corazón se para de golpe y el aire que iba de camino a mis pulmones, debe haberse confundido de dirección porque no siento oxígeno llegar hasta mi interior.

Y mi maldito cuerpo se estremece. Por él. Por sus palabras. Por lo que provoca en mí.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Ryan? —susurro, mis dedos se mueven con nerviosismo y tengo que ocultarlos tras de mí para que él no vea lo que me está provocando.

Con su mano libre, esa que no tiene apoyada en la pared, alza mi mentón y no puedo evitar entrecerrar los ojos cuando una oleada de calor recorre mi cuerpo al sentir la callosidad de sus dedos por culpa de las cuerdas de la guitarra.

—Por el momento me conformo con tu amistad —murmura, apenas a un par de centímetros de mi rostro.

Mi cuerpo se vuelve a estremecer y las palabras brotan de mis labios antes de poder controlarlas.

—Está bien, allí estaré.

Ryan esboza una amplia sonrisa y da un paso atrás, haciendo que el aire vuelva de golpe a mí, como si por su cercanía no hubiese podido respirar en condiciones.

—Te recojo en tu casa —dice, agarrando la bolsa de basura y pasando por mi lado para salir del pequeño cuarto.

Mientras le veo alejarse, no puedo evitar preguntarme qué narices estoy haciendo.



Después de salir a dar el paseo más largo que ha recibido *Apolo* en su vida para intentar calmar los nervios que invaden mi cuerpo, me ducho y me preparo, aún sin creermelo haber aceptado ir al concierto de Ryan.

No es al primer concierto de él al que voy, me repito mientras ondulo mi cabello con la plancha del pelo. Es como todos los anteriores a los que he asistido, solo que en esta ocasión no habrá nadie más allí conmigo. No tendré el escudo que siempre han sido mis amigos para mí.

Al salir de mi habitación me encuentro con Jessica que acaba de llegar a casa y se para frente a mí con el ceño fruncido.

—¿Te vas de fiesta y ni siquiera me has avisado? —inquire cruzándose de brazos fingiendo indignación.

Esbozo una sonrisa nerviosa. Puede que en otro momento me plantease no ser sincera sobre lo que voy a hacer esta noche, pero después de la conversación de esta mañana, quiero contarle la verdad.

—Ryan me ha invitado al concierto que dan hoy —digo mordiéndome el labio inferior.

Jessica abre los ojos, asombrada, y hasta ese momento no se percató de lo que sostengo entre mis manos. Ese objeto que se ha pasado cinco años escondido en mi armario.

—Y viene a recogerte en moto. —Apunta con la cabeza al casco que Ryan me regaló tantos años atrás—. No pensé volver a verte sacar eso, recuerdo cuando hace dos inviernos querías tirarlo a la basura.

Me estremezco al recordar el día que desperté de una horrible pesadilla en la que veía a Ryan e intentaba acercarme a él. Ryan me miraba por encima del hombro y caminaba en dirección contraria a la mía, haciéndome imposible llegar hasta él.

Cuando desperté, quise deshacerme de lo poco que me quedaba del chico que destruyó mi corazón.

—He pensado que es una tontería tenerlo en el fondo del armario cuando puedo darle un uso.

—¿Estás segura de lo qué estás haciendo? —inquire posando una de sus manos sobre mi brazo.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, Jess —gimo, pasándome una de las manos por el cabello ondulado—. No sé si estoy corriendo hacia un acantilado sabiendo que al fondo solo hay afilados picos que acabarán conmigo.

Mi mejor amiga esboza una compasiva sonrisa.

—Si te caes por un acantilado, te ayudaré a salir de él y a recomponerte —asegura.

No puedo evitar avanzar hacia ella y estrecharla entre mis brazos.

—Te quiero tantísimo, Jessica —susurro antes de separarme.

—Lo sé. —Sonríe con satisfacción—. Por cierto, vas preciosa.

—¿De verdad? —inquiero girándome hacia el espejo del pasillo para poder comprobar mi aspecto.

El cabello ondulado lo tengo echado sobre el hombro izquierdo, los ojos tienen un maquillaje en tonos suaves para compensar el rojo intenso de mis labios. He optado por ponerme una camiseta roja ajustada, de manga larga y por encima del ombligo, con un diseño irregular en

colores blancos y negros, bajo mi chaqueta de cuero, junto a unos vaqueros oscuros y mis botines.

Jessica aparece a mi lado en el reflejo del espejo.

—Siempre estás preciosa, pero hoy aún más.

Una pequeña sonrisa se instala en mis labios a la vez que el sonido de mi teléfono reverbera en la estancia.

—Me parece que tu carruaje ya ha llegado, amiga mía.

Saco mi móvil del pequeño bolso que llevo colgado del hombro y miro que, en efecto, Ryan me ha mandado un WhatsApp —esa tarde, antes de salir del trabajo, intercambiamos números de teléfono— para avisarme de que está en el portal esperándome.

Me muerdo el labio inferior, observando la pantalla de mi móvil y entrecierro los ojos en una súplica silenciosa a lo que haya allí arriba para que no me permita volver a tropezar con la misma piedra.

—Tengo que irme —digo al abrir los ojos y encontrarme a Jessica observándome.

—Claro, no te esperaré despierta —comenta mientras me empuja hacia la puerta—. ¿Llevas preservativos?

Me giro con brusquedad hacia mi mejor amiga.

—¡No voy a acostarme con Ryan!

Jessica suelta una baja risotada y me da un último empujón para que salga de casa.

El trayecto en el ascensor se me hace eterno, mis manos tamborilean sobre mi muslo mientras espero a que las puertas se abran.

Al salir a la calle, no me cuesta distinguir a Ryan al otro lado de la verja del portal, esperándome mientras observa la fachada del edificio, como si fuese la cosa más entretenida que hubiese visto en toda su vida.

Cuando abro la puerta, sus ojos se posan en mí y me quedo paralizada mientras su mirada me recorre con lentitud. Su vista se queda incrustada en el llamativo casco de color negro decorado con rayos rosa fosforito.

Los ojos de Ryan se mueven con lentitud hasta encontrarse con los míos.

—¿Lo has guardado todos estos años? —inquire con un hilo de voz, como si le hubiese costado formular esas palabras.

No puedo apartar la mirada de la suya, no cuando se ha llenado de tantas emociones que se me hace imposible poder funcionar con normalidad. Porque ahí, entre todo ese tumulto de emociones, puedo apreciar un alivio que jamás podría haber imaginado del chico que tengo frente a mí.

—Es demasiado bonito como para deshacerme de él. —Intento formar una sonrisa mientras me acerco a Ryan.

Sus ojos siguen estancados sobre el casco que sostengo y sus labios se alzan con timidez.

—Sí, lo es. —Asiente con la cabeza y desvía la mirada hasta encontrarse con la mía—. No pensé volver a ver ese casco nunca más.

—¿Le tenías mucho aprecio? —pregunto esbozando una sonrisa.

—Recuerdos —Se encoge de hombros—. Sobre todo, del día que te lo entregué.

Mis mejillas se sonrojan al instante, recordando el día de mi décimoctavo cumpleaños.

—Eres un idiota, Ryan Wells —mascullo.

—Un idiota que te ha hecho sonrojar, ¿no decías que no te sonrojabas conmigo? —Alza una ceja, comenzando a caminar hacia donde tiene aparcada la moto a un par de metros más allá.

Entrecierro los ojos y no respondo, pero hasta mí llega la ligera risa que escapa de sus labios.

—Menos mal que no he traído el casco de repuesto y he confiado en tu palabra —comenta, mientras agarra su propio casco que está enganchado al manillar de la moto de color negro.

Observo al chico mientras se coloca el casco, cómo los músculos de sus brazos y hombros se contraen bajo la chaqueta de cuero negra que lleva puesta, haciendo que mi boca se seque.

—¿Miras algo que te llame la atención? —Me reprende, pillándome con los ojos en él.

Me recompongo al instante.

—No sé de lo que hablas —mascullo por lo bajo.

Ryan se da la vuelta, tiene la visera del casco subida, por lo que me deja ver la intensidad de su mirada verdosa con la diversión grabada en ella.

El chico me arrebató de un ágil movimiento el casco de las manos, ganándose un insulto de mi parte por culpa del susto.

Cuando sus dedos se posan en mi cabello, me quedo completamente quieta. Aparta algunos mechones de mi cara, dejándolos caer por mi espalda antes de colocar con cuidado el casco en mi cabeza.

Mi corazón se salta una pulsación.

Sus manos rozan mi cuello, mandándome miles de sensaciones por el cuerpo, provocando que mis rodillas comiencen a temblar mientras me abrocha el casco.

—Ya está.

—Podía hacerlo yo sola —replico, tragando duro.

—Lo sé, pero quería hacerlo yo. —Y a pesar de que no puedo verle el rostro al completo, sé que está sonriendo.

Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos un segundo para poder controlar la agitación de mi interior. ¿Qué ha cambiado? ¿Cómo es posible que hace unas semanas le odiase con todo mi ser y ahora mi corazón reaccione así ante él?

Me alejo un paso de Ryan y él no vuelve a decir nada más, como si supiese que necesito mi espacio si no quiere que salga corriendo de vuelta a mi casa.

Cuando se monta en la moto, me mira por encima del hombro, esperando a que yo haga lo mismo.

Durante el trayecto hasta *Palais de la lumière* intento mantener toda la distancia que me permite el vehículo del chico que lo conduce, intentando mantenerme escondida de lo poco que queda del muro de mi interior que me protegía de él.

No tenemos que hacer la cola infinita de la discoteca, ya que Ryan tiene una tarjeta de trabajador del lugar, por lo que entramos sin problemas y nos introducimos en el minúsculo espacio del ascensor. Agradezco internamente que no estemos solos y nos acompañen un grupo de personas.

Cuando las puertas se abren, Ryan me hace un gesto para que le siga y así lo hago hasta que nos introducimos en uno de los pasillos que no me había percatado de que existían. En el interior hay diversas puertas y el chico se mete en una de ellas. La estancia es pequeña, tan solo cuenta con un minúsculo sofá, un tocador y una mini nevera. En la sala se encuentran los *Merlens*, que al verme aparecer junto a Ryan me observan con asombro.

—¡Emma! —exclama Travis, alzando una mano en forma de saludo—. ¿Cómo tú por aquí?

—Viene a acompañarme —responde Ryan, quitándose la chaqueta de cuero y dejándola en el perchero que hay al lado de la puerta.

—Sí, eso ya lo hemos visto —masculla Irina, dejando con más fuerza de la necesaria el pintalabios morado oscuro en el tocador—. Pero ¿por qué?

Aprieto los labios, posando los ojos en la pelirroja, la chica que intentó dejarme mal la otra

noche frente a mis amigas.

—Porque me ha invitado —replico— y creo que no hay ninguna norma donde se diga que no pueda venir a veros, así que quita esa cara de molestia.

Adam que estaba observando la pantalla de su teléfono móvil, alza los ojos con rapidez, haciendo que su larga melena oscura se mueva tras él.

—Uy —dice con simpleza, paseando la mirada entre ambas.

Irina separa los labios, decidida a decir algo, cuando Travis se acerca a ella y posa una mano en su hombro.

—No pasa nada porque Emma venga a vernos, cuanta más gente mejor, pelirroja —dice con una agradable sonrisa—. Sabemos que no os lleváis muy bien, pero por el bien de todos, guardaros los rencores para vosotras y así no arruinamos el ambiente, ¿de acuerdo?

Ambas asentimos con la cabeza y los labios apretados en una fina línea.

—¿En cuánto salimos? —inquire Ryan, quien tiene la mandíbula en tensión, provocando que se le marque una vena en el cuello.

—Diez minutos —responde Enzo, acercándose a la mini nevera para agarrar una botella de agua, desde donde me encuentro puedo apreciar que es la única bebida que contiene.

Ryan asiente y agarra mi casco para dejarlo en el suelo, al lado del perchero junto al suyo.

—¿Te apetece que vayamos a por unas bebidas? —pregunta, cuando se ha vuelto a incorporar.

—Por favor —suspiro deseando salir de ahí y alejarme de los ojos azules que me taladran con odio.

Ryan posa una de sus manos en el bajo de mi espalda, provocando que un agradable escalofrío me recorra el cuerpo. Volvemos a la discoteca que está hasta arriba de gente a pesar de no ser fin de semana. Nos movemos entre las personas que se mecen y conseguimos llegar a la barra.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un refresco de naranja.

El chico alza una ceja con diversión.

—¿Nada de alcohol?

—Prefiero mantenerme sobria cerca de ti —contesto con sinceridad.

Una sonrisa enorme inunda los labios de Ryan a la vez que da un paso en mi dirección y se agacha para dejar su rostro a mi altura.

—¿No crees poder controlarte cerca de mí si llevas una copa encima?

Ruedo los ojos.

—Ryan, tienes un pensamiento de ti mismo demasiado alto —respondo, posando un dedo en su pecho, apartándolo un paso de mí—. No necesito tener que controlarme a tu alrededor, porque no provocas nada en mí.

Una sonora carcajada brota sus labios y unas de sus manos vuelan hasta su abdomen, haciendo que me cruce de brazos.

—Eso es la cosa más divertida que has dicho nunca, *mon amour*.

—Deja de llamarme «mi amor» —replico mosqueada.

Ryan hace un gesto con la mano para llamar la atención del barman.

—¿Por qué no debería llamarte así? —inquire y acto seguido pide al chico tras la barra mi bebida.

—Porque no soy tu amor.

Ryan esboza una media sonrisa haciendo que lo poco que queda de mi muro de protección amenace con derrumbarse.

—¿Estás segura de eso?

Y esas cuatro palabras consiguen secarme la boca, haciendo que miles de recuerdos inunden mi mente: noches en vela observando la pantalla de mi móvil, esperando una llamada que nunca llegó.

Puede que Ryan tuviese sus motivos para huir y que su pasado le siga persiguiendo hasta el día de hoy. Pero si de verdad me hubiese querido, si su amor hubiese sido verdadero, nunca se habría marchado sin una despedida.

Jamás me habría destrozado del modo que lo hizo.

Me remuevo, incómoda y cuando el barman deja mi bebida en la barra, me abalanzo hacia ella y le doy un largo trago, arrepintiéndome de que no lleve nada fuerte para aplacar las emociones que llevaban muchos días sin hacer acto de presencia.

Ryan me contempla con el ceño fruncido, como si no consiguiese entender a qué ha venido mi cambio de humor.

—Deberías volver con los *Merlens*, estáis a punto de salir a tocar.

No le miro al hablar, me concentro en la multitud que hay a nuestro alrededor. El malestar se ha instalado en mi pecho, recordándome todo lo que he olvidado en los últimos días.

Recordándome que no puedo confiar en Ryan.

Que no puedo perdonar.

Ryan abre y cierra la boca como si quisiese decir algo, pero finalmente asiente con la cabeza y se marcha por el mismo lugar por el que hemos llegado.

Me muevo entre la gente, con un nudo en el pecho y me instalo lo más cerca posible del pequeño escenario.

Los minutos transcurren hasta que la música se apaga de golpe al igual que las luces de la discoteca, varios murmullos se alzan con indignación, cuando de repente un foco se enciende, enfocando al pequeño escenario donde los *Merlens* se encuentran. El vello de mi cuerpo se eriza al verlos allí arriba y al instante mis ojos localizan unos verdosos observándome.

Con lentitud, Ryan deposita un beso en la púa, un gesto que lleva haciendo años. Siempre usa la primera púa que su madre le regaló cuando era un niño.

Sin apartar los ojos de mí, toca el primer acorde.

Mis piernas tiemblan.

Los demás instrumentos se unen y reconozco al instante la canción.

Ryan aparta los ojos de mí cuando comienza a cantar *Do I wanna know?* De Arctic Monkeys.

Apenas lleva un par de frases cantadas cuando sus ojos vuelven a encontrarme y mi cerebro olvida como se respira

*Have you no idea that you're in deep?
I dreamt about you nearly every night this week*

No es una simple canción, lo sé en lo más profundo de mi ser, como pasó la última vez que cantó, sé que Ryan me está hablando.

Sé que me está diciendo lo que siente y su última revelación... Joder, conozco la canción y quiero huir de aquí antes de que mi corazón se acelere.

*How many secrets can you keep?
Cause there's this tune I found
That makes me think of you somehow
And I play it on repeat
Until I fall asleep
Spilling drinks on my settee*

Su voz lo envuelve todo, el resto del mundo acaba de desaparecer, ya no siento los empujones de la gente ni el calor sofocante de la discoteca porque Ryan y yo acabamos de transportarnos a un lugar muy lejos donde somos los únicos habitantes de la Tierra.

*Maybe I'm too busy being yours to fall for somebody new
Now, I've thought it through
Crawling back to you*

Me tambaleo porque no puedo escucharle decir estas cosas, porque su última declaración, con esos intensos ojos verdes posados sobre mí, ha conseguido derrumbar el muro que protege a mi maltrecho corazón.

*Been wondering if your heart's still open
And if so, I wanna know what time it shuts
Simmer down and pucker up
I'm sorry to interrupt, it's just I'm constantly on the cusp
Of trying to kiss you*

Me doy la vuelta, rompiendo el contacto visual con Ryan. Mi cuerpo se ha calentado por una maldita canción, por la forma ronca en la que su voz se ha deslizado por sus labios... En la barra le pido al barman una bebida fuerte que me entrega con rapidez, ya que toda la clientela se encuentra embobada observando a los *Merlens* y el talento innato que tienen.

No me separo de la barra hasta que la canción termina, hasta que estoy segura de que los daños que Ryan pueda causar en mí son remediables.

El alcohol consigue calmarme y disfruto del resto del concierto. Ryan canta como los malditos ángeles y tan solo posa sus ojos de vez en cuando en mí para esbozar una media sonrisa antes de seguir paseando la mirada entre la gente que enloquece cuando su voz se desgarran y se alza hasta hacerte sentir que estás alcanzando el cielo.

Cuando el concierto termina, la banda no vuelve a la sala en la que estaban antes de mi llegada junto a Ryan, sino que se acercan a mí para no dejarme más tiempo sola.

Evito la mirada del chico de cabello castaño porque su primera canción sigue arraigada en mi interior.

Sus declaraciones me han afectado más de lo que debería.

—¿Cómo ha estado el concierto? —inquieta Travis con emoción.

—Increíble, ya os veo triunfando por todo el país.

—¿Solo del país? —interviene Enzo, pasándose una mano por los mechones azulados de su cabello.

—¡Del maldito mundo! —exclama Travis con ojos brillantes y me puedo percatar de la sonrisa que se apodera de los labios de Ryan al observar a su amigo emocionado.

—¡Vamos a celebrar que hemos hecho el maldito mejor concierto del mundo! —exclama Adam—. ¿Qué queréis beber? Invito yo.

—Nosotros nos vamos —interviene Ryan, posando un brazo sobre mis hombros y no puedo evitar tensarme, ¿en qué momento ha llegado hasta mí?

Adam le mira con una sonrisa pícaro en los labios e Irina agarra a Enzo del brazo murmurando algo y alejándose con el chico hacia la barra.

—¿Vais a hacer algo con lo que necesitáis menos ropa?

Resoplo con fuerza y me aparto a un lado, provocando que el brazo de Ryan caiga de mis

hombros.

—Vamos a ir a cenar —responde el chico de ojos verdosos—, porque no creo que mi cuerpo pueda soportar alcohol sin nada de comida.

—Como si fuese la primera vez que te pasas el día pegado a una botella de ron sin ingerir nada sólido —replica Travis.

Me giro hacia Ryan con el ceño fruncido, pero el chico solo aprieta la mandíbula y se gira en mi dirección.

—¿Tienes hambre?

Asiento con la cabeza, no es que me esté muriendo de hambre, pero... Tengo que hablar con él. Preguntarle por la canción y en una discoteca repleta de gente, no es la mejor opción.



Nos sentamos en un restaurante de comida rápida en el centro de París que no cierra hasta altas horas de la madrugada, ya que en las proximidades hay discotecas y saben que es perfecto tener abierto para que cuando la gente se canse de bailar y les entre hambre, puedan ir allí a seguir gastando su dinero.

Ryan llega con los dos crepes de jamón y queso junto a las bebidas. Cenamos en silencio, cada uno metido en sus propios pensamientos. Por mi parte, no puedo sacarme de la cabeza la canción, repetida en bucle en mi mente.

Al finalizar la cena, salimos del establecimiento, caminando bajo las pocas estrellas que se ven desde París.

—¿Por qué has dicho esas cosas? —No puedo contener más la pregunta en mi interior.

Ryan frena sus pasos y se gira en mi dirección.

—¿Qué cosas?

—La canción —mascullo entre dientes—. No era una canción sin más, ¿verdad? Me estabas queriendo decir algo.

Ryan retoma su paseo, ignorándome completamente lo que provoca que me hierva la sangre, estire mi mano y le agarre del brazo, frenándole.

El chico suspira con fuerza y con su mano libre se frota los ojos.

—¡Responde! —exijo, apretando la mandíbula.

—Era una simple canción, puedes tomarla como quieras —dice, posando sus ojos en los míos, sin quitar mi mano que sigue sobre su brazo.

—No me mientas.

—¿Quieres saber la maldita verdad, Emma Campbell? —inquire suspirando. Asiento con la cabeza—. Desde hace cinco malditos años te tengo incrustada aquí. —Se señala con fuerza el pecho—. Soy incapaz de sacarte de ahí y no creas que no lo he intentado miles de veces, porque lo he hecho. Pero eres imposible de olvidar y cada vez que te tengo cerca, solo pienso en tus labios, en volver a sentirlos sobre los míos, en tenerte como te tenía hace tanto tiempo.

Mi cuerpo se paraliza, ya que mi cabeza no es capaz de procesar sus palabras.

—Ahí tienes tu verdad, ahora te irás porque ha sido demasiado para ti, ¿no?

—No. —Trago duro, aunque sí que quiero huir y esconderme en mi habitación porque mi maldito corazón se ha emocionado por sus palabras—. Yo pregunté y tú respondiste.

—¿No vas a decir nada más?

—No —mascullo, comenzando a caminar, con el corazón martilleando con fuerza en mi pecho y la suave brisa removiendo mi cabello.

Ryan no aguanta mucho mi silencio, ya que cuando llegamos a un cruce poco transitado por las altas horas de la madrugada, me agarra de la mano, separándose del paso de peatones y acercándose a él.

Tomo una profunda bocanada de aire, pero lo único que consigo es aspirar su suave aroma.

—Di algo —súplica, con apenas un hilo de voz.

Mi corazón se acelera, y una parte de mí quiere decirle que, a pesar de los años, yo tampoco he podido sacarle de mi corazón. Que he estado con muchas personas, pero que ninguna de ellas era él.

—Ryan... No sé qué decirte. —Me remuevo nerviosa; sin embargo, su agarre es fuerte, lo que provoca que acabe aún más apretada contra él—. Esto solo hace que las cosas se compliquen... Llevo años controlando estos sentimientos, manteniéndolos dormidos, pero....

Trago duro, su atenta mirada no se despegaba de mí, esperando a que continúe hablando.

—¿Pero? —inquire, con la voz enronquecida.

—Estás haciendo que despierten, que vuelvan con fuerza y no los puedo controlar, Ryan. Lo intento, pero cada vez son más fuertes.

El chico suelta todo el aire que había estado conteniendo y las comisuras de sus labios se alzan, en una pequeña y casi inadvertida sonrisa.

—Joder, *mon amour*.

Y sin previo aviso, los labios de Ryan impactan sobre los míos y sus manos aferran mis mejillas como si temiese que fuese a apartarme.

Qué iluso.

Le correspondo al beso, con ganas, con desesperación.

Mis manos se aferran a su camisa y su lengua me abre los labios para encontrarse con la mía.

No sé qué estoy haciendo, mi parte racional me suplica que me detenga, que aún estoy a tiempo, que no es demasiado tarde.

Pero mando a la mierda a mi parte racional y me acerco aún más a él, profundizando el beso.

Me siento como si llevase semanas en el desierto y Ryan fuese una gota de agua.

El chico se separa apenas unos centímetros, lo justo para apoyar su frente sobre la mía, con la respiración entrecortada y aún agarrándose con suavidad de las mejillas.

—No huyas —me suplica.

Mi corazón se parte un poco con la desesperación de su voz.

—¿Qué quieres hacer? —consigo decir con apenas un hilo de voz y las emociones desbordadas.

Ryan se toma unos segundos para responder, pasa una de sus manos por mi cabello donde enreda uno de sus dedos en un mechón.

—Me conformo con sentarnos bajo las estrellas.

Porque tanto él como yo sabemos que ir a más sería un terrible error.

—Está bien.

La fiesta de cumpleaños

Ryan.

Mi cabeza rememora lo ocurrido cuatro días atrás; las palabras dichas, aquel beso que pareció revivir mi maltrecho corazón y el agradable rato que vino después, como si los años no hubiesen pasado, como si el dolor nunca hubiese inundado nuestros corazones.

En aquel momento, Emma no huyó de mí como había creído que haría, sino que volvimos a ir a *Champ de Mars* y nos sentamos bajo las estrellas durante horas, hablando, contándonos todos esos momentos que el uno se perdió del otro en los últimos cinco años.

Pero sí ha huido.

Porque después de aquella maravillosa noche, Emma dejó de responder a mis mensajes y en el trabajo cambió dos turnos para así no tener que coincidir conmigo.

Joder, ¿qué puedo hacer para que deje de alejarse de mí? ¿Qué puedo hacer para poder volver a ganarme su confianza?

Sé que le hice daño, sé que probablemente jamás consiga recuperar del todo su confianza hasta que no le cuente lo que sucedió aquel maldito día en el que mi vida se derrumbó. Pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta, sin querer salir de ella.

—¿Tierra llamando a Ryan?

Parpadeo varias veces, abandonando mis pensamientos para posar la mirada sobre Irina, que se encuentra apoyada en lo que en su día fue la barra de un bar y que ahora nos sirve de zona de almacenaje en el local que usamos para ensayar.

—¿Sí?

—Vamos a ir a tomar unas cervezas, ¿te vienes?

La contemplo por varios segundos y mi ceño se frunce al percatarme de algo de lo que hasta este momento no me había dado cuenta.

Irina es una mujer explosiva en todos los sentidos, le gusta destacar y llevar ropa y maquillaje llamativo, pero hoy... Se ha trenzado la melena pelirroja, dejando que le caiga por la espalda y su maquillaje es sutil. Lleva una blusa blanca y una falda de campana del mismo color que el cielo en un día despejado.

¿Por qué está cambiando su forma de vestir?

—Venga, vente —dice Adam, posando uno de sus brazos por encima de mi hombro.

—Claro, no entro al trabajo hasta dentro de unas horas.

Un trabajo que solo cogí porque ella estaba allí, un modo de estar más cerca de Emma.

Mi pecho se comprime al pensar que no volveré a verla hasta la semana que viene, ya que se ha ido junto a sus amigas de viaje por la despedida de soltera de Julie.

Terminamos en un bar cerca de donde mis amigos viven y pasamos una agradable tarde. Había olvidado lo que era salir con ellos a tomar algo, en las últimas semanas me he mantenido

bastante alejado del grupo, pero en el tiempo que pasamos en el bar, entre conversación y conversación, los demonios de mi interior no hacen acto de presencia. Incluso Irina parece ser la misma que hace meses, cuando el disgusto y la decepción no surcaban su rostro.

—¿Qué es esto? —inquieta Adam, que lleva un par de cervezas de más en el cuerpo, con la mirada posada en su móvil.

—¿Han cancelado algunas de tus telenovelas turcas? —inquiero alzando una ceja.

—No, Julie nos ha metido a todos nosotros junto a Gabriel y Ethan en un grupo llamado «Cumpleaños de Emma» —responde, enseñándonos la pantalla de su móvil.

Al instante me tenso y recuerdo que apenas quedan un par de días para que sea el cumpleaños de la chica de ojos tormentosos... ¿Cómo he podido olvidarlo?

Agarro mi móvil y entro en el grupo para comprobar que ha llegado un nuevo mensaje.

Julie:

Antes de nada...

Julie:

QUEDA COMPLETAMENTE
PROHIBIDO HABLAR CON EMMA DE
LO QUE SE DIGA EN ESTE GRUPO.



Emma.

—No sé qué pretendéis, pero es muy injusto que hayáis tomado la decisión de acabar con mi vida, justo el día de mi cumpleaños —me quejo mientras mis amigas me guían por un terreno irregular.

Mis ojos están tapados con un pañuelo que me ha puesto Jessica cuando he bajado a desayunar al restaurante del hotel donde llevamos quedándonos toda la semana. Sophie y Julie me tienen agarrada cada una de un brazo, guiándome para que no me caiga por culpa de las rocas del terreno.

—Queda poco para que lo descubras —responde Julie y por su tono de voz me percato de la emoción que siente.

—¿Será rápido? —inquiero dramatizando—. No quiero agonizar, un golpe seco en la cabeza me bastará.

—¡Por Dios, Emma! —exclama horrorizada Sophie. De fondo se escucha la risa de Jessica—. No vamos a matarte, de momento.

—Llevo casi media hora con los ojos cerrados, empiezo a ponerme nerviosa.

—¡Ya estamos! —exclama Julie.

—¿Puedo quitarme el pañuelo? —inquiero con impaciencia a la vez que una pequeña sonrisa emocionada se apodera de mis labios.

Alguna de mis amigas comienza a desatar el pañuelo que me impide ver, cuando no hay nada en mis ojos, los abro, pero tengo que parpadear varias veces para acostumbrarme al sol cegador que impacta contra mi rostro.

—¡Feliz cumpleaños!

Ante mí se encuentran los *Merlens* junto a Gabriel y Ethan.

Tras ellos hay una gran pancarta que reza: «¡Felices 23, Emma!»

Y el lugar... Es impresionante. Nos encontramos en una cala vacía, salvo por nosotros y está decorada para la ocasión. Una manta gigante con cestas de pícnic en ella y una nevera de mano. Hay una zona con varias tumbonas y flotadores para el mar. Entre dos palmeras han colocado una hamaca y todo el lugar tiene farolillos, ahora apagados.

Esto es...

—¿Emma? ¿Sigues viva? —escucho decir a mi mejor amiga.

—A lo mejor sí que la hemos matado —comenta a mi lado Sophie mientras pasa una de sus manos por delante de mi cara.

Me aclaro la garganta, sintiendo cómo un sollozo quiere escapar de mi interior y tengo que parpadear un par de veces para apartar las lágrimas de mis ojos.

—Esto es increíble —murmuro.

Y es entonces cuando una avalancha de personas se me echa encima, abrazándome y cantándome el cumpleaños feliz.

Una carcajada escapa de lo más profundo de mi ser.

Todos los brazos de mi alrededor desaparecen, dejándome un segundo de aire tras los minutos de felicitaciones.

Es entonces cuando mis ojos se posan en aquellos que me han estado persiguiendo en mis sueños durante los últimos días.

Ryan esboza una pequeña sonrisa mientras se acerca a mí.

—Feliz cumpleaños, Emma.

Mi cuerpo se estremece al escuchar el modo en que pronuncia mi nombre, como si estuviese saboreando cada letra.

—Gracias.

Los latidos de mi corazón se aceleran y me siento una estúpida por no haberle respondido durante la última semana a ninguno de sus mensajes.

Veo que separa los labios para decir algo más justo en el mismo instante en el que alguien grita:

—¡Vamos al agua!

Aparto los ojos de Ryan y observo cómo mis amigos corren hacia el mar, sin pensar un segundo en lo helada que está el agua.

—¡Ven, Emma! —grita Jessica, quien ya se ha lanzado al mar.

Me separo de Ryan y por el camino me deshago del fino vestido playero que llevo puesto, dejándolo caer a la arena.

Mis pasos se ralentizan según me acerco al agua, aún con el recuerdo de cuando el primer día que llegamos fui a bañarme en el mar y casi muero de hipotermia por lo fría que estaba.

Las puntas de los dedos de los pies se me mojan cuando una ola me alcanza y no soy lo bastante rápida como para quitarme. Un chillido escapa de mis labios y escucho las risas de mis

amigos.

¡Odio el agua fría!

Estoy dispuesta a volver sobre mis pasos, dejarme caer en una de las tumbonas cuando siento que mis pies abandonan el suelo y unos brazos me agarran por la cintura.

Mis ojos se abren alarmados, al comprender que Ryan me lleva directa al mar congelado.

—¡No, no, no! —chillo aterrada cuando se introduce en el agua y me salpica por todo el cuerpo.

—¡Claro que sí! —le escucho gritar entre risas.

Un último grito escapa de mis labios cuando los brazos de Ryan dejan de sujetarme y me sumerjo con fuerza en el agua.

Salgo a la superficie boqueando como si de un pez me tratara, completamente helada y me encuentro a Ryan a apenas unos pasos de mí riendo a carcajadas.

—¡Serás idiota! —exclamo con indignación, sin embargo, una sonrisa se apodera de mis labios antes de ir a por él.

Y en este momento no hay nada en mi interior, ese dolor que me lleva acompañando durante años, parece haberse desvanecido.

Salto contra Ryan y le hago una llave, intentándolo hundir en el agua, pero parece un muro inmóvil, salvo por su pecho que no deja de vibrar por las carcajadas que en ningún momento han abandonado sus labios.

Enrosco mis brazos en su cuello y una de mis piernas entre las suyas y tiro con fuerza de él.

—¿Estás segura de esto? —inquire un segundo antes de que me agarre de la cintura y se deje caer hacia delante, hundiéndome con él en el agua.

Mi pecho impacta contra el suyo y sus brazos se aferran aún más a mí, haciendo que mi corazón lata tan deprisa que puede que esté a un segundo de que me dé un infarto.

Sin darme cuenta, envuelvo mis piernas en la cintura del chico cuando este sale del agua conmigo enganchada a él como si fuese un mono.

—¿Contenta?

—No —mascullo jadeando para recuperar el aire.

Y no es hasta ese momento que me percató de la poca distancia que hay entre nosotros, de que todo su cuerpo se encuentra pegado al mío y sus labios apenas están a un centímetro de los míos.

La respiración se me entrecorta al percatarme de que un bulto roza en mi bajo vientre.

—Eso es muy inapropiado —consigo decir, apenas un susurro.

Ryan traga duro.

—Inapropiada ha sido la forma en la que todo tu cuerpo se ha pegado al mío.

Se muerde el labio inferior, y una de sus manos que se encuentra en mi cintura, se desliza por mi espalda, mandando una oleada de placer por todo mi cuerpo.

La piel se me eriza al sentir sus dedos recorriendo mi espalda en lentas caricias, provocando que un sonidito escape de mis labios.

—Y ese gemido, es mucho más inapropiado, *mon amour* —dice en un gruñido bajo, justo cuando siento cómo el bulto de su bañador se endurece aún más.

Mi corazón se acelera y el deseo invade todo mi ser.

Joder, ¿qué me está pasando?

Al instante me alejo de Ryan y caigo al agua. Aunque lo último que quiero es separarme de él, no cuando mi cuerpo anhela el suyo, no cuando mi enfado crece al tener que apartarme del chico porque sé que no estamos solos en esta cala.

—Yo... —Trago duro—. Voy a salir a tomar el sol.

Me apresuro a poner la mayor distancia posible entre nosotros, porque sé que, si no lo hago, no sé durante cuánto tiempo más voy a poder contener lo que todo mi ser me pide a gritos.



Me alejo de la fuerte música que sale de los altavoces de la fiesta que han montado mis amigos en la cala. No sé en qué momento el lugar se ha llenado de gente que baila, bebe y canta a todo pulmón las canciones que retumban por todo el sitio.

Observo a mis amigos divertirse y una pequeña sonrisa se instala en mis labios cuando me doy la vuelta dispuesta a buscar un sitio donde poder sentarme para que mis cansadas piernas puedan descansar unos minutos.

Apenas doy un par de pasos cuando alguien se interpone en mi camino, al instante mi cuerpo se estremece ante el recuerdo de lo sucedido esta tarde. El modo en el que me calenté y deseé poderle sentir en mí.

—Ryan. —Su nombre escapa de mis labios.

Sus ojos se oscurecen como si sus pensamientos hubiesen ido al mismo sitio en el que estaban los míos.

—¿Escapándote de tu propia fiesta de cumpleaños? —inquire con una ceja alzada.

—¿Tan malo sería? Esto ya no es mi fiesta de cumpleaños. —Río al ver a los desconocidos—. Y estoy un poco cansada.

—En ese caso llego en el mejor momento —comenta, haciendo que ahora sea yo la que alce mis cejas—. No he tenido la oportunidad de darte mi regalo.

Mis mejillas se sonrojan al instante y me maldigo por ello.

—No es necesario que me regales nada.

—Lo sé, pero quería hacerlo, aunque no está aquí.

—¿No? —Mi ceño se frunce al instante.

—Tendrías que acompañarme.

Me remuevo con nerviosismo, mordiéndome el labio inferior.

Ir con Ryan, tener un momento a solas.

Maldita sea, claro que quiero. Pero una vocecilla en mi interior, esa que siempre intenta mantenerme protegida, me dice que si le sigo podría pasar una línea de la que no habría retorno.

—¿A dónde quieres ir?

—Una vez te dije que te llevaría a ver las estrellas... Creo que ahora es el momento perfecto.

Necesito esos ojos llenos de tormentas en mi vida

Ryan.

El rostro de Emma se ilumina cuando termino de hablar y un precioso brillo se apodera de su grisácea mirada.

La chica no se niega a acompañarme, sino que parece ilusionada con nuestra pequeña escapada mientras caminamos hasta donde he dejado aparcada la moto.

Hace unas horas cuando planeé todo esto, lo hice sin expectativas, creyendo que ella se negaría, que no querría dejar su propia fiesta de cumpleaños para acompañarme.

Cuando llegamos hasta la moto, agarro el casco de repuesto que traje, solo por si acaso, y doy un par de pasos en su dirección.

Emma se muerde el labio inferior con indecisión, y algo en mi interior se remueve con brusquedad cuando mi vista se posa en él. Sus labios son perfectos con esa forma de corazón, haciéndolos carnosos y queriéndome perder en ellos como tantas otras veces he hecho en el pasado.

Pero joder, me aterra dar un paso en falso y terminar espantándola.

Me coloco el casco entre las costillas y el brazo para evitar que se caiga mientras doy un último paso hacia ella. Emma se vuelve a morder el maldito labio, sin saber que está tentando al diablo en este momento y no sé si mi fuerza de voluntad va a aguantar mucho más.

—Te voy a apartar el pelo —aviso antes de que mis dedos se enreden en su sedoso cabello, ahora despeinado por las horas en el mar y la arena, pero eso no hace que se vea menos guapa, sino al contrario, parece una diosa guerrera que acaba de salir victoriosa de una batalla.

Siento cómo se estremece mientras le echo el cabello hacia atrás, apartando algunos mechones rebeldes de su rostro.

Cuando he colocado con cuidado el casco en su cabeza y ajustado para que vaya cómoda y protegida, me percato de que desde que ha aceptado acompañarme, no ha dicho ni una sola palabra y un miedo en mi interior sale de su escondrijo con fuerza.

—Si no quieres venir, no hace falta que me acompañes solo por compromiso —me apresuro a decir—. No quiero que te sientas obligada a hacer esto.

Puedo apreciar tras la visera del casco gris como una pequeña sonrisa se apodera de sus labios.

—Quiero ir, Ryan.

Mierda, la suavidad con la que ha dicho esas tres palabras son suficientes para que desee poder besarla y pasarme la noche entera venerándola como si ella fuese mi religión.

—¿Segura?

Una de sus cejas se alza con diversión a la vez que su sonrisa se ensancha.

—Ryan Wells, ¿estás nervioso?

Sin poderlo contener, una risotada consigue escapar por mis labios a la vez que siento cómo

mis mejillas enrojecen.

¿Qué me estás haciendo, Emma?

—No, para nada —me apresuro a decir mientras me doy la vuelta, poniéndome el casco y montándome con más rapidez de la necesaria en la moto.

Tan solo un segundo después, Emma toma asiento detrás de mí y, a diferencia de otras veces, enrosca con decisión los brazos en mi cintura a la vez que apoya su cabeza en mi espalda.

Mi pecho vibra lleno de emociones que cada vez son más constantes en mi interior.

Pensaba que esto jamás volvería a suceder, creía que no pasaría tiempo junto a ella, que no la vería sonreír y reír, mucho menos acompañarme a un sitio desconocido, confiando en mí.

Ese órgano, que hasta hace poco pensaba que había muerto y reducido a cenizas en mi pecho, se agita emocionado y esperanzado.

El trayecto en moto no es largo, tan solo son diez minutos, pero la velocidad a la que vamos es reducida para poder alargar este instante un poco más.

El lugar al que nos dirigimos lo encontré hace unos años, antes incluso de que conociese a Travis y al resto de los *Merlens*, durante aquellos primeros meses que me encontraba en un país extraño, con una lengua que no terminaba de entender. Una de esas noches que sentía que mis demonios por fin me iban a llevar a la oscuridad para apagar todas mis emociones, conduje hasta llegar a aquel alto acantilado rocoso, dispuesto a saltar.

Caminé hasta el borde, hasta que las puntas de mis pies tan solo tenían el vacío bajo ellas. Decidí alzar la mirada al cielo, cargar mis ojos de una última imagen antes de cerrarlos y saltar, pero lo que vi me lo evitó.

El cielo estrellado, iluminado con la más de las tenues luces salidas de aquellos soles demasiado lejos.

Me quedé observando el cielo más tiempo de lo previsto, hechizado por las estrellas, hasta que escuché su voz detrás de mí. Llamándome. Sabía que era una alucinación, que Emma no estaba allí, pero, aun así, me di la vuelta y la vi a escasos dos metros de donde me encontraba.

Y sonrió, una amplia sonrisa que hizo que las lágrimas comenzasen a caer por mis mejillas. Una de esas sonrisas que por aquel entonces pensaba que no volvería a ver salir de ella.

—No puedes saltar, Ryan —dijo, apenas un hilo de voz brotó de esos labios que en ningún momento habían dejado de sonreír.

—¿Por qué? —No fui capaz de decir nada más, aunque tenía mil palabras atascadas en la garganta.

—Porque, ¿has visto esas estrellas? Brillan, iluminan la noche —comentó, alzando su rostro al cielo, haciendo que su larga melena cayese por su espalda—. Cada vez que las miro pienso que estás en alguna parte, observando las mismas estrellas que yo veo. Que, de algún modo, las estrellas son nuestras. Aunque no estemos juntos, cuando nuestras miradas se alzan al cielo, siento que estás a mi lado, cantándome bajito, al oído, en aquel lago que siempre será nuestro. Pero Ryan, si tú no estás observando las mismas estrellas que yo veo, no me quedará nada. Me habrás dejado para siempre.

Sus ojos volvieron a buscar los míos, ahora, llenos de lágrimas que consiguieron hacerme estremecer.

—Y no puedes dejarme sola.

Sabía que era una maldita alucinación provocada por las drogas y el alcohol de mi organismo, pero volví a alzar la mirada al cielo a la vez que la Emma irreal se desvanecía en la noche y entonces, pude sentirla, a la Emma real. Observando el cielo, donde nuestras miradas se encontrarían entre las estrellas.

Sabía que, si algún día subía hasta ese acantilado, quedaría embelesada por las vistas. Ese día no salté, pero me senté en la roca, a una prudente distancia del vacío. Los ojos posados en el cielo deseando que la Emma real estuviese a mi lado.

Aparco la moto en el pequeño descampado que hay antes de que las piedras del acantilado aparezcan.

Emma se queda un par de segundos, más de los necesarios, agarrada a mí, como intentando alargar este momento, pero se estremece y se separa con rapidez para bajar de la moto. La sigo tan solo un segundo después.

La chica ya se ha quitado el casco y colocado lo mejor posible el cabello detrás de sus orejas.

—¿Qué es este lugar? —pregunta mirando a nuestro alrededor.

Entiendo su confusión. La noche es tan oscura que apenas se ve que estamos en un acantilado, apenas se puede apreciar el mar más allá. Pero si nos acercamos un poco, podrá ver lo que quiero que observe.

—Ven —digo, tendiendo mi mano hacia ella.

Emma acepta mi mano sin pensar, haciendo que mi vista se baje un segundo a donde nuestros cuerpos se entrelazan. Una pequeña sonrisa se apodera de mis labios. Dejo los cascos en la moto, sin soltar su mano y tiro de ella para que me siga.

Freno nuestros pasos a tan solo unos pocos del vacío, a mucha más distancia que la última vez que estuve aquí arriba.

Un sonido de asombro escapa de los labios de la chica.

—Parece como si el mar y el cielo se estuviesen fusionando, como si las estrellas también brillasen en el mar —la escucho murmurar, dando un paso adelante, pero la atraigo hacia mí, haciendo que su espalda choque contra mi pecho. Por nada en el mundo dejaría que se acercase tanto al vacío.

Me quedo unos segundos aturdido al sentir cómo Emma se acomoda en mí, mis brazos enroscados en su cintura. Mi respiración se acelera, pero poso la mirada al frente.

No eres capaz de apreciar dónde termina el mar y donde empieza el cielo, pero al fondo parece que las estrellas están en el mar. Son unas vistas mágicas.

—¿Cómo sabías de este lugar? —inquire, alzando un poco la mirada para poder verme.

—Una noche te encontré aquí. —Las palabras escapan de mis labios, pero no me arrepiento de ellas, por lo que continúo hablando—. Me dijiste que cuando mirabas el cielo, sentías que estábamos juntos, porque ambos estaríamos observando lo mismo.

Aprecio una pequeña sonrisa en sus labios.

—No me equivocaba —la escucho murmurar antes de volver a posar los ojos al frente—. Las estrellas siempre nos han unido de una manera única.

Mi corazón se acelera.

—¿Mirabas las estrellas pensando en mí?

Una débil risa escapa de sus labios, la melodía más hermosa jamás escuchada. Podría hacer una maldita canción hablando tan solo de ese débil sonido que ha salido de ella.

—Sí, había veces en que las miraba odiándote, porque Ryan, te odié más que a nadie. Pero en otras ocasiones, les suplicaba a las estrellas que te trajeran de vuelta a mi lado. Sea como fuere, siempre que las miraba, eras tú el que se colaba en mi mente.

La abrazo más fuerte, siendo incapaz de articular palabra.

—Es el mejor regalo —asegura en un susurro, apoyando su cabeza en mi pecho.

Y si pudiese, detendría las agujas de todos los relojes del mundo para quedarme en este instante.

Podría morir en cualquier momento, y solo por estos escasos minutos así con ella, como si los años no hubiesen pasado, me iría de este mundo más que satisfecho.

—No es lo único que tengo para ti —digo separándome de ella, sacando una fuerza de voluntad que no sabía que tenía, porque hubiese pagado un millón de euros por mantenerme más tiempo abrazándola.

—¿No? —Alza una ceja, dándose la vuelta para observarme.

—No.

Una pequeña sonrisa se instala en sus labios a la vez que pasea la mirada por el lugar, y sus ojos encuentran aquello que dejé horas aquí, rezando para que ningún desgraciado que pasase por el lugar lo viese y decidiese llevárselo.

—¿Eso es tu guitarra? —Abre los ojos, sorprendida.

Miro el mismo punto que ella observa, mi guitarra descansa junto a mi mochila, tapada lo mejor posible con una fina sabana que he cogido prestada de la habitación del hotel.

—Así es —asiento, acercándome a mis cosas.

—¿Me vas a tocar una canción?

—No una canción cualquiera.

Coloco la sábana en el suelo, extendida lo máximo posible y dejo la mochila sobre ella mientras le hago un gesto a Emma para que tome asiento. Lo hace sin dudarlo, sin apartar los ojos de mí, a la espera de que haga algo.

Me siento frente a ella y saco la guitarra de su funda y la posiciono sobre mi muslo derecho.

Cierro los ojos.

Y comienzo a tocar.

*Llevaba años al borde del abismo, perdido en la oscuridad
llevaba años maldiciéndome por haberte apartado,
rogando por un minuto más a tu lado.
Rogando por una de tus sonrisas.*

*Cantándole a las estrellas todas esas palabras que ya no podía decirte.
Contándole a las luces que iluminan el cielo lo que siento,
hablándoles de tu voz, hablándoles de tu risa.
Suplicando por un segundo más a tu lado.*

*Y me concedieron ese deseo en forma de tormenta,
te trajeron de vuelta a mi lado en forma de huracán.
Arrasaste mi vida, la pusiste patas arriba y reviviste mi corazón.*

*Y ahora, mientras te observo escribir, puedo estar seguro de que...
No quiero volverte a apartar, no puedo volver a perderte,
Necesito esos ojos llenos de tormentas en mi vida.*

*Pero las palabras se siguen atascando en mi garganta,
aquel día sigue grabado en mi piel,
Pero mon amour, dame tiempo, que podré hablarte de ello,
mon amour, déjame contarte que, aunque no pueda ser el de antes,
puedo ser mejor, puedo acompañarte, puedo cogerte de la mano.
Puedo ser lo que necesites.*

*Porque ahora te observo y puedo escucharte tararear,
y mi corazón está martilleando mi pecho, suplicando por un beso.
Puedo escucharte cantar y mi corazón súplica por una caricia.
Por eso observo las estrellas, pidiendo por ti.*

*Y me concedieron ese deseo en forma de tormenta,
te trajeron de vuelta a mi lado en forma de huracán.
Arrasaste mi vida, la pusiste patas arriba, reviviste mi corazón.*

*Y ahora, mientras te observo escribir, puedo estar seguro de que...
No quiero volverte a apartar, no puedo volver a perderte,
necesito esos ojos llenos de tormentas en mi vida.*

Mon amour, déjame decirte que jamás dejé de quererte.

Mis dedos se demoran un par de segundos más de los necesarios, tocando los acordes que acompañan la canción, temeroso de lo que pueda suceder cuando el silencio caiga entre nosotros. Cuando me percate de que esta canción ha sido para Emma.

—Ryan...

Alzo la mirada y me encuentro con sus ojos llenos de lágrimas que no ha permitido que escapen.

Dejo la guitarra a un lado, tragando duro, sin saber qué decir.

—Yo... —Las palabras se atascan en su garganta y cierro los ojos.

Se va a ir.

Lo sé incluso antes de que me pida que la lleve de vuelta a su fiesta.

Todo pasa tan rápido que ni siquiera soy capaz de darme cuenta de lo que está sucediendo.

Pero siento su peso donde antes estaba mi guitarra y sus labios sobre los míos en una caricia suave en la que me pide permiso.

Y joder, a ella le daría el mundo entero si me lo pidiera.

Por eso le devuelvo el beso, disfruto esos labios con sabor al cóctel que ha tomado un rato atrás, perdiéndome en su boca que me devora hasta el alma.

La rodeo con mis brazos, estrechándola contra mi cuerpo, fundiéndome en su calor. Sus manos enredadas en mi cabello, mi corazón a punto de explotar.

Con cuidado, nos muevo a los dos hasta dejar a Emma tumbada en el suelo, mi cuerpo sobre ella. Mis labios abandonan los suyos para explorar su mandíbula y su cuello con el sabor al mar pegado en la piel.

El gemido que escapa de lo más profundo de su ser me hace estremecer y desearla aún más.

Sus manos exploran mi cuerpo, como tantas otras veces ha hecho, pero en esta ocasión acaricia con lentitud, reconociendo un terreno que lleva muchos años sin explorar.

Cuando sus manos tiran de mi camiseta, agarro con delicadeza su rostro, haciendo que vuelva a abrir los ojos.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunto porque, aunque no deseo nada más que perderme en ella, necesito escuchar que también quiere esto.

Asiente con la cabeza, los labios hinchados y entreabiertos.

—Necesito escucharlo, *mon amour*.

—Te he echado de menos, Ryan —murmura, sus ojos grises casi negros, la luz de la luna y las estrellas iluminando parcialmente su perfil, maldita sea, podría ser una sirena que se ha escapado

del mar para pasar una noche con un simple mortal como lo soy yo—. Quiero esto más que nada en el mundo.

Y no necesito más para sacarme con rapidez la camiseta y volver a perderme en sus labios. Ya no es un beso de suaves caricias, nos acabamos de introducir en uno lleno de deseo salvaje, de años anhelando al otro, de reconocimiento.

Nuestras lenguas se saludan como viejas amigas y nuestras manos saludan el cuerpo del otro mientras nos desprendemos de la ropa, primero su vestido y después mis dedos acarician los finos tirantes del pequeño bikini blanco que lleva.

—No sabes lo loco que me ha estado volviendo este bikini —murmuro, mis dedos acariciando su cuello, el recorrido hasta la parte trasera donde se encuentra el lazo que mantiene todo en su lugar.

—¿Y a que esperas para quitarlo? —dice con la voz entrecortada, alzando la mirada, encontrándose con la mía.

Trago duro, sintiendo cómo todo mi cuerpo tiembla de anticipación.

Deshago el lazo y tiro del pequeño bikini hacia un lado y la contemplo con determinación.

Los finos hombros, el hueso de su clavícula que se marca y un poco más abajo, dos redondos pechos con los pezones endurecidos por el deseo y... Ahí está, ese pequeño lunar al lado del pezón derecho que siempre me ha vuelto loco.

—Eres tan perfecta como te recordaba —murmuro. Mis dedos se posan en su garganta, que sube y baja y voy moviéndolos hacia abajo, haciendo que la chica se estremezca. Pasan por el valle de sus pechos en una caricia que consigue sacarle uno de esos sonidos que tanto me ha gustado siempre escuchar.

—Ryan —murmura, una súplica en la voz.

—Déjame saciarme de ti, *mon amour* —ronroneo.

Deshago los lazos de ambos lados de su cadera, sacando la última tela que esconde su cuerpo de mis ojos.

Trago duro cuando siento la boca seca.

Acaricio su muslo, la piel tan suave como la recordaba, ahora erizada por lo que le está provocando mi tacto al cuerpo.

Emma se remueve debajo de mí cuando mis dedos rozan la parte alta de su muslo, muy cerca del epicentro de su ser.

Una de sus manos viaja hasta mi cuello y me atrae hacia ella, sus labios apenas tardan un instante en buscar y encontrar los míos, en un beso que me deja sin respiración durante unos segundos en los que creo que he perdido por completo la cordura.

—Puedes saciarte de mí más tarde —jadea contra mis labios—, pero si ahora no entras en mí, voy a volverme loca, Ryan.

Y no necesito más para deshacerme de mis bermudas y estirar la mano hacia mi mochila y sacar de ella un preservativo y ponérmelo.

Emma se coloca debajo de mí, abriéndome el paso en dirección a lo que estoy seguro de que es el cielo.

Bajo las estrellas y con el sonido de las olas rompiendo en el acantilado, nos fundimos en uno solo. Mi cuerpo encaja a la perfección en el suyo, como si ambos hubiésemos sido hechos para el otro, dos piezas de un mismo puzzle en el lugar adecuado.

Al principio me muevo despacio, esperando a que la chica se adapte a mí, pero cuando suelta un leve suspiro y abre los ojos con ese deseo grabado en ella, sé que está lista.

Y las estrellas son testigos de cómo dos personas que pensaban que jamás volverían a unirse,

lo hacen como si los años no hubiesen pasado, como si los daños jamás hubiesen ensuciado nuestros corazones.

Porque ahora que la tengo a ella, aferrada a mí como si fuese su único punto de apoyo en el mundo, sé que no he sido nunca tan feliz como en este instante.

De un rápido movimiento, Emma cambia las tornas, dejando mi espalda apoyada en las rocas y ella sentada sobre mí.

Maldita sea, la luz de la luna la impregna como a una divinidad.

Se mueve dejando caer la cabeza hacia atrás y con los labios entreabiertos de los que salen pequeños sonidos que me enloquecen.

Aferrándome a sus caderas, dándole el completo control a ella, me dejo caer por esa espiral de placer, y cuando siento que mi miembro es apretado por ella y mi nombre sale como un grito de sus labios, me dejo llevar por su orgasmo, llegando al mío tan solo unos segundos después.

Sus ojos se posan en los míos y una pequeña sonrisa se apodera de su rostro antes de que se acerque a mí para besarme con una ternura que jamás creí volver a recibir de su parte.

Con cuidado se quita de encima de mí y se tumba a mi lado, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Eso ha sido...

—Perfecto —murmuro, atrayendo su cuerpo aún más al mío.

—Gracias, Ryan —dice, tras unos largos segundos.

—¿Por qué?

—Por darme el mejor cumpleaños.



Emma.

Cuando abro los ojos, aún es de noche y lo único que puedo ver son las estrellas sobre mi cabeza. Me remuevo en la gélida roca, enrollada en la suave sábana para evitar que la brisa nocturna me haga tener frío. Pero en ese momento me percaté de que cuando me quedé dormida, estaba acurrucada sobre un pecho que ya no está a mi lado. Me incorporo con rapidez, a la vez que una suave melodía llega hasta mí.

Mis ojos se posan en Ryan, de espaldas a mí y sentado en una roca a unos cinco metros de distancia, tocando flojito la guitarra para no despertarme. Una pequeña sonrisa se apodera de mis labios mientras escucho la melodía envolviendo el lugar.

Al instante recuerdo la canción que me regaló, solo para mí.

Mi sonrisa se ensancha, porque esa canción es esperanza para mi pobre corazón, ahora sin la protección de aquella muralla que lo mantenía a salvo de Ryan.

Me estiro hacia la mochila para buscar la botella de agua que el chico me dijo que tenía en ella, cuando la saco, una pequeña bolsita que se había pegado a la botella, cae al suelo delante de mí.

Me pongo rígida al comprender que es maría.

Agarro la bolsita con fuerza, sintiendo las palabras en la punta de la lengua. Desvío la mirada hacia Ryan, que sigue tocando la guitarra, sin darse cuenta de que he despertado.

Quiero levantarme y acercarme a él para preguntarle qué le pasa, quiero ayudarlo, saber por qué cree que necesita esta mierda. Pero sé en lo más profundo de mi ser que si hago eso, la noche quedará arruinada. Y puede que sea un poco egoísta, pero no quiero que termine ni se estropee, por eso guardo la bolsita dentro de la mochila, prometiéndome que en otro momento intentaré hablar con él.

Porque no puedo permitir que se pierda en esa mierda.

Bebo agua y tras dejarla en su lugar, me pongo en pie, aferrada a la sábana como única prenda de ropa y camino hasta Ryan. Está tan absorto en la canción que está componiendo que ni siquiera se percata de mi presencia.

Me siento en la roca a su lado y sonrío. Ahora, aquí más cerca puedo notar cómo canta muy bajito, apenas consigo entender lo que dice, pero... Mi corazón vibra con fuerza en mi pecho, y en mi estómago comienzan a revolotear unas mariposas que pensaba que se habían extinguido.

—Me gusta cómo suena —digo, abrazándome las rodillas.

Ryan se confunde de acorde, haciendo que la guitarra emita un ruido terrible, antes de que se gire hacia mí con los ojos abiertos como platos. Una carcajada escapa de mi interior.

—¿Emma? —inquire a la vez que la comisura de sus labios se alza—. ¿Te he despertado?

—No, apenas se escucha la guitarra desde allí —respondo contemplándole con el cabello despeinado y los ojos cansados, pero con un brillo que puede competir con el de las estrellas—. ¿No has dormido?

Niega con la cabeza, apartando la guitarra a un lado.

—No dejes de tocar —me apresuro a decir—, me gusta escucharte.

Su sonrisa se hace con todo su rostro cuando vuelve a coger la guitarra.

—¿Qué quieres que toque?

—Me da igual, lo que quieras.

Posa su mirada en el instrumento y acto seguido comienza a tocar unos arpeggios suaves que me hacen estremecer, poco después la música aumenta de intensidad hasta que explota a mi alrededor. No hay voz, no es necesaria, tan solo el sonido del instrumento es más que suficiente.

Me acerco aún más a él y por puro instinto, dejo caer mi cabeza en su hombro y cierro los ojos disfrutando de la melodía que despierta como un huracán todo aquello que pensaba que había enterrado muy en el fondo de mi corazón. Pero ahora, sin esa muralla que me proteja, no puedo hacer nada para que todos esos sentimientos se apoderen de mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo nos pasamos así, en completo silencio, salvo por la música que toca y el oleaje del mar, puede que hayan sido minutos o horas.

Aparta la guitarra a un lado y me agarra con cuidado para dejarme sobre sus piernas.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado? —inquire, apartando algunos mechones rebeldes de mi rostro.

—¿Por qué debería arrepentirme?

—Porque tú me odias, Emma —responde con un suspiro, acariciando mi mejilla con la yema callosa de sus dedos.

Mi cuerpo se estremece y cierro los ojos, disfrutando de su tacto.

—Yo no te odio, Ryan. Puede que hace un mes sí lo hiciese, pero ahora... —Trago duro y poso la mirada en la suya, que no se ha apartado en ningún momento de mí—. No sé qué ha pasado, pero... No encuentro ese sentimiento en mi interior, puede que sí haya otros, como la duda, un poco de rencor y de dolor, pero el odio... El odio ha desaparecido.

Una pequeña sonrisa se apodera de sus labios.

—Me hubiese gustado retroceder en el tiempo para hacer las cosas de otra forma y así evitar

que el dolor aún te persiga —murmura, bajando la mano que tenía en mi mejilla a mi cuello, después un poco más abajo, colándola entre la sábana que me cubre.

Mi corazón se acelera y el cuerpo se me calienta en tiempo récord.

—Me hubiese gustado no apartarte de mi lado —continúa, la sábana cae de mis hombros, dejándome completamente desnuda para él. Ryan traga duro, sus ojos contemplándome—. Me hubiesen gustado tantas cosas...

Sé que sus demonios están ganando la batalla y no puedo permitirlo, por lo que le agarro del rostro y le beso, pero no es un beso suave, porque eso no es lo que necesita en este momento. Es un beso salvaje que hace que su cuerpo se estremezca y me apriete contra él, haciéndome conocedora de lo que le estoy provocando.

—Te dije que podrías saciarte de mí más tarde —susurro contra sus labios.

Un gruñido de aceptación escapa de su interior cuando sus manos me agarran del trasero y me sienta a horcajadas sobre sus piernas. Al instante me muevo, sintiendo cómo se endurece bajo el bañador.

Sus labios abandonan los míos para dejar besos por todo mi cuello y clavícula, haciendo que un gemido escape de mis labios. Sus besos bajan más hasta que su boca se apodera de uno de mis pechos que muerde con la fuerza justa para hacer que un grito de placer escape de los más profundo de mi ser.

—No sabes cuanto he añorado a estos dos —jadea, agarrando uno de mis pechos mientras besa y muerde el otro—. Tanto como lo he hecho contigo.

Una risa escapa de mis labios y vuelvo a mover mis caderas sobre él.

—Pero también he echado de menos otra cosa —susurra, dando un pequeño mordisco en mi pezón antes de separarse de ellos y tumbarme en el suelo—. He añorado tu sabor, *mon amour*, llevo cinco años hambriento de ti.

Mi cuerpo tiembla de anticipación mientras deposita castos besos por mi bajo vientre y sus manos aprietan mis muslos.

Me remuevo y Ryan ríe sobre mi piel.

—Eres tan impaciente como siempre.

—Hay cosas que nunca cambian —respondo, intentando controlar mi respiración agitada.

Ryan agarra una de mis piernas para colocarla sobre su hombro, mientras se hace hueco y agacha su cabeza. Al instante siento los labios en el punto exacto del epicentro de todo mi ser.

Su lengua me desmorona, haciéndome temblar como un flan. Mi cabeza se echa hacia atrás cuando su boca comienza a hacer maravillas, sabiendo mover la lengua y dónde tocar.

No todos los hombres saben hacerlo.

Pero joder, Ryan saca matrícula de honor.

—Tan exquisita como recordaba —gruñe contra mí.

Sin despegar los labios, uno de sus dedos se introduce en mi interior, haciéndome gritar de placer y ya no hay cordura en mí.

Me muevo sobre su mano, ayudando en mi propio placer, mientras él sigue ganándose aprobados en otra tarea mucho más placentera.

Un leve mordisco en esa parte tan sensible me hace subir hasta lo más alto de una montaña rusa y cuando hace ese movimiento con los dedos, que solo él sabe hacer, consigue que caiga al vacío, gritando su nombre mientras las sacudidas de placer me envuelven.

Deposita un suave beso cuando el orgasmo se desvanece, y un segundo después, sus labios están en los míos, dándome de probar mi propio sabor.

Eso me vuelve a encender.

Le devuelvo con ganas el beso, mis manos buscan la cinturilla de sus bermudas y la bajan, agarrándole a él y dándole placer. Un gruñido choca contra mis labios mientras le atraigo hacia mí.

—¿Alguna enfermedad contagiosa? —inquiero, sintiendo la cabeza de su miembro en mi apertura.

—Ninguna según el último examen.

—¿Cuándo?

—Hace un mes. —Vuelve a besarme—. ¿Tomas la píldora?

—Sí —respondo con rapidez.

Ryan suelta un gruñido de aprobación justo antes de empujar contra mí y un grito escapa de mis labios sentir su calor, al sentir su piel. Casi puedo caer a ese vacío otra vez.

—Me enloqueces —gruñe antes de besarme, haciéndome perder por completo el sentido.

Me aferro a él, mis uñas clavadas en su espalda y sus manos me acarician, queriendo memorizar cada detalle.

Mi cuerpo tiembla, las emociones se instalan en cada parte de mi ser, sin pensamiento de volver a ese lugar donde han pasado enterradas durante cinco años, y aunque eso me aterre, no me paro a pensar en ello.

Me muevo a la vez que él, lanzándonos a los dos hacia el tan apreciado orgasmo. Sus labios en ningún momento han dejado de susurrar mi nombre.

Ryan se deja caer sobre mí con cuidado, enterrando la cabeza en mi hombro con la respiración entrecortada.

—Jamás podría cansarme de esto, de ti.

Un enemies to lovers que no es tan enemies

Emma.

Apenas he conseguido dormir más de dos horas, ya que la fría piedra del acantilado no es el lugar más cómodo del mundo, pero... ni Ryan ni yo hemos querido abandonar aquel pequeño rincón que hicimos nuestro.

Una tonta sonrisa se apodera de mis labios ante los recuerdos de la noche anterior mientras introduzco los pies en la arena que hay debajo de mí. Cuando nos dimos cuenta de que estaba amaneciendo, recogimos nuestras cosas, nos montamos en su moto y condujo hasta una playa cercana. Mientras yo espero en la arena, Ryan ha ido a la cafetería que hay enfrente para comprar el desayuno.

No quiero pensar en lo que significa esta noche, en lo que sucederá a partir de ahora porque, aunque me haya gustado, aún no estoy preparada para pensar qué pasará entre nosotros.

El recuerdo de la bolsita con droga vuelve a mi mente, ha sido muy complicado mantener ese pensamiento alejado de mi cabeza toda la noche, porque algo en lo más profundo de mí me grita que le diga cualquier cosa, que intente hablar con él, pero... Sé que estropearé todo, que lo mejor será esperar hasta el día siguiente, cuando hayamos vuelto a París para tener esa conversación.

Porque es necesaria.

He visto personas que se han destrozado la vida por consumir drogas, otras tantas que han muerto en el proceso y... pensar que algo así le pueda suceder a Ryan, despierta un miedo que creía que ya había superado, que se había quedado en los días más oscuros de ese verano en aquel lago.

—Un café con mucho azúcar por aquí. —Su voz me sobresalta cuando se sienta a mi lado y me tiende el café junto a una bolsita de papel—. Ahí dentro hay un cruasán relleno de jamón y queso.

Mis tripas rugen en cuanto el olor llega hasta mis fosas nasales, haciéndome salivar.

—Gracias. —Sonrío, percatándome de lo relajado que parece mientras le da un sorbo a su propio café.

Es como si le hubiesen quitado años de encima, como si no llevase esa carga que siempre parece tener que soportar sobre sus hombros.

¿Tengo ese impacto en él?

—Ya sé que soy atractivo, pero si me sigues mirando así, me vas a desgastar —comenta con una ceja levantada, posando sus ojos en mí.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—No te creas, no hay gran cosa que mirar —respondo, llevándome el vaso de cartón a los labios para ocultar la pequeña sonrisa que se ha apoderado de mi rostro.

—Creo que anoche no pensabas lo mismo, no podías quitarme los ojos de encima —comenta encogiéndose de hombros y abriendo la bolsita con su cruasán.

—Si mal no recuerdo, eras tú el que dijo que quería saciarse de mí.

—Oh, eso... Creo que aún no me he saciado lo suficiente de ti, *mon amour*. Han sido cinco años, queda mucho por delante para que me sienta completamente saciado —ronronea con una voz sensual que provoca que todo mi cuerpo se erice ante el pensamiento de seguir repitiendo lo de la noche anterior—. ¿Debería dar por hecho que tus mejillas sonrojadas son indicativo de que estás de acuerdo?

Me muerdo el labio inferior, desviando la mirada del mar para posarla en unos ojos verdosos que se han oscurecido por culpa del deseo.

—Hay mucho tiempo que recuperar —respondo, sintiendo mi piel arder a pesar de la fría brisa mañanera.

Continuamos el desayuno dejando las conversaciones subidas de tono para otro momento y así evitar que algunos de los dos nos atragantemos mientras comemos.

Ryan me pregunta por la editorial y le hablo de la reunión que tuve una tarde con mi editora, cuando mis amigas se fueron a pasear por la orilla del mar. Fue mi primera reunión y me sentí en todo momento a gusto y feliz al ver la energía de mi editora al hablar de mi libro. Mientras se lo cuento, puedo percatarme de la expresión de orgullo que tiene Ryan. Él siempre ha creído en mí. Siempre me ha apoyado y ver que a pesar de todo aún lo sigue haciendo...

Cuando ya no hay más que contarle sobre la publicación de mi primer libro, las palabras salen solas de mis labios para hablarle de la novela que estoy escribiendo. No escondo ningún detalle, ni siquiera el hecho de que esta novela es muy personal para mí, ya que trata del dolor de perder a una persona a la que querías, pensar que jamás volverás a verla y después, un día, se presenta ante ti, poniendo toda tu vida patas arriba.

Ryan me mira con la sonrisa más hermosa en los labios, escuchándome con atención, sin interrumpir en ningún momento mi relato, lo que hace que mi pecho se hinche de una emoción a la que me da miedo ponerle nombre.

—¿Entonces estás escribiendo sobre nosotros? —pregunta con esa sonrisa que hace aparecer los hoyuelos en sus mejillas.

—¡No, claro que no! —respondo demasiado rápido y mi voz sale más alta de lo normal.

Ryan suelta una carcajada.

—No me describas como un ser odioso, no quiero que tus lectores se me echen encima —comenta, echando el rostro hacia atrás para captar todos los rayos del sol.

—No es nuestra historia —mascullo por lo bajo, pero hasta este momento en el que me paro a pensar en el libro que llevo varias semanas trabajando, me percaté de que tiene mucho más de nuestra historia de lo que había pensado.

—Me gusta cómo suena eso —dice con los ojos cerrados.

—¿El qué?

—Nuestra historia, solo nuestra, Emma. —La comisura de sus labios se alza—. En tu libro, ponnos un final feliz, seguro que allí es mucho más fácil resolver los problemas.

Mi cuerpo se estremece ante el bajo tono de voz con un ápice de melancolía, como si no tuviese fe en que esto que está sucediendo entre nosotros fuese a salir bien.

No hablamos más y cuando los más madrugadores llegan a la playa para dar paseos por la orilla del mar, nos levantamos y vamos hasta mi hotel. Por lo que sé, el de Ryan está a las afueras de la ciudad.

Cuando aparca y me bajo de la moto, me remuevo nerviosa, echando una rápida mirada a la

puerta antes de volver a posarla sobre él.

—¿Quieres subir?

No puedo ver bien su rostro por culpa del casco, pero veo cómo sus hombros se relajan en cuanto me escucha.

—Tienes ropa en la mochila, podrías ducharte en mi habitación y así ahorrarías tiempo de tener que ir hasta tu hotel y volver a aquí. —Justo antes de subírnos en la moto, llegó un mensaje de Julie, diciendo de comer todos juntos antes de tener que volver a París.

—Sí, está bien. Ahorro tiempo. —Asiente con la cabeza, sacándose el casco y bajándose de la moto. Se coloca la mochila a la espalda, ya que durante el trayecto de vuelta se la había puesto al frente para que yo pudiese ir lo más cómoda posible, teniendo en cuenta que llevaba su guitarra a la espalda.

Cuando llegamos al piso donde se encuentra mi habitación, la puerta de enfrente de la mía se abre y sale de ella un Adam con su larga melena recogida en un moño despeinado.

El chico para en seco al vernos a ambos.

Una de mis cejas se alza al ver a Sophie, con solo una camiseta ancha asomando su cabeza al pasillo para ver que ha hecho que Adam frene en seco sus pasos.

—¿Emma? —inquieta alzando una ceja, paseando la mirada de mí a Ryan.

—¿Sophie? —Hago lo mismo que ella, pero en su caso con Adam.

La castaña suelta una baja risa y se encoge de hombros.

Mientras tanto, Adam le dedica una amplia sonrisa a Ryan y le da un apretón en el brazo.

Abro la puerta de mi habitación y dejo pasar a Ryan primero, antes de que la cierre, la mano de Sophie se mete en medio.

—¿Debería avisar de que estarás muy ocupada para la hora de la comida? —pregunta con picardía.

—No, estaré allí a tiempo —respondo con un resoplido antes de quitar su mano de en medio y cerrar la puerta.

Dejo la guitarra de Ryan en la entrada y avanzo hasta el centro donde el chico se encuentra observando todo el lugar.

La habitación no es muy grande, tan solo tiene lo necesario, ya que cuando buscamos hotel, queríamos algo cerca de la playa y económico. No necesitamos más, tan solo iríamos a él a dormir.

Una cama grande adorna el centro de la estancia, frente a esta una televisión colgada de la pared, a un lado el pequeño armario donde está mi ropa guardada. Al lado de la entrada se encuentra el baño y al fondo de la habitación un gran ventanal con vistas al mar.

Ryan se sienta en la cama, posando los ojos en mí.

Mi piel vibra ante su atenta mirada.

Agarro ropa de mi armario y me dirijo al cuarto de baño. Tomo varias respiraciones antes de decir:

—¿No vienes?

Espero en silencio, sintiendo los nervios abriéndose paso en mi interior.

Cuando Ryan aparece por la puerta del baño, los nervios que hubiese podido tener, desaparecen con una respiración.

Le dedico una pequeña sonrisa y comienzo a sacarme con lentitud el vestido, sintiendo cómo sus ojos, a pesar de haber visto la noche anterior todo mi cuerpo sin ningún impedimento, me recorren con lentitud.

Dejo caer a un lado el vestido y paso con cuidado las manos por mi abdomen en una lenta

subida, rozando apenas mis pechos que han comenzado a doler por culpa del deseo. Mis dedos llegan hasta el lazo detrás de mi cuello, que desato dejando mis pechos al descubierto.

Un leve jadeo escapa del chico, pero no se mueve, como si se hubiese quedado pegado al suelo.

Me muerdo el labio inferior, este juego que tenemos ahora me está haciendo hervir, deseando que Ryan salga de su estupor y venga a por mí, pero no lo hace.

Por lo que me deshago de la última prenda de mi cuerpo.

Sus ojos me recorren sin ningún tipo de vergüenza y un dolor agradable se instala en mi bajo vientre.

Poso las manos en mis pechos, sin apartar los ojos de él. Los estrujo y un débil jadeo escapa de mi interior. Desciendo las manos por mi cuerpo hasta llegar al centro de mi ser.

—Aunque me encanta tocarme, Ryan, en estos momentos lo que quiero es tener tus manos sobre mí.

Y como si esas palabras hubieran roto el hechizo en el que el chico se encontraba hasta hace unos segundos, rompe la distancia que nos separa, plantando sus labios sobre los míos sin ningún tipo de delicadeza. Mi cadera choca contra la pared y jadeo ante las frías baldosas al encontrarse con las altas temperaturas de mi cuerpo.

Sus manos viajan hasta el centro de todas mis terminaciones nerviosas y comienza a masajear en círculos haciendo que un pequeño gemido escape de mis labios, pero el chico lo silencia con otro beso, mordiendo mi labio inferior en el proceso.

Me contorneo contra él mientras que mis manos le sacan con rapidez la camiseta para tirarla hacia el mismo lugar donde descansa mi vestido.

Mis labios viajan hasta su cuello y pecho, besándolo y saboreando la sal del mar impregnada en su piel.

Dejándome llevar por las emociones.

Tiro de sus bermudas y las bajo, Ryan de un rápido movimiento se las termina de sacar y de un momento a otro nos encontramos en el interior de la ducha, él aún masajeando de una manera gloriosa mi intimidad.

En estos instantes agradezco que la ducha del hotel sea grande y no de esas pequeñas en las que apenas entra una sola persona.

Una de sus manos, la que no está ocupada dándome placer, abre la llave del agua y al instante cae sobre nosotros, tan fría como imagino que debe estar en la Antártida.

Un grito sale de mis labios cuando me estrecho contra él, intentando escapar del chorro de agua.

Ryan suelta una carcajada que retumba entre las cuatro paredes y se apresura a poner el agua caliente.

Me empuja para quedar bajo el chorro sin dejar de mover sus dedos, pero en esta ocasión uno de esos dedos que hacen maravillas se introduce en mi interior, provocando que, en apenas unos segundos, alcance el clímax.

Cuando recupero un poco la respiración, empujo el pecho de Ryan hasta que su espalda choca contra la pared y una de sus cejas mojadas se alza y tan solo puedo dedicarle una media sonrisa antes de arrodillarme ante él.

Su respiración se entrecorta cuando agarro su miembro, completamente listo para mí y lo llevo hasta mi boca. Al instante su sabor salado inunda mis papilas gustativas y comienzo a mover la cabeza y la lengua por su glándula mientras una de mis manos le masturba.

—Joder, Emma —le escucho gruñir cuando una de sus manos se posa en mi cabeza,

ayudándome a llevar el ritmo que le gusta.

Lamo despacio, ganándome una sacudida de su parte y vuelvo a introducirlo en mi interior, llevando una de mis manos a sus testículos que masajeo. Su cuerpo tiembla y sé que está a punto de alcanzar su clímax.

—Para —dice con un gruñido ronco—. Quiero correrme dentro de ti.

Mi cuerpo arde y Ryan me agarra de los brazos, ayudándome a ponerme en pie.

Su boca se junta con la mía en un beso rápido y salvaje antes de darme la vuelta y dejarme contra la mampara transparente de la ducha, con unas vistas increíbles de nosotros dos en el espejo que hay enfrente.

Podría llegar al orgasmo gracias a la imagen que me brinda nuestro reflejo: ambos con el cabello mojado y revuelto, rostros enrojecidos; yo completamente desnuda, gotitas de agua cayendo por mis pezones y Ryan detrás de mí, más alto que yo.

Una de sus manos me agarra la larga melena y tira con suavidad de mi cabeza hacia atrás y siento cómo la punta de su miembro se abre paso entre mis piernas.

—No dejes de mirarnos, *mon amour* —gruñe contra mi oído—. Observa cómo nos damos placer.

Y, sin previo aviso, entra en mi interior. Mi cuerpo da una sacudida y Ryan comienza a moverse, enloquecido por el deseo.

Tengo que apoyar las manos en la mampara para evitar caer y en ningún momento aparto los ojos del espejo.

Mi cabeza ligeramente echada hacia atrás bajo el agarre de Ryan que tiene en mi cabello. Él mordiendo su labio inferior, conteniendo los gruñidos que amenazan con escapar de su interior.

La imagen es gloriosa.

—Mira cómo se mueven tus pechos, preciosa —dice un segundo antes de lamer mi cuello y agarrar uno de mis pechos, sin dejar de embestirme con una dureza que hasta este momento no sabía que tanto me gustaba.

O que había olvidado que me gustaba.

—Tócate para mí.

Y obedezco al instante, bajando una de mis manos hasta mi haz de nervios y comienzo a masajearlo.

Grito cuando su intensidad aumenta.

—Abre los ojos, *mon amour* —exige con un gruñido.

Los abro y nos observo: Ryan agarrando mis dos pechos, moviéndose con fuerza detrás de mí y mi mano masturbándome.

Y caigo en esa espiral de placer, gritando su nombre, sintiendo cómo el suelo bajo mis pies desaparece.

Ryan tarda apenas medio segundo más en conseguir su propio placer y me estrecha contra él cuando siente que mis piernas fallan.

Nos mantenemos varios minutos así, jadeando y recuperándonos de lo que creo que ha sido el mejor polvo de toda mi vida.

—¿Cuándo te has vuelto tan bueno en esto? —No puedo evitar preguntar cuando recupero la voz.

Ryan tan solo responde con una preciosa risa antes de salir de mí y depositar un suave beso en mi cabeza.

—Es mejor que comencemos con el baño.

La sonrisa que se instala en mis labios sé que será muy difícil hacerla desaparecer.



¿Es normal esta necesidad de tener que estar todo el rato tocando y besando a otra persona? Desde la noche anterior, desde que Ryan y yo volvimos a unirnos como uno solo, ninguno de los dos aguanta más de un par de minutos sin buscar al otro. Después de la más que agradable ducha que hemos tomado los dos, decidimos echarnos a dormir un poco antes de tener que reunirnos con los demás, pero... la verdad es que no lo hicimos.

Ahora que nos encontramos saliendo del hotel para dirigirnos al restaurante donde comeremos con los demás, no puedo evitar echar miraditas al chico que camina a mi lado, agarrándome con fuerza las manos para evitar que estas viajen por voluntad propia hasta su cuerpo. Si por mí fuese, no habríamos salido de esa habitación hasta dentro de un par de horas.

Creo que en menos de un día me he vuelto adicta a Ryan y me aterra que haya conseguido poner patas arriba todo mi mundo. En los últimos cinco años he estado con muchos chicos, siempre eran encuentros breves y solo con un par de ellos repetía. Después, cada uno seguía por su camino, sin la necesidad de volver a encontrarnos, pero con Ryan... joder, podría pasarme la vida entera en una cama con él.

—Estás muy callada —comenta cuando llevamos unos minutos caminando.

—Solo pienso.

—¿Y puedo saber en qué piensas?

Le lanzo una mirada que deja claro en qué lugar se encuentra mi cabeza, lo que hace que una media sonrisa se apodere de su rostro.

—Emma Campbell, te has vuelto toda una perversa, me asustas. —Dramatiza llevándose una mano al pecho.

Una risotada escapa de mis labios.

—Solo me gusta disfrutar del buen sexo. —Me encojo de hombros.

—¿Buen sexo?

—Oh, Ryan, no te hagas el sorprendido. Sabes perfectamente que te mueves bien y que tu lengua...

Mierda, me estoy convirtiendo en Sophie.

Ryan se ríe con ganas y niega con la cabeza.

—Cierto, soy muy bueno en lo mío.

Le doy un flojo golpe en el hombro que le hace volver a reír y... no puedo evitar quedarme observándolo. Lo relajado y feliz que parece. No recuerdo cuando fue la última vez que le vi así.

Creo que meses antes de que desapareciera, antes de que esa preocupación se instalase en él.

Ese pensamiento me hace estremecer y un tenue dolor atraviesa mi pecho ante los recuerdos de los siguientes meses después de que desapareciese.

¿Qué pasó?

¿Por qué se fue?

Quiero preguntar pero ayer, en aquella canción me pidió tiempo para hablar y sentirse preparado.

—¿Te gustaría volver a París conmigo en la moto?

Freno en seco y me giro hacia él.

—¿Lo preguntas de verdad?

—Claro, sé que siempre te ha gustado ir en moto y creo que eso no ha cambiado.

—No, no lo ha hecho, pero... Mis maletas...

—Puedo hablar con Enzo para preguntarle si puede llevar tus cosas en su coche y dejarlas después en tu piso. Cuando ellos quieran llegar, Jessica ya estará en casa.

Cierto, el avión que tenía previsto coger junto a mis amigas sale en tres horas y el vuelo dura menos de una hora por lo que...

—Me encantaría ir contigo. —Porque una parte de mí no quiere que acabe este día.

—Genial. —Sonríe.

Para cuando llegamos al restaurante, nuestros amigos ya están allí y al vernos aparecer juntos, sus miradas llenas de asombro se posan sobre nosotros.

Irina masculla algo por lo bajo que decido ignorar.

—¿Venís juntos? —inquire Travis.

—¿Acaso no lo ves? —replica con diversión su hermano que se encuentra sentado a su lado y que me guiña un ojo en forma de aprobación.

—Al final, el *enemies to lovers* que te negabas a aceptar, se ha convertido en una realidad — comenta Julie cuando Ryan y yo tomamos asiento en los dos únicos sitios que hay libre, cada uno a un lado de la mesa.

—No hay ningún *enemies to lovers* —replico.

—¡Vaya que no! —exclama Sophie—. ¡He visto cómo esta mañana os metíais en tu habitación y traías esa sonrisa que solo puede asegurar un buen polvo!

—¡Sophie! —exclamo indignada porque haya contado lo que ha visto horas atrás.

En ese momento me percaté de que Jessica tiene la mirada posada en Ryan y que este se la devuelve con una ceja alzada.

—¿Quieres decir algo, Jessica? —inquire el chico de ojos verdosos.

Al instante todos nos callamos en la mesa.

—Sí, claro que tengo algo que decir.

—Jessica... —Mi mejor amiga alza una mano, pidiendo silencio.

—Hiciste daño a Emma, nadie mejor que yo lo sabe porque estuve ahí para ayudarla a recoger los pedazos de su corazón, un corazón que tú destruiste. No sé qué hay entre vosotros, no sé si es sexo casual o algo más serio, pero solo tienes una oportunidad. Porque como vea que mi mejor amiga suelta tan solo una lágrima por tu culpa, te juro que no habrá rincón en el mundo donde esconderte, porque te voy a encontrar y no te va a gustar lo que te voy a hacer.

Joder, hasta a mí me ha dado miedo la voz y la intensidad con la que lo ha dicho.

Entrelazo mi mano con la de ella, ya que está sentada a mi lado y no me puedo sentir más afortunada por tener una amiga como Jessica.

—Si Emma vuelve a sufrir por mi culpa, entonces iré hasta ti para que hagas lo que tengas que hacer.

Mi amiga asiente satisfecha con su respuesta y esboza una amplia sonrisa.

—Entonces, ¿qué pedimos para comer? —inquire la rubia, dejando atrás esa conversación para meternos de lleno en otra.

Pasamos la comida entre risas y anécdotas de las fiestas a las que hemos ido durante esta semana, los días de playa y los largos paseos que hemos dado.

Para cuando me quiero dar cuenta, me encuentro en la moto con Ryan, aferrada a su cintura, disfrutando de la velocidad y el paisaje.

Sin duda mucho mejor que ir en avión.

Hacemos unas paradas por algunos pueblos por los que pasamos y nos llaman la atención y hacemos un turismo que apenas llega a media hora, pero que es más que suficiente para nosotros e immortalizamos nuestras caras en cada fachada bonita, ¡incluso con castillos de fondo!

Cuando estamos en mi portal ya está anocheciendo y una tonta sonrisa se ha instalado en mis labios.

—Gracias, Ryan.

—¿Por qué? —inquieta, metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero.

—Por el viaje, por darme el mejor cumpleaños que hubiese podido desear.

Una ancha sonrisa aparece en sus labios, al igual que esos hoyuelos en sus mejillas.

—No hay nada que agradecer, lo volvería a hacer una y mil veces más.

Mi estúpido corazón se acelera.

—Debería ir a casa.

Ryan asiente con la cabeza y me dispongo a abrir la verja, pero cuando voy a traspasarla, el chico me llama haciendo que me gire de medio lado para poder verle.

—¿Puedo invitarte una noche a cenar?

Mi corazón podría salirse en cualquier momento de su lugar.

—¿Cómo una cita?

—Sí, una cita.

Quiero aceptar, joder, sí que quiero aceptar, pero...

—No, Ryan.

Mis palabras impactan con fuerza en él, haciendo que la sonrisa de su rostro desaparezca.

—Porque si te concedo esa cita, tanto tú como yo sabemos que esto irá a más. Mira lo que ha pasado en un solo día, y... no me puedo permitir ilusionarme o avanzar más sin una explicación.

—Trago duro, con el corazón encogido en un puño—. Porque todo lo que empieza con secretos, termina mal y si entre nosotros tiene que pasar algo... No quiero que termine, Ryan.

El chico se queda en completo silencio, apenas parece que respire.

—Seremos amigos, te daré el tiempo que necesites y cuando te sientas preparado para hablarme de lo que pasó, tendremos esa cita y todas las que quieras.

Todo el aire sale de sus pulmones y de un segundo a otro Ryan se encuentra frente a mí, con sus manos sosteniendo mis mejillas.

—Eres demasiado buena para mí, *mon amour*. —Deja un casto beso en mis labios que hace que las piernas me tiemblen—. Pero tendré esa cita y todas las que vendrán después.

Sonrío, sí que sonrío. Creo que mi sonrisa se puede ver desde la otra punta del mundo.

Y sigo sonriendo cuando Ryan se aleja hacia donde está su moto.

24

Vuelta a casa

Emma.

A pesar de mis intentos desesperados por mantenerme concentrada en mi puesto de trabajo, es imposible. En tan solo cuatro horas ya he conseguido ganarme varias broncas de Claire. Pero es complicado prestar atención a lo que pasa a mi alrededor cuando mi mente tan solo puede pensar en lo sucedido en el último fin de semana, en cómo Ryan y yo nos sumergimos en una burbuja en la que solo había espacio para nosotros dos. Dejando todo atrás para disfrutar del presente, olvidando por completo el pasado.

Mi móvil vuelve a vibrar en el bolsillo trasero de mi pantalón, avisándome de la llamada que estoy recibiendo. Desde hace un rato alguien me está llamando y por culpa de la cantidad de personas que había en el restaurante no he podido responder.

Paseo mi mirada por el restaurante, ahora no tan lleno como horas atrás y decido que ausentarme un par de minutos para tomar el descanso que me toca, no hará ningún mal a mis compañeros.

Al salir por la puerta trasera siento los rayos de sol en mi rostro y una pequeña sonrisa se instala en mis labios, recordando cómo el día anterior el amanecer me dio la bienvenida sentada sobre la arena de una playa y bañando mi rostro por la tenue luz solar.

Deseo poder retroceder en el tiempo y volver a aquel acantilado y quedarme en esos instantes unos minutos más.

Mi móvil vuelve a vibrar y me apresuro a sacarlo del bolsillo en el que descansaba y ver que quien me llama es mi madre.

Al instante frunzo el ceño. En Portland son las ocho de la mañana, ¿por qué me llama tan pronto?

—¿Mamá? —inquiero con un deje de preocupación.

—Emma —suspira mi madre con la voz rota.

—¿Qué ha pasado? —Siento cómo el corazón se me acelera y el miedo se instala en mi pecho.

—Cariño, quiero que estés tranquila, ¿de acuerdo? —Su voz se rompe al terminar la frase.

—Mamá, ¿qué está pasando?

—Estamos en el hospital... —Un sollozo escapa de sus labios—. Tu hermano ha tenido un accidente de coche.

El mundo se detiene a mi alrededor, dejo de escuchar el sonido de la gente que pasea por la calle, los coches que atraviesan la avenida. Dejo de estar aquí y mi cabeza tan solo puede escuchar en bucle lo que mi madre acaba de decirme, sin comprender del todo lo que quiere decir.

—¿Emma? ¿Cariño, estás ahí? —La voz de mi madre me trae de vuelta a la realidad.

—¿Es grave? ¿Está bien? —inquiero con apenas un hilo de voz.

Mi madre se queda en silencio al otro lado de la línea y grandes lagrimones comienzan a caer de mis ojos.

—Mamá, Matt está bien, ¿verdad? —insisto.

Escucho un ruido al otro lado de la línea.

—Emma, ¿estás ahí? —habla mi padre.

—Papá, ¿y mamá? ¿Matt?

—Tu madre... Ahora no puede hablar —Mi padre, que siempre transmite seguridad y fortaleza cuando habla, ahora... No encuentro nada de eso en su voz—. Tu hermano está en quirófano, ha tenido un accidente grave. Iba al trabajo cuando otro coche invadió su carril y le sacó de la carretera. Está muy mal, Emma.

Tengo que apoyarme en la pared del callejón para evitar caer al suelo cuando mi cuerpo empieza a temblar con violencia.

—Se va a poner bien, ¿verdad, papá? —inquiero entre sollozos, intentando recordar cuándo fue la última vez que vi a mi hermano. Pero las navidades pasadas parecen un momento muy lejano y los recuerdos se han vuelto difusos en mi mente.

—Es pronto para saberlo, Em. Los médicos están haciendo todo lo posible.

Y me rompo en ese mismo instante. Y me odio por haber dejado a mi familia atrás, por no pasar más tiempo con ellos, por no poder estar ahora en ese hospital donde mi hermano mayor está luchando por sobrevivir.

—En unas horas estoy allí —respondo, limpiando con violencia las lágrimas de mi rostro.

—Pequeña...

—¡Voy a ir! —grito, incapaz de mantener la calma—. ¡Me necesita allí! Tengo que estar con él, tengo que verle...

No soy muy consciente del resto de la conversación, cuando vuelvo a entrar al restaurante ni siquiera me molesto en limpiar el maquillaje que mancha mi rostro, ni siquiera me molesto en intentar recomponerme, porque sé que será en vano.

Encuentro a Claire en el almacén, apuntando en un cuaderno lo que hay que reponer.

Cuando se percata de mi presencia, alza los ojos hacia mí, frunciendo el ceño y recorriéndome con la mirada.

—Espero que no tengas pensado salir así a trabajar, no quiero que espantes a la clientela, así que ve a lavarte la cara —dice, volviendo a posar la mirada en el cuaderno.

—Necesito tomarme unos días libres, ha pasado...

—Acabas de volver de vacaciones y ya te quieres marchar otra vez... Aquí solo queremos profesionales —replica, caminando hacia la puerta y pasando de largo de mí.

—Mi hermano ha tenido un accidente... Sabes que no soy de aquí, tengo que ir unos días a Estados Unidos —me apresuro a decir, conteniendo el llanto.

Mis compañeros de trabajo se giran hacia nosotras cuando pasamos entre ellos y sus ojos se quedan más tiempo posados sobre mí. También puedo sentir una mirada verdosa en mí, esa misma que no me podía sacar de la cabeza hasta hace unos minutos.

—Claire —digo con más dureza de la que pretendía.

—Emma. —Se gira con brusquedad hacia mí—. Me da igual la excusa que pongas, vas a seguir en tu puesto de trabajo.

La rabia se enciende en mi interior y sin pararme a pensar en lo que estoy haciendo, me desbrocho el delantal de la cintura y se lo lanzo a la cara. Al instante siento orgullo de mí misma por estar haciendo eso que llevo meses queriendo hacer.

—Lo dejo —digo entre dientes—. No voy a seguir trabajando en un lugar donde os importa

una puta mierda el bienestar de los trabajadores, donde si no te hacen la pelota y te alaban como una maldita diosa, les haces la vida imposible. Ojalá el restaurante quiebre y te quedes en la maldita calle.

La mujer abre los ojos, impactada por mis palabras, pero al instante suelta una alta carcajada que provoca que se me enciendan las mejillas y no precisamente de vergüenza.

Joder, le arrancaría los cuatro pelos que tiene en la cabeza, pero tengo prisa y no me puedo permitir ir a calabozo por una persona como ella.

—Me acabas de alegrar el día, Emma Campbell. Coge tus cosas y vete de aquí.

Me giro y me percató de que todos mis compañeros y algunos de los clientes sentados en sus mesas, tienen la vista posada en mí.

Me doy media vuelta y me apresuro a correr hasta los vestuarios para agarrar mis cosas y dejar este lugar atrás y no volver nunca más a él.

—Emma —escucho la voz de Ryan cuando voy a salir del restaurante.

—Ahora no puedo, Ryan —respondo saliendo a la calle. Sus pasos suenan detrás de mí y un segundo después siento la callosidad de sus dedos alrededor de mi muñeca, frenando mis pasos desesperados y dándome la vuelta.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras?

Ni siquiera sé en qué momento he vuelto a llorar. Sus ojos, de un verde tan hermoso, están posados en mí, a la espera de una respuesta y, aunque quiero hablar con él, contarle lo que ha pasado... No puedo, porque eso me derrumbará y me hará perder un tiempo que no estoy dispuesta a malgastar.

Me queda un largo viaje en avión hasta casa. Hasta Matt.

—No puedo ahora, Ryan. Tengo que marcharme.

Me zafo de su agarre y, con el corazón encogido en un puño, me doy media vuelta.

Y dejo caer con más intensidad las lágrimas de mis ojos.



No he conseguido dormir en toda la noche por culpa del *jet lag*. Cuando llegué a Portland eran las once de la noche, aunque para mi cabeza eran las siete de la mañana.

Mis padres me recogieron en el aeropuerto donde nos fundimos en un cálido abrazo y dejamos las lágrimas correr, intentando animarnos los unos a los otros, aunque en una situación así, no hay consuelo que valga.

Quería que me llevaran al hospital para verle. Pero la hora de las visitas había terminado y no nos iban a dejar pasar, por lo que mis padres me llevaron a casa con ellos y me pusieron al tanto de lo que estaba sucediendo con Matt.

Le habían inducido a un coma.

Tenía tantas lesiones que los médicos pensaron que la mejor manera de su recuperación era inducirle al coma y ver cómo iba avanzando.

Mi mundo se volvió a desvanecer en menos de veinticuatro horas y mi padre me tuvo que ayudar a subir a mi habitación cuando mis piernas amenazaron con dejarme caer. A los pocos minutos mi madre vino con nosotros y a pesar de que mi cama no es muy grande, los tres encontramos la manera de hacernos hueco y quedarnos el resto de la noche acurrucados.

Ahora me encuentro de copiloto en el coche de mi madre mientras los dos vamos al hospital. Mi padre ha tenido que ir a la oficina para arreglar algunos asuntos de trabajo antes de poder cogerse unos días libres.

Mi cuerpo tiembla y la cabeza me duele por culpa de no dejar de llorar. Y joder, lo he intentado, he intentado controlar las lágrimas en miles de ocasiones, pero no lo he conseguido.

Cuando nos bajamos del coche y estamos a punto de atravesar las puertas correderas del hospital, mi madre entrelaza su mano con la mía y tira de mí para que frene mi caminar.

Observo a la mujer que me trajo a la vida; es un poco más baja que yo, con el cabello oscuro al igual que sus ojos, aunque estos últimos están enrojecidos por el mismo motivo que los míos.

—Es mejor que no entres conmigo —comenta, tan bajito que apenas soy capaz de apreciar lo que dice—. Tu hermano... No está en un estado agradable de ver y eso puede afectarte.

El corazón se me encoge en un puño.

—Él estaría a mi lado, mamá.

Esboza una triste sonrisa y se apresura a limpiar con rapidez una lágrima que ha conseguido escapar de sus ojos.

Ambas entramos al hospital y recorremos sus numerosos pasillos dadas de la mano, intentando infundir fuerzas en nosotras, preparándonos para ver en ese estado a mi hermano mayor.

Cuando llegamos a la puerta de la habitación, ambas tomamos una larga bocanada de aire que a mí me quema los pulmones y atravesamos la puerta.

Suelto al instante la mano de mi madre, frenando en seco al contemplar la imagen que me recibe.

Un sollozo escapa de lo más profundo de mi ser.

Matt, que siempre era sonrisas y alegría, se encuentra tumbado en una cama blanca, tapado con una sábana hasta el pecho. Apenas se le ve. Una venda cubre la mayor parte de su cabeza y varios arañazos manchan su rostro. La parte del pecho desnudo que se ve bajo la sábana, lo tiene vendado y miles de cables salen de él. Bajo la sábana se puede apreciar la escayola de su pierna derecha.

—Mi niña. —Mi madre intenta acercarse a mí, pero me aparto con brusquedad.

Y en ese momento me odio por haberme ido a París, por dejarles atrás, por perder un tiempo muy valioso con las personas que más quiero. Porque ahora, frente a mi hermano mayor, sé que, si no sale de esta, jamás podré recuperar todo el tiempo perdido.



Ryan.

Miro el chat con Emma, esperando ver que se ha conectado, pero lleva sin hacerlo desde el día anterior. Llevo sin saber nada de ella desde que salió corriendo del restaurante después de dejar su puesto de trabajo.

He intentado llamarla tantas veces en las últimas veinticuatro horas que puedo rozar el acoso, pero su teléfono móvil no da señales y aunque he intentado ponerme en contacto con Jessica no

lo he conseguido. Sigue teniéndome bloqueado en todas partes.

Alzo la mirada un momento, viendo a la banda terminar de prepararse para salir al concierto que tenemos en unos minutos, como sé que aún me sobra un poco de tiempo, decido hacer una última llamada, aunque sé que no recibiré respuesta.

—¿Sabes algo de Emma? —me pregunta Travis cuando guardo el móvil en el bolsillo trasero de mis pantalones.

—No, ¿tú sabes algo? —inquiero con un ápice de esperanza.

—No, solo lo que me contó Ethan. Es una putada lo del accidente de su hermano —suspira y niega con la cabeza.

Mi corazón deja de latir por un segundo.

—¿Qué accidente?

Travis frunce el ceño y su rostro se llena de confusión.

—¿No lo sabes?

—¿Qué ha pasado, Travis?

—Dios, tío... No lo sabes. —Abre los ojos, sorprendido—. Ayer sacaron al hermano de Emma de la carretera, está muy grave. Tuvieron que inducirle un coma. No saben si saldrá de esta.

Mis manos comienzan a temblar y la preocupación se apodera de mí. Y es ahora cuando comprendo las lágrimas de la chica, el miedo en sus ojos cuando ayer me miró por última vez. Y no puedo evitar pensar en Matt, el que fue un buen amigo y confidente durante meses, al que después dejé atrás sin una despedida.

—Tengo que ir a ver a Emma —digo con rapidez, girándome hacia el perchero donde descansa mi chaqueta y el casco de la moto.

—Ryan. —Travis me agarra del brazo—. Emma ya no está en París.

Y entonces lo comprendo y maldigo por lo bajo.



Miro por la ventanilla del taxi el paisaje de mi país de origen. Durante años pensé que no volvería a pisar este lugar, que no volvería a Estados Unidos. Queriéndolo borrar por completo del mapa.

Pero ayer, cuando terminó el concierto, con los pocos ahorros que había conseguido en los últimos meses, compré un billete de avión a Portland, sin fecha de vuelta. Porque no puedo dejar a Emma, la conozco demasiado bien como para saber que se ha derrumbado por completo, que la culpabilidad la está comiendo por dentro. Y joder, sé lo que es estar en su situación. Y sé que se necesita compañía.

Travis me aseguró que cuidaría de Dama y vendería mi coche en estos días, ya que ahora que me he quedado sin mi trabajo en el restaurante, no sé cuándo volveré a París para retomar con los conciertos, no tengo ingresos en mi cuenta bancaria.

Los *Merlens* me aseguraron que me cubrirían unos días, siendo Travis quien ocupara el puesto mientras tanto de vocalista.

Pago al taxista antes de salir del vehículo, cargando con la mochila que he traído con lo más

básico.

Observo el gran edificio de varias plantas, de un color blanco sucio, y al instante siento rechazo hacia el lugar, teniendo que apartar los recuerdos de mi mente mientras avanzo despacio.

Como si de una conexión se tratara, mi vista se gira hacia la derecha, a una zona verdosa llena de bancos donde los visitantes y pacientes puedan pasear y sentarse a tomar aire fresco. Mis ojos se posan en uno de esos bancos, en la chica que se encuentra en él, con el cabello recogido en un despeinado moño, ataviada en una sudadera grande y unos leggings negros.

Emma.

Trago duro al contemplarla mejor, al ver las ojeras que manchan su rostro y los ojos enrojecidos por las lágrimas, pero lo que más llama mi atención es el cigarrillo que se lleva a los labios para tomar una profunda calada.

En ese instante, como si ella también sintiera la conexión que he sentido hace unos segundos, alza el rostro y su mirada se encuentra con la mía.

Su cuerpo se tensa al verme y el cigarro de su mano cae al suelo, olvidado.

Ni siquiera tarda un par de segundos en reaccionar. La chica se levanta y corre hacia mí y casi al instante siento el impacto de su cuerpo contra el mío, sus brazos enroscados en mi cintura con fuerza.

No lo pienso y la estrecho contra mí cuando me llega el leve sonido de su llanto bajo un pequeño temblor que se apodera de su cuerpo.

—Ya está, todo saldrá bien, *mon amour* —murmuro con suavidad antes de depositar un pequeño beso en su cabello.

Como si los años no hubiesen pasado

Emma.

Me aferro a Ryan como si fuese el último salvavidas y estuviese a punto de ahogarme en el océano. Aunque para ser sincera, así es como me siento. Los dos últimos días han sido los peores de mi vida y en más de una ocasión he estado a punto de romperme por completo.

—Tranquila. —Su voz apenas es un susurro contra mi cabello y yo le abrazo aún más fuerte, oliendo el aroma de su colonia que me transporta a instantes mucho más felices—. Todo se arreglará.

Y no es hasta este momento que me percató de que de verdad se encuentra aquí, abrazándome, evitando que caiga. Ryan no está en París. Ha venido a Portland. Por mí.

Me separo apenas unos centímetros de él, sin salir del agarre de sus brazos y alzo la vista hasta esos ojos que ahora están llenos de preocupación.

—¿Eres real? —Es lo primero que sale de mis labios—. ¿De verdad estás aquí?

Las comisuras de sus labios apenas se alzan un poco, en una pequeña sonrisa.

—Estoy aquí —asegura—, me estás tocando. Soy real.

Mis ojos se llenan de lágrimas y ni siquiera sé por qué.

—¿Cómo es posible? Estabas en París...

—¿Has escuchado hablar de los aviones? Ya sabes, ese medio de transporte con forma de pájaro gigante en el que te montas y te lleva en un par de horas a donde quieras.

Una pequeña risa escapa de mis labios.

—No me refiero a cómo has llegado hasta aquí, sino... *por qué*.

Una de sus manos deja de abrazarme para poder posar los dedos callosos con suavidad en mi mejilla en una tierna caricia.

—Quería estar contigo, apoyándote. Sé lo importante que es tu hermano para ti y lo mal que lo estás pasando.

Me muerdo el labio inferior, conteniendo el sollozo que quiere escapar de ellos.

—Tienes que volver —digo, aunque sea lo último que quiera que haga—. Tu trabajo, los conciertos...

—Que le den al trabajo y a los conciertos, Emma. Quiero estar aquí. Contigo.

Y algo se remueve en mi interior y creo que son aquellas mariposas que revivieron mientras le escuchaba tocar la guitarra en lo alto del acantilado. Porque él quiere estar aquí, acompañándome en este duro momento en vez de estar cumpliendo sus sueños, y aunque sea egoísta, me gusta que haya venido hasta aquí, conmigo.

—¿Emma?

Me separo al instante de Ryan, retrocediendo varios pasos y ambos nos giramos a la vez hacia donde ha venido la voz de mi madre que se encuentra a poco más de un metro de distancia, con

el ceño fruncido y los ojos posados en Ryan.

—¿Me puedes explicar qué hace él aquí?

—Me alegra volver a verla, señora Campbell. —Se apresura a decir Ryan, esbozando una tensa sonrisa.

Mi madre le recorre desde la punta de los pies hasta la cabeza y después posa sus ojos en mí. Con la mirada me dice: «quiero una explicación».

—No sé si yo me alegro de verte a ti —responde, volviendo a poner su vista en él.

Ryan se queda en silencio porque, ¿qué puede decir después de eso?

—Ha venido por mí.

—Imagino que ha venido por ti, pero pensaba que llevabas sin saber nada de él desde hace cinco años. Desde ese día que se marchó sin despedirse de ti —dice con dureza, clavando sus oscuros ojos sobre mí.

—Nos encontramos en París hace un tiempo —comento.

Mi madre asiente con la cabeza, no muy convencida con lo poco que he explicado.

—Debería ir con Matt —digo mirando a Ryan.

—Claro. —Asiente con rapidez y se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—No, no vas a volver a la habitación, Emma. Tienes que descansar, siempre eres la primera en llegar y la última en irte —dice mi madre, relajando la dureza de su rostro—. Tu hermano está con Mara, y estamos tu padre y yo aquí.

—Pero...

—Imagino que acabas de llegar, ¿no? —Mi madre no me deja terminar de hablar y posa la vista en Ryan.

—Vengo directo del aeropuerto. —Se apresura a responder el chico de ojos verdes.

—¿Tienes dónde quedarte?

—Aún no, según me enteré de lo que había pasado, compré el billete de avión.

Mi madre entrecierra los ojos unos cortos segundos.

—Emma tiene que ir a casa a dormir, puedes acompañarla y descansar del viaje, pero esta noche te quedarás en un hotel.

Parpadeo, insegura de que mi madre acabe de decir eso.

—Muchas gracias, señora Campbell. —Ryan le dedica una pequeña sonrisa de agradecimiento, y mi madre se acerca para darme las llaves de su coche antes de abrazarme.

—Ve con cuidado conduciendo, por favor —suspira con un deje de miedo en la voz cuando me separo para echar a caminar hacia donde ha aparcado esta mañana el vehículo en el que hemos venido las dos. Después volverá en el coche de mi padre.

Conduzco con cuidado porque, aunque nunca haya tenido un accidente de coche ni ningún susto, el miedo se apodera de mí mientras avanzo por las calles de la ciudad que me vio crecer.

Ryan y yo nos mantenemos en silencio y cuando nos encontramos frente a la puerta de casa de mis padres, no puedo evitar que me tiemblen un poco las manos al sacar las llaves de mi bolso e introducirlas en la cerradura.

Esto es tan irreal que incluso me asusta, porque nunca pensé que volvería a atravesar esta puerta con él detrás de mí. Ya que estamos, no pensé que volvería a verle nunca más.

—¿Te apetece comer o beber algo? —pregunto cuando estamos los dos en el pasillo de la entrada.

—No, gracias. Ahora estoy bien.

Asiento con la cabeza y tomo varias respiraciones profundas antes de comenzar a subir las escaleras hasta mi habitación que es la que se encuentra al fondo del pasillo. Ryan me sigue de

cerca, sin decir ninguna palabra.

Abro la puerta de mi dormitorio, echándome a un lado para que Ryan pueda pasar primero. Camina con lentitud por el reducido espacio, observando todo lo que lo compone.

—Sigue igual que la última vez que estuve aquí —comenta, acercándose a mi estantería con algunos libros, cuadernos y fotos con mis padres, Matt y Jessica. Las únicas fotos que ya no están ahí son las que salía con él. Todas fueron quemadas en un arrebato de rabia.

—Apenas he estado aquí en los últimos años como para poder cambiar algo —explico, cerrando la puerta detrás de mí—. Si quieres puedes descansar aquí, yo iré al salón.

—No es necesario que te vayas de tu propia habitación —dice despacio, apartando un segundo la mirada de mi estantería para posarla sobre mí.

No respondo, sintiéndome nerviosa, porque maldita sea, no sé qué narices hacer con él aquí, recorriendo mi cuarto con la mirada, pareciendo tan relajado que por un momento creo que volvemos a ser aquellos adolescentes.

Ryan agarra un cuaderno de mi estantería y cuando lo abre, me tensó y me apresuro a quitárselo. Pero es demasiado tarde porque él ya ha visto la última página, aquella en la que años atrás escribí una dedicatoria preciosa en la que me animaba a seguir mis sueños y que no dejase que el miedo pudiese conmigo. Aquella dedicatoria que después de que se marchase, releí tantas veces que terminé aprendiéndomela de memoria. Esa dedicatoria que está emborronada por culpa de las lágrimas.

—Lo siento —suspira el chico cuando abrazo el cuaderno contra mi pecho y no me hace falta preguntar por qué se disculpa, sé el motivo.

—No importa.

Dejo el cuaderno en su sitio y camino despacio hasta mi cama donde me siento, intentando controlar los desbocados latidos de mi corazón. «Ya basta Emma, no eres una adolescente como para que su presencia te altere tanto».

Pero es imposible no sentirme así porque a mi mente no deja de venir el recuerdo de nuestro último día juntos.

—¿Quieres sentarte un poco? —pregunto, sacándome los zapatos y colocándome en la cama para hacerle un hueco.

Ryan que no me ha quitado los ojos de encima, esboza una pequeña sonrisa y se acomoda a mi lado. Y ahora me parece mi cama terriblemente pequeña, porque con el cuerpo de Ryan —que no es pequeño—, el espacio restante es insuficiente, aunque... No me quejo.

—¿Cómo te encuentras? —inquire, recostándose en el cabecero de la cama.

Trago duro y todas esas emociones que he estado intentando mantener a raya desde que dejamos el hospital, se hacen más fuertes.

—Mal. —Me sincero, porque ahora, sin esa muralla que me protegía de los ojos verdes más bonitos que he visto jamás y de esas sonrisas que me sacan todo el aire de los pulmones, no hay nada que frene las palabras de mi interior. Como si volviésemos a estar en ese lago donde hablábamos sin tapujos—. Siento que el pecho me arde.

Al decirlo en voz alta, la voz se me entrecorta y el labio inferior me tiembla, amenazando con volver a hacerme llorar. Joder, odio llorar.

Ryan me agarra de la mano y tira de mí hacia él, refugiándome en esos brazos que parecen que son mi nueva muralla, pero en esta ocasión no me protegen de él, sino del resto del mundo.

—Si quieres hablar de ello, sabes que me tienes aquí. Se me da muy bien escuchar.

Una pequeña sonrisa tira de mis labios y comienzo a hablar, porque lo necesito. Necesito sacar todo lo que me comprime el corazón. Le cuento cómo me siento, el dolor que se ha instalado en

mi pecho, la culpabilidad por no pasar más tiempo con mi familia y sobre todo le hablo del miedo que me da que Matt no salga de esta. Que no le vuelva a ver haciendo bromas que solo a él le hacen gracia, que no me vuelva a abrazar y molestar como tanto le gusta.

Lloro sobre su pecho y Ryan me deja desahogarme todo lo que necesito, siempre con palabras consoladoras en los labios que consiguen trasmitirme esperanza de que mi hermano se recuperará, que es demasiado cabezota como para no luchar y volver junto a su familia.

En algún momento debo quedarme dormida, porque cuando abro los ojos la tarde está en pleno apogeo y me encuentro con los brazos de Ryan en torno a mi cintura y una de sus piernas entre las mías.

No me muevo durante unos minutos, disfrutando de su compañía, del calor que desprende su cuerpo y que consigue hacer desaparecer la mala sensación que llevo arrastrando conmigo en los últimos días.

Y no puedo evitar preguntarme el qué está sucediendo entre nosotros. En qué momento nos hemos vuelto a unir de este modo.

Ryan se remueve detrás de mí, haciendo que le mire por encima del hombro para encontrarme con dos ojitos verdes posados en mí.

—Hola —saluda con voz soñolienta.

—Hola.

Ninguno de los dos nos movemos, ni siquiera dejamos que el contacto de nuestras miradas se rompa. Quiero que me bese. En este momento, con la cara de recién levantada y con mi cabello despeinado.

Pero se incorpora, apartando los brazos de mi cuerpo y levantándose de la cama.

—Hemos dormido más de lo previsto —comenta—, tus padres deben estar a punto de volver y no creo que a tu madre le haga mucha gracia que siga aquí.

—Sí, tienes razón.

Suspiro con fuerza, sabiendo que tendré que dar explicaciones a mi madre de lo que está pasando, pero... ni siquiera yo misma lo sé.

Me levanto de la cama justo cuando mi estómago gruñe.

Y mis mejillas se vuelven rojas y Ryan me mira con una ceja alzada.

—¿Desde cuándo llevas sin comer, Emma? Parece que tienes un monstruo hambriento en el estómago que exige alimento.

Una tonta risa se escapa de mis labios.

—Si no le doy alimento, creo que me comerá a mí misma.

—Entonces vamos a comer algo.

—¿Te acuerdas de aquel café que hacía unas tortitas de muerte? —inquiero de pronto, recordando el lugar que solíamos frecuentar cuando Ryan venía a verme a Portland.

—¿Cómo olvidarlo? Siempre me arrastrabas hasta allí.

Sonrío, recordando aquellos momentos.

—No he vuelto a ir desde entonces, pero podríamos probar a ver si sigue abierto.

—Me encantaría.

Me apresuro a prepararme y cuando termino, Ryan me espera con una mano estirada para que se la agarre. Y lo hago sin dudarlo ni un segundo y nuestras manos no se sueltan hasta que estamos dentro del coche de mi madre de camino al centro comercial donde se encontraba la cafetería que deseo con toda mi alma que siga abierta.

Antes de ir a la cafetería nos pasamos por una tienda de telefonía para comprar unas tarjetas prepago y poder comunicarnos mientras estemos en Estados Unidos y después, encontramos

nuestro café abierto, igual que como estaba hace cinco años. Incluso el dependiente es el mismo hombre mayor que nos reconoce al instante y con el que hablamos un buen rato. Le contamos que ahora vivimos en París y por eso ya no frecuentamos tanto su local, y él se alegra de que sigamos juntos después de todos esos años. Ninguno de nosotros le decimos que hasta hace un mes no sabíamos nada el uno del otro.

Pasamos el resto de la tarde hablando y riendo. Se me había olvidado que hablar con Ryan era tan fácil, tan divertido porque, aunque había veces en que su mirada se nublaba como cuando sé que sus propios demonios le atormentan, los ha sabido mantener a raya y ha hecho que me despejara y que dejase de pensar en mi hermano un día entero.

Cuando la noche ya ha caído, acerco a Ryan hasta el hotel cercano al hospital, donde se quedará los días que dure su estancia en Portland.

Cuando apago el coche, mi corazón se encoge un poco. No quiero que termine el día de hoy, tener que decirle adiós y enfrentarme a lo que está sucediendo en mi vida.

Y parece que él tampoco porque durante varios minutos no se mueve del sitio.

Se gira hacia mí y posa su mano sobre la mía que se encuentra en el cambio de marcha. Mi corazón se acelera con el simple roce de su mano.

—Gracias por este día, Emma.

—La que te tiene que dar las gracias soy yo. Tú has conseguido hacer un poco mejor mi día.

Parece que quiere comentar algo más, pero en el último segundo se lo piensa mejor y no dice nada. Y por un momento recuerdo la bolsita de maría que tenía en la mochila el día del acantilado y no puedo evitar pensar si de algún modo yo he ayudado a ahuyentar a sus demonios.

—Mañana puedo pasar a recogerte al hospital y así te despejas un poco —comenta después de unos cortos segundos.

—Me encantaría.

Entrecierra los ojos un momento como si estuviese reuniendo valor, cuando los vuelve a abrir se acerca a mí y deposita un suave beso en mi mejilla, rozando la comisura de mis labios. A mi corazón se le olvida por completo la forma correcta de latir.

—Hasta mañana, *mon amour*.

No me da tiempo a responder antes de que el chico agarre su mochila y salga del coche. Le sigo con la mirada hasta que entra al hotel y es entonces cuando muevo mis dedos hacia el punto exacto donde aún sigo sintiendo sus labios.

Y creo que vuelvo a ser una adolescente de diecisiete años, enamorada del chico malo del lago.

26

Dejarlo todo atrás

Emma.

Contemplo con el corazón encogido en un puño a mi hermano mayor, sin mejorías en los últimos días.

—Tienes que despertar —digo con un nudo de emociones en mi interior—. Estoy aquí, Matt y te necesito. No puedo perderte.

Dejo que caigan un par de lágrimas que se han agrupado en mis ojos y me aferro a su mano inmóvil. Si no fuese por el pitido de la máquina que marca su pulso, podría parecer que está muerto porque su pecho se mueve con mucha debilidad.

Y maldigo a ese conductor borracho que se salió de su carril y que no tuvo ninguna herida grave. Porque fue su culpa, fue un irresponsable, pero el que tiene que luchar por su vida es mi hermano que tan solo iba a trabajar.

—¿Sabes que Ryan está aquí? Sí, ayer vino a verte cuando mamá y papá no estaban. Él también está preocupado por tu estado, quiere que te recuperes. —Sigo hablando porque he leído que, aunque esté en coma, puede escucharme. Hablo durante un largo rato con mi hermano, deseando que en cualquier momento abra los ojos y me responda con alguna tontería, pero nada de eso sucede.

Cuando Mara llega al hospital después de haber ido a casa a descansar un rato, ya es por la tarde.

—Por cierto, Ryan está esperándote abajo —comenta la chica con grandes ojeras en el rostro después de un rápido saludo—. No deberías hacerle esperar mucho más.

En ese momento agarro mi móvil y me percaté de que lo tengo en silencio y no me he dado cuenta del mensaje que Ryan me ha mandado hace quince minutos.

Le doy un beso con cuidado en la mejilla a Matt y un abrazo rápido a Mara antes de salir de la habitación y apresurarme a encontrarme con Ryan. Desde que llegó hace cinco días nos vemos todas las tardes y siempre se asegura de mantenerme distraída cuando estoy con él para que mi cabeza deje de pensar en mi hermano.

Al salir al exterior, el cálido aire de finales de mayo impacta contra mí, echando de menos el ambiente fresco del interior del hospital.

No tardo más de medio segundo en distinguir a Ryan a un par de metros de mí, con un cigarrillo en la mano mientras se entretiene con su teléfono móvil.

Mis ojos se posan por un segundo en el cigarro y me trago las ganas de pedirle uno. Cuando llegué a Portland, compré un paquete porque en ese momento, con el miedo aferrado con fuerza en mí, no tenía ganas para luchar contra la adicción que poco a poco estaba desapareciendo de mí, pero que en ese momento se volvió más fuerte que nunca. Cuando terminé el paquete, me juré que no fumaría más y aquí estoy otra vez, como meses atrás. Luchando contra las ganas de

sentir una última vez el sabor del tabaco.

Ryan alza la mirada y nuestros ojos se encuentran mientras avanza la escasa distancia que nos separa.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta tras un rápido abrazo que me sabe a poco, porque en los últimos días todo me ha sabido a poco con Ryan. Mi cabeza no deja de recordar lo que pasó entre los dos y mi cuerpo no para de pedirme una vez más el del chico. Pero ninguno de los dos ha ido a más que un par de abrazos y discretos besos en la mejilla.

Me encojo de hombros ante su pregunta.

—Los médicos piensan que podría empezar a mejorar —comento, echando a andar a su lado.

Pero no lo hace, se mantiene en ese profundo sueño.

—Lo hará —asegura, pasando un brazo por encima de mis hombros y acercándose a él—. Tengo un plan genial para hoy.

—¿Sí? —pregunto, alzando la mirada hacia la suya, esperando a que continúe hablando.

—Vamos a pasar el resto de la tarde en el parque de atracciones, ¿qué te parece?

Una pequeña sonrisa tira de las comisuras de mis labios mientras avanzamos hacia el aparcamiento del hospital.

—Un plan genial —asiento con la cabeza—. La última vez que fui, apenas pude montar en nada. A Jessica le dan terror las atracciones, Sophie estaba demasiado borracha como para poder subirse en ninguna sin echar hasta su primera papilla y a Julie solo le pude convencer para montar en las atracciones infantiles.

—Conmigo no te quedarás con las ganas de montar a las montañas rusas más altas y peligrosas —asegura—. Adrenalina es mi segundo nombre.

Una pequeña risa se escapa de mis labios.

—Ryan Adrenalina Wells —pronuncio, conteniendo una nueva carcajada—. Suena horrible.

—Hieres mis sentimientos —dice con dramatismo, llevándose la mano que no tiene sobre mis hombros al corazón, como si se lo hubiese roto.

—No sabía que eras de sentimientos frágiles. —Le empujo con el hombro cuando llegamos al coche de mi madre y me monto en el asiento del conductor.

Hacemos el camino hasta el parque de atracciones entre bromas y risas. Porque a su lado, todo parece más fácil y que tiene una solución. Me hace dejar atrás mis preocupaciones.

Después de pagar nuestras entradas y dar una rápida vuelta por todo el parque para ver qué atracciones hay, cuáles nos llaman la atención y cuáles no, dejamos de caminar en el centro.

—¿Cuál es la elegida para ser la primera? —pregunto emocionada.

—Esa. —Señala con el dedo índice la montaña rusa más grande que hay, llena de giros, subidas y bajadas casi en picado. Al instante me encojo.

—¿No es un poco precipitado? —inquiero echando miradas inquietas a la maldita montaña rusa que se llama *Muerte inminente* porque ni siquiera su nombre da seguridad.

—No —niega con rotundidad—. Estás desentrenada, pequeña Emma, así que si empezamos por la más fuerte, después ninguna te dará miedo.

Le miro insegura.

—Pero es muy alta —digo mordiéndome el labio inferior—. Qué mierda, vamos a ello. Al fin y al cabo, morir cayendo de una montaña rusa suena mejor que morir de viejita en mi cama.

Ryan ríe y niega con la cabeza.

Entrelaza nuestras manos y tira de mí para hacerme caminar. Tardo unos segundos en reaccionar, observando nuestras manos unidas, la suavidad de su piel contra la mía y lo bien que parecen encajar entre ellas.

Camino tras Ryan y casi tengo que correr para mantenerle el ritmo y creo que lo hace para no darme tiempo a pensar y poder echarme atrás. Gracias a que hemos llegado ya bien entrada la tarde no hay una cola demasiado larga y en menos de quince minutos nos encontramos sentados en los asientos del medio. Agradezco que no nos haya tocado en la primera fila, porque entonces estoy segura de que me hubiese muerto incluso antes de la primera bajada.

—¿Algo que quieras decir antes de que arranque? Por si luego no hay un después —inquire Ryan cuando el supervisor se ha asegurado de que nuestras protecciones están bien puestas.

—Me hubiese gustado un último orgasmo, ya sabes por si no tengo oportunidad después de recibir uno. —Le lanzo una mirada sensual y al instante una risotada se me escapa de los labios.

—¡Habérmelo dicho antes! Me hubiese ofrecido encantado de darte tu último deseo. —Se queja con indignación y diversión a partes iguales.

Y nos reímos tan alto que varias cabezas se giran hacia nosotros, ni siquiera hemos dejado de reír cuando la atracción se pone en marcha. La velocidad es tan alta que la carcajada que está saliendo de mis labios le da paso al instante a un grito que creo que Jessica desde París lo ha podido escuchar.

Me tengo que aferrar con fuerza a la protección que cruza mi pecho, porque tengo la sensación de que en cualquier momento podría salir volando.

Mientras que yo no dejo de gritar como una lunática, Ryan ríe y cuando le miro una de las veces en las que creo que el movimiento no me partirá el cuello, los gritos cesan de salir de mis labios, dejándome embobada por lo que veo. El chico de ojos verdes tiene la cara enrojecida por la risa, la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos guiñados. Y ambos hoyuelos en sus mejillas.

Creo que esta imagen se va a quedar grabada para el resto de mis días en mi cabeza.

Ryan tenía razón, después de *Muerte inminente* no me da miedo montarme en ninguna otra atracción y no nos vamos del parque hasta que los trabajadores nos echan porque están cerrando.

Ahora nos encontramos sentados en los asientos del coche, en el aparcamiento del establecimiento de comida rápida donde hemos cenado y nos han acabado echando hace menos de diez minutos por el mismo motivo que el del parque de atracciones.

Le doy un largo trago al batido de frutas que estoy tomando, sin dejar de escuchar a Ryan hablar con tanta pasión por la música.

—Así que aparte de tocar la guitarra, también tocas el violín y el piano —comento impresionada—. Estos cinco años han dado para mucho.

—Lo del violín fue del todo imprevisto, conocí a un tipo que daba clases muy baratas porque creo recordar que quería comprarse unas entradas para un concierto y así era una manera más de recaudar dinero, así que fui a un par de clases.

Le dedico una pequeña sonrisa. No le pregunto quién le enseñó a tocar el piano porque me imagino que fue cierta pelirroja a la que no le caigo demasiado bien. Y puede que eso me ponga un poco celosa.

—Eres un virtuoso de la música.

Ryan me sonríe.

—Algún día me gustaría abrir una academia de música —comenta entonces, dando un trago a su batido de chocolate.

—¿De verdad? —pregunto interesada—. Pensaba que tu sueño siempre había sido lanzarte al estrellato en una banda.

—Lo es —asegura—. Pero no es algo que quiera para el resto de mis días. Puede que un tiempo, aunque después me gustaría tener un trabajo más tranquilo.

Sonrí y deseo que pueda cumplir todo lo que se proponga, porque puede que hasta hace un mes le deseara lo peor al chico que tengo delante, pero ahora tan solo quiero verle cumplir sus sueños.

Y en ese momento me percaté de algo. De algo que ya sabía, pero que intentaba ignorar, ocultar en un lugar muy oscuro de mi interior y es que... dentro de mí aún quedan más sentimientos por Ryan de los que había imaginado. Y puede que, aunque me dé miedo admitirlo, aún siga enamorada de él.

—¿Y tú? ¿Te gustaría dedicarte toda la vida a escribir?

Agradezco que haya hecho esa pregunta y así poder apartar la nueva revelación que he tenido.

—Sí, me encantaría escribir hasta que mis dedos ya no puedan más y vivir de ello. Pero es muy complicado hacerte un hueco en este mundillo, así que me conformo con poder trabajar de periodista.

—Podrás vivir de lo que escribas hasta que tus dedos no puedan más —asegura sin ápice de duda.

Joder, quiero besarlo. Quiero pasar por encima del cambio de marchas y sentarme sobre él. Y besarlo hasta que me falte la respiración, hasta que los labios me ardan. Parece que él piensa lo mismo porque su mirada ha bajado hasta mis labios y sus ojos se han oscurecido tanto que parecen casi negros.

—Debería llevarte al hotel —me apresuro a decir, terminando del tirón todo el contenido del vaso de mi batido, porque sé que si no hago algo no podré contenerme—. Son casi las dos de la madrugada y mañana tengo que levantarme pronto.

Ryan aparta la mirada al instante de mis labios y se apresura a asentir con la cabeza.

Hacemos el camino hasta su hotel en completo silencio y nos despedimos con rapidez. Cuando me quedo sola en el coche, echo mano al bolso que debe encontrarse en los asientos traseros del vehículo para agarrar el bálsamo de labios, ya que los siento demasiado secos.

Mi mano no encuentra el asa del bolso por ninguna parte, lo que hace que encienda la linterna del móvil y me gire hacia los asientos traseros para poder buscarlo. Pero allí atrás no hay nada.

Frunzo el ceño, mirando debajo del asiento donde estaba Ryan sentado y después del mío propio, pero sigo sin encontrar mi bolso. Por último, salgo del coche y camino hasta el maletero, segura de que en todo el día de hoy no lo he abierto y, por tanto, es imposible que el bolso se encuentre en él.

Mi teléfono móvil comienza a sonar, cojo la llamada sin mirar quién es.

—¿Diga? —pregunto con el corazón en un puño, sabiendo que solo hacen llamadas en las madrugadas cuando sucede algo realmente malo.

—¿Se te ha perdido algo en el maletero del coche, *mon amour*?

Una pequeña sonrisa se instala en mis labios y al instante alzo la vista hacia el hotel, apenas me cuesta un par de segundos distinguir a la única persona que se encuentra apoyada en el balcón de su habitación.

—Pareces todo un acosador, señor Wells. —Mi sonrisa se ensancha a pesar de que sé que no puede apreciarla por la altura en la que se encuentra.

—No puedo evitar observar a hermosas señoritas —comenta con indiferencia.

—¿Observas a muchas hermosas señoritas? —pregunto, cerrando el maletero del coche y apoyándome en él.

—No a muchas, solo a una que tiene unos ojos llenos de tormentas.

Mi corazón se acelera y me muerdo inconscientemente el labio inferior.

—¿Has perdido algo, señorita Campbell?

—Creo que me he olvidado el bolso en el hospital —suspiro con fuerza. Desde que se puede llevar las tarjetas dentro del móvil y pagar con él, no necesito usar el monedero tan a menudo, por lo que no me he percatado antes de la ausencia de mi bolso.

—¿Y llevabas algo importante?

—Las llaves de casa —digo con resignación—. No quería tener que despertar a mis padres para entrar, ya que apenas duermen, pero no voy a pasar la noche en la calle.

—Puedes pasarla conmigo —dice con tranquilidad.

Me tenso al instante y vuelvo a alzar la mirada hasta donde él se encuentra, y a pesar de que desde donde estoy no puedo verle el rostro, sé a la perfección que no ha apartado sus ojos verdosos de mí en ningún momento y que la mirada que me está echando ahora, está llena de intensidad.

—Esa no es una proposición muy decente para una señorita —respondo, apenas con un hilo de voz.

—Ah, pero ¿es usted una señorita?

Mis mejillas arden ante sus palabras y mi cuerpo se calienta al instante.

—Te espero en la habitación 610.

No me da tiempo a responder antes de que la llamada se corte. Sigo con los ojos a Ryan, como se separa con lentitud de la barandilla y se introduce en su dormitorio. Esperándome.

Mientras cierro el coche y entro al hotel para dirigirme hacia su habitación, intento calmar a mi desbocado corazón, en un intento desesperado por no aparecer en la puerta de su dormitorio hecha un manojo de nervios por sus palabras, por ese tono de voz que ha conseguido alterarme por completo.

Cuando llego a su habitación, no me da tiempo a llamar a la puerta, ya que esta se abre, como si él me hubiese escuchado acercarme por el pasillo.

—Lo que yo decía, una señorita jamás habría aceptado dormir en el dormitorio de ningún hombre.

Río bajito, negando con la cabeza.

Ryan se hace a un lado para dejarme pasar. La habitación es simple, pero tiene todo lo necesario: un armario empotrado, un pequeño escritorio que contiene una cafetera y una taza vacía, una cama doble y una puerta que imagino que será la del cuarto de baño. Pero mis ojos no pasan desapercibidos la bolsita olvidada que hay al lado de la cafetera con lo que indudablemente es marihuana.

Ryan sigue mi mirada y se tensa al instante en el que se percata de lo que observo.

—¿Cuánto tiempo llevas con ello? —pregunto, tragando duro y girándome para poder posar mis ojos en los suyos. Al instante él aparta la mirada.

—Poco tiempo.

—¿Desde qué nos volvimos a reencontrar?

No responde y eso es respuesta más que suficiente para mí. Quito los ojos del chico y doy un par de pasos, alejándome de él. Porque mi presencia fue lo que le arrojó a esa mierda otra vez.

—No continúes por ahí —se apresura a decir un segundo antes de sentir cómo con su dedo índice y pulgar me agarra con delicadeza de la barbilla—. No es tu culpa, Emma. Las estupideces que elija hacer, no son por tu culpa. Me alegré de que nuestros caminos se volviesen a encontrar y no me arrepiento de ello —asegura, sus ojos posados en los míos, como si hubiese un hechizo que no nos dejase apartar la mirada el uno del otro—. Yo... Sabes que hay cosas que tengo que arreglar conmigo mismo, eso por el momento es la tirita que pongo en la herida para evitar que se agrande.

Quiero gritarle que la droga jamás curará sus problemas, que no hará desaparecer sus demonios. Quiero gritarle que eso solo conseguirá joderle la vida.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —digo, sin embargo, porque le ayudaría, intentaría hacer todo lo que estuviese en mi mano para que se alejase de ese camino.

—No puedes ayudarme con esto, preciosa. Es algo que solo yo puedo arreglar.

Cierro los ojos, porque es verdad. Yo puedo estar a su lado y apoyarle, pero, al fin y al cabo, solo él puede solucionar sus problemas.

Cuando Ryan da un paso atrás y me suelta, al instante siento frío, a pesar de que las temperaturas poco a poco son mucho más cálidas.

—Te he dejado en el baño una camiseta que puedes usar. Yo dormiré en el sofá.

Me doy la vuelta y me introduzco en el baño, sintiendo demasiadas palabras en la punta de la lengua para decir, pero que sé que no es el momento adecuado, no cuando he vuelto a ver todos esos demonios en su mirada.



Ryan.

Le doy una profunda calada al cigarro que sostengo, con la mirada perdida en la ciudad que hay ante mí. Parece que no ha cambiado nada en los últimos años, como si todo el país siguiese igual cuando yo me siento en él como un completo extranjero.

Aparto el rumbo de mis pensamientos, sabiendo cuál será su destino final y cómo llegue hasta él, sé que el cigarro que estoy fumando no será suficiente y tendré que entrar a por la bolsita llena de maría.

A mi cabeza llega de pronto el recuerdo de cuando Emma salió del cuarto de baño, tan solo vestida con mi camiseta negra, llegándola justo por debajo del culo y dejándome ver a la perfección sus hermosas piernas.

Hoy me he dado cuenta de que mi autocontrol es mucho mayor de lo que pensaba, porque desde el momento en que la vi, no había nada que deseara más que acortar la distancia entre ambos y saborear esos labios que tan loco me vuelven.

—¿No puedes dormir? —Su voz me sobresalta, haciendo que me gire para encontrarme a la culpable de mi insomnio delante de mí, con el cabello revuelto y los ojos cansados.

—¿Te he despertado?

—No —niega esbozando una pequeña sonrisa mientras sale al balcón y se apoya en la barandilla, viendo esta ciudad que la acompañó durante toda su vida. Hasta que yo le rompí el corazón y ella decidió dejarlo todo atrás—. No podía dormir.

—Yo tampoco —respondo y le doy la última calada a mi cigarro y lo dejo sobre el cenicero que hay en la pequeña mesita.

—Me gustaría agradecerte todo lo que estás haciendo por mí en estos días —suspira la chica, apartando la mirada de la ciudad para posarla sobre mí.

—No me tienes que agradecer nada —respondo, cruzándome de brazos.

—Lo sé, pero no todo el mundo atraviesa un océano para hacer compañía a otra persona.

—No, no todo el mundo lo hace. Pero por ti haría cualquier cosa, *mon amour*.

Emma cierra un segundo los ojos y puedo percatarme de que por su cabeza están pasando demasiados pensamientos. Apenas un par de segundos después, cuando abre los ojos, se ve mucho más decidida y da un paso hacia mí.

—¿Qué estamos haciendo, Ryan? —pregunta, apenas a unos pocos centímetros de distancia, tan pocos que puedo oler el champú de cerezas que usa.

—No lo sé, vivir el momento, disfrutar de esto.

Se muerde un segundo el labio inferior y ella no es consciente de lo que ese pequeño gesto provoca en mí, porque daría lo que fuera por ser yo el que estuviese saboreando ese labio.

—¿Por qué no podías dormir? —inquieta de pronto.

Alzo una ceja.

—No creo que lo quieras saber.

Sus mejillas se sonrojan un poco.

—Quiero saberlo —asegura, acortando el último paso que nos separa, su pecho choca contra mis brazos cruzados y al instante los descruzo para posar una de mis manos en su mejilla y acercar mi rostro al suyo, casi hasta que nuestros labios se rocen. Porque creo que mi autocontrol acaba de terminar.

—Porque verte con mi camisa es lo más sexy que he visto jamás, y dormir con una erección es imposible.

Joder, y ella esboza una pequeña sonrisa. Y posa una mano en mi pecho que creo que va a hacer que mi corazón se vuelva loco. Y, a pesar de la camiseta que llevo, puedo sentir la calidez de sus dedos, subiendo por mi pecho hasta mi cuello y después hasta mis labios.

—¿Qué estás haciendo, Emma?

—Vivir el momento.

Antes de que pueda responder o pensar siquiera, sus labios se encuentran saboreando los míos como si fuese la primera vez que los prueba. La estrecho contra mí, intensificando el beso, perdiéndome en ella. Sus manos se mueven con rapidez y necesidad cuando me saca la camiseta por la cabeza, dejándola caer al suelo. Sus labios abandonan los míos, ganándose un gruñido de protesta, pero dejo de quejarme cuando los posa en mi cuello, lamiendo y mordiendo, haciendo que apriete con fuerzas sus caderas contra las mías.

Podría pasarme la vida entera así, a su merced.

Sus labios se posan sobre el tatuaje con un corazón sangrante y no da un beso casto y salvaje como hasta ahora, sino que deposita uno dulce y tierno en él, haciendo que mi pobre corazón se infle lleno de emociones.

Cuando me percató de sus intenciones con besos descendentes por mi abdomen, la agarro del brazo y la vuelvo a colocar delante de mí para dar un corto beso en sus labios.

—Aunque me encanta lo que tienes en mente, estamos en un balcón donde puede vernos cualquiera y no quiero enfadarme porque alguien vea lo que solo puedo observar yo.

Una media sonrisa se instala en ella y pierdo la cabeza, volviendo a impactar con impaciencia mis labios en los suyos, alzándola para que enrosque sus piernas en mi cintura y cargo con ella hasta la habitación, donde con cuidado nos dejo caer a los dos en la cama.

Le saco con necesidad la camisa para percatarme de que antes de salir al balcón a mi encuentro tuvo que quitarse la ropa interior.

—Joder, Emma —gruño, observando su desnudez—. Quieres volverme completamente loco.

Una sensual sonrisa se apodera de sus labios y mueve las caderas hacia mí, animándome a

continuar con mi trabajo.

Y sus deseos son órdenes para mí.

Separo las piernas de Emma, colocándome entre ellas y comienzo con besos lentos y húmedos por el interior de sus muslos, haciendo que se estremezca y suelte un sonoro suspiro.

Podría pasarme el día lamiendo esta piel tan perfecta, podría pasarme una eternidad entre sus piernas como mi lugar favorito.

Masajeo su haz de nervios mientras mis besos van ascendiendo por su muslo hasta llegar a su ingle, para este momento, Emma se encuentra gimiendo mi nombre y removiéndose con impaciencia debajo de mí.

Podría correrme con solo esta imagen.

Le doy lo que me pide, saboreando su humedad, moviendo en círculos mi lengua en el epicentro de su ser. Y para esta ocasión Emma no se contiene, gime tan alto que creo que es el único sonido de todo Portland. Y apenas un par de minutos después, se deja caer en el orgasmo que la envuelve.

Me relamo los labios cuando me separo de sus piernas y ella me dedica una mirada llena de deseo, dejándome saber que aún quiere más, mucho más.

—Qué insaciable, *mon amour* —comento con la voz ronca mientras me acerco a ella para besarla y que sepa el maravilloso sabor que me deja en los labios. Corresponde al instante a mi beso, enredando sus piernas y brazos en mí, haciéndome girar para ella quedar sobre mí.

Hermosa.

No hay palabra para describir lo que es tenerla encima, con el cabello revuelto, la cara sonrojada por culpa del orgasmo, pero, sobre todo, completamente desnuda.

Agarro uno de sus redondeados pechos que encajan a la perfección en la palma de mi mano, pero ella la aparta y la agarra sobre el colchón.

—¿Crees que podrás mantener las manos quietas? —inquire con un tono de voz tan suave que como no pueda introducirme en ella, mi cuerpo dejará de ser funcional.

—No, *mon amour*. Claro que no puedo tener las manos quietas —gruño, alzando mis caderas para que sienta la dureza de mi erección.

Una media sonrisa se instala en sus labios.

—Tendrás que mantenerlas quietas, cariño.

Cariño.

Mi cuerpo se estremece ante esa inocente palabra.

Sus manos viajan hasta la cinturilla de mis pantalones cortos del pijama y tira de ellos hacia abajo, llevándose mi ropa interior también.

Se restriega contra mi miembro, y joder, vuelve a estar tan mojada como hace unos minutos. No para con sus movimientos, echando la cabeza hacia atrás, haciendo que sus pechos se alcen.

Y me da igual lo que me haya pedido, me enderezo y poso mis labios en ellos a la vez que escucho cómo su suave risa mezclada con un gemido lo envuelve todo.

La chica alza un poco las caderas, dándome permiso para entrar en su interior. Al instante su calor me envuelve, apretándose y haciendo que un sonoro gruñido brote de sus labios.

—Estás tan caliente —jadeo antes de dar un pequeño mordisquito a su pezón erguido.

Alza sus caderas, casi hasta sacarme de su interior, pero entonces se deja caer de golpe, introduciéndome por completo en ella. La respiración se me entrecorta por un segundo, tiempo suficiente para que Emma me empuje de los hombros y mi espalda vuelva a estar contra el colchón.

—¿Te gusta así, Ryan? —inquire con sensualidad, volviendo a subir las caderas despacito

para acto seguido dejarse caer otra vez—. ¿O prefieres esto?

Se mueve en círculos, haciendo que un millón de sensaciones se expandan por todo mi cuerpo. Cierro los ojos con la respiración descontrolada.

—Hagas lo que hagas, me gusta —jadeo, alzando con brusquedad mis caderas hacia ella y escuchando el grito de sorpresa que sale de sus labios—. Pero ahora quiero hacértelo duro y que grites hasta que no te salga la voz.

Suelta un sonoro jadeo y toma una profunda respiración.

—¿Y cómo harías eso? ¿Cómo conseguirías dejarme sin voz?

No respondo, porque no quiero que lo escuche, quiero que lo sienta y que sepa que nunca nadie conseguirá hacerla sentir lo que yo puedo hacer.

La agarro de las caderas, saliendo de ella y dejándola a un lado.

—Ponte a cuatro, *mon amour*. —Sonríe de medio lado y ella alza las cejas, conteniendo la sonrisa que amenaza con apoderarse de sus labios.

Obedece al instante a mi orden, colocándose a cuatro y joder... Lo hace bien, apoyándose en sus codos, con su culo alzado hacia mí en la posición perfecta. Inmortalizaría este recuerdo para llevar una fotografía así de ella a todas partes conmigo.

Me coloco y me introduzco en su interior sin ápice de cuidado, sabiendo que ella quiere esto tanto como yo. Al instante lo único que se escucha en la habitación es el ruido de nuestros cuerpos al chocar y los sonoros gritos que escapan de lo más profundo de su ser.

Agarro con fuerza sus glúteos, clavando mis dedos en ella, sin dejar que la intensidad de mis embestidas aminore y con mi mano libre, la llevo hasta su haz de nervios que masajeo con constancia y rapidez en círculos.

Grita mi nombre cuando el orgasmo la atraviesa y siento cómo su cuerpo tiembla, amenazando con desplomarse.

Sigo moviéndome detrás de ella y agarro su cabello y echo con cuidado su cabeza hacia atrás.

—¿He conseguido dejarte sin voz?

No responde y para mí eso es más que una respuesta.

Me corro tan solo unos pocos segundos después con un gruñido y observando su rostro con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

Nos dejo caer hacia delante, jadeando y con cuidado salgo de su interior, aunque podría quedarme a vivir en ella. Emma protesta bajito, aún recuperándose del orgasmo y la atraigo hacia mí para abrazarla.

Nos quedamos así durante un tiempo, recuperándonos del sexo. Emma tiene la cabeza apoyada en mi pecho y con sus suaves dedos recorre el contorno de mis tatuajes.

—¿Qué significa este? —pregunta de pronto con apenas un hilo de voz mientras acaricia la calavera de mi hombro derecho. Bajo la mirada hasta ese punto.

—La muerte está en todas partes, da igual si la temes, o si no la quieres: ella estará ahí, esperándote.

—¿Pero por qué te la tatuaste?

—Para recordarme que un día también vendrá a por mí.

Siento cómo se estremece a mi lado y no vuelve a decir nada hasta que posa sus dedos sobre el corazón sangrante y lleno de grietas en mi pecho, justo encima de donde se encuentra mi corazón.

—¿Y este? —Traga duro.

—El reflejo de mi propio corazón.

Emma alza al instante sus ojos hasta los míos.

—Tu corazón no es así, Ryan. Tu corazón es bonito y completo —asegura, pero no respondo, porque tanto ella como yo sabemos que no es así.

—¿El de la espalda?

El pájaro huyendo de las enredaderas.

—Soy yo.

—¿Tú eres el pájaro?

Asiento con la cabeza.

—¿Y qué significan las enredaderas?

—Mis demonios.

Ella se muerde el labio inferior, queriendo decir algo, pero no lo hace y lo agradezco porque en este momento no quiero hablar de ello.

Pasa por alto la fecha que tengo tatuada en el pecho y baja hasta mis caderas, donde se encuentran tatuados una serie de números y una pequeña sonrisa se instala en mis labios.

—Supongo que no es tu número de teléfono, es demasiado largo —dice con diversión, intentando quitar la tensión de hace unos segundos. Suelto una pequeña risa.

—No, no es mi número de teléfono.

—No sabría decirte qué puede ser, así que, ¿me lo dices tú? —pregunta, alzando el rostro hacia mí.

Y no lo pienso ni un segundo antes de contestar.

—Las coordenadas de nuestro lago, *mon amour*.

Sus ojos se abren, sorprendidos y baja la mirada hasta las coordenadas, para acariciarlas con mimo.

—¿Por qué? —pregunta con la voz tan baja que apenas puedo escucharla.

—Porque nunca he sido tan feliz como en ese lago contigo a mi lado y no quería olvidarlo jamás.

Toma una larga respiración, antes de alzar esos ojos llenos de tormentas hacia mí, demasiado brillantes, como si estuviese conteniendo las lágrimas.

—Ryan...

—Marchémonos —digo lo primero que se me pasa por la cabeza y mi corazón se acelera—. Dejémoslo todo atrás y empecemos de cero en algún lugar. Tú y yo solos.

Un futuro se abre en mi mente, en algún sitio los dos, habiendo borrado los últimos cinco años de nuestras vidas. Siendo felices. Una sonrisa se instala en mis labios.

Emma corresponde a mi sonrisa, pero no hay felicidad en ella.

—No podemos... Tenemos gente que nos quiere y no podemos dejarlos atrás.

Un ápice de decepción se apodera de mí, pero la comprendo.

—Yo no tengo a nadie más que a ti, *mon amour*.

Un fantasma

Emma.

Los primeros rayos del sol asoman por el horizonte y el canto de los pájaros suena de fondo como una dulce melodía cuando salgo del coche soltando un pequeño bostezo. Apenas he dormido en toda la noche porque Ryan y yo la hemos pasado hablando, riendo entre caricias y con los labios y otras partes del cuerpo pegadas, como si ninguno de los dos estuviésemos de acuerdo con dejar ir al otro. Pero cuando la noche ha empezado a dar paso al día, ha llegado la hora de volver a casa para poder darme una ducha y acompañar a mis padres al hospital.

Cuando me introduzco en casa, mi madre sale de la cocina, con el pijama puesto, el cabello recogido en un moño, los ojos cansados de no haber dormido y una taza de café recién hecho entre las manos.

—Emma Campbell —comienza a decir con un duro tono de voz y sé que me va a caer una gran regañina, como si aún fuese una adolescente que se ha saltado la hora de llegada a casa—. Sé que eres una mujer adulta, que vives sola y no estás acostumbrada a dar explicaciones de lo que haces o no, pero mientras estés bajo mi mismo techo, tendrás que avisar si duermes o no en casa.

Al instante me siento mal, porque podría haber mandado un mensaje la noche anterior, pero... Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Mi madre le da un largo trago a su café antes de continuar hablando.

—¿Sabes lo mal que lo he pasado esta noche al ver que no llegabas a casa? —pregunta relajando el tono de voz—. Pero suponía que no te había sucedido nada, las noticias malas son las primeras en llegar.

Trago duro, depositando las llaves en el mueble de la entrada y dando un paso hacia ella.

—Mamá... yo...

—¿Has estado con Ryan? —No me deja terminar de hablar.

—Sí.

Aprieta los labios en una fina línea.

—He estado esperando todos estos días a que me contases lo que está pasando, pero como no lo haces, me veo en la obligación de preguntar. ¿Qué hay entre vosotros? ¿Cuándo has dejado de odiarle?

—Voy a necesitar una taza de café para tener esta conversación —suspiro, encaminándome a la cocina. Cuando paso por delante de mi madre, deposito un rápido beso en su mejilla antes de retomar mi camino.

Cuando tengo un café bien cargado, mi madre me guía hasta el patio trasero donde siempre hemos tenido nuestras conversaciones profundas. Toma asiento en una de las sillas y me hace un gesto con la cabeza para que me coloque a su lado.

—¿Empiezas contándomelo tú o tengo que preguntar yo?

Le doy un largo trago a mi café y tomo una bocanada de aire.

—Hace dos meses desde que Ryan volvió a aparecer en mi vida... —Le relato a mi madre lo sucedido en este tiempo, como al principio le odiaba con todo mi ser, como en más de una ocasión estuve a punto de volver a casa para mantener las distancias con él... Pero también le cuento mis sospechas de lo que pasó hace cinco años, de cómo los demonios de Ryan parecen hacerse en ocasiones más fuerte en él y el miedo que me da que ganen la batalla. Le cuento cómo poco a poco el odio ha ido desapareciendo, dejándome un millón de sentimientos confusos en mi interior.

—¿Y si vuelve a irse? —pregunta cuando termino de hablar—. Volverás a retroceder lo que has avanzado en este tiempo.

—No creo que se vuelva a ir —respondo, aunque no estoy del todo segura de mi respuesta y por el modo en que mi madre me observa, sé que ella ha notado la duda en mi voz—. Pero quiero vivir, mamá, y para ello hay que arriesgarse. Y yo me voy a arriesgar por Ryan.

—¿Estáis juntos? —pregunta después de unos largos segundos y posa su mirada oscura sobre mí.

—No lo sé, no hemos hablado de eso y ahora no es el momento. Solo nos dejamos llevar y si algo tiene que suceder entre nosotros, lo hará. Pero si no... No pasa nada. No voy a volver a caer como hace cinco años, ya no soy una niña.

Mi madre suelta un sonoro suspiro.

—Me preocupo por ti, Emma —dice posando una de sus manos en una de las mías que descansa sobre mi muslo—. Uno de mis hijos ya está sufriendo, no quiero que tú también lo hagas.

—Estoy bien —aseguro—. Ryan se está portando bien conmigo y gracias a él estoy sobrellevando todo lo que está pasando.

—Lo sé, cariño. Y por eso no te he dicho nada hasta hoy, pero... Cuando te recoja esta tarde del hospital, quiero hablar con él. A solas.

Suelto un suspiro y rezo a lo que haya allí arriba para que mi madre no se pase de sobreprotectora.

—Está bien.

Mi madre se levanta, deposita un beso en mi frente con cariño y esboza una pequeña sonrisa.

—Ve a ducharte en lo que yo despierto a tu padre, después puedes dormir un rato o venir al hospital con nosotros.



Ryan.

Me termino el porro a la vez que me dejo caer en la cama, sintiendo cómo mi cuerpo se relaja y aparta los pensamientos que se han apoderado de mi mente, intentándome llevar a un día como hoy, pero cinco años atrás.

Cierro los ojos, mordiéndome el labio inferior, intentando controlar las respiraciones agitadas que salen de mí. Joder, necesito algo más fuerte que un maldito porro, pero... Solo quedan treinta minutos para que vaya a por Emma y no quiero que ella me vea en este estado.

No quiero que se preocupe y haga todas esas preguntas que sé que se está conteniendo por hacer. Soy consciente de que mi tiempo se acaba y más pronto que tarde tendré que hablar con ella, abrirme como no lo he hecho nunca.

Y no sé si podré soportarlo.

Por el momento me dejo llevar por las sensaciones que me transmite la droga y dejo la mente en blanco, poniendo una protección en ella que mantenga a raya los recuerdos.

La alarma de mi móvil suena un rato después, avisándome de que ha llegado la hora de salir de casa para poder estar a tiempo en el hospital. Me dirijo al baño donde me lavo la cara para despejarme, pero al observar mi reflejo en el espejo me percató de lo enrojecidos que tengo los ojos, por lo que me echo un par de gotas de colirio. Parpadeo varias veces, esperando que para cuando llegue al hospital mi mirada se haya despejado y Emma no se percate.

Una parte de mí me odia por mentirle así, por intentar ocultar esto. Pero ella no necesita más preocupaciones ahora. Emma solo necesita despejar la mente y pasar un buen rato entre tanto sufrimiento que hay ahora a su alrededor.

Me cambio de ropa con rapidez y me echo perfume, intentando borrar todo rastro del olor de la marihuana.

El hotel donde me estoy quedando apenas se encuentra a unos pocos minutos caminando del hospital, por lo que llego con rapidez. Me arremango las mangas de mi camiseta negra con rayas blancas y me arrepiento de no haber agarrado una de manga corta, ya que las temperaturas están subiendo con la inminente llegada del verano.

Tecleo un mensaje rápido para Emma diciéndole que ya estoy abajo y me enciendo un cigarro. Cuando me lo estoy terminando, escucho una voz que no es la que esperaba.

—¿Qué tal, Ryan? —pregunta la madre de Emma. Al instante alzo hacia ella la mirada, confuso de no ver a su hija por ninguna parte. La mujer esboza una pequeña sonrisa—. Le he pedido a Emma un par de minutos para hablar contigo, espero que eso no sea un problema.

—Es un gusto volver a verla, señora Campbell —me apresuro a decir—. Claro que no es un problema.

La mujer hace un gesto con la mano.

—Llámame Grace.

—De acuerdo, Grace.

—Voy a ir al grano, mi hija tan solo me ha dado cinco minutos antes de aparecer y salvarte de esta conversación, así que seré breve —dice con rapidez—. No quiero explicaciones de lo que pasó hace cinco años, no es a mí a quien se las debes, pero a mi hija, sí.

»Solo quiero contarte lo que seguramente no sabes y por lo que probablemente mi hija me odie un poquito. Pero necesito que sepas por lo que pasó Emma cuando te fuiste, para que —si no tienes intenciones de mantenerte a su lado— te vayas ahora, antes de que sus sentimientos se hagan más fuertes y vuelva a pasar por lo que pasó hace cinco años.

Me estremezco porque, aunque me hago una idea bastante clara de lo que pasó Emma, ella nunca me ha contado cómo fue. Y no sé si hoy es el día adecuado para saberlo, pero no le voy a hacer ese feo a Grace.

—Mi niña fue a buscarte cuando estuviste una semana sin responder a sus mensajes y llamadas. No se explicaba lo que pasaba porque tan solo estaba a unos meses de mudarse a Seattle a estudiar y así poder pasar más tiempo contigo. Ella siempre había querido estudiar en

París y nosotros no estábamos muy contentos con su decisión de tirar sus sueños por la borda por un chico, pero lo aceptamos porque ella era feliz a tu lado. Sin embargo, cuando llegó hasta tu casa... Tú te habías marchado. Su padre tuvo que ir a recogerla, porque ella no era capaz de conducir. Cuando Patrick me la trajo a casa, apenas se podía mantener en pie, apenas podía hablar.

»Pero lo peor fueron los siguientes meses, cuando no salía de su habitación, no hablaba con nadie, ni siquiera con Jessica. Veía cómo poco a poco mi hija se iba apagando, no porque tú la hubieses dejado, no. Ella estaba convencida de que algo terrible te había sucedido, estaba segura de que jamás la dejarías de ese modo. Llamó a hospitales y comisarías durante semanas, segura de que ellos sabrían algo de ti. Pero no. No habías dejado rastro antes de marcharte.

»Rechazó su puesto de la universidad de Seattle, a tan solo un mes de empezar el curso, y una semana después bajó las escaleras con una pequeña maleta en las manos, diciendo que se iba. Que no podía seguir aquí, en su casa, en su ciudad... Todo le recordaba a ti.

»Así que de la noche a la mañana perdimos a nuestra hija. Se mudó con los ahorros que tenía para Seattle y se fue a París. ¡Al otro lado del océano! Agradezco que en la universidad de París hubiese una baja de último momento y se la diesen a ella, pero... No me gustó que se fuese así, por ese motivo. Por ti.

»Los primeros meses fuera de casa, apenas sabíamos nada de ella y lo poco que sabíamos era por Jessica, quien nos llamaba todos los días para contarnos cómo estaba nuestra hija. Y lo que nos decía, no eran avances. Emma solo iba de la universidad al trabajo. No tenía vida más allá de eso. Apenas dejaba entrar a Jessica en ella y nosotros estuvimos a punto de ir a buscarla para traerla a casa. Pero un día, salió de su burbuja de dolor y poco a poco comenzó a rehacer su vida. Poco a poco empezó a quedar con sus nuevos amigos. Volvió a sonreír, aunque en sus ojos aún se podía ver la sombra del dolor.

»Sin embargo, hace unos meses, esa sombra empezaba a disiparse y cada vez que llamaba a mi hija, podía apreciar en su voz que era feliz, que tenía una vida que le gustaba, unos amigos a los que amaba, un trabajo que detestaba, pero ella era feliz, Ryan. Y yo hacía años que no veía así a mi hija.

Tengo que tragar duro porque esto... Esto es demasiado para mí. Saber lo que mis actos provocaron en ella.

—No te lo digo para hacerte sentir mal —se apresura a decir Grace, posando su mano en mi brazo—. Solo quiero que sepas lo que fue para Emma perderte y que seas consciente de tus actos. Si estás con ella para un rato de diversión, déjame decirte que conozco a mi hija y para ella esto va mucho más, así que si es eso lo que buscas, déjalo. No la ilusiones por algo que no podrá tener. Pero... Si quieres algo serio con ella, aunque luego no funcione, adelante, siempre y cuando el corazón de mi hija no sufra demasiado por el camino.

—No quiero que Emma sufra, nunca quise que lo hiciese —murmuro con un nudo en la garganta y sintiendo cómo mis ojos se llenan de lágrimas—. Siempre quise protegerla, que tuviese la vida que yo no le podía dar.

—¿Y ahora le puedes dar esa vida? —pregunta con dulzura, aún con su mano sobre mi brazo.

—Haré todo lo necesario para dársela —aseguro sin ápice de duda. Sé lo que es vivir sin la chica de ojos llenos de tormentas, sé lo que es pensar que nunca la volveré a ver y... No quiero eso. Quiero ser mejor persona por ella, por mí. Arreglar lo malo que hay en mí y poder tener una vida sin dolor ni demonios junto a la persona que desde hace cinco años está incrustada en mi pecho.

Grace esboza una pequeña sonrisa.

—Te tomo la palabra, Ryan.

—Muchas gracias, Grace —respondo, parpadeando varias veces para borrar las lágrimas de mis ojos. Seguro de que no me merezco el perdón de esta mujer, ni de su hija. Pero haré todo lo necesario para tenerlo.

—Ahora me voy, no quiero que Emma se ponga más histérica de lo que ya debe estarlo —dice con un poco de diversión antes de despedirse con un gesto de la cabeza y marcharse.

La mujer no ha llegado hasta la puerta del hospital, cuando de ella sale Emma, con el cabello recogido en un alto moño como cuando iba a trabajar al restaurante. Observa a su madre con los labios apretados e intercambian unas rápidas palabras antes de que esos ojos que me encantan se posen sobre mí y esboce una sonrisa llena de disculpas.

—Siento lo de mi madre —suspira cuando llega a mi lado, y me permito recorrerla con la mirada. Está preciosa, apenas lleva un poco de maquillaje, pero el brillo rosado que se ha puesto en los labios estoy seguro de que me acabará volviendo loco a lo largo del día. Aparte de eso, lleva un vestido blanco lleno de flores rosas, las mangas apenas son dos tiras sobre sus hombros —. Pero ha insistido tanto que no he podido negarle que bajase a hablar contigo.

Habla con rapidez de cómo se ha encontrado a su madre esa mañana, cuando llegaba a casa a hurtadillas, como si fuese una adolescente que ha hecho algo malo y no quiere llevarse una regañina de sus padres.

No puedo evitar recordar esa mañana, cuando Emma me ha despertado con un suave beso en la frente. Ni siquiera sé cuándo fue la última vez que alguien me besó con esa ternura, probablemente cuando era un niño. En ese momento, aún medio dormido, es cuando me he dado cuenta de que no puedo perderla otra vez, que si lo hago, sé que no volveré a ser el mismo. Por eso... haré lo que sea necesario para no darle motivos a Emma para dejarme, porque ni por todo el oro del mundo, volvería a apartarme de su lado.

—Entonces... ¿Me vas a decir lo que te ha dicho? —inquieta con nerviosismo cuando ambos estamos montados en su coche y ella ha puesto el aire acondicionado para intentar sacar el calor del vehículo.

—¿Tienes miedo? —Alzo una de mis cejas—. ¿Crees que tu madre me haya podido espantar con un par de palabras?

—Puede ser muy severa, incluso más que mi padre —asegura mordiéndose el labio inferior al que mi vista se va al instante, deseando poder besarlo y morderlo como la noche anterior.

Carraspeo, alejando esos pensamientos de mi mente.

—Solo quería saber cuáles son mis intenciones contigo —respondo, encogiéndome de hombros.

Se muerde aún con más fuerza el labio.

—¿Y? ¿Qué has respondido, Ryan? —Y sé que no lo pregunta por conocer toda la conversación que he mantenido con su madre, sino porque ella misma necesita una respuesta.

—Ya sabes, solo un poco de sexo salvaje con su hija pequeña. Se lo ha tomado bastante bien —bromeo.

Emma suspira con resignación a la vez que rueda los ojos, pero no vuelve a decir nada más mientras arranca el coche y lo saca del aparcamiento del hospital.

—¿A dónde vamos hoy? —pregunta, introduciéndonos en la carretera.

—He pensado que hace un día fantástico para tomar un helado —digo, recordando cómo le apasionaba a la chica de cabello oscuro tomar helado a la sombra los días de calor.

Esboza una media sonrisa, como si ella también estuviese acordándose.

—En el centro creo recordar que había una heladería con helados artesanales, solo abren en las

épocas de calor, así que nunca te llevé.

—Pues estaré encantado de probar esos helados.

—¿Te sigue gustando esa aberración de la naturaleza con sabor a donut? —pregunta la chica, sin apartar la mirada de la carretera, pero en sus labios se ha instalado una sonrisa divertida.

—¿Aberración de la naturaleza? —inquiero con indignación, ganándome una risotada de su parte—. Déjame que te diga que el helado de donut junto al cocho-menta es la mejor combinación que existe.

—Es asqueroso —replica, sonriendo.

—Por lo menos yo no soy una persona con gusto de niño de cinco años. Dime que has dejado de pedirte helado de chocolate, por favor.

Su sonrisa se hace tan grande que creo que puedo perderme en ella.

—No hay nada mejor que el helado de chocolate —dice con orgullo.

Me río, porque no puedo evitar recordar cuando durante aquel verano, ambos nos montábamos en la moto que tenía en ese entonces y conduje hasta una ciudad cercana para ir a una heladería con variedad de sabores. Recuerdo que la tienda era larguísima y estaba llena de sabores diferentes y un tanto extraños. Y Emma ni siquiera se lo pensó dos veces cuando pidió un helado de chocolate que podríamos haber comprado en la tienda que había al lado del lago.

—Lo que yo decía, gusto de niño de cinco años.

Comenzamos a discutir sobre los sabores de helado e intento convencer a la castaña de que hoy pruebe uno nuevo, pero ahora que salimos de la heladería, lleva una tarrina con tres bolas de chocolate, ¡ni siquiera ha querido que una de las bolas fuera de otro sabor para probar! Sin embargo, yo hoy llevo un helado que consiste en tres bolas, cada una de ellas de un sabor diferente: fresa, nata y vainilla. Puede que yo también tenga un poco de gusto de niño de cinco años.

Nos sentamos en un banco a la sombra de un árbol, frente a nosotros se encuentra el centro de la ciudad, lleno de gente que camina de un lado a otro con paso apresurado.

Comemos entre bromas y risas que creo que pueden curar hasta el corazón más roto y esto lo sé, porque cada vez que la escucho reír, siento cómo algo va sanando en mi interior.

—Hace un año, compré por equivocación un *satisfyer* pensado que era una de esas máquinas que quitan puntos negros —dice entre risas y no puedo evitar seguirla a ella también.

—¿Cómo fue eso posible? —A mi mente viene la imagen de la chica usando un *satisfyer* y una parte de mí se despierta al instante.

—¡No lo sé! —Se excusa—. Estaba en una tienda de cuidado femenino, donde he comprado miles de veces y Julie hacía unos días se había comprado uno y decía que era una maravilla, por lo que cuando lo vi en un estante, ni siquiera leí lo que ponía en la caja y lo compré. —Se muerde el labio inferior a la vez que sus mejillas arden antes de que se lleve otra cucharada de su helado a la boca—. Ahora entiendo cuando la dependienta me dijo que lo disfrutara muchísimo.

Rompo en carcajadas a la vez que ella esconde el rostro entre sus manos, pero a los pocos segundos, su risa acompaña a la mía.

—¡Lo peor es que respondí que estaba segura de que quedaría maravillada! —Se ríe tan alto que varias personas que pasan por nuestro alrededor, giran la cabeza para observarnos, pero si soy sincero, no les presto atención, ya que todo lo de nuestro alrededor acaba de desaparecer. Solo está ella.

Emma deja de reír poco a poco y posa su mirada sobre mí, los ojos brillosos por las lágrimas y las mejillas sonrojadas y en la comisura de sus labios, un poco de helado de chocolate. Sin pensarlo, me acerco a ella y con mi dedo pulgar, limpió el helado de su boca.

La chica contiene el aliento y en ese momento me percató de lo cerca que estamos, de que mi dedo sigue en sus labios y que debería echarme para atrás ahora que ya la he limpiado, pero... hay algo que me lo evita. Como si mi piel se hubiese pegado a la suya y mi cuerpo no estuviese de acuerdo con tener que separarme de ella.

Y mi vista vuela a bajar hasta sus labios, ahora ligeramente abiertos, como si me estuviesen invitando a probarlos.

—Puedes besarme si es lo que quieres —dice en apenas un susurro, como si hubiese podido leer en mi rostro lo que ahora mismo más deseo.

Y obedezco sin rechistar, acortando la poca distancia que nos separa y probando su boca con sabor a chocolate. Apenas es una suave caricia, como si los estuviese probando por primera vez. Pero joder, cada beso con Emma, es como si fuese el primero. Sintiendo esos nervios en el estómago, esa necesidad de explorar y conocer. Y, sobre todo, ese pensamiento de que nada puede salir mal.

Pero siempre, mierda, siempre puede salir algo mal. Como ahora, cuando me separo apenas unos pocos centímetros de ella para coger aire, y mi vista, como si hubiese sido atraída por otra, se posa en una persona a varios metros de distancia que nos observa sin ningún tipo de pudor.

Y me tenso.

Y me rompo.

Y quiero gritar y romper algo.

Mis ojos se posan en unos de la misma tonalidad que los míos, y el odio y la rabia se abren paso en mi interior como un huracán.

Me separo de Emma y me levanto al instante del banco, sin poder apartar la vista de él. De mi padre. De la persona que nos abandonó.

Mi progenitor no ha apartado sus ojos de mí. Su rostro, tan parecido al mío, se descompone al estar seguro de quién soy yo. Al reconocermelo después de tantos años, aunque en realidad, no he cambiado demasiado.

Doy un paso adelante, ya no soy yo el dueño de mi cuerpo porque ahora, los demonios que viven en mi interior han tomado el control y les dejo hacer lo que más desean y puede que, en este momento, le vaya a partir la cara a ese hombre.

—Ryan. —Una voz suave y llena de preocupación suena a mi lado, agarrándome de la mano con delicadeza, como si se hubiese dado cuenta de que algo no va bien. Observo a Emma apartar la mirada un segundo de mí para posarla en la otra calle, en busca de lo que me ha alterado. Pero él ya no está—. ¿Qué ha pasado?

Me aparto de ella, porque no puedo sentirla a mi lado cuando ahora mi interior se está desmoronando con fuerza por culpa de todos esos recuerdos que intento mantener ocultos bajo llave.

—Nada —digo con más dureza de la necesaria—. ¿Puedes llevarme al hotel?

Porque necesito estar solo, necesito la droga que consigue calmar a mis demonios.

—No. —Se niega en rotundo—. ¿Qué está pasando? ¿A quién has visto?

—A un fantasma.

Y me doy media vuelta, a pesar de que sé que después me arrepentiré de dejarla tirada, pero sé que ella no me va a dejar solo, no ahora que sabe que algo ha pasado y no quiero tenerla cerca cuando mis demonios toman el control.

—¡Ryan! —la escucho gritar detrás de mí, pero acelero el paso dejándola atrás.

«Yo no tengo ningún hijo».

Sus últimas palabras se repiten en bucle mientras camino hacia el hotel.

28

Lo que sucedió aquel día

Emma.

Parece que ya estamos en verano a pesar de que aún faltan tres semanas: el aire del exterior es tan caluroso que te sientes pegajosa, el cielo despejado de nubes y la gente parece más feliz al caminar por la calle que cuando es invierno y el frío es insoportable.

Observo a Mara, está sentada frente a mí en la mesa que hemos ocupado en una cafetería cercana al hospital, entre sus manos agarra el refresco que ha pedido y que todavía no ha probado, la mirada perdida en el hielo de su vaso. Hace un rato, cuando estábamos las dos en la habitación de Matt, comenzó a llorar, sin ser capaz de articular palabra. He tenido que sacarla de allí y que le diese el aire. Pero sigue sin hablar, le he dado espacio, aunque creo que debería intentar ayudarla a salir de ese estado.

—Háblame —digo con dulzura, pasando mi mano por encima de la mesa y posándola en su brazo—. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa.

Desde que conocí a Mara un par de años atrás, ha sido como una hermana para mí. Llamándome todas las semanas para asegurarse de que me encontraba bien, de que todo iba con normalidad en mi vida y cuando nos juntábamos, no faltaban nuestras intensas conversaciones, que normalmente eran sobre los cotilleos de los cuales Mara se iba enterando en los meses que yo no estaba en Portland.

Sus ojos se cierran y toma una bocanada profunda de aire y puedo apreciar cómo su labio inferior tiembla.

—Tengo miedo, Emma —murmura por fin; sus ojos enrojecidos por las lágrimas—. Temo que Matt no despierte nunca.

El miedo también se apodera de mí ante esa posibilidad, pero sé que despertará, más después de la conversación que hemos tenido hoy con el doctor.

—Está mejorando, solo es cuestión de días para que despierte —aseguro, apretando mi mano contra su brazo—. Mi hermano estará de vuelta antes de que nos demos cuenta.

Ella asiente con la cabeza, pero en su mirada puedo ver que no cree en mis palabras. Suelta todos sus miedos, me habla de ese futuro que tanto han anhelado siempre y el terror que la invade al pensar que Matt podría no estar en él.

Pasamos un largo rato en la cafetería, intentando animarnos entre nosotras, y cuando Mara se ha recompuesto un poco, volvemos al hospital donde se encuentra mi padre, ya que mi madre ha ido a casa de su hermana a pasar el día junto a ella e intentar alejarse por unas horas del mundo real.

A pesar de que dentro de la habitación mi padre y Mara mantienen una entretenida conversación, no soy partícipe de ella, ya que mi vista está posada en la pantalla de mi teléfono, en el chat con Ryan que lleva sin responder a mis mensajes desde el día anterior, cuando algo

sucedió y se encerró en sí mismo.

El pecho se me comprime porque hoy hace cinco años desde que Ryan desapareció de mi vida, del mismo modo que está sucediendo ahora, con la ausencia de sus mensajes y llamadas.

Y no es algo bueno.

—Me tengo que ir ya —comento, levantándome de la silla y colgándome mi bolso del hombro—. Si hay alguna novedad, llamadme.

—Claro, pásalo bien —responde mi padre con una sonrisa.

Salgo del hospital con pasos apresurados y en apenas unos pocos minutos me encuentro en mi coche, de camino al hotel de Ryan, rezando para que esté en él.

Los recuerdos de aquel día me inundan la mente y mi corazón se acelera a causa del miedo, porque una parte de mí sabe que Ryan no va a estar en su habitación. Posiblemente, ni siquiera se encuentre en Portland.

Y me maldigo mientras estoy en el ascensor, porque debería haberme dado cuenta antes de qué día es hoy y lo que pasó hace justo cinco años. Esa fecha grabada en el pecho del chico de ojos verdosos.

Llamo a su puerta con los nudillos y espero, pero nadie abre y cuando pego mi cara a la madera, no se escucha ningún sonido de su interior.

Y tengo mi confirmación de que al chico le han invadido los demonios y ha salido.

Las manos me tiemblan cuando apoyo la espalda en la puerta y marco su teléfono. Suenan todos los tonos y tengo la esperanza de que, en el último, su voz sonará. Pero no lo hace. Solo hay silencio al otro lado.

Y me siento como aquella chica de dieciocho años recién cumplidos, asustada por no comprender lo que está sucediendo e intentando buscar una explicación lógica para su ausencia.

Pero ya no soy esa chica y ahora puedo comenzar a entender lo que sucedió hace tanto tiempo.

Cuando estoy nuevamente en el coche, conduzco hasta salir de la ciudad, siguiendo los carteles que guían el camino hacia Seattle, como aquel día que no pude esperar más y fui en su búsqueda para enterarme de que el chico del que estaba enamorada, lo había dejado todo y se había marchado.

Las horas se me hacen eternas, pero no he dejado que el miedo me paralizase en ningún momento ni que las lágrimas que se formaban en mis ojos, escapasen de ellos. Porque hace cinco años no le encontré en la ciudad que le vio crecer, pero esta vez, sé que él sí está aquí.

Ryan no ha querido contarme qué sucedió aquel día, hablarme de sus demonios, pero poco a poco, con el paso de las semanas, me ha dejado entre ver qué sucedió. Por eso guio mi coche directo hacia el cementerio y cuando aparco, un nudo se ha instalado en mi garganta.

El prado es de un bonito color verde, adornado con las lápidas perfectamente colocadas y de fondo se puede ver el lago que bordea el sitio de descanso. Hay un par de personas paseando por el lugar, algunos con los ojos llenos de lágrimas, otros; con sonrisas de paz al saber que sus seres queridos ya no sufrirán más.

Camino mientras el sol comienza a esconderse por el horizonte para dar paso a la noche cuando diviso a una figura sentada frente a una lápida, el corazón se me comprime y los ojos se me llenan de lágrimas al ver a Ryan.

Me acerco con paso acelerado y cuando estoy apenas a unos pocos centímetros, el olor de la marihuana me recibe y puedo percatarme del cigarro que tiene entre los dedos y las botellas de alcohol vacías que descansan a su lado.

Mis ojos se posan en la lápida y leo lo que hay escrito en ella.

Madison Wells.

14/03/1972 - 22/05/2017
Te recordaré siempre, mamá.

Y ahí está el motivo por el cual Ryan lo dejó todo, el motivo por el que los meses antes de su desaparición estuviese ausente y sus demonios comenzasen a tomar fuerza en su interior. El motivo de la permanente tristeza que parece llevar siempre consigo.

El chico no se percata de mi presencia, demasiado metido en sus propios pensamientos con la mirada clavada en la tumba donde su madre descansa. Le da una larga calada al cigarro de maría y un par de lágrimas corren por sus mejillas a la vez que mi corazón se rompe un poco al verle en este estado.

Me siento a su lado y es entonces cuando sus ojos se apartan de la tumba para posarse sobre mí, le cuesta un poco reconocermelo, como si no terminase de enfocar bien, pero cuando lo hace, aparta la mirada y se termina el porro. Llena sus pulmones de aire antes de sacarlo todo en una lenta espiración.

—Es la primera vez que vengo a verla desde que la enterré —comenta con la voz rota.

Mis ojos se llenan de lágrimas y no puedo evitar acercarme un poco más a él.

—Todo lo que quiero, lo rompo. Todo lo bonito que hay en mi vida, lo acabo destrozando y no podía permitir que te sucediese lo mismo a ti, Emma —dice, apenas en un hilo de voz y mi corazón se encoge. Apoyo mi cabeza en su hombro y el olor a la maría y el alcohol inunda mis fosas nasales.

—A mí no me vas a hacer daño, Ryan —aseguro, sintiendo cómo mi voz se puede quebrar en cualquier momento—. No me vas a destruir.

El chico se tensa y veo más lágrimas correr por sus mejillas.

—Ya lo hice, *mon amour*. —Traga duro, conteniendo un par de segundos la respiración—. Te destruí hace cinco años y no puedo perdonarme por aquello.

Una silenciosa lágrima consigue escapar y comienza un recorrido por mi mejilla. Y no sé qué decirle, porque sí me hizo daño, pero ahora que comprendo un poco mejor el motivo por el que se marchó... ¿Cómo puedo seguir enfadada con él por aquello?

—Vamos a por un café, necesitas serenarte —comento, separándome de él para poder ponernos en pie.

Ryan niega con la cabeza.

—Nunca la he traído flores y ella las amaba. Nuestro jardín siempre estaba lleno de las flores y plantas más bonitas. —La voz se le rompe y una nueva oleada de lágrimas brotan de sus ojos—. Mira todas esas tumbas, están bonitas, con fotos y flores que sus seres queridos les traen, pero ella... Ella ha estado sola cinco años, nadie ha venido a limpiar su tumba, nadie le ha traído sus flores favoritas.

Cierro un segundo los ojos, no puedo con esto, con el dolor en su voz y la agonía que siento emanar de él.

Al abrir los ojos, recuerdo el puesto con flores a la entrada del cementerio y una pequeña sonrisa se instala en mis labios.

—Pues es hora de que le traigamos flores a tu madre. —Ryan alza la mirada hacia mí con el ceño fruncido—. Ven.

Se pone de pie, obedeciendo mi orden y tengo que sujetarle cuando se tambalea y está a punto de caer al suelo.

Caminamos despacio por el cementerio. Ryan se mantiene en silencio, sumergido en lo más profundo de sus pensamientos y quiero sacarle de ahí y volver a verle sonreír, pero sé que mientras estemos en este lugar, no podré hacerlo.

Al llegar al puesto, al chico se le ilumina un poco la mirada y no pierde el tiempo en separarse y empezar a agarrar flores: gardenias, lirios y tulipanes. Ha elegido esas porque eran las favoritas de su madre. Cuando se las entrega al vendedor, este se encarga de arreglarlas y dejarlas bonitas. Me acerco y saco mi monedero para pagarlas.

—Lo hago yo —dice Ryan—. Quiero hacerlo yo.

Asiento con la cabeza y dejo que el chico pague las flores que le quiere regalar a su madre, pero me acerco al estante donde hay más flores y agarro varias amapolas, recordando aquel verano en el que nos conocimos y que su madre siempre solía traer un par de ellas cuando salía a caminar.

Ryan esboza una pequeña sonrisa cuando me ve con las amapolas y me agradece con la mirada el gesto.

Cuando el vendedor ha preparado mi ramo y le hemos pagado, retomamos el camino hacia el lugar de descanso de Madison, aquella mujer de alegres sonrisas y a la que le encantaba sumergirse en agradables conversaciones, donde Ryan siempre insistía en que teníamos que irnos cuando su madre quería seguir contándonos alguna de sus muchas anécdotas de cuando era joven.

Al llegar a la tumba, le doy a Ryan mi ramo de flores y me agacho. No tengo nada con que limpiar el lugar, pero con las manos, quito las malas hierbas que han crecido, las hojas de los árboles que han caído e intento dejarla lo mejor posible.

—Gracias —dice con la voz entrecortada el chico cuando me tiende mi ramo.

—No tienes que agradecer nada —aseguro.

Ryan da un paso adelante y se deja caer de rodillas frente a la tumba de su madre, se limpia con la mano un par de lágrimas y se aclara la garganta.

—Siento mucho no haber venido hasta ahora, mamá... Pero no podía, yo no... no quería aceptar que te hubieses ido, no podía hacerlo —suspira, dejando con mimo el ramo sobre la tumba—. Aun así, no volveré a tardar tanto en venir y traerte tus flores favoritas. —Cierra unos segundos los ojos y sé que está conteniendo el llanto—. Te quiero, mamá.

Se levanta del suelo y se tambalea un poco, pero esta vez no es necesario que vaya a agarrarle, ya que se recompone rápido.

Tomo una larga respiración y me agacho, dejando las amapolas junto al ramo de Ryan.

—Cuidaré de él —digo tan bajo que sé que Ryan no puede escucharme—. Me aseguraré de que vuelva a estar bien.

Porque sé que su madre es lo que quiere. Que desde donde quiera que esté, desea ver feliz a su hijo.

Cuando me levanto, cojo las dos botellas vacías de alcohol que Ryan se ha bebido en el tiempo que ha estado aquí y meto dentro de ellas las colillas de los cigarros que hay alrededor.

—¿Quieres quedarte un poco más? —le pregunto, pero él niega con la cabeza.

Tiramos a un cubo de basura las botellas y caminamos en silencio hasta que salimos del cementerio, pero no vamos a mi coche, sino que seguimos avanzando y en una cafetería cercana pedimos dos cafés y nos sentamos en un banco frente a la entrada del frondoso parque del Interlaken Park.

Ambos damos cortos tragos a nuestras bebidas en silencio, mientras vemos cómo el sol se termina de esconder para dejar poco a poco paso a la oscuridad de la noche.

—Mi madre conoció a mi padre cuando trabajaba de camarera en una discoteca —comienza a decir de pronto, con la vista perdida en los árboles que tenemos frente a nosotros y sé que ha llegado el momento. Que la verdad que tanto he ansiado durante los últimos cinco años, la voy a

tener por fin—. Mi padre estaba casado en ese momento, pero se había dado un tiempo con la mujer con la que estaba y ambos vivían separados. La atracción entre ellos fue instantánea. Se veían en la discoteca, pero al poco tiempo comenzaron a quedar más a menudo.

»No sé por qué mi padre nunca se divorció de su esposa, pero como no hacían vida juntos ni se veían, a mi madre no le importó cuando empezaron una relación. Al año nací yo. Se supone que mi padre vivió con nosotros durante mis primeros dos años de vida, pero después... se fue de casa y volvió con su esposa. Mi madre nunca quiso explicarme el motivo.

Un nudo se instala en mi pecho al escucharle hablar, al notar el dolor en su voz. Yo... no sabía nada de esto. Cuando nosotros nos conocimos, Ryan no hablaba de su padre, nunca lo mencionó y cuando yo preguntaba por él, solía tensarse y cambiar de tema con rapidez, por lo que dejé de insistir.

—Al principio de marcharse, venía a verme todas las semanas y ayudaba a mi madre con los pagos de la casa y la comida, pero poco a poco, sus visitas fueron menguando y dejó de ayudar a mi madre económicamente. El día que cumplí ocho años, fue la última vez que le vi.

»Al principio, llamaba a mi padre a diario, pero nunca respondía. Tan solo era un niño que no comprendía por qué su padre le había abandonado, por qué ya no le quería... Mi madre hizo todo lo que estuvo en su mano para que no pensase en él, pero apenas la veía. Ella se mataba a trabajar y así poder pagar las facturas, la comida, la ropa que iba necesitando... Era la mujer más fuerte que he conocido en mi vida.

Esboza una pequeña sonrisa.

»Pero empezó a enfermar, ella siempre decía que no era nada, que solo era cansancio por el trabajo, que cuando tuviese tiempo libre para descansar, se pondría bien...

Cierra los ojos y aprieta las manos en puños, Ryan ya se ha terminado el café, por lo que cuando arruga el cartón de la bebida, no cae nada del vaso al suelo.

—Tenía quince años cuando un día después de clase llegué a casa, mi madre ya estaba en el trabajo y me percaté de un sobre que se había dejado olvidado en la mesa de la cocina. Lo leí, pensando que era otra factura con la que no podríamos hacernos cargo ese mes, sin embargo, no lo era... Eran unos resultados médicos. Tenía un cáncer, en estado avanzado.

»Nosotros ni siquiera teníamos seguro médico, no lo podíamos pagar y el precio del tratamiento que necesitaba mi madre... Era un dinero que nos costaría mucho reunir.

»Vendí varias de mis cosas y me puse a trabajar y entre los dos, pudimos pagar por partes el tratamiento, aunque había meses que no llegábamos... Dejé los estudios para poder encontrar un trabajo a tiempo completo, pero, aun así, no era suficiente.

»El verano que nos conocimos, antes de que llegase a la casa del lago, mi madre había empeorado y sabíamos que, si no recibía el tratamiento completo, no se recuperaría nunca. En ese momento, ya de por sí, era difícil que se recuperase, pero... Quería intentar frenar el avance, que tuviese unos años más de vida, no lo sé, cualquier cosa.

Traga duro y se pasa las manos con nerviosismo por el cabello.

—Encontré la dirección de mi padre y le busqué, esperanzado de que, si le pedía ayuda, me la daría. Sabía que tenía dinero, es un hombre de negocios —explica—. Recuerdo que cuando llamé a la puerta de su casa, me abrió una niña que no debería tener más de diez u once años. Se me quedó mirando con sus grandes ojos verdes, iguales a los míos. Entonces comprendí el motivo por el cual mi padre dejó de venir a verme, por qué se distanció por completo de mi madre y de mí. Hice cálculos. Cuando mi hermana nació, él decidió centrarse en su verdadera familia y dejarnos a nosotros de lado. Ni siquiera sabía que tenía una hermana.

Una risa amarga escapa de sus labios y no puedo evitar estirar mi mano y entrelazar mis dedos

con los suyos. Ryan me dedica una pequeña sonrisa.

—Mi padre apareció a los pocos segundos —continúa diciendo—. Me reconoció al instante, ¿sabes? Lo vi en sus ojos, vi cómo palidecía. Me tragué el orgullo y la rabia y le pedí ayuda, le conté lo que le pasaba a mi madre. ¿Sabes lo que me dijo cuando le expliqué quién era? —Se aclara la garganta y pone voz ronca, como imitando a la de su padre:— Yo no tengo ningún hijo.

Cierro los ojos unos instantes, conteniendo las lágrimas que han aparecido en ellos.

—Aun así, insistí, intenté hasta el último segundo que nos diese de su ayuda. Estaba desesperado. Pero cuando amenazó con llamar a la policía, tuve que marcharme.

»Ese verano fuimos a la casa del lago, aunque yo no quería, ya que ir allí significaba dejar mi trabajo y era un dinero que necesitábamos, pero mi madre quería ir. Ella decía que, si ese iba a ser su último verano, lo pasaría en aquel pequeño rincón del mundo que tanto le gustaba. Así que cedí, pero no me rendí. Al llegar al lago, conocía a unos amigos y sabía que uno de ellos vendía drogas... Comencé a trabajar para él, pero también empecé a consumirla. La situación me sobrepasaba y comenzaba a perder la esperanza de que pudiese hacer algo por mi madre, así que... me refugié en las drogas, en la falsa sensación de tranquilidad que me daban.

Echa la cabeza hacia atrás y me percató de las lágrimas que corren por sus mejillas y el corazón se me parte un poco más. Me incorporo, apartando mi cabeza de su pecho y con cuidado, paso mis pulgares por su cara, intentando llevarme así su tristeza. Cuando termino, una pequeña sonrisa se instala en sus labios y sus ojos se abren posándose en los míos, en ellos puedo apreciar un brillo que hace que mi corazón lata un poco más rápido.

—Pero entonces apareciste tú —comenta con apenas un susurro y la sonrisa de su rostro se me contagia—. Con medio cuerpo metido en un barril, intentando encontrar una bebida sin alcohol cuando en esa fiesta hasta el agua llevaba alcohol. —Se ríe con ganas, haciendo que mi sonrisa se ensanche recordando aquel día—. Yo no era alguien al que le gustase conocer a chicas, lo único que me interesaban eran polvos de una noche, pero después de hablar contigo... No lo sé, quería hablar más veces contigo, quería conocerte, pero, sobre todo, quería besarte. —Una de sus manos se mueve hasta acariciar mi labio inferior con ternura—. Cuando te vi, sentí que había encontrado mi aguja perdida dentro de un gran pajar, Emma. Desde el primer momento en que nuestros ojos se encontraron, sentí que no podía perderte.

Acuno mi rostro en su mano y disfruto de su calidez.

—Sentí lo mismo al verte —comento—, a pesar de los avisos de Jessica y de su grupo de amigos. Nada me importó porque había algo en ti que me atraía y no podía sacarte de mi cabeza. Por eso ignoré a todas esas personas que me querían alejar de ti.

—Me alegra que lo hicieras, porque fue gracias a ti que ese verano no me rendí.

Ryan me atrae otra vez hacia él, pasando un brazo por mis hombros y guiando mi cuerpo hasta su pecho.

—Dios sabe las veces que intenté ser mejor persona por ti, que quise dejar las drogas. Te hacía daño a ti y a mi madre y las dos erais las únicas personas que me importaban, las únicas personas que tenía y no quería hacérselo pasar mal y a ambas os estaba perdiendo. Veía cómo cada día la enfermedad de mi madre avanzaba más y también podía percatarme de cómo te perdía por no contarte lo que sucedía.

»A pesar del dinero que conseguí reunir ese verano, no fue suficiente para pagar el tratamiento, y aunque lo hubiese sido, no habría servido de nada. Ya no se podía hacer nada por mi madre.

»Cuando murió, me sentí tan roto y perdido que me marché. Vendí las dos casas y me fui de Estados Unidos. Vacío. Porque una parte de mi corazón la enterré junto a mi madre y la otra te la

quedaste tú. Debería haberte dicho que me marchaba, pero no podía, porque decirte aquello significaba aceptar que mi madre había muerto y no quería hacerlo. Estaba en un plan autodestructivo, Emma. Me daba igual lo que me sucediese, si moría de una sobredosis o en un accidente de moto. Quería acabar con todo, aunque nunca me atreví a dar el paso y sabía que, si te mantenía a mi lado, te arrastraría a mi miseria, te haría daño y jamás podría permitirme dañarte. Así que te dejé atrás, esperanzado de que me olvidaras y continuases con tu vida como si yo nunca hubiese estado en ella.

Ya no me molestó en mantener en mis ojos las lágrimas, hace rato que tomaron el control y corren sin frenos por mis mejillas.

Porque esta es su historia, esto es lo que ha estado cargando durante los últimos años él solo. El dolor y la traición de un padre que no le quiso ayudar cuando más le necesitaba y la agonía de perder a su madre. Tener que alejarme, aunque no fuese lo que quisiese para protegerme de él. De su destrucción.

—Lo siento muchísimo, Ryan —murmuro, agarrándole del rostro—. Siento que tuvieses que pasar por todo aquello solo.

—Fue mi decisión, no lo sientas. Si te lo hubiese contado, sé que te habrías mantenido a mi lado.

—Sí, lo habría hecho, sin importarme nada.

—Y por eso te tuve que dejar atrás, *mon amour*. Te quiero demasiado como para ser egoísta contigo.

Mi corazón se paraliza durante unos segundos, porque ha dicho *te quiero* y no *te quería*.

—Sé egoísta, Ryan porque si vuelves a sentirte así, no me dejes para protegerme, entre los dos encontraremos una solución —aseguro, posando mi frente en la suya—. Estaré a tu lado, en lo bueno y en lo malo, pero sobre todo en lo malo, Ryan. Te ayudaré a levantarte todas las veces que lo necesites y te daré la mano para caminar los dos juntos.

Una pequeña risa escapa de sus labios haciendo que en mi estómago no vuelen mariposas sino grandes dragones.

—Eres lo único que me queda —musita, apenas con un ápice de voz después de varios segundos— y me aterra perderte otra vez.

—No lo harás, no volverás a perderme, Ryan.

Y es una promesa que pienso cumplir hasta mi último suspiro.

29

Responsabilidades

Ryan.

Siento como si algo me estuviese taladrando la cabeza, lo que me hace gemir y removerme en la cama, pero los recuerdos del día anterior llegan de golpe.

Ayer hizo cinco años desde que mi madre falleció y por un impulso fui hasta el cementerio donde se encuentra, pensando que podría soportarlo. Estaba equivocado, ya que al llegar, los demonios que viven en mi interior se hicieron con el control. Los recuerdos y el dolor salieron con fuerza. Apenas podía recordar el rostro de mi madre o el sonido de su voz.

Me dejé llevar por una espiral destructiva, hasta que ella llegó, como mi salvadora, y supe que no podía seguir ocultándolo, que debía aceptar lo sucedido cinco años atrás. Y me abrí a Emma como nunca lo había hecho con nadie, le conté todo aquello que lleva mucho tiempo persiguiéndome.

Parpadeo varias veces, la luz del sol entra en la habitación y mi pecho se encoge al percatarme de que ella no está. Y el miedo se apodera de mí. Anoche se acostó a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho, haciendo que el olor de su perfume me inundara las fosas nasales. Pero se ha ido.

Me levanto con rapidez de la cama y camino hacia el baño, esperando de encontrarla allí, sin embargo, tampoco está.

Vuelvo a la habitación y busco mi móvil, pero cuando lo encuentro no tiene batería. Joder. La he cagado, lo sé. Puede que ella no quisiese saber todo lo que dije la noche anterior, que haya sido demasiado para Emma.

La puerta se abre.

Y la tensión acumulada en mi cuerpo en los últimos minutos desaparece.

—¿Ha pasado algo? —pregunta alarmada la chica de ojos llenos de tormentas mientras camina hacia mí, cargando con una bolsa.

—Has vuelto —murmuro, apenas con un ápice de voz, acercándome a ella y posando mis manos en sus suaves mejillas para asegurarme de que es real. De que no se ha ido. De que está aquí conmigo.

—Solo fui a por el desayuno. —Esboza una pequeña sonrisa, acunando su rostro entre mis manos—. No voy a marcharme, Ryan.

El alivio me inunda y me acerco a ella para besar sus labios con necesidad. Emma corresponde al instante y su mano libre se enreda en mi cabello mientras nuestros cuerpos se juntan y avanzamos por la habitación. Por el camino escucho cómo deja la bolsa con el desayuno en la mesa.

Profundizo el beso sin soltar sus mejillas, saboreándola, sintiéndola cerca, sintiendo que no puedo perderla.

La chica se separa apenas un poco de mí para empujar mi pecho y me dejo caer sobre la cama, observando cómo se desprende de la camisa y los pantalones cortos que lleva. Dejándome una vista gloriosa de ella en ropa interior, con ese sujetador de encaje que hace muy poco por ocultar sus redondeados y perfectos pechos.

Sin apartar la mirada de mí, se quita la ropa interior mientras mis ojos siguen cada uno de sus movimientos y mi miembro se endurece tanto que duele con el deseo de poder sentir su calidez envolviéndome.

—Ven aquí —digo con la voz ronca mientras me quito la camiseta con la que he dormido y estiro una mano hacia ella, pero Emma esboza una pequeña sonrisa.

—Aún veo demasiada ropa en ti, cariño.

Mi pecho se comprime al escucharla decirme cariño y me dejo llevar por los sentimientos. Me pongo de pie y me quito los pantalones y la ropa interior para acto seguido juntar nuestras bocas, alzándola y haciendo que me rodee la cintura con sus piernas.

—Estás tan mojada —gruño sobre sus labios cuando mi miembro roza su intimidad y sus caderas se sacuden, restregándose contra mí y haciendo que un gemido escape de mis labios.

Me siento en el borde de la cama, con ella sobre mí y de un solo movimiento me introduce en su interior.

Las sensaciones me abruman, su calidez consigue meterse en lo más profundo de mi ser. Y mientras se mueve y gime mi nombre, estoy seguro de que jamás podré sacarme a Emma de ese órgano que ella siempre me ha demostrado que es capaz de hacer funcionar.

Dejo besos en sus labios, cuello y hombros. Al borde del orgasmo mientras ella se mueve como si hubiese nacido para esto.

Cuando me corro susurro su nombre en forma de plegaria y pocos segundos después ella me sigue con su propio orgasmo.

Nos dejo caer en la cama, jadeando y sudorosos por el calor del día, y cuando observo su rostro, una espléndida sonrisa se ha apoderado de él.

—No voy a irme a ninguna parte —jadea, como si supiera que es lo que necesito escuchar.

La estrecho contra mí y deposito un suave beso en su cabello, abrazándola. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero en algún momento Emma se ha levantado y traído el desayuno a la cama, que consiste en dos cafés y bollos rellenos de chocolate.

La escucho hablar mientras desayunamos y quiero immortalizar estos momentos junto a ella, tan espléndida, con el cabello revuelto y las mejillas aún sonrojadas.

Pero se calla cuando su teléfono móvil comienza a sonar y se levanta para agarrar el bolso que dejó caer al suelo y rebusca en su interior hasta que encuentra el aparato.

—Hola —saluda con una sonrisa en los labios, pero se desvanece y de sus ojos comienzan a caer lágrimas. Al instante me levanto, preocupado por lo que pueda estar escuchando—. Ahora voy.

Cuando cuelga se gira hacia mí y veo cómo tiembla. Avanzo hacia ella y la abrazo, sabiendo que esa llamada era sobre su hermano.

—Ha despertado —dice entre sollozos. Una pequeña risa escapa de sus labios—. Matt ha despertado.

—Eso es muy bueno, *mon amour* —digo separándome solo un poco para poder observarla—. ¿Por qué lloras?

—Pensaba que no despertaría. —Sorbe por la nariz y se muerde el labio inferior—. Pensaba que no volvería a escucharle, a verle de otra forma que no fuese en una cama, completamente inmóvil...

—Pues vas a volver a escucharle y dentro de muy poco saldrá del hospital —le aseguro y su sonrisa se hace más amplia.

—Tenemos que vestirnos —dice separándose de mí y comenzando a agarrar su ropa del suelo—. Tenemos que ir a verle.

Me pongo la ropa interior y muerdo con indecisión mi labio inferior.

—¿Tenemos?

Emma, ya vestida y en proceso de hacerse un moño para ocultar el descontrol de su cabello, se gira hacia mí.

—Si quieres, sí. Puedes venir conmigo.

—Yo... no sé...

—A mis padres no les importa y ciertamente, no creo que a Matt le moleste verte.

—De acuerdo. —Cedo indeciso, porque sé que Emma y yo no tuvimos un buen final hace años y, aunque ella me haya perdonado y su madre parezca que también, no sé cómo se lo tomará su padre y no me gustaría incomodar a Matt, ahora recién despertado.

El camino hasta el hospital lo hacemos en silencio y cuando llegamos la chica baja de un salto del coche y debo trotar para ponerme a su altura. Puedo percatarme de cómo las manos le tiemblan, indicativo del nerviosismo de su cuerpo.

Paramos frente a la habitación de Matt. Emma se muestra indecisa, observando la puerta como si al otro lado hubiese un reto imposible de poder lograr.

—Puedes hacerlo —digo, apoyando una de mis manos en su hombro, dándole ánimos—. Matt debe estar deseando verte.

La chica asiente con la cabeza y estira el brazo con lentitud hacia el pomo y abre la puerta. Toma una larga bocanada de aire para después soltarlo todo con lentitud. Se estira y planta una sonrisa en los labios, intentando ocultar el descontrol de su interior. Y da un paso dentro de la estancia.

La sigo un par de pasos por detrás. Emma para en seco cuando sus ojos se encuentran con los de su hermano.

—Matt... —murmura con la voz rota y aunque hace unos segundos ha intentado recomponerse, todo lo conseguido se va al traste cuando un par de lágrimas brotan de sus ojos e ignorando lo que sucede a su alrededor, corre hasta los brazos de su hermano, quien ya la espera para estrecharla contra sí.

Se funden en un abrazo y se susurran palabras entre sí. A los pocos segundos, Mara y los padres de Emma se acercan y entre todos se abrazan, llorando y riendo de felicidad porque por fin Matt haya despertado y vuelto a sus vidas.

Y una parte de mí siente envidia de esa estampa familiar.

Porque yo jamás tendré un abrazo como ese.



Emma.

—No deberías seguir posponiendo tus responsabilidades por mí —comento de pronto, sin

poderlo evitar.

Nos encontramos sentados bajo la sombra de un árbol en un pequeño parque, no muy lejos del hotel en el que Ryan se está quedando. Después de pasar varias horas en el hospital junto a mi hermano y asegurarnos de que se encuentra bien —o todo lo bien que puede estar una persona después de dos semanas en coma—, decidimos irnos para que Mara y él pudiesen tener un rato a solas.

—No me importa posponer mis obligaciones si es por ti —asegura, girándose para que nuestros ojos se encuentren.

Mi pecho vibra lleno de emociones, pero no es justo.

—Poco antes de que pasara lo del accidente, conseguiste un buen trabajo con los *Merlens* y sé que han estado aplazando los últimos conciertos por ti, porque no pueden seguir tocando si les falta el vocalista.

Ryan se tensa y desvía la mirada, incómodo.

—No creas que no quiero que estés aquí conmigo, sabes que gracias a ti estas semanas han sido más amenas, que tu compañía ha evitado que me derrumbase. Pero, Ryan, no puedo permitir que sigas aquí. No puedes perder esta oportunidad que tenéis para triunfar. Yo estaré bien y pronto volveré a París.

—No quiero separarme de ti, no ahora que todo parece ir bien —suspira, pasándose las manos por el cabello castaño.

—Todo seguirá igual cuando vuelva. —Aunque sé que cuando mi vida haya vuelto a la normalidad, Ryan y yo debemos tener una conversación. Hablar sobre nosotros—. No voy a marcharme.

Una pequeña sonrisa se apodera de sus labios y pasa un brazo por mis hombros para atraerme hacia él.

—Lo sé, preciosa. Sé que tengo que volver, no puedo hacerles esto a los *Merlens*.

Y aunque haya sido yo quien se lo haya recordado, no puedo evitar que el corazón se me encoja al escucharle decir que volverá a París, tan lejos de mí. Pero es lo correcto, es lo que debe hacer.

Ryan me agarra con delicadeza de la barbilla y alza mi rostro.

—Te estaré esperando, ya no solo en París. Siempre, *mon amour*. Da igual qué suceda, siempre te estaré esperando.



Ryan.

He comprado un vuelo de vuelta a París para mañana y, aunque no tengo ganas de irme, Emma tenía razón. Ayer lo hablamos largo rato: no puedo seguir evadiendo mis responsabilidades y sé que ella estará bien.

Después de una visita al hospital para ver a Matt, nos encontramos sentados en la terraza de una cafetería, gozando de las buenas temperaturas y esperando a que nos traigan la merienda que

hemos pedido. Pienso disfrutar hasta el último segundo de las horas que me quedan con ella. Sé que la volveré a ver, puede que sea en unos días o semanas. Sin embargo, una pequeña parte de mí teme que a su vuelta todo sea diferente, que esto que estamos creando se quede en Portland y no nos acompañe a París.

Escucho a Emma hablar, creo que es uno de mis pasatiempos favoritos. Y más cuando lo hace de la novela que va a publicar en unos meses, de todas esas otras ideas que nacen en el interior de su mente, dando como resultado mundos fantásticos o como en el caso de su actual novela: un romance que cada vez que me habla de él más seguro estoy de que el libro está inspirado en nosotros. Y eso me hace sentir mucho, me hace sentir que soy importante para ella.

—Tiene una pinta deliciosa —suspira Emma cuando dejan sus gofres llenos de chocolate frente a ella junto a un batido de frutas.

No puedo evitar esbozar una sonrisa al verla saborear el primer bocado, casi sin darle tiempo a respirar.

—Parece que hace años que no comes —comento con diversión.

—Es que hace años que no como algo tan bueno —replica, tragando el contenido de su boca antes de volver a remplazarlo por otro trozo más.

Y no sé lo que ella hace en mí, cómo consigue que cualquier cosa que haga me deje contemplándola como un auténtico bobo.

—¿Ryan? —Una voz desconocida me llama. Emma y yo nos giramos hacia la chica que camina en nuestra dirección. No debe tener más de dieciséis años y estoy seguro de no haberla visto en mi vida.

—¿Sí? —inquiero con desconfianza cuando llega a nuestro lado, jadeando por los rápidos pasos que ha dado. Me recorre con la mirada, mientras intenta controlar su respiración. No paso desapercibida la forma en la que Emma observa con una ceja alzada a la chica y con una sonrisa divertida en el rostro.

—Ryan Wells, ¿verdad? ¿Eres tú? —pregunta y puedo percatarme del modo en el que se muerde el labio inferior y cómo sus ojos han comenzado a cristalizarse.

—¿Quién eres? —pregunto frunciendo el ceño y empezando a inquietarme.

—Natalie Gray. —Consigue formular con apenas un hilo de voz.

Y no necesito saber más para comprender quién es esta chica, de dónde me conoce. Porque su apellido jamás lo podré olvidar, aunque a mí nunca quiso dármele mi padre.

Me pongo en pie al instante, echando atrás la silla, produciendo un molesto sonido que hace que varios comensales se giren hacia nosotros. Emma, tan solo un segundo después, se encuentra a mi lado.

—Yo... —dice la chica, quien ha dejado caer unas lágrimas de sus ojos—. Nunca te he olvidado, aunque no nos diesen la oportunidad de conocernos... Tu rostro se quedó grabado en mi memoria aquel día.

Quiero dejar de escucharla, quiero dejar de verla. Que los últimos minutos desaparezcan. A ella sí la aceptó como su hija. A ella sí la quiso.

—Lo siento, tengo que irme —digo mirando por última vez unos ojos de la misma tonalidad de verde que los míos.

Me doy la vuelta, sin importarme la merienda que Emma y yo tenemos a medias encima de la mesa, sin importarme nada, porque esos demonios de mi interior que llevo intentando controlar desde el aniversario de la muerte de mi madre, amenazan con tomar por completo el control.

—¡Yo no tengo la culpa de las decisiones que nuestro padre tomó! —grita Natalie en un sollozo detrás de mí. Me estremezco ante su voz rota y lo frágil que parece.

—Ryan. —Emma me agarra de la mano, evitando que dé un paso más para marcharme—. Escúchala.

Cierro los ojos, en completa tensión.

—Mi madre nunca dejó a mi padre que me hablase de ti, pero aquel día, después de verte y mirar a nuestro padre... Supe que eras mi hermano, lo supe en lo más profundo de mí.

Me doy la vuelta y me encuentro a Natalie con lágrimas corriendo por sus mejillas, los ojos pegados a los míos y moviendo una pierna con nerviosismo.

—Después de ese día, no dejé de preguntar por ti y... Papá me lo contó todo. Y me habló de ti, mucho. Guardaba esta foto... —Se apresura a sacar su monedero de la mochila que cuelga de uno de sus hombros y de su interior extrae una fotografía antigua y arrugada. Le da la vuelta para que pueda verla.

El estómago se me revuelve y me entran ganas de vomitar.

Somos mis padres y yo, hace demasiados años, pero aún recuerdo ese día, cuando no debería de tener más de cuatro o cinco años y fuimos a pasar el día a la playa. En la fotografía salgo en brazos de mi padre mientras mi madre me besa un regordete cachete haciéndome reír.

—La guardó durante años y luego me la dio, para poder sentirte un poco más cerca de mí. Te empecé a buscar hace dos años, pero ya no vivías en la dirección que papá me dio y... ¿Sabes cuántas cuentas en las redes sociales hay bajo el nombre de Ryan Wells?

Se seca las lágrimas de las mejillas y da un paso tembloroso hacia mí.

—Eres mi hermano, Ryan —murmura, con apenas un hilo de voz.

—No —digo con brusquedad, siendo incapaz de sobrellevar toda esta situación.

—Conóceme, Ryan. Cena conmigo hoy y si después no quieres saber más de mí... No volveré a molestarte, pero dame una oportunidad. Por favor —súplica derramando todas las lágrimas de sus ojos.

Desvío un segundo la mirada de la chica para posarla en Emma y en sus ojos encuentro ánimos, veo que ella estará a mi lado, tome la decisión que tome, y vuelvo a mirar a Natalie. Mi hermana. En algunas ocasiones, cuando imaginaba mundos paralelos, había crecido junto a ella, la había conocido y acompañado mientras crecía.

El recuerdo de mi madre aparece en mi mente, fue su familia la que nos condenó, pero... puedo escuchar su voz en mi cabeza diciéndome que guardar rencor no me ayudará, que acepte y la conozca.

—Está bien —termino suspirando entre dientes.

Y sin previo aviso, tengo un pequeño cuerpo abrazándome con fuerza mientras solloza. Me tensó sin ser capaz de devolverle el gesto. La chica se separa avergonzada tan solo unos segundos después.

—Lo siento, me dejé llevar por la emoción —dice, sorbiendo por la nariz y esbozando una pequeña sonrisa—. Te voy a apuntar la dirección de un restaurante de hamburguesas junto a mi número de teléfono, ¿esta noche te va bien?

—Sí, supongo —respondo y entrecierro los ojos. Quería pasar mi último día junto a Emma, solo los dos... La chica de ojos llenos de tormentas, entrelaza su mano con la mía, dándome a entender que no pasa nada, que esto es más importante.

Cuando Natalie termina de escribir en el trozo de una hoja que ha arrancado de uno de los cuadernos que lleva en la mochila, me lo tiende.

—Gracias, Ryan —dice antes de despedirse con un gesto de la mano y marcharse.

Sin pensar en las consecuencias, sin importarme nada, saco el paquete de tabaco del bolsillo y de su interior cojo el porro que siempre llevo preparado.

—Ryan... —Escucho a Emma.

—Ahora no, por favor.

Y lo enciendo y le doy una larga calada, intentando calmar todo lo de mi interior.

Una conversación del pasado

Emma.

Observo al chico de ojos verdosos a través de la puerta corredera del hotel que da al balcón de la habitación en la que se está quedando durante su estancia en Portland. No puedo evitar sentir cómo se genera un nudo en mi garganta al contemplar a Ryan llevarse ese cigarrillo de maría a los labios para darle una larga calada y expulsar con lentitud el humo, como si intentase mantenerlo el máximo tiempo posible dentro de su cuerpo. Y mientras tanto, aquí estoy yo; sentada en su cama, intentándole conceder esos minutos que me ha pedido de soledad para poner en orden todos sus pensamientos.

Contengo la tristeza y la rabia en mi interior porque me mata verle hacerse daño de este modo. No puede seguir así, no lo puedo permitir. Porque sé que esto irá a más, que una vez que entras en ese bucle autodestructivo, es muy complicado salir, más cuando no tienes ayuda. Cuando piensas que no hay otra salida para tus problemas.

Me levanto de la cama y camino con lentitud hacia el balcón. Si Ryan se ha percatado de mi presencia, no lo demuestra, ya que su mirada sigue fija en algún punto de la ciudad que se abre ante nosotros.

Apoyo los codos en la barandilla, a su lado. El olor del porro llega hasta mí y estoy segura de que jamás he olido nada tan mal como esto.

—Tienes que dejarlo, Ryan —comento lanzando una ojeada hacia él.

—No sé de qué me hablas —responde con la voz ronca, sin mirarme.

—Claro que lo sabes —replico separándome de la barandilla y quedándome frente a él. Le agarro con cuidado de la barbilla, haciendo que por fin su vista se pose sobre mí—. No puedes seguir así.

Entrecierra los ojos y le da la última calada al cigarro antes de lanzarlo al vacío.

—Esto es lo único que me ayuda, Emma. Sé que no te gusta, pero...

—No, no hay peros. —Le corto, dando un paso más hacia él, pegándome a su cuerpo y apoyando mis manos en su cintura—. Sé que duele, que en tu interior hay demonios que te hacen la vida imposible, que lo ves todo negro, pero... Ryan, las drogas no lo solucionarán. Todo seguirá en tu interior si no haces nada por solucionarlo.

Una amarga carcajada brota del chico.

—¿Qué puedo hacer para solucionarlo? —inquieta, apartando la mirada con incomodidad de mí—. Estoy maldito, sé que aunque lo intente evitar, siempre acabo dañando a alguien.

—Yo no puedo ayudarte a solucionar tus problemas, pero hay gente especializada en ello. Hay gente que puede ayudarte, tanto con tus demonios como con las drogas.

—No estoy loco, Emma —masculla con brusquedad, apartándose de mí.

—Ir al psicólogo no es estar loco —añado con rapidez—. La gente va allí para aprender a controlar sus emociones, sus propios demonios. Así estos no tomarán el control de ellos. No tendrás que recurrir a las drogas para apartarlos, tendrías herramientas para hacerlo por ti mismo y puede que, algún día, desaparezcan para siempre.

Se mueve con nerviosismo por el reducido espacio del balcón.

—Sabes que siempre he querido ser mejor persona por ti —suspira, pasándose las manos por el cabello con nerviosismo—. Pero no sé si puedo, ya lo intenté...

—No cambies por mí, Ryan, debes hacerlo por ti. Tienes que empezar a quererte —digo avanzando hacia él, y enrosco mis brazos en su torso para abrazarlo e intentar calmar los nervios de su cuerpo—. Y esta vez será diferente, estaré a tu lado durante el proceso, si así lo quieres, puedo acompañarte a las consultas y... Siempre que lo necesites puedes hablar conmigo, Ryan. No tienes por qué hacer esto solo.

Apoya su barbilla en mi cabeza y envuelve mi cuerpo con sus brazos.

—¿Qué he hecho para merecerte, *mon amour*?

—No tienes que hacer nada para merecerme.

Su pecho vibra y sé que está llorando en silencio, por lo que le abrazo aún más fuerte. Necesito que sepa que estoy aquí, que recorreré este camino a su lado.

—Gracias.

—No me las des, Ryan. Cuando estemos en París, solucionaremos todo esto.

Me estrecha con más fuerza contra él y deposita un suave beso en mi cabello antes de separarse por completo de mí.

—¿Me acompañarás esta noche? —pregunta posando su mirada enrojecida sobre mí.

—Si es lo que quieres, ahí estaré.

Esboza una pequeña sonrisa antes de asentir con la cabeza.

—Entonces, debemos irnos ya si no queremos llegar tarde.

El trayecto hasta el restaurante de comida rápida lo hacemos en silencio, sé que Ryan no tiene ganas de hablar por lo que no le fuerzo a hacerlo. Sé que debe ser complicada toda esta situación. Encontrarse con una hermana a la que no conocía... No sé cómo yo lo sobrellevaría.

El local se encuentra en una zona poco transcurrida, por lo que aparco el coche cerca del establecimiento sin problema. En cuanto nos bajamos del vehículo, Ryan busca mi mano y entrelaza nuestros dedos, haciendo que una tonta sonrisa se instale en mis labios. Aún no me acostumbro a estos pequeños gestos, pero que parecen tan naturales entre nosotros. Como si siempre hubiese tenido que ser así.

Al entrar en el restaurante una cálida luz nos da la bienvenida y en apenas unos pocos segundos encontramos a Natalie sentada en una de las mesas del fondo, la que da la sensación de más intimidad, pero... no está sola. Un hombre se encuentra a su lado y cuanto más le miro, más veo en él al chico que me acompaña.

—Me marchó de aquí —avisa Ryan en un gruñido.

—Espera. —Le freno, evitando que salga del local—. Escucha lo que te tengan que decir y después nos iremos si eso es lo que quieres.

—No le quiero ver —replica echando una mirada cargada de odio al lugar donde se encuentra el que supongo que es su padre.

—Lo sé y lo entiendo, pero... mañana te vas del país y no sabes si los volverás a ver... Por experiencia, te digo que, para sanar necesitamos escuchar las respuestas a nuestras preguntas, aunque nos duela.

Ryan toma una larga y profunda respiración antes de asentir con la cabeza y echar a caminar hacia la mesa donde se encuentra la única familia que le queda.

—Ryan —murmura su padre, levantándose al instante.

—Hola —responde con frialdad, ignorando el intento de abrazo de su padre y sentándose en una de las dos sillas vacías.

Los ojos del padre de Ryan se posan sobre mí.

—Mis disculpas, no me he presentado. Mi nombre es Leonard Grey.

Esbozo una tirante sonrisa mientras acepto la mano que me tiende.

—Encantada, soy Emma Campbell.

—Un gusto, Emma. Supongo que sois pareja, ¿no?

—Eso a ti no te importa —gruñe Ryan, lanzando una mirada cargada de rencor hacia su padre que hasta a mí me hace estremecer.

—Cierto —suspira el hombre, tomando asiento al lado de su hija y frente a mí—. Me alegra que hayáis venido.

—No lo habría hecho si hubiese sabido que tú estarías —dice con frialdad, lanzando una mirada llena de reproche hacia Natalie que aparta los ojos al instante, avergonzada.

—No la culpes a ella, yo insistí en venir. Llevo tiempo buscándote, hijo.

—No. Me. Llames. Así —dice Ryan cada palabra con una lentitud que da miedo—. La última vez que te vi, recuerdo perfectamente cómo me dijiste que yo no era tu hijo.

Leonard cierra los ojos en un gesto de dolor y arrepentimiento, pero Ryan lo ignora por completo, sumido en su odio. Y por un instante, me veo en él. En cómo me sentía hace unos meses cuando miraba al chico que ahora está sentado a mi lado.

Una camarera llega en este momento, rompiendo el aire tenso que se ha adueñado de nosotros. Pedimos la cena y cuando la chica se va con la comanda, Ryan posa sus ojos en su padre.

—Creo que me debes unas explicaciones.

—Sí, llevas razón, pero no sé si este es el mejor lugar para ello.

—Si no vas a hablar, en ese caso me iré. Mañana tengo un largo vuelo y este es el último sitio en el que quiero estar.

Leonard y Natalie le miran sorprendidos.

—¿Un vuelo?

—Si alguna vez te hubieses preocupado por tu hijo, sabrías que lleva varios años viviendo en un continente distinto al tuyo. —Le echa en cara, dejando caer la espalda contra el respaldo de la silla—. Mis respuestas, padre.

Y, joder. Creo que nunca he conocido esta faceta de Ryan y ojalá nunca la tenga que conocer sobre mí.

Leonard asiente con pesar y comienza a hablar.

—Conocí a tu madre cuando era muy joven. Por aquel entonces estaba casado con la madre de Natalie, pero nos habíamos separado... Era una situación complicada, no podía romper nuestro matrimonio por el bien de la empresa de mis padres. Pero... cuando vi a tu madre, fue como un rayo de luz en toda la oscuridad de mi alrededor.

—La usaste para evadirte de tus malditos problemas —replica Ryan, apretando la mandíbula con fuerza.

—La quería, jamás la usé. Y cuando nos enteramos de que estaba embarazada de ti, intente divorciarme, pero mis suegros me amenazaron con destruir todo aquello que mis padres se habían pasado décadas construyendo.

Natalie se mueve incómoda y posa la mirada en sus dedos que tambalean sobre la mesa de colores del establecimiento.

—Tuve que volver junto a Alexandra después de varios años, la presión que estaba recibiendo no la aguantaba y sé que mi decisión le partió el corazón a tu madre, Ryan. Es algo que jamás me podré perdonar, pero ella conocía toda la situación y sabía que era lo que debía hacer.

—Dejaste de venir a vernos.

Leonard observa a su hija, quien no aparta la mirada de sus manos y me gustaría poder hacer

algo para que la situación fuese más amena para ella. Imagino que no debe ser fácil escuchar hablar de ese modo de una parte de tu familia.

—Cuando Alexandra se quedó embarazada de Natalie, intentamos empezar de cero y que nuestro matrimonio funcionase.

—Olvidándote por completo de la familia que ya tenías. —Ryan aprieta los puños con fuerza y estoy segura de que está a un segundo de levantarse y largarse.

—Mamá no le dejaba verte, siempre discutían por ti. Yo no supe el verdadero motivo hasta hace unos años —añade Natalie, separando la mirada de sus manos para posarla en la de su hermano mayor—. Mi madre no es una buena mujer, cuando era joven algo se pudrió en su interior y desde entonces es incapaz de mirar por algo que no sea su propio beneficio.

Me quedo impactada por la frialdad de la voz de Natalie al hablar de su propia madre, del rencor que esconden sus palabras. Seguramente producto de una infancia dura.

—Sé que aquel día te cerré la puerta en la cara, fui un imbécil, pero estaba en proceso de divorciarme de Alexandra y sabía que cualquier cosa haría que se echase para atrás.

—Otra vez volviste a mirar más por ti que por esa otra familia que tenías —gruñe Ryan, pasándose las manos por el rostro, agobiado de la situación.

—Fui a ver a tu madre después de unos meses —añade Leonard, haciendo que Ryan alce de sopetón la mirada para clavarla sobre su padre—. Iba a pagar todo el tratamiento de tu madre, costase lo que costase, aunque eso me dejase sin un solo dólar en el banco. —La voz del padre de Ryan tiembla y tiene que tomar una larga respiración para intentar calmarse—. Llegué demasiado tarde. Si hubiese ido unos meses antes, a lo mejor... Sé que me odias por eso, Ryan. Y lo acepto, sé que lo merezco. Yo tampoco puedo perdonarme. La amaba, la he amado todos estos años y lo sigo haciendo, hijo.

Una lágrima escapa de los ojos de Ryan que limpia con rudeza.

—No supe de su muerte hasta semanas después y entonces empecé a buscarte, pero no di contigo. No he vuelto a saber de ti hasta que te vi el otro día.

—Como te dije, me marché de Estados Unidos —añade el chico de ojos verdosos sin ningún tipo de emoción en la voz.

—¿Puedo saber dónde estás viviendo? —inquire, intentando hacer más amena la conversación.

—En París.

—¿Ambos vivís allí?

—Sí.

—Me han dicho que es una ciudad muy bonita —comenta Leonard.

Ryan suelta una carcajada amarga, negando con la cabeza.

—No voy a tener esta conversación contigo. ¿Ahora quieres saber si me saqué una carrera? ¿De qué trabajo? Puede que tuvieras tus propios motivos para no buscarnos en esos años, pero yo no puedo perdonarte con tanta facilidad. Necesité a mi padre durante toda mi vida y nunca le tuve.

Estoy segura de que Ryan se hubiese levantado de la mesa si en este momento no acabasen de dejar las hamburguesas ante nosotros.

—Lo siento, Ryan —suspira su padre con los ojos anegados en lágrimas—. Nunca fue mi intención que sufrieras.

—Pues lo hiciste muy mal —replica de mala gana.

Poso una de mis manos sobre su pierna, por debajo de la mesa, y le doy un ligero apretón, intentando calmar todos esos demonios que sé que andan muy despiertos en su interior. Ryan me

mira y esboza una pequeña sonrisa de agradecimiento. Una sonrisa que solo es capaz de sacar en este momento por mí. El corazón comienza a latirme muy deprisa.

—Papá me contó una vez que tocas la guitarra —comenta Natalie cuando llevamos la mitad de la cena en completo silencio, haciendo que Ryan la observe.

—Sí, así es —asiente e intenta suavizar un poco el tono de voz con ella—. Estoy en un grupo de música.

—¿De verdad? —inquieta con los ojos brillantes de la emoción—. ¿Tienes algún video que pueda ver?

Se saca del bolsillo del pantalón el teléfono y con rapidez abre un vídeo en el que están todos los *Merlens* en aquel cutre bar en el que empezaron tocando en París. Le tiende el teléfono a su hermana y al instante, su padre asoma la cabeza para poder verlo también. Ambos parecen impresionados.

—Lo hacéis genial —musita asombrada—. Ojalá algún día pueda veros en directo.

Y lo dice mirando a Ryan, esperando una respuesta de él, una invitación.

—A lo mejor algún día —termina diciendo y ganándose una sonrisa por parte de su hermana pequeña.

—Yo toco el violín desde los cinco años, pero aún no estoy segura de qué rumbo quiero tomar —confiesa Natalie con la voz llena de incertidumbre—. He tocado en varios eventos importantes, pero no sé si eso me llena del todo o debería dedicarme a algo más “normal”.

—¿Más normal? —inquieta Ryan alzando una ceja.

—Sí, ya sabes. Una carrera con más futuro.

—Te he dicho muchas veces que no hagas caso a los comentarios de tu madre, Natalie —suspira con resignación Leonard.

—Lo sé, solo son dudas.

—Haz lo que te haga feliz, sin importar lo que la gente piense —digo de pronto, porque me he sentido como ella muchas veces cuando con su edad decía que me quería dedicar a escribir—. No dejes que las palabras de otras personas dicten tu futuro.

Natalie me observa y esboza una amplia sonrisa, dejando a la vista todos sus dientes.

—Me caes bien, Emma —comenta de pronto, haciendo que una pequeña risa escape de mí.

Y no sé cómo, pero el resto de la cena pasa más tranquila de lo que esperaba. No vuelven a sacar el tema del abandono de Leonard, aunque sé que en un futuro, tanto padre como hijo deberán volver a hablar de ello para poder perdonarse. Por el momento, han intercambiado números de teléfono. Todo un avance.

—Toma ese desvío —dice de pronto Ryan a los pocos minutos de estar en el coche.

—Por ahí se sale de la ciudad.

—Lo sé.

No indago más y hago lo que me pide, introduciéndonos en una carretera que nos saca de la ciudad. A los pocos minutos, la vegetación aparece a ambos lados de la carretera.

—Para ahí. —Señala una entrada al bosque. Le miro desconcertada, pero estaciono el coche donde me pide y me giro para poder observarle. Se encuentra con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

—¿Qué ocurre? —inquieta preocupada.

Ryan no me responde, sin embargo, abre la puerta y sale del coche y empieza a caminar por el bosque.

—¡Ryan! —grito cuando veo que comienza a alejarse demasiado—. ¿Adónde vas?

—Necesito respirar —masculla dando fuertes pasos.

—No deberíamos adentrarnos en el bosque tan tarde.

—Se hacen más fuertes y esta noche... Ha sido dura —consigue decir con la voz entrecortada y sé que esto lo hace para distraerse y no tener que echar mano hacia ese paquete de tabaco en el que siempre lleva la droga que consume para calmar sus propios demonios—. Necesito distraer mi mente, caminar hasta...

Le agarro del brazo girándolo hacia mí, su frase se queda cortada al instante y no le dejo reaccionar antes de ponerme de puntillas, agarrando el cuello de su camiseta para atraerlo hacia mí y besarlo como si este fuese a ser nuestro último beso. Nuestras lenguas se encuentran en una danza salvaje, moviéndose y retándose una a otra por tomar el control.

Ryan gruñe contra mis labios, aferrándose a mis caderas como si fuesen su único punto de apoyo, obligándome a dar varios pasos atrás hasta que quedo pegada contra un árbol. Muevo mis manos sobre su pecho y cuello, sintiendo los acelerados latidos de su corazón.

Muerde mi labio inferior un segundo antes de separarse apenas unos milímetros de mí.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto aquí?

—Cuál es la diferencia de hacerlo en un bosque a hacerlo en un acantilado? —inquiero con la voz entrecortada y una media sonrisa en los labios

—Tienes toda la razón, *mon amour*. Pero tengo una idea mejor. —Y antes de que me deje decir nada, me alza en brazos haciendo que un chillido acompañado de una risa escape de mis labios mientras carga conmigo de camino al coche. Al llegar hasta él, abre la puerta trasera y coloca una de sus manos en mi cabeza para que mientras nos introduce a los dos, no me dé un golpe en ella. Una tonta sonrisa se apodera de mis labios por ese gesto.

Mi espalda toca la tapicería de los asientos traseros y en este momento agradezco que a mi madre le gusten los coches amplios y espaciosos.

—¿Alguna vez te he dicho que eres lo mejor de mi vida?

—Creo que sí —respondo, mordiéndome el labio inferior—, pero no me importa escucharlo alguna vez más.

Ryan esboza una hermosa sonrisa antes de volver a besarme, haciendo que ambos perdamos el control. De un momento a otro la ropa que llevábamos ha desaparecido y tan solo somos dos almas fundiéndose en una sola. Creando una melodía de gemidos y jadeos, de nombres y promesas susurradas.

Somos dos estrellas que una vez dejaron de brillar, pero que, poco a poco, han comenzado a deslumbrar todo lo de su alrededor.

—Nunca te vayas —susurra contra mis labios.

—Jamás —aseguro sin ápice de duda.

31

Palabras que duelen

Emma.

La despedida con Ryan fue más dolorosa de lo que hubiese esperado. Le llevé en coche al aeropuerto y caminé a su lado hasta que ya no pude hacerlo. Parecía que habíamos salido de una de esas películas que tanto le gustan ver a Jessica.

Nos besamos allí en medio de todo el mundo, sin importarnos que las personas que había se quedasen observándonos. Y no pude contener las lágrimas porque me he acostumbrado a Ryan, a verle todos los días, a que mi corazón le volviese a permitir el paso y ahora... Ahora ya no está.

Antes de marcharse me aseguró que me estaría esperando, que nada iba a cambiar y cuando tuvo que irse para no perder el vuelo, me quedé allí parada, observando el lugar por el que se marchó y de eso ya han pasado tres días.

Ryan y yo hablamos todos los días un rato cuando él se levanta por las mañanas y antes de que yo me vaya a dormir. Hay días que por la tarde también hablamos y él se va a dormir un poco más tarde por quedarse unos minutos más conmigo.

Ahora me encuentro en los jardines del hospital, mi hermano está en una silla de ruedas, aunque aún no le han dado el alta, le dejan salir para que le dé un poco el aire. Junto a él se encuentran Mara y mi madre. Mi padre tuvo que volver al trabajo, no podía seguir alargando su ausencia en la empresa.

—Entonces... ¿Ryan y tú habéis vuelto? —pregunta de pronto mi hermano, haciendo que separe la vista del teléfono, donde estaba contestando a los mensajes de mis amigas.

Me tenso ligeramente.

—No —respondo—. Nosotros...

Mi hermano ríe por mi nerviosismo y falta de palabras.

—¿Eres feliz? —pregunta después de unos segundos.

—Sí, creo que sí —digo, parpadeando al darme cuenta de la claridad de mis palabras. No es que fuese infeliz antes de reencontrarme con Ryan, ya había empezado a sanar para entonces, pero... Era como si me faltase algo y creo que ese lugar vacío en mi interior lo está llenando Ryan, como si fuese la pieza que le faltase al puzle para estar completo.

—Entonces tienes mi bendición —concede con orgullo mi hermano.

Alzo una ceja y una sonrisa divertida se apodera de mis labios.

—¿Acaso necesito tu bendición para estar con alguien?

—¡Claro que sí! Soy tu hermano mayor, debo cuidar de ti y asegurarme de que estás con una persona que te hace bien, aunque no confío aún del todo en él —comenta.

Ruedo los ojos y niego con la cabeza.

—Eres idiota.

—¡Emma! No insultes a tu hermano. —Me riñe mi madre como cuando era una niña—. ¿No

ves que está convaleciente?

—¡Mamá! Estoy sano, solo tengo una pierna inservible durante un tiempo, pero el resto de mi cuerpo funciona perfectamente —replica Matt.

—Cariño, apenas puedes moverte y la pobre Mara está todo el día pendiente de ti.

—Pero lo hago encantada. —Sonríe Mara a mi hermano y no puedo evitar que la sonrisa se me contagie.

Sin duda, Matt tuvo mucha suerte de encontrar a una persona como Mara.

—¿Y cuándo tienes pensado volver a casa? —pregunta mi hermano, girándose hacia mí—. Sé que durante estas semanas has dejado de lado tus responsabilidades.

—No puedo irme —suspiro, posando mis ojos en él. Porque acaba de despertar y aún no estoy preparada para volver a alejarme de él.

—Claro que puedes, y debes hacerlo —replica, esbozando una pequeña sonrisa—. Estoy bien, mírame, de aquí a unos días me darán en alta y volveré a casa y en unos meses ya podré caminar. Pero tú no puedes pausar tu vida y tus sueños por mí.

Los ojos se me llenan de lágrimas, porque esta misma conversación la tuve hace unos días con Ryan y sé que mi hermano lleva razón, pero... No quiero alejarme tan pronto de él.

Siento la mano de mi madre en el brazo y despego los ojos de mi hermano para posarlos en los de mi progenitora.

—Cariño, llevas aquí mucho tiempo y aunque todos nosotros estamos muy felices de tu visita, sabemos que ha llegado el momento de que vuelvas a casa.

A casa.

Durante años Portland fue mi hogar, mi sitio, pero ahora... ya no lo es. Mi casa está en París junto a mis amigos y *Apolo*. Y aunque una parte de mí no quiere irse, quiere aprovechar el máximo tiempo posible con mi familia, sé que llevan razón. Debo volver.

—Quiero que me hagáis una videollamada todos los días —digo sintiendo cómo mis ojos se llenan de lágrimas. Porque estas dos últimas semanas, a pesar de que Matt ha estado mal por culpa del accidente, en cierto modo han sido mágicas, como si por unos días hubiese vuelto a ser una adolescente enamorada del chico de sus sueños. Que cuando llegaba a casa estaban sus padres esperándola para cenar todos juntos y sé que tardaré mucho tiempo en repetir algo así.

—Cuenta con ello —asegura Mara, quien tiene su mano entrelazada con la de mi hermano.

Una lágrima consigue escapar de mis ojos y mi madre me abraza al instante.

—Te queremos y estamos orgullosos de todo lo que estás consiguiendo —murmura, acariciándome la espalda porque las lágrimas han comenzado a escapar de mis ojos y no puedo hacer nada por contenerlas—. Voy a llamar a tu padre para que salga hoy antes de trabajar y podamos pasar el día juntos y tú ve reservando el vuelo, ¿vale?

Asiento con la cabeza, apartándome de mi madre y limpiándome las lágrimas de las mejillas. Aunque me duela tener que separarme de mi familia, sé que es lo correcto. Es lo que debo hacer.



El último día en Portland fue maravilloso, aunque no saliésemos del hospital. Cuando mi madre llamó a mi padre para contarle los cambios de planes, no dudó en venir para pasar el día todos juntos, aunque primero fue a casa para coger uno de los muchos juegos de mesa que tenemos.

Pasamos la tarde jugando y riendo, casi ni tenía tiempo para pensar que volvería a marcharme y dejar a las personas que quiero atrás. Después de esa tarde increíble y de tener que despedirme de mi hermano, ya que la hora de visita terminaba y solo Mara podía quedarse con él, mis padres y yo fuimos a un restaurante a cenar. Alargamos todo lo que pudimos la cena, pero debía volver a casa a hacer mi maleta, puesto que mi vuelo salía a las tres de la madrugada.

Ahora ya está comenzando a anochecer en París mientras estoy dentro del ascensor de mi edificio, deseando llegar a casa después de todos estos días. Tengo ganas de ver a Jessica —quien no sabe que vuelvo hoy. Quiero darle una sorpresa— y a mi amigo de cuatro patas, quien estoy segura de que se alegrará mucho más de verme que mi mejor amiga.

Abro con cuidado la puerta para no hacer ruido y que así no delate mi llegada, creo que soy tan cuidadosa que ni siquiera *Apolo* se ha percatado de mi presencia. Hasta mí llega el leve sonido de la televisión en el salón, pero las luces están apagadas, por lo que supongo que Jessica se habrá quedado dormida en el sofá viendo alguna película.

Una sonrisa se instala en mis labios cuando veo aparecer al *border collie* moviendo la cola. Le acaricio en silencio y beso su suave cabeza antes de levantarme para dirigirme al salón con una amplia sonrisa en los labios al imaginarme la cara que pondrá mi mejor amiga al verme. Es la primera vez, desde que nos mudamos juntas, que pasamos tanto tiempo separadas. Siempre que he ido de vacaciones a ver a mi familia, Jessica ha venido conmigo.

Sin embargo, al entrar al salón paro en seco, la sonrisa de mi rostro se desvanece al no comprender lo que mis ojos están viendo.

Mi mejor amiga está en sujetador y sentada sobre el regazo de otra chica mientras ambas se besan con deseo.

—¿Jessica? —La voz apenas me sale como un susurro.

Porque no tiene sentido lo que ven mis ojos, que Jessica —quien apenas tiene citas— se encuentre en nuestro salón besando a una mujer.

Al instante, mi mejor amiga alza la cabeza y sus ojos oscuros se posan sobre los míos y, aunque las luces estén apagadas, gracias a los últimos rayos de sol, puedo percatarme como la chica palidece.

Jessica se separa con rapidez de la otra chica y se pone en pie, sin molestarse en taparse y esta, quien gracias al haberse girado puedo percatarme de que es Pauline, la amiga artista de Jessica.

—Emma... Esto... esto no es lo que parece. —Se apresura a asegurar dando un paso hacia mí, pero no puedo evitar retroceder yo uno.

Porque mi mejor amiga se estaba besando con otra chica. Y eso no me parece mal. Lo que me ha dolido ha sido...

—Claro que es lo que parece —replica Pauline, hablando en francés para que ambas cambiemos de idioma y poder comunicarnos las tres. Pauline se pone su propia camiseta antes de levantarse del sofá y mirar con dolor a Jessica—. Llevamos saliendo varios meses. —Esa afirmación es como un jarro de agua fría. La castaña se gira hacia mí más enfadada de lo que debería ser normal—. Y Jessica no ha salido del armario por tu culpa.

Mi cuerpo se estremece justo antes de ponerme a temblar mientras vuelvo a posar mis ojos en Jessica, buscando una explicación a lo que ha dicho Pauline.

—¿Te gustan las chicas? —inquiero cuando Jessica parece haberse quedado muda—. ¿Desde cuándo?

No tengo ningún problema con que a mi mejor amiga le gusten las mujeres, pero... ¿Por qué nunca me lo contó?

—Desde siempre —dice y una risa nerviosa escapa de sus labios y yo doy otro paso atrás.

Desde siempre.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —inquiero, sintiendo cómo mis ojos se llenan de lágrimas—. Somos mejores amigas, nos lo contamos todo...

Creo que nunca me he sentido tan dolida y traicionada como en este momento.

—Porque no confía en ti y temía tu maldita reacción —replica entre dientes Pauline.

—Pero saliste en el instituto con chicos —digo, recordando a aquel chico rubio con el que estuvo saliendo varios meses—. Incluso perdiste la virginidad con él.

—¡No quería que nadie sospechase de mí! —exclama nerviosa mientras comienza a moverse por el salón—. Todo el mundo en el instituto tiene citas, aunque sea una y si yo no lo hacía... Empezarían a hablar.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —vuelvo a preguntar y una lágrima rebelde consigue escapar de mis ojos.

—Deberías haberte dado cuenta, eras mi amiga y si no lo habías visto... Emma, era muy obvio que me gustasen las mujeres, incluso el verano del lago estuve saliendo con Macy.

Recuerdo al instante a Macy, la chica de cabello oscuro que siempre rondaba a mi mejor amiga.

—Pero tú siempre has estado demasiado preocupada por ti misma que no te das cuenta de lo que sucede a tu alrededor. Siempre querías hablar de ti y de Ryan, de lo que os pasaba y nunca encontré el momento adecuado para decírtelo.

Otra lágrima escapa de mis ojos, ¿de verdad he sido tan mala amiga?

—Siento que ese verano no te diese la oportunidad o el momento para contármelo, pero has tenido cinco años. Joder, Jessica, llevamos viviendo casi cinco años juntas y nunca...

—¡Te lo dije! —grita con los ojos llenos de lágrimas—. Estábamos en el último año de instituto. ¿Te acuerdas de esa fiesta a la que fuimos en la casa de la jefa de animadoras? Mientras salíamos a fumar unos cigarros, te lo conté y... ¡Y tú no le diste importancia! Hiciste como si no me hubieses escuchado.

Frunzo el ceño e intento rebuscar entre mis recuerdos aquel día, pero apenas tengo recuerdos, ya que me había bebido hasta el agua de los jarrones. Llevaba días notando raro a Ryan y por más que intentase llegar hasta él, no encontraba la manera de que se abriese a mí. Por lo que, en aquella fiesta, decidí distraerme bebiendo. Pero no recuerdo nada de la noche, ni siquiera sé cómo llegué a casa.

—Ese día estaba muy borracha, apenas recuerdo nada... —replico.

—Lo sé, estaba a tu lado mientras bebías y hablabas de tus problemas —gruñe—. Al día siguiente me di cuenta de que no te acordabas de nada.

—¿Entonces? Si te percataste de que no lo recordaba, ¿por qué no me lo volviste a decir? —La voz me tiembla al hablar.

—¿Sabes lo difícil que es para mí decirlo en voz alta? Más cuando mi madre renegó de mí cuando se enteró... ¿Y después? ¿Cómo iba a decírtelo? Estuviste mal, apenas eras persona y no te iba a contar algo tan importante en un momento tan malo para ti y yo... creía que lo imaginarías. Desde que nos mudamos no he salido con ni un solo chico y cada vez que salía sin ti, siempre te he dicho que iba con alguna amiga. Solo hacía falta sumar dos más dos para darte cuenta. ¡Si hasta Julie lo sabe!

Y eso... eso es lo que hace que me enfade y que pierda el control.

—¿Lo sabe Julie y yo no? ¡Soy tu mejor amiga, por el amor de Dios! —exclamo; el dolor de mi pecho se intensifica—. Nunca he tenido problemas para abrirme a ti. Jamás me ha importado

contarte cualquier detalle íntimo mío porque sé que me comprendes, que pase lo que pase siempre estarás a mi lado y puede que no haya sido la mejor amiga del mundo, pero creo que en todos los años que llevamos conociéndonos, he dejado bastante claro que puedes confiar en mí. Que jamás te juzgaría.

—No has visto tu cara cuando nos has visto a Pauline y a mí besándonos —replica—. Me mirabas como si hubieses observado una aberración.

—¡Eso no es cierto! —grito, apartándome un mechón de cabello de la cara—. No me importa con quién salgas, sea mujer o no. Nunca me ha importado, Jessica. Solo he querido que seas feliz. Y siento mucho que hayas tenido que vivir escondiéndote, pero no me cargues a mí con la culpa de ello.

Veo el dolor en su rostro, pero ahora no me importa, no cuando mi dolor me está cegando y el enfado no me deja pensar. Me doy la vuelta, decidida a salir del salón.

—¿A dónde vas? —dice caminando detrás de mí.

—No lo sé —gruño cuando siento cómo me agarra con fuerza del brazo. Al girarme, veo que el rostro lo tiene enrojecido del enfado.

—Si te vas de casa, te llevas a tu maldito perro. Yo no soy su cuidadora. Tú eras la que lo quería, no yo.

Mi pecho duele y me zafo de su agarre.

—No te preocupes, ni mi maldito perro, ni yo seremos un estorbo para ti.

Llamo a *Apolo* que llega hasta mí con la cabeza agachada, asustado por culpa de los gritos.

—Ya pasó, pequeño. —Le acaricio la cabeza antes de colocarle el arnés y la correa. Agarro mi maleta, que sigue en la entrada de casa.

Antes de salir, echo una rápida ojeada por encima del hombro. Jessica me mira con rabia y joder... Nunca me ha observado de ese modo y me entran ganas de hacerme pequeña y llorar hasta que no tenga más lágrimas en mi interior. Pauline, se acerca a mi amiga y la abraza por detrás.



Desde que salí de casa no he podido dejar de temblar por culpa del estado de nervios en el que me encuentro. Más cuando no tengo a dónde ir. Después de mi viaje a los Estados Unidos, apenas tengo dinero en mi cuenta bancaria, por lo que no puedo permitirme pasar la noche en un hotel. Contemplé la idea de buscar cobijo en la casa de mis amigos, pero... Sophie vive con sus padres y su madre es alérgica a los animales, en la casa de Ethan hay tantas personas que no entra ni un suspiro más y con Julie sé que estaría todo el día hablándome de lo que ha sucedido con Jessica, y ahora eso es lo último que necesito.

Me dejo caer en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta cerrada, a un lado se encuentra mi maleta y al otro lado, *Apolo* se tumba y apoya su cabeza en mis piernas.

Una lágrima resbala por mi mejilla y la culpabilidad y el enfado se intensifican en mi interior.

No puedo evitar culparme por no haberme dado cuenta de que a Jessica le gustan las mujeres, de que ella no confiaba en mí como para contármelo, que ha vivido los últimos años escondiendo una parte de ella por mi culpa. Pero tampoco puedo evitar estar enfadada y sentirme traicionada por mi mejor amiga. Por no confiar en mí como para hablar de ello, por pensar que no la

aceptaría cuando iría al fin del mundo por ella. Por las palabras que nos hemos gritado.

Apolo gimotea cuando se da cuenta de los sollozos que escapan de mis labios y alza el hocico para darme en la mejilla, intentando consolarme a su manera. Le beso la cabeza y le susurro que todo estará bien.

Miro la hora en el reloj de mi móvil y cierro los ojos. Todavía queda un rato para que Ryan termine el concierto y vuelva a su casa.

Él es el único sitio a donde puedo ir.

Y ahora, le necesito. Necesito uno de esos abrazos que me da y que deja saber que todo mejorará, que estará a mi lado.

Que no me dejará caer.

32

Un gran paso

Ryan.

Al aparcar la moto en mi sitio del garaje comunitario no veo el momento de llegar a casa y dejarme caer en la cama mientras me enciendo un porro. No puedo evitar estremecerme ante esa necesidad, ya que me he podido percatar de que últimamente soy más dependiente de esa droga y sé que eso no es bueno. Pero sé que pronto todo terminará, que esta etapa de mi vida está a punto de acabar. Algún día, no necesitaré más la maldita droga para poder afrontar el día. O por lo menos eso me digo desde que he vuelto de Portland.

Me saco el casco y me alboroto el cabello, el ascensor se abre al instante cuando pulso el botón y me introduzco en su interior mientras miro la pantalla de mi teléfono, esperando tener algún mensaje de Emma. Todos los días hablamos un rato, pero hoy no he recibido ninguno y ella no ha respondido a los que la mandé.

Cuando la puerta del ascensor se abre, me quedo paralizado durante unos segundos contemplando la imagen que ven mis ojos. Apoyada contra la puerta de mi casa, se encuentra Emma, durmiendo abrazada a un gran *border collie* blanco y negro. Una maleta descansa a su lado.

El pecho se me comprime y frunzo el ceño al no comprender qué hace ahí.

Salgo del ascensor antes de que las puertas vuelvan a cerrarse y me aproximo hasta donde Emma se encuentra durmiendo, con la cabeza caída hacia un lado. Me agacho junto a ella y poso una de mis manos en su hombro, a pesar de que ya no hace frío por las noches, su piel está congelada.

—Emma —murmuro con un nudo en la garganta y la preocupación creciendo en mi interior. Al ver que no responde, la muevo con cuidado—. Emma, despierta.

El que supongo que es *Apolo*, su perro del que durante nuestra estancia en Portland me ha hablado sin cesar, abre los ojos y al percatarse de mi proximidad a su dueña, suelta un sonoro gruñido y me enseña los dientes delanteros de forma amenazadora para que me aparte.

—Tranquilo, amigo. Solo quiero ayudaros —digo, separando las manos de Emma y el perro deja de gruñir, pero no aparta los ojos de mí. Vuelvo a intentar acercarme y el *border collie* se pone en pie y me enseña los dientes. Al levantarse, ha pisado a Emma, haciendo que esta abra los ojos de golpe y frunza el ceño al ver al perro nervioso, después su vista se posa en mí y puedo percatarme del momento exacto en el que sus ojos se llenan de alivio.

—Ryan —susurra con la voz un poco ronca, a la vez que se pone en pie. Antes de acercarse a mí, acaricia a su perro para tranquilizarlo y después, está cerrando sus brazos a mi alrededor y con la cabeza apoyada en mi pecho—. Siento presentarme así en tu casa, Jessica y yo... No tenía otro lugar al que ir.

Habla muy deprisa por lo que me cuesta un par de segundos entender lo que me está diciendo

y eso me deja aún más preocupado. Emma y Jessica siempre han sido uña y carne y, aunque se hayan enfadado, nunca se han alejado la una de la otra.

—Podéis quedaros en casa el tiempo que necesites —digo cuando se separa un poco de mí.

—Gracias. —Traga duro y posa sus ojos en el perro—. Aunque sea grande, es bueno, no va a darte problemas.

—Puede que Dama sí le dé problemas a él. —Sonrío de medio lado y mi corazón late un poco más rápido cuando ella también sonrío.

Agarro su maleta y abro la puerta de casa, echándome a un lado para que tanto ella como *Apolo* puedan entrar. El perro corre al interior y comienza a olfatear todo y tan solo unos pocos segundos después, se escucha un alto bufido.

—Creo que *Apolo* acaba de tener el placer de conocer a Dama —comento, cerrando la puerta cuando ambos entramos y damos un par de pasos hasta estar en el salón donde podemos ver al perro completamente quieto, mirando a mi gata que se encuentra erizada sin apartar los ojos de *Apolo*.

Emma suelta una pequeña risa antes de agarrar con cuidado a su perro y separarlo de Dama para evitar una pelea entre los dos.

—¿Has comido algo?

Emma niega con la cabeza.

—He llegado hace apenas cuatro horas y después de irme de casa, vine aquí directamente —suspira y sus ojos se llenan de lágrimas que haría lo que fuese por hacerlas desaparecer.

Joder, odio verla mal.

—¿Te apetece una pizza? —pregunto con el teléfono en la mano para entrar en la aplicación de comida a domicilio. La chica asiente con la cabeza y se sienta en el sofá, su perro no se aparta de ella, como si no se fiase de mí ni de mi gata. Protegiéndola de nosotros. Me gusta ese perro.

Tomo asiento a su lado cuando ya he hecho el pedido.

—No sabía que llegabas hoy —comento, intentando romper el silencio que se ha establecido entre nosotros.

—Quería que fuese una sorpresa —murmura—, pero no ha salido como planeaba.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

Emma toma asiento en el sofá y cierra los ojos unos segundos, organizando sus pensamientos antes de comenzar a hablar.

—Jessica ha estado años ocultándome algo... —dice con un ápice de dolor en la voz—. Aunque también debería haberme dado cuenta antes.

Me siento a su lado y observo su perfil, los delicados ángulos de su rostro, la mirada perdida, el labio inferior temblando e intentando contener el llanto. El corazón se me encoge al verla así.

—Pero me ha dolido y enfurecido, ¿sabes? —Se gira para posar sus grandes ojos llenos de tormentas en mí—. Se supone que somos mejores amigas, que entre nosotras no hay secretos y ella... Son muchos años, Ryan. Lo ha hablado con otras personas y no conmigo y eso me hace sentir también culpable. ¿Soy tan mala amiga como para no haberme dado cuenta de algo así?

Una lágrima consigue escapar de sus ojos y ya no puedo contenerme más. Paso uno de mis brazos por su hombro y la atraigo hacia mí. En cuanto su cabeza se apoya en mi pecho y tengo su cuerpo envuelto en mis brazos, siento cómo solloza con suavidad, como si estuviese intentando controlarse.

—No sé qué te habrá ocultado —digo, apretándola más contra mí, necesitando hacer cualquier cosa con tal de que deje de llorar y poder verla sonreír—, ni los motivos que tuvo para ello, pero estoy seguro de que cuando ambas estéis más relajadas, podréis sentaros y hablarlo con

tranquilidad.

—No. —Niega y un nuevo sollozo escapa de ella—. No sé si voy a poder.

—Ahora todo se ve muy oscuro, pero mañana parecerá diferente.

Asiente con la cabeza, pero no se aparta de mí, con uno de sus brazos envolviéndome, como si quisiese asegurarse de que no me voy a marchar a ninguna parte.

Y mi pecho se hincha, porque ella ha acudido a mí, ha sabido que siempre estaré aquí, que puede contar conmigo para cualquier cosa que necesite. Ahora que la he recuperado, iría hasta el fin del mundo con tal de tenerla a mi lado, porque una vez la perdí, pero no voy a dejar que eso vuelva a suceder.

Después de un rato, el timbre suena y Emma se levanta sobresaltada y una pequeña risa escapa de mis labios, ya que la chica se había quedado dormida entre mis brazos.

—Lo siento —dice con rapidez, pero sonrío ante mi risa—. La cena ha llegado.

—No te disculpes por algo que me ha encantado. —Antes de abandonar el salón, puedo ver por el rabillo del ojo cómo sus mejillas están sonrojadas.



Emma.

Después de una ducha que me ha sentado de maravilla, me he puesto un vestido veraniego amarillo con flores blancas que llevaba en la maleta. El pecho me duele por lo ocurrido ayer, pero intento ignorarlo porque a pesar de que quiero ir a ver a Jessica, estoy muy enfadada aún y sé que no podremos arreglar nada.

Al bajar por las escaleras, escucho la puerta principal abrirse y una sonrisa se instala en mis labios cuando veo aparecer a Ryan y *Apolo* en mi campo de visión.

—Buenos días —saluda el chico de ojos verdosos con una media sonrisa en los labios—, pensaba que ya no te levantarías hoy.

—Buenos días —digo, moviendo la mirada entre mi perro a Ryan y mi sonrisa se hace más grande—. ¿Has ido a pasearle?

—Y a por el desayuno —añade levantando la bolsa que lleva en una de sus manos.

Apolo se acerca a Ryan, atraído por la bolsa, y se sienta frente a él, esperando recibir algo de su nuevo amigo.

—No tendrías por qué haber sacado a *Apolo*, lo iba a hacer yo. —Al terminar de bajar las escaleras, mi perro se olvida de la bolsa del desayuno y corre hasta mí para recibir una dosis de sus mimos diarios.

—Siempre he querido tener un perro, y así te he quitado un poco de trabajo a ti.

Mi corazón se acelera, lleno de emociones que pensé que no volvería a sentir nuevamente. Pero Ryan... Creo que él es el único capaz de acelerar mi corazón, de hacerme sentir así de bien a su lado.

Caminamos hasta la pequeña cocina y nos sentamos para tomar el desayuno, casi al instante, una gran gata Carey se sube a la mesa y nos observa con los ojos entrecerrados.

Ryan sonrío al animal y le acaricia detrás de las orejas, haciendo que la gata ronronee.

—Muchas veces parece una antipática por su manera de observarlo todo —comienza a decir el chico que tengo frente a mí y que se ha vuelto a ganar mi corazón en los pocos meses que nos hemos vuelto a reencontrar—, pero si la acaricias, te la ganas para siempre.

Sonrío, observando al gato y voy a estirar la mano para acariciar a Dama cuando siento un manotazo, evitando que llegue hasta la gata. Parpadeo sorprendida y mirando a *Apolo* que se ha sentado a mi lado y observa con recelo a la gata.

—Creo que alguien no te quiere compartir —dice con diversión Ryan mientras saca nuestro desayuno de la bolsa antes de que se enfríe.

—Él sabe que es el único en mi corazón —comento, acariciando la cabeza de mi perro a la vez que este la apoya en mis piernas.

—Me siento ofendido —dice con indignación—, pensaba que yo también tenía un hueco en tu corazón.

Me muerdo el labio inferior, conteniendo la sonrisa que quiere instalarse en mi rostro.

—Lo siento, pero mi perro es muy acaparador, lo quiere todo para él. —Me encojo de hombros, posando mis ojos en esos verdes tan bonitos.

Y... y aunque no lo diga, Ryan sí que se ha ganado un hueco en mi corazón, lo ha conseguido a pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo.

—Esa bestia gigante y yo tenemos una larga conversación —comenta—. Yo también quiero un hueco en tu corazón, *mon amour*. Y lo conseguiré, cueste lo que cueste.

Y aunque no pueda verme, sé que tengo los ojos brillantes de la emoción.



Ryan y yo decidimos salir a comer y así poder mantener mi mente entretenida en otra cosa que no sea la discusión con Jessica. Haga lo que haga, no puedo quitarme de la cabeza lo sucedido, la angustia que siento por no haberme percatado de algo tan obvio. Pero tampoco puedo dejar de lado el enfado, el saber que ella no ha confiado en mí como para contármelo.

Cuando terminamos de comer, salimos a la calle y caminamos hacia donde tiene aparcada la moto. Veo a Ryan nervioso y en varias ocasiones parecía querer decirme algo, pero siempre se arrepentía y no lo hacía.

—¿Va todo bien? —No puedo evitar preguntar cuando me tiende el casco de la moto.

Se frota la cara, indeciso y suelta todo el aire que ha estado conteniendo.

—Hoy tengo mi primera sesión con el psicólogo, donde veremos qué hacer con mis demonios y la adicción —responde, tragando duro y alzando la mirada avergonzada hacia mí.

Y yo... Creo que no me puedo sentir más feliz al escuchar esas palabras de él. Al ver el gran paso que ha decidido dar.

—Eso es genial, Ryan —murmuro abrazándole—. Me siento muy orgullosa de ti.

—¿Y si no lo consigo?

—Lo harás, sé que lo conseguirás. No será fácil y te llevará un tiempo, pero después todo habrá mejorado.

Me abraza más fuerte y puedo sentir el ligero temblor de su cuerpo.

—¿Me puedes acompañar hoy? —inquiere con apenas un susurro de voz.

—Claro que sí, ya te dije que estaría a tu lado. No te voy a dejar solo. Nunca —afirmo,

separándome un poco y mirándole a los ojos para que le quede claro que no volverá a sentirse solo nunca más, que a partir de ahora me tiene para acompañarle en todo lo que necesite.

Dos palabras atascadas en los labios

Ryan.

Dama y yo observamos fijamente a Apolo, quien se encuentra sentado frente al sofá con la vista posada en nosotros y una amplia sonrisa en su rostro. Creo que hasta que conocí a este perro, no sabía que sonreían. El animal, después del encontronazo de la primera noche, se volvió cariñoso conmigo, pero cuando tengo a mi gata al lado, mantiene las distancias para no volver a llevarse un zarpazo de esta. Dama no le deja acercarse a mí, ya que cada vez que lo ha intentado desde que se ha tumbado sobre mi regazo, le ha bufado, una amenaza más que clara para él.

No puedo evitar pensar en la tarde anterior, en la sesión con el psicólogo. Aún no sé cómo sentirme al respecto. Hablé durante toda la hora, sabiendo que guardarme algo para mí no iba a hacer por ayudarme. El hombre apenas hablaba, tan solo se limitaba a anotar en su cuaderno, lo que en cierto momento llegó a irritarme. Pero dejó entrar a la primera consulta a Emma, aunque dijo que después debería hacerlo yo solo. Ella estuvo a mi lado en todo momento, agarrándose de la mano y dándome ánimos para seguir.

Tras aquella primera hora, el psicólogo decidió que tendríamos un par de consultas más antes de comenzar a mirar el mejor método para dejar de drogarme, por el momento, me pidió que intentase hacerlo lo menos posible hasta que iniciase con la rehabilitación.

Escucho pasos bajando del piso superior y al instante he dejado a Dama en el sofá y girado para encontrarme con Emma, quien esboza una amplia sonrisa, emocionada después de la videollamada con la editora de su editorial.

—¿Cómo ha ido? —inquiero, avanzando hacia ella, aunque por la sonrisa de su rostro, puedo imaginarme la respuesta.

—¡Genial! Hemos estado hablando de algunos ilustradores que nos gustan para que hagan la portada del libro —explica acelerada por la emoción.

—Eso es fantástico, *mon amour* —digo sin poder contener la sonrisa de mi rostro.

Y su sonrisa se amplía más, de esa forma que consigue que mi marchito corazón reviva como si nunca hubiese estado muerto en mi interior. Y, un segundo después, siento sus labios sobre los míos. Correspondo al instante al beso, con necesidad.

Cuando Emma se separa, las comisuras de sus labios se alzan y todo se siente tan natural que creo que esto es lo correcto, que lo que hay entre nosotros es todo lo que está bien.



Nuestras manos no se han separado en ningún momento desde que bajamos de mi moto, sus delicados dedos envuelven los míos callosos haciendo que nos complementemos.

Cuando llegamos al *Palais de la lumière* y nos encontramos de frente con los *Merlens* y las amigas de Emma, no paso desapercibidas las miradas que nos lazan. Pero me da igual, porque tengo todo lo que siempre he deseado a mi lado.

Sin embargo, salgo de mi burbuja de felicidad casi al instante, ya que me percató de cómo Emma se tensa y cuando sigo su mirada, me encuentro con Jessica, quien ni siquiera se ha girado para saludar a su mejor amiga.

Aprieto la mandíbula con fuerza y no puedo evitar preguntarme de qué fue exactamente de lo que discutieron como para que ahora no puedan ni mirarse a la cara.

—Tenemos que ir a prepararnos —comenta Travis, después de terminar de saludarnos unos a otros.

Emma se separa de mí, esbozándose una sonrisa de despedida antes de echar a caminar a hacia donde se encuentra Ethan. No puedo evitar sentir una punzada de celos al verlos juntos.

Travis posa un brazo sobre mis hombros.

—Venga tío, no mates a mi hermano con la mirada —comenta con diversión, obligándome a caminar y apartar la vista de Emma—. Nunca ha habido nada entre ellos.

—Pero no estoy tan seguro de que a él no le hubiese gustado que pasara algo. —Un pequeño gruñido escapa de mis labios, ganándome una risotada de mi amigo.

—No te lo puedo negar, Emma es preciosa y seguramente por la cabeza de mi hermano haya pasado algún que otro pensamiento impuro —comenta, con una sonrisa ladeada—. Pero no está enamorado de ella.

—Aun así, sigue sin gustarme verlos juntos —mascullo, entrando en el camerino que compartimos los cinco.

—¿Y qué pasa entre vosotros? ¿Habéis vuelto? —inquire, acercándose a la mini nevera para agarrar una botella de agua y es en ese momento en el que me percató de que todo el grupo me observa, esperando una respuesta.

Mis ojos se posan durante un segundo en unos azulados que me miran brillosos y sé que mi respuesta puede afectarla, pero no quiero ocultar mis sentimientos, no quiero ocultar a Emma para no herir a Irina.

—Nos estamos dejando llevar —explico—. No sé a dónde conducirá esto, pero por ahora, estamos disfrutando el momento.

—¡Qué bonito es el amor! —exclama Enzo, dándome una palmada en el hombro, haciendo que una pequeña sonrisa tire de la comisura de mis labios cuando en mi mente aparece Emma. Las últimas semanas vividas con ella y aunque mis demonios siguen en mi interior, he podido apaciguarlos, ocultarlos en un rincón de mi ser y poder disfrutar de la vida.

—Sí, es precioso —masculla Irina, caminando con fuerza hasta el tocador para repasarse el maquillaje natural que lleva.

El pecho se me comprime, porque en los últimos meses ha cambiado, demasiado y sé que es por mi culpa. Ya no veo en ella a la chica divertida y sensual que siempre ha sido. Ahora, cuando

la observo, solo puedo apreciar a una chica triste. Ni siquiera sigue vistiendo como de costumbre, si no que su vestimenta ha cambiado a una más discreta y no puedo evitar pensar que lo hace para parecerse a Emma e intentar así que vuelva a fijarme en ella.

Voy a dar un paso en su dirección cuando una mano me agarra del brazo, frenándome.

—No es buena idea —comenta Travis—. Iré yo.

Observo cómo se acerca a Irina con una sonrisa y la dice algo bajito que solo ella puede escuchar, haciendo que la chica niegue con la cabeza, pero que su rostro se suavice.

Cuando nos avisan de que ya debemos salir, agarro mi guitarra y sigo al grupo hasta el escenario, donde mis ojos tardan apenas un par de minutos en encontrar unos llenos de tormentas y una fácil sonrisa se apodera de mis labios, contagiándola a ella. Mi corazón se acelera y deseo terminar el concierto cuanto antes para volver junto a Emma.

Beso mi púa, esa que me regaló mi madre hace tantos años y alzo la mirada hacia arriba, como si ella pudiese verme y le regalo el concierto, como llevo haciendo desde que se fue de mi vida.

La noche transcurre entre canciones, algunas son *covers*, otras son de las últimas que he compuesto y nos han dado tiempo a ensayar lo suficiente como para que queden bien.

Durante estas horas no he podido apartar la mirada de Emma, de cómo ha bailado entre la multitud, cómo ha cantado a todo pulmón esas canciones que se sabía y cómo me ha sonreído cada vez que se ha percatado de que mis ojos estaban posados en ella.

Cuando el concierto termina, soy el primero en volver al camerino a dejar la guitarra en él y el primero en llegar a la pista de baile de la discoteca.

Paro en seco cuando mis ojos se posan en ella. En cómo mueve las caderas al son de la música movediza que suena en el local, la forma en la que su falda deja a la vista sus largas piernas. Sus manos se alzan hacia arriba con movimientos ágiles y sigue meciéndose como una ola.

Me endurezco casi al instante.

Emma sigue moviéndose y sus ojos terminan posados sobre mí. Me lanza una pícara sonrisa, acentuando sus movimientos, animándome a que me acerque a ella y como si hubiese sido hechizado, avanzo esquivando a las personas de mi alrededor, sin apartar la vista de sus ojos que se han oscurecido.

Al llegar a su lado, trago duro cuando se acerca a mí y posa una de sus manos en mi pecho para continuar con sus movimientos.

—¿No bailas? —inquire con voz sensual, poniéndose de puntillas y así poder hablarme al oído y que pueda escucharla.

Un gruñido escapa de mis labios cuando se da la vuelta, una de sus manos agarrándome del cuello, mientras que su trasero se restriega en mi erección.

Y aunque nunca he sido de bailar, lo hago, meciéndome a su vez, sintiendo su cuerpo contra el mío. Y creo que en cualquier momento puedo correrme como siga apretando su culo así en mí.

Una de mis manos la acaricia el estómago, ese trozo de piel al aire gracias al top que lleva esta noche.

—*Mon amour* —digo con la voz ronca en su oído—, como sigas así, voy a dar el mayor espectáculo delante de todo el mundo.

En respuesta, ella se acerca más a mí y consigue hacerme perder la cabeza por completo. La agarro de la cintura, dándole la vuelta y con mi mano libre, la poso en su nuca, atrayéndola a mí y juntando nuestros labios en un beso hambriento que me devuelve al instante, tomando ella el control por completo.

Un gruñido de aprobación consigue escapar de mi interior mientras mis manos bajan por su espalda hasta llegar al culpable de mi actual estado. Aprieto su culo contra mí y escucho el jadeo

que escapa de sus labios.

—Vámonos a casa, Ryan —dice con la voz entrecortada antes de besarme con pasión.

Y joder, me encanta cómo ha dicho que vayamos a casa.

—No hay tiempo. —Niego con la cabeza, separándome de ella y ganándome que me mire desconcertada—. No voy a esperar tanto para tenerte.

Una de sus cejas se alza y la sonrío de medio lado cuando la agarro de la mano y tiro de ella. La conduzco por el local, apartando a algunas personas cuando no encuentro paso y empujo la puerta de las escaleras de emergencia.

—¿Aquí? —inquire con diversión, observando el rellano oscuro y vacío.

—Los baños están llenos de gente —respondo, volviendo hacia ella para poder continuar besando sus carnosos labios. Su espalda se estrella contra la puerta y aprovecho este momento para echar el pestillo y que nadie desde la discoteca pueda entrar. Si hay un incendio, me temo que se quedarán encerrados allí dentro y ahora, no me importa lo más mínimo.

—¿Y las cámaras de seguridad? —jadea, separándose apenas unos pocos centímetros.

Miro a mi alrededor, buscando alguna cámara.

—No hay nada, *mon amour* —gruño—. Bésame de una vez.

Una pequeña sonrisa escapa de sus labios y me besa, enredando sus dedos en mi cabello y tirando de él. Una de mis manos se cuela entre sus piernas y agradezco que al final se pusiese esta falda y no los pantalones que tenía pensado llevar. Aparto a un lado sus bragas y...

—Joder, estás muy mojada, preciosa.

Ella mueve sus caderas sobre mi mano en forma de respuesta y masajeo su haz de nervios a la vez que gime en mis labios y no aguanto más, si no entro en ella, me correré aquí mismo.

Emma rompe el beso, empujándome y desconcertándome hasta que veo cómo se arrodilla ante mí con una sonrisa ladeada mientras desabrocha mis pantalones y los baja junto a la ropa interior.

—Emma...

—Ryan, cállate y disfruta —dice mordiéndose el labio inferior y agarrando mi erección, masajeándola con tanta lentitud que el placer me abruma, haciéndome cerrar los ojos. Pero cuando siento sus labios en mí, gimo tan alto que creo que nos ha escuchado todo el mundo a pesar de la música que suena al otro lado de la puerta.

Mueve su lengua a lo largo de mi miembro, mientras que con su otra mano masajea mis testículos y siento la inminente llegada del orgasmo.

—Amor, si no quieres que termine ya, deberías parar —consigo articular con dificultad. Emma no se detiene, sino que intensifica sus movimientos, haciendo que una sacudida me recorra todo el cuerpo cuando caigo al vacío.

Al abrir los ojos y mirar hacia abajo, la veo tragar y relamerse los labios y creo que nunca he visto algo más sexy como esto.

Y vuelvo a tener ganas; más de ella, de nosotros. Creo que Emma acaba de generarme una adición más.

La agarro del brazo, ayudándola a ponerse en pie antes de saborear de sus labios mi propio sabor y sin perder el tiempo, echo a un lado su ropa interior y con su ayuda, me introduzco en ella.

Emma gime, agarrándose a mis hombros para no perder el equilibrio, pero sé que esta postura no es muy cómoda para ella por la diferencia de altura entre ambos, así que la alzo, sin salir de su interior. La chica enrosca sus piernas en mi cintura, balanceando las caderas, dándose el placer que tanto reclama.

Y nos movemos al compás, gemidos y gruñidos inundan la estancia. Mi nombre entre sus labios y en mi mente dos palabras que amenazan con salir, pero que contengo para no espantarla. Porque, aunque nos estemos dejando llevar, sé que, si digo lo que siento, si pronuncio esas dos palabras, ella se asustará.

Emma grita mi nombre, clavando sus uñas en mis hombros cuando el orgasmo la devora, arrastrándome a mí hacia el mío.

Jadeando la dejo con cuidado en el suelo, pero ella no se separa de mí, sino que apoya su cabeza en mi pecho hasta que se recupera y comienza a reírse bajito, lo que consigue hacerme sentir ternura por ese sonidito.

—Creo que es el lugar más raro donde lo he hecho —comenta, con una sonrisa mientras se separa de mí.

—¿Más que en un acantilado? —inquiero, colocándome los pantalones y alzando una ceja.

—Allí estábamos solos. —Niega con diversión—. Aquí podrían habernos pillado en cualquier momento.

—¿No te hubiese gustado que te observasen? Gimiendo, contra mí, tan hermosa...

Sus mejillas se sonrojan y un jadeo escapa de ella al imaginarse ese escenario.

Una sonrisa divertida se apodera de mis labios mientras paso uno de mis brazos por sus hombros, atrayéndola hacia mí y depositando un suave beso en su cabello.

—Así todo el mundo sabría que estás conmigo, que solo yo puedo hacerte disfrutar así —ronroneo cerca de su oreja. Siento como se estremece cuando salimos de las escaleras de emergencia y caminamos hacia los demás.

—Eres idiota —la escucho mascullar, pero tiene el rostro sonrojado.

Nuestros amigos se encuentran haciendo cola en la barra para reponer sus vasos vacíos.

—¡Emma! —exclama Sophie con una sonrisa traviesa en los labios—. ¡Tienes cara de haber echado el mejor polvo de tu vida!

Emma rueda los ojos con diversión, pero no lo niega, haciendo que una carcajada grupal lo invada todo, menos por dos personas: Jessica, quien ya está en la barra pidiendo su bebida, parece haber ignorado por completo el comentario y la otra persona... Irina, quien se muerde el labio inferior mientras le tiembla y cuando nuestras miradas conectan, se da la vuelta, le dice algo a Enzo que está a su lado y echa a caminar, alejándose de nosotros.

Emma me agarra del brazo, obligándome a apartar la mirada de la pelirroja para posarla en ella.

—Ve a hablar con Irina —dice, segura de sus palabras—. No quiero que sufra por nuestra culpa.

Y ese comentario hace que mis sentimientos por ella sean más intensos. Sé que no se llevan bien, pero, aun así, se preocupa por la pelirroja.

—Ya he hablado muchas veces con Irina.

—Hazlo otra vez. Estaba aquí con sus amigos y no quiero que se vaya por nuestra culpa.

Asiento con la cabeza y comienzo a caminar rápido hacia Irina, quien está a punto de llegar hasta el ascensor. Joder, Emma tiene razón, pero no sé qué hacer para no incomodar a Irina, no sé qué hacer para evitar herir más sus sentimientos.

—Ey —digo, cuando está a punto de pulsar el botón del ascensor. La chica se gira, y puedo percatarme de la solitaria lágrima que cae por su mejilla y sus ojos completamente enrojecidos por aguantar el llanto.

—Ryan —dice con frialdad.

—Lo siento.

—¿El qué sientes? ¿Follarte a la chica de la que estás enamorado? —inquire alzando una ceja a la vez que otra lágrima comienza a correr por su rostro.

—Irina... Yo... No busqué nada de esto, solo sucedió.

—¿Y yo qué? Lo nuestro se rompió por su culpa, ya ni siquiera quedas conmigo como hacíamos antes. Me has cambiado por completo por ella, siento que solo era una tirita para ti, que nuestra amistad nunca existió.

—Eso no es verdad —replico—. Nosotros nos divertíamos, nada más. Y sigues siendo mi amiga, me preocupo por ti y sabes que cuando me necesites, podrás contar conmigo.

—Te necesito ahora. —Ya no se molesta en controlar las lágrimas—. Necesito a mi amigo, el que siempre me hacía reír.

—Estoy aquí.

—No, no lo estás, Ryan —masculla mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué puedo hacer? —inquiero con un nudo en el pecho y sintiendo cómo mis demonios comienzan a ganar fuerza en mi interior. Porque lo he vuelto a hacer, he vuelto a destrozar a una persona buena por mi egoísmo.

—Ya te lo dije, si no quieres que sufra, aléjate de Emma.

—Irina... —suspiro dando un paso hacia ella, porque joder, me rompe verla llorar de ese modo. La envuelvo con mis brazos y siento cómo llora en mi pecho—. No puedo hacer eso, pero... Intentaré que no te des cuenta, que no nos veas tanto por el momento.

La chica aparta el rostro de mi pecho y apoya una de sus manos en mis mejillas mientras se pone de puntillas y al instante sé lo que intenta hacer.

Doy un paso atrás, dejándola a medio camino de besarme.

Cierra los ojos y baja la mano que se ha quedado al aire.

—No vuelvas a intentar besarme, eso no te hace bien.

—Un día serás mío —dice de pronto, llena de convicción—. Un día te darás cuenta de que solo yo puedo entenderte, que yo no te querré cambiar. Que ella solo es un amorío de un adolescente.

—No, Irina. Nunca seré tuyo, mi corazón ya tiene dueña y si algún día ella no está... Lo que crees que hay entre nosotros, tan solo es una percepción tuya porque, aunque eres una chica fantástica, jamás podré enamórame de ti. No lo haré de nadie que no sea Emma.

Las lágrimas comienzan a caer como el agua de una cascada por sus mejillas y el dolor se hace presente en su rostro. Ni siquiera responde, no puede hacerlo por culpa del llanto que se apodera de ella. Da media vuelta, caminando a paso acelerado hacia el cuarto de baño.

Y no puedo evitar estampar mi puño contra la pared y maldecir.

Porque la he roto.

Porque solo sé hacer daño a la gente que me importa.

Llamo al ascensor, mientras busco en mis vaqueros mi paquete de tabaco y saco el porro.

Necesito apagar mi mente.

Necesito dejar de sentir que voy a destrozar todo lo de mi alrededor.

Una promesa bajo las estrellas

Emma.

Ryan me besa, haciendo que por un segundo pierda el sentido y tan solo pueda concentrarme en él. Sus labios sobre los míos, moviéndose como si tuviesen todo el tiempo del mundo para saborearme. En cómo sus manos me agarran la cintura y así mantenerme pegada a él y que pueda sentir lo que le provoco a su cuerpo. El calor aparece en mí casi al instante, haciéndome desear que estemos en su habitación para poder apaciguar nuestras necesidades. Porque llevamos los últimos días sin apenas salir de su casa, monopolizando el tiempo entre nosotros, enredados en las sábanas de su cama. Y es que creo que me he vuelto adicta a él.

—Tengo que irme —digo con un jadeo contra sus labios—. Las chicas me esperan.

Porque mañana es el día que llevamos esperando mis amigas y yo durante mucho tiempo: la boda de Julie. Y nuestra amiga ha organizado una noche de chicas, ya que quiere seguir la tradición de no poder ver al novio hasta que no esté caminando hacia el altar dentro de unas horas.

—¿No puedo secuestrarte? —murmura, volviéndome a besar y mordiendo por el camino mi labio inferior—. Solo unas horas, *mon amour*.

Maldita tentación, porque quiero decirle que sí e irme con él, cualquier parte del mundo me parecería bien con tal de estar a su lado. Pero no puedo.

—Mañana —prometo, recreando en mi mente todo lo que quiero hacer con él en el momento de que termine la boda—. Mañana podrás secuestrarme, cariño.

Siento su sonrisa en mis labios, lo que provoca que mi piel se erice.

—Me encanta que me digas cariño. —Saborea la palabra mientras se separa un poco de mí. Los dos sabemos que, si no lo hacemos ahora, hay muchas probabilidades de que después ya no podamos.

Me paro a pensar en cómo le he llamado: cariño. Sé que no es la primera vez, que en los últimos días la palabra ha escapado de mis labios más de una vez, pero se siente tan natural, tan bien que nunca me he puesto a pensar en lo que podrá significar. En que mis sentimientos hacia Ryan cada vez son más fuertes.

Estoy enamorada de él. Lo sé desde hace un tiempo y mi subconsciente lo pone sobre la mesa sin que me percate de ello con estas pequeñas acciones.

—Tengo que irme.

—Lo sé. —Da un paso hacia mí para depositar un suave beso en mi frente, haciendo que todos los vellos de mi piel se ericen por la maravillosa sensación, ante el amor que hay en ese gesto—. Pásalo bien, *mon amour*.

No puedo evitar dar otro paso hacia él y depositar un rápido beso en sus labios antes de dar media vuelta y echar a caminar hacia el portal del piso de apartamentos en los que vive Julie, con

una enorme sonrisa en los labios.

Aunque en el momento en el que me subo en el ascensor que me llevará hasta el último piso, la sonrisa se desvanece y los nervios me inundan. Jessica estará allí y no he vuelto a hablar con ella desde la fatídica noche en la que volví de Portland. Hace unos días coincidimos en el concierto de los *Merlens*, pero ni ella ni yo intentamos hablar con la otra, haciendo que las cosas entre nosotras fuesen incómodas. Y eso es incorrecto porque entre Jessica y yo nunca ha habido ningún momento incómodo. Siempre hemos sabido arreglar todos nuestros problemas después de un par de horas y estar tan unidas como siempre y temo que esta vez no sea posible.

Cuando salgo del ascensor, la puerta de la casa de Julie se encuentra abierta y ella me espera en el umbral con una gran sonrisa y los ojos brillantes de la emoción. Seguramente por lo que sucederá mañana.

—¡Pensaba que ya no vendrías! —exclama un segundo antes de envolverme entre sus brazos —. Pasa, ya estamos todas y te estábamos esperando para pedir la cena.

La casa de Julie siempre me ha encantado por su amplitud de espacios abiertos y la cantidad de luz natural que entra por los ventanales que hay. Al traspasar la puerta principal damos directamente en el salón que conduce a una cocina abierta al fondo de la estancia. Sophie se encuentra sentada en el sofá, tecleando mensajes rápidos al que supongo que será su nuevo amor verdadero, mientras que Jessica está tras la barra, con una botella de vino para servir una copa a cada una de nosotras. Siento las inmensas ganas de ir hasta ella y suplicarle para que me perdone.

—Ey, Emma —saluda Sophie, separando tan solo un segundo la vista del teléfono para dedicarme una sonrisa antes de volver a su conversación.

—Puedes dejar tus cosas en la habitación de invitados con cama doble. Jessica y tú dormiréis ahí —comenta con una amplia sonrisa, antes de decir bajito para que solo yo pueda escucharla —. Ambas sois mis amigas y me niego a que estéis enfadadas el día de mi boda, así que más os vale a las dos haber hecho las paces antes del amanecer.

Me guiña un ojo y me da un empujoncito para que me encamine hacia la habitación en la que he pasado más de una noche cuando hemos hecho alguna fiesta aquí, y terminamos tan mal que no tenía ganas de coger un taxi que me llevase hasta mi propia casa.

Dejo mi mochila sobre la cama, al lado de la de Jessica, esa que tiene desde el primer año de instituto y que se niega a deshacerse de ella. El estómago se me retuerce y maldigo a Julie por esta artimaña tan sucia, pero tiene razón. Jessica y yo no podemos estar sin hablarnos eternamente y no me imagino el día de mañana sin disfrutarlo junto a mi mejor amiga.

Al volver al salón, ya con mi pijama veraniego azul claro, ya que todas ellas ya lo llevan puesto, una copa de vino me espera en la mesita frente al sofá donde están mis amigas. Jessica me observa, con una expresión indescifrable en el rostro. Esbozo una pequeña sonrisa, en forma de saludo, y el corazón se me encoge durante los segundos que tarda en devolverme el mismo gesto, suavizando su rostro. Y el alivio se apodera de mí, porque esto es un pequeño paso. Aunque aún tenemos que hablar.

Entre las cuatro decidimos pedir a un restaurante japonés de la zona para cenar y mientras esperamos el pedido, Sophie y Jessica discuten por la película que veremos. Cuando llega la comida, Jessica ha ganado la discusión y está pausada en la gran televisión de plasma *Crepúsculo*, ya que, al parecer, hoy veremos todas las películas. No es un problema para mí, mi adolescente interior sigue enamorada de Edward Cullen.

Para el final de Luna Nueva, Sophie sale a la terraza para llamar a la persona con la que lleva toda la noche mandándose mensajes y Julie se disculpa para ir al cuarto de baño, alegando que el

ramen no le ha sentado demasiado bien.

Y ahí estamos Jessica y yo. En un incómodo silencio nunca visto entre nosotras.

Tomo una larga bocanada de aire y me coloco en el sofá, sentada con las piernas cruzadas y mirando a mi mejor amiga que al percatarse de mi cambio, deja el móvil a un lado.

—No quiero seguir así —digo finalmente con nerviosismo—. Deberíamos hablar.

—Yo tampoco quiero estar así contigo, Em —suspira apartándose los mechones rubios hacia un lado—. Ambas hicimos cosas mal.

Asiento con la cabeza.

—Sé que muchas veces solo miro mi propio ombligo y me olvido de todo lo demás. Ahora que lo pienso, era muy obvio que te gustasen las mujeres —comento, con una pequeña sonrisa.

—Sí, lo era —ríe bajito—. Pero entiendo que no te dices cuenta, se me da muy bien ocultar cosas y siempre he vivido ocultando esa parte de mí. Debería habértelo dicho hace muchos años.

—Te hubiese apoyado, Jess. Te apoyaré en todo, porque eres más que mi amiga, para mí siempre has sido como una hermana. Y si te gustan los alienígenas de color verde moco, también estaría a tu lado en eso.

Mi mejor amiga suelta una gran carcajada, haciendo que se le achinen los ojos y termine por contagiarme la risa.

—Lo sé, pero tenía miedo. Mis padres no me apoyan en esto y... Temía perderte a ti también. —Cuando sus ojos se llenan de lágrimas y esta vez no es de la risa, me levanto con rapidez del sofá para acercarme a la otra esquina en la que ella se encuentra y me siento a su lado, envolviendo mis brazos a su alrededor.

—No me perderás jamás por amar a otra persona —aseguro, abrazándola con fuerza a la vez que mis ojos se llenan también de lágrimas—. Siempre hemos estado juntas y lo estaremos hasta que seamos dos viejitas gruñonas.

Vuelve a reír ante mi comentario y se seca las lágrimas de los ojos.

—Te quiero, Emma —dice separándose un poco de mí para posar su mirada café sobre la mía.

—Yo también te quiero, Jessica. Siempre.

—Siempre —asegura, volviéndome a abrazar.

—Ahora, quiero todos los detalles de tu relación con Pauline.

—¡Yo también! —exclama Sophie, entrando al salón—. Porque estáis juntas, ¿verdad?

Jessica sonríe y asiente con la cabeza.

—¡Me encanta el amor! —suspira la castaña, dejándose caer a nuestro lado.

Al instante, llega Julie y parpadea varias veces al vernos a Jessica y a mí aún abrazadas.

—Por fin, el dúo inseparable se ha arreglado. —Sonríe con cariño, sentándose a nuestro lado.

—Entonces... Cuéntanos todo —pido mirando a mi mejor amiga y veo en su mirada el cariño y agradecimiento por este momento.



Al amanecer, todas nos levantamos para tomar un abundante desayuno en el que estuvieron presente los nervios por el acontecimiento de este día. Julie era incapaz de dejar de hablar de cualquier cosa que se le pasara por la cabeza y en más de una ocasión se echó a llorar sin previo aviso. Aunque no había dudas. Solo amor y emoción por el día.

A media mañana llegaron la madre y la suegra de Julie junto a los estilistas y fotógrafos. Nos maquillaron y peinaron a todas mientras posábamos para las fotos y puede que en más de una imagen salgamos haciendo el tonto y perdiendo el tiempo. También tuvieron que retocar varias veces el maquillaje de todas, porque en cierto momento, Julie decidió darnos un discurso para agradecernos por haber estado todos estos años con ella, tanto en esos momentos malos, como en los mejores. Y como era de esperar, terminamos abrazadas y llorando como unas niñas pequeñas.

Al mediodía, la madre de Julie se fue a un restaurante cercano para comprar la comida y, aunque era innecesario, el fotógrafo decidió hacernos fotos mientras comíamos pasta carbonara.

Y una vez preparadas con nuestros vestidos borgoñas y Julie con el impresionante vestido de cola de sirena de un blanco puro, vinieron más fotos, tanto en su apartamento como en la limusina que nos llevó hasta la cinca a las afueras de la ciudad donde se celebraría la boda. Durante el trayecto bebimos un champán que debe costar todo un sueldo y al llegar al lugar donde se oficiaría la boda, nos hicieron más fotos en el jardín, un sitio al que los invitados no tenían permitido acceder hasta que la boda se oficiara para evitar que alguien se colase en las fotos sin permiso. Allí se fue la suegra de Julie para pasar los últimos minutos con su hijo y se nos unió el padre de Julie para hacerse fotos con la novia.

Todo fue mágico.

Pero ahora, mientras avanzo en fila, con un ramo rosa entre las manos de camino al altar, abriendo paso a la novia junto a mis amigas, me siento feliz de poder ser parte de este momento tan especial para Julie.

Mi vista se desvía un segundo del frente para posarla en uno de los laterales, donde se encuentran los Merlens junto a Ethan, pero mis ojos se quedan clavados en unos completamente verdes. La boca se me seca al ver a Ryan con un traje entallado gris claro, resaltando todo su cuerpo. La corbata que lleva puesta hace juego con el vestido que llevamos las damas de honor, ya que Julie en el último momento decidió que todos ellos vistiesen con algo para hacer juego con nosotras.

Ese chico que una vez creí haber perdido para siempre, pero que ahora ha vuelto a mi vida, haciéndola un poquito más bonita, me sonrío dejándome ver esos hoyuelos que tanto me gustan. Y no puedo evitar sonreírle de vuelta y por mi mente pasa el rápido pensamiento de que puede que, en unos años, él sea quien me espere en lo alto de un altar mientras mis amigas me van abriendo el camino para llegar hasta él.



Ryan.

Emma es hermosa en todas sus facetas, tanto esos días en los que decide maquillarse para salir a la calle, como cuando está recién levantada con el cabello despeinado, ojos soñolientos y vistiendo con tan solo una de mis viejas camisetas. Pero ahora, mientras la observo con el cabello oscuro lleno de bucles que caen por su espalda como si se tratase de una cascada, con el rostro tan solo con un maquillaje natural y con ese vestido de mangas caídas y profundo escote, es la

mujer más preciosa que he tenido el placer de observar. Y no puedo evitar sentirme afortunado de haber conseguido su perdón y tenerla nuevamente en mi vida.

En este momento deja de observar al frente para posar la mirada en mí, como si nuestros ojos no necesitasen buscarnos, ya que siempre saben dónde encontrarse. La respiración se me entrecorta un segundo y no puedo evitar sonreír, una de esas sonrisas llenas de felicidad y amor. Porque ella es todo lo que siempre he querido, ella es la única capaz de dominar a mis demonios y traerme la calma que tanto necesita mi mente.

Es la única persona de la que me he enamorado y de la única que lo haré porque estoy seguro de que, si algún día vuelvo a perderla, mi corazón quedará sellado para siempre. Emma Campbell es la dueña de todo mi ser.

Esboza una amplia sonrisa haciendo que esos ojos grises que siempre me han parecido llenos de tormentas, brillen como esos días que, después de la lluvia, el cielo comienza a clarear, asegurando cosas buenas.

La ceremonia es preciosa, los novios intercambian sus votos con palabras que nos hacen reír a todos y, cuando se besan para unir sus vidas, deseo algún día poder estar en su lugar.

Quiero correr hacia Emma cuando la ceremonia termina, pero no puedo acercarme demasiado, ya que la novia reúne a todas las mujeres para que alguna de ellas coja el ramo.

—¿Estáis preparadas? —grita con emoción Julie, girándose para quedar de espaldas a sus invitadas.

—¡Sí! —exclaman en corro.

Mis ojos están posados en Emma, quien está en el medio de toda la multitud, riendo por algo que le ha dicho Jessica, que se encuentra a su lado y junto a esta, una chica de cabello castaño que observa con cariño a la rubia y creo que ya comprendo el motivo de la discusión que ambas tuvieron. No puedo evitar esbozar una sonrisa al percatarme de que han hecho las paces y por fin Emma ha conseguido deshacerse de ese dolor que cargaba en la mirada desde aquella discusión.

Julie hace como si lanzase el ramo, pero no lo lanza, ganándose protestas de sus invitadas, quienes ya se habían preparado para agarrarlo.

A la tercera vez, el ramo escapa de sus dedos, dando varias vueltas en el aire y perdiendo alguna que otra flor que se sale del lazo que las mantiene unidas. Se hace un completo silencio en el jardín en el que nos encontramos, todos estamos atentos de ver quién es la afortunada de agarrar ese ramo.

Veo cómo las flores caen en unas manos temblorosas y al instante se escuchan gritos de emoción mientras observo a una aturdida Emma, quien no aparta la mirada del ramo que hay en sus manos.

—¡No es justo! —exclama con indignación Sophie, cruzándose de brazos—. ¡Tú no creías en el amor!

Y es entonces cuando Emma sale de su estupor y se ríe a carcajadas, tan altas que creo que sobrepasa todas las demás voces. Y abraza a sus amigas y a Julie cuando llega tan solo un segundo después a su lado. Y yo ya no puedo contenerme más.

Me hago espacio entre los invitados hasta llegar a la chica de ojos grises que me vuelve loco. Al llegar a su altura, los invitados nos han hecho corrillo, expectantes por lo que pueda pasar. Emma se gira hacia mí con una sonrisa y alza el ramo de flores amarillas y blancas como si no lo hubiese visto hasta ese momento y... Joder, es la mujer de mi vida.

Y la beso.

La gente aplaude porque en una boda una demostración de amor es la cosa más bonita que pueda haber.

La chica ríe sobre mis labios, pero la vuelvo a besar porque quiero un futuro con ella, porque ahora más que nunca siento que podremos conseguirlo, que seremos felices.

—¿Y esto? —inquire con la voz entrecortada cuando me separo apenas unos pocos centímetros de ella.

—No he podido evitarlo, *mon amour*.

Emma sonrío y niega con la cabeza antes de ponerse de puntillas para dejar un rápido beso en mis labios.

—¡Foto! —grita uno de los fotógrafos, dejándonos tan solo unos segundos para girarnos hacia él y sonreír a la cámara.



Emma.

Ryan y yo bailamos juntos, apenas nos mecemos un poco, ya que la música es relajada. Mi cabeza está apoyada en su pecho y sus manos abrazando mi espalda. Más que bailar, nos sentimos el uno al otro. Puedo escuchar los tranquilos y calmados latidos de su corazón que no sé en qué momento se han acompasado con los míos propios, como si ambos fuésemos solo uno.

Y creo que estoy viviendo dentro de un maravilloso sueño del que no quiero despertar, porque el día de hoy está siendo perfecto, como sacado de uno de esos cuentos que leía cuando era pequeña.

La vida da muchas vueltas, te hace caer en infinitud de ocasiones, pero siempre, aunque nos cueste verlo, nos da las herramientas necesarias para volver a levantarnos y continuar.

Hay veces que te aparta de personas porque te hacen daño o porque ya no te suman. A Ryan y a mí nos pasó lo primero, nos hacíamos daño y la vida decidió separarnos. No fue fácil para ninguno de nosotros esos días. Hubo dolor, desesperación, noches en las que pensábamos que no podríamos más, pero... La vida tenía guardadas cosas bonitas para nosotros porque sabía que nuestra historia no había llegado a su final. Aunque estoy segura de que todavía nos quedan muchas piedras con las que tropezar, estoy dispuesta a hacerlo a su lado, agarrada de su mano, porque si estamos juntos sé con certeza que no habrá nada que pueda alejarnos.

—Ryan —le llamo, separando la cabeza de su pecho y echándola hacia atrás para poder clavar mi mirada en la suya—. ¿Qué somos?

Porque necesito saberlo, necesito poner un nombre a esto que está sucediendo entre nosotros y ahora, por fin, después de tanto tiempo no me da miedo poner una etiqueta a lo que hay entre Ryan y yo.

El chico esboza una pequeña sonrisa y una de sus manos que se encuentra en mi espalda se posa en mi mejilla, en una suave caricia que consigue encender todo mi cuerpo.

—Puedo ser lo que tú quieras que sea para ti —dice, apenas un hilo de voz, en una conversación íntima solo entre nosotros—. Pero si quieres saber lo que yo quiero... Emma, quiero que seas mía y no en la forma posesiva de la palabra, quiero que seas tuya, pero que decidas compartir conmigo tus miedos y alegrías. Que nos vayamos a dormir juntos y despertarnos al día siguiente el uno al lado del otro. Quiero estar en tu vida, en lo bueno y en lo

malo, que me elijas a mí. Y yo soy tuyo, Emma. No de ahora, soy tuyo desde aquel verano en el que me enamoré perdidamente de ti. Siempre lo he sido porque durante todo este tiempo, solo tú has estado en mi corazón.

Mis ojos se llenan de lágrimas que dejo salir porque no puedo avergonzarme de algo tan bonito como lo es esto.

Me pongo de puntillas para besarle, apenas una lenta caricia llena de amor.

—Te quiero, Ryan Wells. —Las palabras escapan de mis labios, pero no me arrepiento de ellas—. Nunca he dejado de estar enamorada de ti, aunque antes otras emociones opacaran estos sentimientos. Siempre he estado enamorada de ti.

Ryan entrecierra los ojos a la vez que una sonrisa aparece en sus labios y puedo percatarme de cómo una pequeña lágrima escapa de uno de sus ojos.

—Entonces, nos queda una larga vida por delante, *mon amour* —susurra antes de volver a besarme—. Te quiero, Emma Campbell.

Y esta noche las estrellas son testigos de una promesa de dos almas que no volverán a separarse.

EPÍLOGO

Un año después.

Emma.

Salgo de casa cargando una bandeja llena de bebidas para dejarla en la mesa del jardín. Echo un vistazo rápido a cómo ha quedado el lugar después de los últimos meses en obras y una enorme sonrisa se apodera de mis labios.

Hace medio año, mientras Ryan y yo abríamos los regalos de Navidad en casa de mis padres, me entregó una pequeña cajita que en su interior contenía una llave junto a una nota con unas coordenadas. Esa misma tarde nos montamos en la moto que había alquilado para pasar esos días en Portland y condujo durante horas hasta que el paisaje se me empezó a hacer familiar. Hacía muchos años que no iba allí. Desde aquel verano en el que nos conocimos.

Ryan compró la casa que una vez perteneció a su madre y que, después de su muerte, vendió. No era un regalo para mí, era un regalo para los dos. Un lugar de descanso cuando necesitásemos escapar del ruido de París.

Tuvimos que cambiar toda la valla que rodeaba la finca, ya que sus anteriores dueños no la habían cuidado. El jardín nos llevó varias semanas arreglarlo, quitando las malas hierbas, cortando el césped y replantando algunas plantas que se habían marchitado por el mal cuidado. Pero ahora es un sitio precioso y más en verano, bajo los calurosos rayos del sol. El jardín era una mezcla de colores vivos gracias a las hermosas plantas. Habíamos instalado una barbacoa y unos sofás bajos junto a una mesita donde poder pasar las tardes. Lugar donde se encuentran ahora nuestros amigos y algunos familiares que han venido de visita para celebrar que hemos terminado con todas las obras del interior de la vivienda.

Jessica y Pauline juegan con mi sobrino Liam. Hace apenas dos meses que Mara y mi hermano han tenido a su primer hijo. Matt, quien ya está recuperado después de su accidente de coche, se encuentra junto a su mujer, ocupándose de la barbacoa, aprovechando los últimos rayos del sol. Julie reposa en el sofá con una mano sobre su abultado vientre, la hija que espera está dando guerra las últimas semanas. Ya tiene ganas de salir.

Esbozo una amplia sonrisa, feliz por la familia que ha creado mi amiga junto a su marido Gabriel, quien se encuentra charlando con Enzo y Travis.

Mi vista se desvía hacia el otro lado del jardín, donde hemos hecho construir una piscina para los calurosos días de verano. En ella están Sophie y Adam lanzándose una pelota. Al parecer, Sophie encontró ese amor verdadero que tanto buscaba después de una noche de sexo

desenfrenado en la despedida de soltera de Julie. Natalie, la hermana de Ryan también ha venido a vernos. Después de aquella conversación que mi pareja tuvo con su padre y hermana, tuvieron muchas más, al principio frías y distantes, pero poco a poco comenzaron a recuperar todos esos años perdidos. Soy tremendamente feliz cuando veo a Ryan con su familia, con aquella que pensaba que nunca conocería.

Ethan se ha alejado un poco de todo el ruido para hablar por teléfono con la chica que lleva varias semanas conociendo, aún no ha querido presentárnosla, teme que podamos espantarla antes de que pueda enamorarla.

Un ladrido llama mi atención y veo cómo *Apolo* y Lisa —la hija perruna de Sophie y Adam— corren detrás de la pobre Dama que estoy segura de que está a un segundo de girarse y dar un zarpazo al *border collie* y a la *golden retriever*.

—Deja que te ayude. —Una voz conocida me sobresalta, quitándome la bandeja de las manos.

—Puedo con ello —replico con diversión, pero dejo que Ryan cargue con la bandeja—. ¿Recuerdas que fui camarera?

—También recuerdo que lo odiabas con todo tu ser, *mon amour*.

Suelto una carcajada recordando aquellos meses oscuros en los que tuve que trabajar en ese horrible restaurante para poder sobrevivir. Gracias al universo, ya no he tenido que volver a recurrir a un empleo así —aunque admiro a todos los trabajadores del sector de hostelería por ser capaces de trabajar tantas horas diarias con sonrisas en el rostro, intentando dar el mejor servicio posible a sus clientes—. Gracias a la venta de mis libros y al trabajo en una pequeña revista en París, mi cuenta bancaria está más que tranquila al final de cada mes. Porque después de publicar mi primer libro, vino un segundo. Y ahora, me encuentro escribiendo la que será mi próxima novela.

Jamás creí que podría dedicarme a las dos cosas que más amo.

—Pero eso no quita que se me diese de maravilla. —Sonrío con picardía mientras le acompaño hasta la mesa donde deja la bandeja, al instante todo el mundo rodea a Ryan a la espera de sus bebidas.

Observo cómo el chico de los ojos más bonitos del mundo reparte el alcohol entre nuestros amigos y hace una mueca de disgusto cuando le da el cóctel a su hermana que sonríe con diversión.

Acepto mi *Puerto de Indias* y esbozo una sonrisa de agradecimiento mientras observo cómo Ryan le da un sorbo a su refresco de naranja. El orgullo se abre paso en mi interior, este chico tan fuerte que tengo delante de mí lleva más de medio año sin probar ninguna droga ni bebida alcohólica. Es verdad que ha estado a punto de recaer en varias ocasiones desde entonces, pero gracias a sus sesiones con el psicólogo y el grupo de apoyo al que acude una vez cada dos semanas, lo ha sabido sobrellevar muy bien. Cuando sus demonios aparecen —aunque cada vez lo hacen menos—, ya no necesita echar mano de esas cosas que le perjudicaban más que le ayudaban. Cuando aparecen, agarra su guitarra y toca hasta que se esfuman.

Cuando la cena está hecha, todos nos sentamos alrededor de la baja mesita, algunos de nosotros tenemos que sentarnos en el suelo por falta de espacio en el sofá y nos tocará maniobrar para comer sin que los dos perros intenten quitarnos la comida. Aunque estoy segura de que algo les caerá.

—Por cierto, ¿qué sabéis de Irina? —pregunta Julie, posando su mirada en los *Merlens*.

—Está pasando el verano en la casa que le dejaron como herencia sus abuelos. No recuerdo el nombre del lugar, pero está en la costa norte de Francia —responde Travis, encogiéndose de hombros, negándose a dar más información de Irina.

Hace unos meses, Ryan decidió dejar los *Merlens* cuando estaban alcanzando la fama gracias a firmar con una discografía. Iban a comenzar a viajar y sabía que en ese mundillo se mueven demasiadas drogas y no quería echar por los suelos todo lo que estaba consiguiendo. Al principio me sentí impotente porque tuviese que dejar atrás ese sueño que siempre había tenido, pero Ryan no estaba triste ni decepcionado, sino que parecía aliviado e incluso feliz cuando me habló del proyecto que tenía en mente: una asociación de música, un sitio donde niños sin recursos pudiesen ir por las tardes a merendar y aprender a tocar un instrumento. Contaba con el dinero suficiente para ello, ya que ganó una gran suma de dinero gracias a la banda. Al instante llamó la atención de varias personas poderosas del país, por lo que quisieron contribuir también y ayudar a que todo saliese hacia delante.

Actualmente la academia cuenta con ciento cincuenta niños de pocos recursos que todos los días se van a dormir con el estómago lleno y emocionados por sus clases.

Pero a las pocas semanas de que Ryan abandonase el grupo, Irina pidió un descanso. En los últimos meses, todos habíamos podido percatarnos de que su estado decaía cada día más y cuando se alejó de los *Merlens*, se escondió durante días en el piso que había alquilado para ella sola. Entre sus amigos consiguieron convencerla de que buscara ayuda y desde entonces tiene poco contacto con nosotros, solo sabemos lo que Travis, Enzo o Adam cuentan de ella. Al parecer, ahora está mucho mejor, aprendiendo a conocerse a sí misma y buscando su verdadero camino en la vida.

Pasamos una noche maravillosa, rodeados de las personas a las que queremos. Pero cuando se hace tarde, nuestros amigos y familiares empiezan a abandonar la casa para ir a sus respectivos hoteles, menos Jessica y Pauline, quienes se quedan en la casa del padre de mi mejor amiga, no muy lejos de aquí.

Cuando Ryan y yo terminamos de recoger todo lo que hemos ensuciado a lo largo del día de hoy, veo cómo el chico de ojos verdes agarra la funda de su guitarra y las llaves de la pequeña moto que compró de segunda mano para dejarla aquí y usarla cuando vengamos de vacaciones.

—¿Qué haces? —inquiero con curiosidad, secándome las manos en un paño y observándole desde detrás de la barra que da al pequeño salón.

—¿No te apetece ir al lago? —pregunta alzando una ceja y esbozando una media sonrisa.

Al instante sonrío y asiento con la cabeza.

—Eso ni siquiera se pregunta —respondo agarrando una fina chaqueta, ya que, aunque estemos en verano, por las noches refresca un poco.

Desde que llegamos hace una semana, no hemos tenido tiempo de volver a ese lago que hicimos nuestro y la verdad es que me muero de ganas de ir a él después de muchos meses sin pisarlo.

El trayecto en moto es de apenas unos pocos minutos, cosa que agradezco, ya que ir con la guitarra de Ryan en la moto no es la cosa más cómoda del mundo.

—Creo que este es uno de mis lugares favoritos —comenta agarrando la guitarra y pasando un brazo por mis hombros.

—El mío también —digo observando cómo los árboles empiezan a darnos paso hacia la gran explanada de hierba que bordea las aguas cristalinas del lago—. Aquí comenzó todo.

Sonrió recordando ese día de hace seis años, cuando apenas era una adolescente que empezaba a vivir. Una chica que se fue a topar con el chico malo del pueblo y que quedó completamente prendada de él.

—Sí, lo hizo. Jamás olvidaré cómo casi eres tragada por un barril lleno de cervezas —comenta y suelta una alta carcajada. Le doy un flojo manotazo en el hombro, fingiendo indignación, pero

cuando me mira, no puedo aguantar más la risa y rompo en carcajadas.

Porque aquel barril era muy alto y yo muy baja para él.

Y como me alegro de que así fuese porque eso dio pie a nuestra primera conversación.

Nos sentamos a la orilla del agua, a una distancia suficiente como para no mojarnos.

—¿Te apetece continuar con tus clases de guitarra? —inquire el chico, tendiéndome la funda con el instrumento en su interior.

—Soy pésima, pero me gusta cómo te pegas a mí cuando me intentas enseñar, así que, sí, quiero continuar con mis clases —comento con una mirada cargada de intenciones que hace reír a Ryan.

—Eres una pequeña pervertida, *mon amour* —dice con voz sensual.

Niego con diversión y saco la guitarra de su funda, colocándola sobre una de mis piernas y comenzando a poner los dedos en los trastes para intentar hacer un acorde.

—¿No crees que deberías afinar primero la guitarra? —inquire con esa voz de profesor que pone cuando intenta enseñarme a tocar este instrumento, pero para ser sincera, cuando nuestras clases comienzan, paso más tiempo tocando al profesor que a la guitarra.

—¿No la afinaste esta mañana? —pregunto con una ceja alzada.

—La desafiné después para que tú aprendas a hacerlo.

Suelto un bufido molesto y toco la primera cuerda. Un horrible sonido llega a mis oídos y ruedo los ojos porque de verdad ha desafinado toda la guitarra para que yo la tenga que afinar.

Muevo la mano hacia las clavijas para intentar hacer sonar en condiciones el instrumento, pero... Hay algo que no debería estar ahí. La clavija tiene una forma anormal.

Mi vista viaja hasta esa parte de la guitarra y el aliento se me corta de golpe. Porque enganchado a una de las clavijas de la guitarra se encuentra un precioso anillo con un pequeño diamante que brilla gracias a la luz de la luna.

Parpadeo aturdida, siendo incapaz de moverme, de comprender qué hace eso ahí.

La mano de Ryan agarra el anillo cuando se ha asegurado de que lo he visto y me quita la guitarra de encima. En este momento me atrevo a subir la mirada hasta sus ojos que me observan con tanta intensidad que mi cuerpo se olvida por completo de la forma correcta de respirar.

—Emma Campbell —dice tragando duro. Los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas—. ¿Me dejarás seguir tocándote *Canciones bajo las estrellas* toda una vida?

Una lágrima corre por mi mejilla, mis ojos sobre los suyos, tan brillantes que parecen una estrella más de las que nos acompañan esta noche.

—Sí, Ryan Wells. Quiero que sigas tocándome canciones bajo las estrellas toda una vida y si hay otra después de esta, también quiero que lo hagas en esa.

Y el chico no puede contenerse más y junta sus labios con los míos. El sabor a la sal llega hasta mi lengua, porque Ryan llora, llora de felicidad, por esta hermosa vida que nos espera por delante. Y sé con certeza que después de todo lo malo que hemos pasado, tan solo nos deparan cosas buenas.

Cuando nos separamos, mi futuro marido coloca el hermoso anillo en mi dedo anular y una nueva lágrima escapa de mis ojos.

—Te amo —murmuro con un hilo de voz.

Ryan me agarra la muñeca donde tengo un tatuaje idéntico al suyo y lo acaricia con ternura.

—Te amo, *mon amour*.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Llevo escribiendo desde que tengo uso de razón y como todo escritor, deseando ver sus libros en papel. Sin embargo, siempre lo imaginaba como algo muy lejano, algo imposible... Hasta hoy. Ahora tú tienes entre tus manos un sueño hecho realidad.

En primer lugar, me gustaría agradecerle a mi madre; la mujer más fuerte que he conocido nunca y un ejemplo a seguir. Gracias mamá, siempre has estado a mi lado, escuchando cada historia que se me ocurría o animándome a seguir escribiendo. Para mí eres mi gran pilar.

A Dani; sabes que esta historia hoy está aquí gracias a ti. Fuiste el primero en emocionarte por este libro, enamorándote de cada cosa que iba a suceder. Por aquel entonces estaba atravesando un bloqueo escritor bastante grande y fue tu entusiasmo lo que me animó a enfrentarme a esa primera página en blanco. Gracias por no dejar que me rindiera con este libro, gracias por un millón de cosas más. Te quiero.

A Lena, la persona que se ha encargado de corregir y pulir esta novela. Eres increíble y te deseo todo el éxito posible.

A Vic, la ilustradora de esta maravillosa cubierta. Has conseguido plasmar a Ryan y a Emma como siempre los he imaginado.

Y por último, pero no menos importante: a mis lectoras de Wattpad. Nunca me cansaré de agradecerlos todo el amor que me habéis brindado en los años que llevo en la plataforma. Cada comentario y mensaje vuestro que he recibido, ha conseguido alegrar siempre mis días. Esta historia es tanto mía como vuestra.

Antes de despedirme, me veo en la obligación de aclarar algo que sucede en el libro. El coma de Matt no está narrado como sería en la vida real, ya que una persona en coma no se despierta de la nada, sino que lleva un proceso guiado por especialistas. Sin embargo, para que quedara acorde con la trama, decidí tomarme la libertad de hacerlo a mi modo.

Dicho esto, ha llegado la hora de despedirme: Gracias por todo.

Nos veremos pronto.

BIOGRAFÍA



Marta Pozo (Alcalá de Henares, 2002) comenzó a escribir cuentos cuando era pequeña, creando nuevos mundos donde sus personajes debían luchar para conseguir su objetivo.

En 2014 conoció Wattpad, una red social para escritores y lectores que la enamoró desde el primer momento y donde empezó a escribir su primera novela. Sin embargo, no fue hasta el año 2021 donde sus libros comenzaron a llegar a más lectores, creando una comunidad de más de 18 mil seguidores.

En 2024, da el paso a la autopublicación con su novela *Canciones bajo las estrellas*, un *new adult* cargado de romance y música.

En su tiempo libre le gusta leer y hablar de libros en sus redes sociales, además de darles mucho amor a sus dos gatas y a su perro.